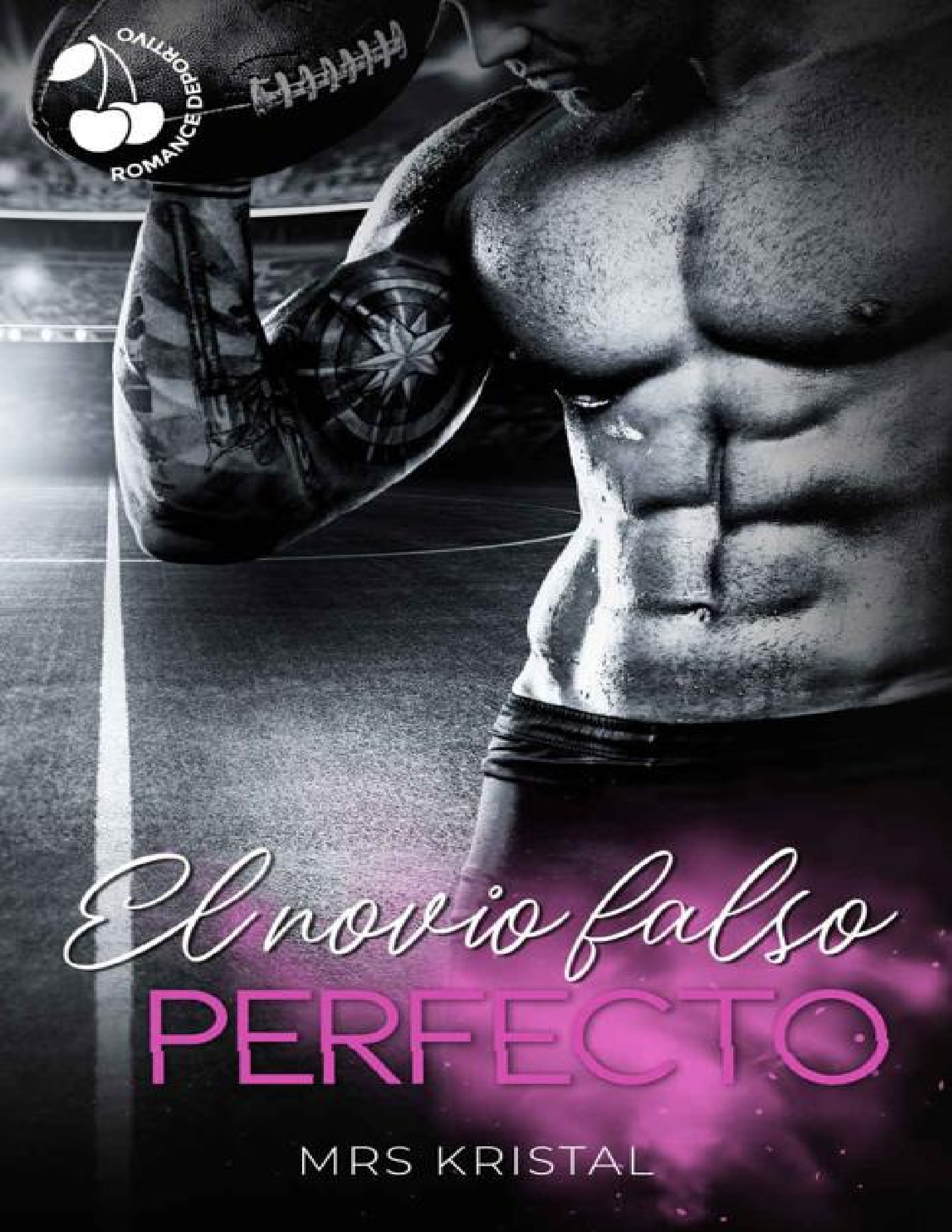


El novio falso PERFECTO

MRS KRISTAL

Table of Contents

Anteportada

Otros títulos de la autora

Síguenos

Contenido sensible

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Conoce a la autora

Síguenos

Créditos

MRS KRISTAL

El novio falso perfecto

Traducido del inglés por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Otros títulos de Mrs. Kristal
publicados en Cherry Publishing España:

El compañero de piso perfecto
(Tomo I de los Lincoln Tigers)

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@mrskristal.autor
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Advertencia de contenido sensible

Algunos capítulos de este libro contienen descripciones que pueden causar cierta incomodidad a las lectoras. Los hechos representados son ficticios y en ningún momento pretenden justificar la violencia.

1

Millie

Target Field, Mineápolis, una semana antes.

Me acerco al enorme cristal que resguarda nuestro palco familiar en el Target Field y miro hacia el campo. El confeti aún vuela, disperso por el estadio, y en los altavoces retumba una canción de lo más animada. Los jugadores de los Lincoln Tigers levantan el trofeo que los designa como campeones universitarios y luego posan para las fotos con sus familiares y amigos.

El año pasado, nuestra ciudad ganó la candidatura para que la final del campeonato se jugara en este estadio. En aquel momento, ni se me ocurrió pensar que mis amigos estarían aquí, celebrándolo. Yo ya sabía que iba a estudiar en Lincoln, y que los Tigers eran un buen equipo, pero nunca imaginé que cuatro de esos chicos se convertirían en mis amigos. Ni mucho menos que la novia del *quarterback*, Denver Jones, pasaría a ser mi mejor amiga. Al fin siento que he encontrado a alguien que se ha ganado un lugar imprescindible en mi vida, y ese alguien es Sienna.

¿Y qué le dije a mi mejor amiga cuando me preguntó si querría acompañarlos a Denver y a ella a la final? «Tengo que estudiar». Solo a mí se me podría ocurrir semejante tontería, pero no tenía elección. Nadie en Lincoln sabe quién soy en realidad. Es evidente que me matriculé en la universidad usando mi nombre de verdad y otros datos reales, pero por suerte, nadie me ha reconocido. No quiero que todos sepan que provengo de una de las familias más ricas del país.

Mis bisabuelos se fueron enriqueciendo durante el periodo de la fiebre del oro[1] hasta que llegaron los 80. Entonces, mi abuelo decidió invertir su dinero y compró los Minnesota Warriors. Mi familia también tiene acciones de ciertas empresas que cotizan en bolsa y que no tienen nada que ver con franquicias de fútbol. ¿Os suenan las empresas del grupo McDonald[2] con sede en Nueva York? Pues eso…

Mi familia es asquerosamente rica; ese es el problema. Por culpa de eso, nunca he podido tener amigos de verdad. ¿Cómo iba a saber si fingían que yo les interesaba para acercarse a mi fortuna? Pasé mi infancia y mi adolescencia en un colegio de élite para chicas. La mayoría de las alumnas procedían de familias millonarias y estaban acostumbradas a cierto nivel de vida. Pero aun así, la riqueza de mi familia me hacía destacar.

Como era de esperar, muchas de las chicas querían ser amigas mías, porque ansiaban convertirse en algo más que su apellido y el saldo de su cuenta bancaria. Solo les caía bien mientras yo lo pagara todo. *Todo*. Al cabo de un tiempo, empecé a sentirme muy sola.

Por eso, pedí a mis padres que no me enviaran a Harvard, Stanford o Yale, como suele hacerse con los hijos de familias de cierto estatus social. Yo quería ir a Lincoln. Pero con eso no bastaba, así que en lugar de mudarme al lujoso apartamento que me compraron y que, cómo no, está en el edificio más caro de Lincoln, me busqué un lugar en el que vivir sin que ellos se enteraran. Solo tuve que echarle un vistazo a la red de residencias de la uni.

Ahora vivo con mi compañera, Amanda, esa chica que siempre está de mala uva y que comparte conmigo un estudio de cuarenta y nueve metros cuadrados con un baño minúsculo. Lejos queda mi ático de trescientos veintiocho metros cuadrados con terraza. Sería imposible explicarle a nadie que soy una estudiante normal si viviera en un apartamento como ese.

A Sienna siempre la han mirado con envidia porque le tocó vivir con Denver y su

habitación cuesta casi el doble que la mía. Quizá no sea justo que le haya quitado un estudio asequible a una estudiante, pero mi familia ya dona suficiente dinero…

No me avergüenzo del lugar del que vengo, y quiero a mis padres y a mi hermana más que a nada en el mundo, pero necesitaba ser normal en la universidad. Quería ser una chica más del montón. Y eso es lo que he conseguido en Lincoln. Ahora tengo un grupo de amigos geniales que me han aceptado desde el principio y que comparten mi pasión: el fútbol americano.

En lo que respecta al deporte, creo que preferiría haber sido un chico. Si pudiera, jugaría al fútbol, pero creo que me conviene currármelo en la uni para que, cuando llegue el momento de ocuparme de los Minnesota Warriors, esté preparada.

Pero en días como hoy, me pregunto si todo esto merece realmente la pena. Quizá esté haciendo el ridículo y deba adoptar el mantra de mi abuela, que solía decir:

«Millie, la gente que te quiere, lo hará por tu personalidad, y los que solo quieren tu dinero, no te merecen.»

En todos estos años, me ha costado asimilar sus palabras, porque siempre se han aprovechado de mí. De hecho, no me creo que Sienna, Joy o Phoenix no quieran sacar provecho de mi dinero si se enteran de que soy rica de buenas a primeras. Tampoco me fío de los chicos, porque al fin y al cabo, su objetivo final es entrar en la NFL[3]. Dentro de unos años, seré dueña de un club de esa misma liga, y tal vez piensen que, si son amables conmigo, es más probable que los seleccionen. Lo cual es una completa gilipollez, porque no podemos controlar el *draft*[4].

Intento apartar de mi cabeza esos pensamientos negativos, que no me ayudan en absoluto. Tengo que encontrar una solución a mi dilema.

Sigo mirando en dirección al campo y, de repente, mis ojos localizan a Darren. Sin poder evitarlo, sonrío como una tonta para mis adentros. Llevo enamorada de él desde el primer día.

Apenas acababa de empezar el semestre. Yo era nueva y no tenía ni idea de adónde ir, así que estaba apoyada en una pared cerca de la cafetería, mientras consultaba el plano del edificio en mi iPhone. Entonces, Darren y sus amigos entraron por la puerta. En ese momento, no sabía que eran los jugadores estrella del equipo de fútbol. No lo supe hasta el día siguiente.

Llevo desde ese día diciéndome a mí misma que Darren me sonrió ligeramente al pasar por mi lado. Pero ¿para qué engañarnos? Dudo que fuera el caso. Desde que Sienna me metió en el grupo, siento que Darren pasa un poco de mí. Me habla de pasada, pero no muestra ningún interés real.

Esta mañana Denver, Jake y él parecían los dioses de la uni, y la verdad es que lo son. ¡Y además, lo saben de sobra! Puede que Sienna haya domesticado a su dios, pero yo sigo arrodillada ante el mío. Y así estamos. Mi experiencia con el sexo opuesto es bastante escasa. Y Darren se acuesta con todo lo que se menea. No creo que haya habido una fiesta en los últimos meses en la que no haya ligado con una chica. Joy, Sienna y Phoenix creen que debería entrar en razón y olvidarme de él. Merezco algo mejor, ¡pero maldita sea! Yo lo quiero a él…

De vez en cuando, pienso en dejar que Joy me ayude a cambiar mi estilo y en salir de mi zona de confort para llamar su atención. Pero al mismo tiempo, ¿por qué debería hacerlo? No quiero dejarme la piel por un tío que cree que las relaciones son tóxicas. Así que supongo que seguiré suspirando por Darren desde la distancia al menos un año más, hasta que lo seleccionen para la NFL y se vaya de la uni.

Cuando te pasas la vida en un colegio de chicas y encima eres una marginada, el tema del sexo está un poco fuera de tu alcance. Ahora tengo diecinueve años y estoy enamorada del mejor

jugador de toda la uni.

Como por arte de magia, mi hermana Maya se acerca a mí y sonríe.

—¿Qué, Millie? ¿Quieres bajarte para estar un rato con ellos?

Maya y yo nos llevamos muy bien; siempre lo hemos hecho, aunque es seis años mayor que yo. Mi hermana vive en Nueva York con su prometido, Preston, y trabaja para la franquicia de fútbol de allí. A ella no le entusiasma el deporte. Prefiere ocuparse de los negocios del club.

—Son mis amigos —digo—. Pues claro que quiero estar con ellos…

—¿Y entonces por qué no se lo dices?

No sé cuántas veces me lo ha preguntado ya. Cada vez que hablamos por teléfono, tenemos esta discusión. Erre que erre con el temita... Para Maya, no decir ni mu sobre nuestra herencia no es una opción. También es verdad que, desde niña, siempre ha sido mucho más abierta y sagaz que yo. Los esfuerzos de nuestra madre para encontrar a un hombre joven de nuestro círculo con el que emparejarla también dieron sus frutos. Preston y ella llevan juntos casi diez años. Yo, en cambio, soy un caso perdido. Al parecer, soy tímida hasta para los chicos más insulsos.

—Ya sabes que en algún momento lo van a descubrir…

—Ahora no es el momento de hablar de esto, ¿no crees?

La miro, molesta, y ella suspira.

—Supongo que no… —responde, mientras me acaricia con dulzura—. ¿Cuál de esos chicos guapos es tu Darren?

Mi hermana dirige la vista al campo.

—No es «mi Darren» —respondo, y siento un calor que sube por todo mi cuerpo—. Deja de decir eso, anda.

Maya me sonríe con complicidad y yo suspiro. Nunca debí decirle que me gustaba. Pero era una de esas noches en las que no sabía dónde meterme. Estaba tan frustrada... Darren se había llevado a otra animadora a la cama, y mis amigas me miraron con carita de pena. Cuando llegué a casa, llamé a mi hermana mayor y le pregunté si un chico como Darren podría llegar a fijarse en mí. Ahora, cada vez que hablamos, me pregunta por él e insiste en si ha pasado ya algo entre nosotros. Yo siempre lo niego. Mi hermana no entiende que eso es prácticamente imposible.

—El que lleva el quince en la camiseta y está al lado de Sienna.

—Mmm… Menudo tío bueno, ¿no?

Maya silba para hacer honor al cuerpo de Darren y Preston se acerca por detrás y le rodea la cintura con los brazos.

—Espero que te refieras a mí…

—Lo siento, cariño… —dice, riéndose antes de girarse y darle un beso en los labios a su prometido—. Me refiero al chico de Millie…

—No es mi chico… —susurro.

Mi cara debe de haber adquirido el color de un tomate demasiado maduro. Ni de coña voy a tener esta conversación con el prometido de mi hermana. ¡Qué vergüenza! Me giro hacia ellos y exclamo:

—¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

—¿De qué quieres que hablemos, Millie? —pregunta Preston con una sonrisa, y Maya le sigue el rollo—. Conque ese es tu tipo, ¿eh? Yo habría apostado por el rubito de al lado…

Preston señala a Denver y yo suelto una carcajada.

—¡No! ¡Ni de coña!

Sacudo la cabeza. No estoy ciega: sé que Denver también está bueno, pero no es mi tipo. Además, es el novio de mi mejor amiga. Y lo más importante: no es Darren. Por desgracia, ahora que lleva la equipación, no se le ven los tatuajes.

Joder, con lo sexy que le hacen...

Abandono mis fantasías y me dirijo a mi cuñado:

—Además, es el novio de mi mejor amiga.

—Que tampoco sabe quién eres —dice Maya con tono acusador, y yo asiento con la cabeza.

Debería decírselo a mi mejor amiga, al menos… Pero Sienna se lo diría a Denver, y si él lo supiera, pronto lo sabrían Darren, Jake y Tyler. Y al final se acabaría enterando todo el equipo de fútbol. Llevo mintiéndoles más de medio año, así que no sé ni por dónde empezar.

—¿Por qué no se lo dices? —pregunta Preston, como si revelar mi identidad después de seis meses fuera lo más fácil del mundo—. Son tus amigos, ¿no?

El sonido de las notificaciones de mi iPhone interrumpe el intento de Preston de apelar a mi conciencia. Lo saco del bolsillo y me olvido de que Preston y Maya están ahí.

Como era de esperar, Joy y Sienna están pasando fotos y mandando mensajes por el grupo.

***Joy**: ¡Mira lo que te has perdido, Millie Mouse!*

Me río con dulzura. Por desgracia, sí, me estoy perdiendo estos momentos con mis amigos. Pero bueno, al menos estoy aquí. Por suerte, ni Maya ni yo hemos tenido que acompañar a nuestro abuelo a la hora de entregar el trofeo. Habría sido un desastre y me habría comido las consecuencias de mi mentira con patatas.

Unos segundos más tarde, Sienna también envía un mensaje.

***Sienna**: ¡¡¡Ha sido una pasada, cielín!!!*

Justo después de leerlo, veo una foto de Joy y ella. La siguiente es una de Denver y Sienna posando con el trofeo. Luego hay otra de Tyler, Joy y Darren, y de Denver, Tyler y Jake con el trofeo. Como me falta un hervor, cometo el error de hacer zoom en el cuerpo y la cara de Darren y me quedo embobada mirándole. Paso los dedos por la pantalla y suspiro. Cómo me gustaría estar en el campo con él y que me abrazara como Denver hace con Sienna…

Pero vale ya de hacerse ilusiones. Darren y yo nunca seremos más que amigos. Si es que somos amigos... A veces ni siquiera sé si se da cuenta de que estoy ahí cuando quedamos. Cuando me saluda con dos besos, lo hace sin prestarme atención.

Phoenix lleva una semana en Brístol como parte del programa «Trabaja en Europa». Esperemos que le sirva para despejarse y que se haga a la idea de que tiene que hacer algo con su vida.

***Phoenix**: Chicos, piedad... ¡Son las seis de la mañana en Brístol! En fin, ¡enhorabuena! Os echo de menos…*

***Millie**: ¡Hola, chicos! ¡La semana que viene me ponéis al día!*

Tengo que pensar cómo decirles la verdad... Aunque, en realidad, puedo seguir con mi vida en Lincoln. Porque allí a nadie se le ocurriría cuestionar quién soy y de dónde vengo. Si no ha pasado ya, ¿por qué iba a pasar dentro de poco? Hay miles de estudiantes y yo soy una más; una de tantos, como siempre quise ser. Millie McDonald, la estudiante tímida que siempre se lo curra, y no Millie McDonald, la heredera de los Minnesota Warriors.

---

[1] *N. de la T.* La fiebre del oro fue un período de migración apresurada y masiva de trabajadores hacia zonas más rústicas en las que se descubrieron yacimientos de oro. Existen distintas zonas en las que se dio la fiebre del oro, pero en EE. UU., este fenómeno se produjo principalmente entre mediados y finales del siglo XX.

[2] *N. de la T.* Se refiere al supuesto grupo empresarial de la familia, no al conglomerado de McDonald's, la franquicia de comida rápida.

[3] *N. de la T.* En inglés, las siglas de la *National Football League*, esto es, la Liga Nacional de Fútbol Americano.

[4] *N. de la T.* Así se denomina a la fase de selección de los jugadores que pretenden ser profesionales en ciertos deportes, como en baloncesto (para la NBA) o, en este caso, el fútbol americano y la NFL.

2

Darren

Lincoln, una semana más tarde.

Una semana después de ganar el campeonato universitario, todavía me duele todo. ¡Tremenda fiesta nos pegamos! Salimos esa noche por Mineápolis y, cuando volvimos a casa, fuimos al estadio. La afición nos vitoreó y felicitó y no pudimos resistirnos a celebrarlo con ellos. Luego nos presentaron al alcalde de Lincoln y cenamos con él. Nos trataron como si fuéramos héroes, como si hubiéramos ganado una guerra, en vez de un campeonato. Me pregunto cómo será ganar la Super Bowl. Fijo que les dan aún más bombo. Haber ganado el campeonato universitario es el mayor logro de mi carrera y estoy muy orgulloso de formar parte de mi equipo. El año que viene tendremos la oportunidad de defender el título antes de que Tyler, Jake, Denver y yo nos presentemos al *draft* en abril.

Ahora nos esperan unas semanas de descanso. Nada de fútbol, pero mucho estrés en la facultad. Los héroes de Mineápolis también tienen exámenes, y no me apetece tener que recuperar ninguna asignatura. No se me dan nada mal los estudios, la verdad, pero para mí el deporte siempre ha sido lo primero. La única razón por la que estudio empresariales es porque no me habrían dado la beca solo por el fútbol.

Si mis padres se hubieran salido con la suya, habría dejado de jugar después del instituto y me habría ido a Houston a estudiar empresariales y agricultura y, con el tiempo, me habría hecho cargo de su enorme finca ganadera. Pero mi entrenador del instituto se puso serio y me dijo que me arrepentiría si dejaba de jugar, que debía encontrar un punto medio que nos hiciera felices a mis padres y a mí. Y eso hicimos: estudio empresariales, pero también sigo jugando al fútbol.

Llevo tres años en Lincoln y no me arrepiento de haber elegido esta universidad. Mi equipo ha llegado muy lejos y he hecho buenas migas con mis compas, sobre todo con Denver, Tyler y Jake. Creo que seguiremos siendo colegas después de la universidad. No importa dónde acabemos después del *draft*.

Es probable que Denver se quede en Chicago, porque es su ciudad natal y ahora está con Sienna. Quieras o no, lo de tener novia es una atadura, no solo porque te entregas a una persona, sino también porque debes tenerla en cuenta en tus decisiones de futuro. Sé que Sienna iría a cualquier parte con Denver, pero sigo pensando que es más fácil tomar semejante decisión cuando no tienes pareja. Yo, por ejemplo, no dejo que nadie me diga si puedo ir a cualquier parte o hasta qué hora puedo quedarme en una fiesta. Si ya empezamos con esas, luego seré incapaz de decidir por mí mismo dónde vivir. Aunque no es que nadie pueda influir en el proceso del *draft*…

Denver tiene todas las papeletas para que lo seleccionen en la primera ronda y acabe en un equipo bastante mierdero. Eso es lo que le pasa a la mayoría de los *quarterbacks* que tienen talento. Como *defensive end*[1], yo tengo más probabilidades de que me seleccione un equipazo en la segunda o tercera ronda. Sin embargo, no ganaría tanto como lo haría Denver en un equipo pésimo. Siempre nos decimos que es la pasión por el deporte lo que nos mueve, pero eso es tremenda trola. Todos en el equipo saben que a Denver lo patrocinan empresas que están fuera de nuestro alcance. Jamás se lo restregaré a mi amigo porque, a diferencia de mí, no viene de una familia rica y necesita el dinero. El Audi que yo conduzco me lo regaló mi abuelo, y mis padres

me pagan el apartamento en el que vivo. Pero como no se puede tener todo, digamos que toda la familia de Denver, excepto Phoenix, estaba en Mineápolis. Lo mismo podemos decir de los familiares de Tyler y Jake. Y mi familia, bueno… Ni siquiera me llamó para felicitarme. ¡Ni mi propia madre!

Y hablando de la reina de Roma…

—Hola, mamá… —digo, intentando mentalizarme para otro sermón por no haberme implicado en la boda de Dana.

Mi hermana mayor se casa dentro de dos semanas con el mierda de su prometido, Willmore. Ese tío me cae de pena, y tampoco creo que vaya a hacer muy feliz a Dana. Por desgracia, soy el único que parece verlo. Willmore es un capullo y lleva años poniéndole los cuernos a Dana. Cada vez que lo veo, me entran ganas de partirle la cara, porque cuando él la caga, mi hermana me llama llorando. Pero Dana me asegura que el muy cerdo lo siente en el alma. En mi opinión, no creo que se arrepienta ni un poquito. Lo que quiere es calmar a mi hermana para seguir saliéndose con la suya. Él no es el adecuado para ella, ni en el plano financiero ni emocional. Pero Dana le quiere con locura... Y mientras ella se encarga de los preparativos de la boda de sus sueños, el comemierda aprovecha para tirarse a media Austin.

Sé que yo también me acuesto con muchas, pero estoy soltero, así que estoy en mi derecho. Cuando me enamoro de una chica y salgo con ella, le soy fiel. Esto solo me ha pasado una vez en la vida, pero no duró mucho. Lisa y yo rompimos antes de empezar la universidad. Desde entonces, ella ha pasado página felizmente y ahora está con mi mejor amigo de la infancia, Jacob. Al principio me chocó que empezaran a salir, pero enseguida me di cuenta de que, más allá del *shock*, no me afectaba en absoluto. Yo tengo mi vida en Lincoln, y ellos, la suya en Austin.

—Hola, hijo… —dice mi madre—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y vosotros?

—Pues bien, cómo vamos a estar… —responde monótona, y yo suspiro.

Hablar con ella es agotador... Su voz siempre tiene el mismo tono plomizo. A veces me pregunto por qué será incapaz de mostrar alguna emoción cuando habla conmigo.

Sé que he decepcionado a mis padres. No soy el hijo que querían, pero sigo siendo hijo suyo. Sin embargo, mientras que mi padre al menos intenta acercarse a mí y mantener el contacto, mi madre tiene tanta empatía como una piedra. Sin ir más lejos, Dana hace todo lo que ella le pide. Aunque la vida que mi madre quiere para ella, y especialmente su matrimonio con Willmore, van a acabar con mi hermana. Pero Dana tiene que descubrirlo por sí misma…

—¿Cuándo vas a venir? —me pregunta.

Me apoyo en el reposacabezas del asiento del coche y pongo el intermitente para aparcar delante del bar donde he quedado con estos.

—La semana que viene, mamá —respondo—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Vale —responde ella—. ¿Y vas a venir con alguien?

—Que voy soooolo… —insisto mientras apago el motor—. Es la boda de Dana, lo cual ya es un desastre, porque nadie más que yo parece darse cuenta de que Willmore no la trata bien y...

—Ya basta —me interrumpe—. No eres una estrella del fútbol en casa, Darren. Aquí tienes ciertas responsabilidades, y una de ellas es venir a la boda de tu hermana con una acompañante. Ya nos estamos luciendo con toda esta tontería del fútbol y te estamos pagando más cosas de las que deberíamos. Por una vez, por favor, contrólate y ven a la santa boda.

—¿Cuándo he dicho yo que no vaya a ir? —contesto, ignorando sus comentarios de

mierda—. Pero no puedes pretender que vaya a la boda de mi hermana con una chica cualquiera, solo porque su madre o tú queráis emparejarme con ella. ¿De qué vas, mamá? Da un poco de vergüencita…

Sobre todo porque no me acercaría a esas petardas aburridas ni con un palo, así que ni de coña me pongo a tontear con ellas.

—¿Dónde te has dejado el sentido de la responsabilidad, Darren? ¡Espabila! —dice y yo pongo los ojos en blanco, molesto—. En mi opinión, Catherine Howard sería una buena elección. Su padre es uno de nuestros mayores proveedores y...

Solo de pensar en Catherine se me revuelve el estómago. Está buena y tal, pero no se me ocurriría llevarla a la boda de mi hermana. Es un pelmazo y no necesito sufrir más de la cuenta ese día. Si voy a llevar acompañante, al menos tiene que ser alguien con quien me lleve bien...

—Tengo novia —digo, de repente—. ¿Puedo ir con ella, al menos?

¿Qué coño me pasa? No tengo novia y no voy a conseguir una de la nada de aquí a la semana que viene. ¡Me cago en la puta! Liadote…

—¿Tienes novia? —me pregunta con una voz más tranquila que de costumbre—. ¿Y por qué no me has dicho nada?

—Porque acabamos de empezar —balbuceo, mientras hago crecer la bola—. Nosotros... Bueno, empezamos a salir justo después de Navidad.

—¿Y cuándo pensabas decírnoslo? —pregunta con su habitual tono tajante—. ¿Y no ibas a llevar a la pobre chica a la boda de Dana?

—Mamá… —refunfuño—. ¿Cómo quieres que se lo diga? Llevamos juntos solo tres semanas. No era el momento ni el lugar…

Joder… Ni de coña se creen este embuste. Seguro que me pillan.

—Darren, tráetela.

A ver, ¿acaso tenía otra opción? Solo se me ha ocurrido esta historia, y eso nos lleva a otro problema: ¿Quién coño va a acceder a semejante coñazo? No es plan de llevar de acompañante a una animadora o a uno de mis ligues para presentársela a mi madre… Si hubiera sido un poco más listo, me habría pasado el día emborrachándome con Catherine. En vez de eso, tengo que buscarme a una novia falsa para soportar el circo que es esta boda. Estupendo. Una boda que no debería celebrarse, con una novia que no existe. Esto solo me puede pasar a mí.

—Se lo preguntaré… —murmuro vagamente.

Sorprendentemente, mamá no se ha dado cuenta de que ni siquiera he llamado a mi supuesta novia por su nombre. Antes de que se me vaya de las manos, me despido de mi madre:

—He quedado, mamá. Adiós.

Y sin esperar su respuesta, cuelgo. Exasperado, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

Mierda, mierda, mierda.

Tendría que haberme callado la boca y haber cedido ante sus absurdas maquinaciones, como llevo haciendo años. Ahora mismo, no me soporto.

Cojo la cartera, el móvil y las llaves del coche y me dirijo al bar.

Denver y Jake me esperan sentados en nuestra mesa habitual, en un rincón del local, mientras que Tyler está de pie junto a la barra. Mis amigos levantan la mano para llamar mi atención. No han tardado mucho en verme.

Una vez en la mesa, me siento en una de las sillas vacías.

—Hola, tíos…

—Hola, Darren —dice Tyler, mientras deja las bebidas delante de nosotros.

—¿Qué pasa, crack? —respondo.

Miro los vasos y de repente me arrepiento de haber conducido hasta aquí. Ahora no podré tomarme una cerveza. Aunque, después de hablar con mi madre, necesitaría algo más fuerte. Quizá un whisky o dos... o tres.

—¿Qué te pasa, *bro*? —dice Jake, directo al grano—. Pareces rayado.

Me froto la cara y sacudo la cabeza.

—Mi madre me ha llamado otra vez por la boda de mi hermana —le digo, dando un sorbo a mi cocacola—. Me ha vuelto a preguntar si pienso llevar acompañante. Llevo semanas posponiéndolo.

—¿Por? —pregunta Tyler y yo exhalo sonoramente.

Se nota que mis amigos no proceden de las altas esferas estadounidenses y no entienden este tipo de obligaciones. Van a las bodas con o sin pareja, y a todos se la suda. Pero en nuestro caso, lo que prima es el «qué dirán».

—Así son las cosas en nuestra familia —les explico.

No vale la pena entrar en detalles. Para el caso, lo van a olvidar en cinco minutos... Me dan un poco de envidia, la verdad. Aun así, continúo:

—Es lo que mis padres esperan de mí, y como no había dicho nada al respecto, mi madre ha empezado a buscarme acompañante entre las hijas de sus amigas.

—¿Y no hay alguna que te guste? —pregunta Denver, sonriente, y yo pongo los ojos en blanco.

—No, capullo….—respondo, mientras aprieto el puño izquierdo—. Nada ni nadie va a hacer que me presente en la boda de mi hermana con una aburrida sureña que encima se hará ilusiones de que vaya con ella.

Los tres se miran y sonríen.

—No voy a acostarme con ninguna. No lo he hecho nunca y no pienso empezar ahora —añado—. No estoy tan desesperado. Además, allí no se toman las anticonceptivas. Si el condón se rompe, ya la hemos liado. ¡Boda de rebote!

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Jake—. Bueno, no es por nada, pero tener un hijo no es motivo para casarse. En fin, a lo importante: tu madre va a seguir buscándote a alguien, ¿verdad?

—Le he dicho que tengo novia… —susurro, mirando a un lado y a otro.

A Tyler y Jake casi se les desencaja la mandíbula del asombro, y Denver se atraganta con la cerveza. Mi amigo se pone a toser de forma violenta y no para hasta que Jake le da unas *palmaditas* —o una somanta de hostias, más bien— en la espalda.

—Pero tú no tienes novia, ¿verdad? —dice Denver, sin tapujos.

—¡Claro que no!—digo, poniendo los ojos en blanco—. Y sabes que no quiero una. Me da perezote.

Denver pone los ojos en blanco, a su vez, como suele hacer últimamente cada vez que suelto una de esas.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunta Jake de nuevo, aunque hubiera preferido que no lo hiciera—. No pensarás pedirle ayuda a una de tus follamigas o de las animadoras, ¿no?

Denver y Tyler le dan la razón y mi mejor amigo interviene:

—A ver, las cosas claras: tienes pocas opciones, por no decir casi ninguna, porque te has tirado a medio mundo, crack.

Me están poniendo de los nervios. Quiero que dejen de decirme cosas que ya sé y empiecen a decirme algo que pueda ayudarme. Como, por ejemplo, cómo conseguir novia ahora

que se me echa el tiempo encima. Porque estoy en la mierda, no nos engañemos.

—No me estáis ayudando mucho, colegas… —les digo—. ¿Se os ocurre algo sensato?

—A ver, pensemos...

Denver se da golpecitos en la barbilla con el dedo índice. Parece estar dándole vueltas al asunto. Su sonrisa, sin embargo, sigue siendo burlona. Mi amigo abre la boca y suelta:

—Básicamente, necesitas a alguien con quien nunca te hayas acostado, que pueda chaparle la boca a tu madre, pero que tenga cierta educación, y ojo, que pueda gustarte y todo. Al fin y al cabo, tienes que fingir que sois pareja. Ya sabes...

—Resumiendo, una aguja en un pajar —concluyo—. Las únicas chicas de la universidad con las que no me he acostado, que me caen bien y de las que me fío son Sienna, Phoenix, Joy y Millie.

Bueno, las dos primeras están descartadas por razones obvias. Tampoco creo que pueda presentarme allí con Joy. Mi madre se volvería loca si creyera que mi novia tiene el pelo azul. Además, Joy y yo no nos llevamos muy bien, que digamos. Aunque sería divertido ver la cara de mi madre si me llevara a Joy. Además, he oído que es una fantasía en la cama. En realidad, ella sería la chica perfecta, pero es justo lo contrario a lo que mi madre espera.

—Supongo que no hace falta decir que Sienna está descartada —suelta Denver, arqueando la ceja.

Mi amigo es un caso. Cuando un chico mira a su novia durante más de un segundo, se pone macroceloso. Una vez le dio un puñetazo en la cara a Tyler por besar a Sienna en una fiesta nada más llegar a Lincoln. ¡Ni siquiera estaban saliendo todavía!

Denver reflexiona y sigue hablando:

—Y no voy a dejar que mi hermana pequeña se acerque a tu polla.

Me encantaría contestar que ya ha dejado que se le acerque la polla de Jake, y que se la ha metido a Phoenix muchas veces, pero mantengo la boca cerrada. Denver no puede o no quiere admitir que obviamente hay algo entre su mejor amigo y su hermana. Además, Phoenix no va a volver de Europa hasta dentro de un tiempo, así que ella tampoco es una opción.

—Pues díselo a Millie —dice Tyler, como si fuera evidente—. Ella es perfecta.

Levanto las cejas. Ahora sí que me apetece una cerveza. Millie es la persona más aburrida del planeta. Dios... Siempre está tan calladita... No soporto a las chicas que pasan desapercibidas. Apostaría todo lo que tengo a que no solo es virgen, sino que además, ni siquiera se ha liado con nadie.

Por no decir que siempre anda por ahí con sus blusas de señora y sus vaqueros pitillo. ¡Muchacha, que tienes buen cuerpo!

Justo antes de Navidad, fuimos todos a un spa en Chicago. Allí, ella no podía esconderse en su ropa de vieja, así que descubrimos que estaba bastante buena. ¡Vaya culo! Tenía las tetas demasiado pequeñas para mi gusto, pero aun así, no estaban mal. Y está cien veces mejor con lentillas que con gafas…

Tyler probablemente tenga razón. Millie encaja en el perfil de la nuera de ensueño. Es más, es evidente que es educada y discreta a más no poder. Sienna también lo es, pero Millie me recuerda mucho a Dana. Es como si viniera de una familia como la mía.

Por otra parte, no pensaba ir a una boda con alguien que no supiera comportarse.

—No sé yo… —dice Denver—. No creo que sea la adecuada…

—¿Por qué no? —pregunta Jake—. Tyler tiene razón. Darren se lleva bien con Millie. Bueno... la conoce, al menos, y sabe que no le avergonzará. Además, ella seguro que cumple las

expectativas de su madre. ¡Todo son ventajas!

—Estoy de acuerdo con él —dice Tyler, asintiendo con la cabeza—. Pídeselo, tío.

—¿Denver? —digo, mirándolo con urgencia—. ¿No tienes ninguna objeción? Es de nuestro grupo y las chicas me matarán si la cago con ella.

—¿Pero por qué ibas a cagarla? —interviene Jake—. Ni que fueras a quitarle el cinturón de castidad a Millie…

Tyler se ríe a carcajadas y yo pongo los ojos en blanco, molesto. No quiero quitarle el cinturón de castidad a Millie. Ni siquiera me gusta. ¿No se dan cuenta de que tengo un problema mucho mayor?

—No te preocupes —gruño—. No entraba en mis planes, para qué mentir.

El caso es que necesito llevar a alguien a la boda de Dana, y Millie parece la mejor opción.

—Está bien, se lo pediré… ¡Qué remedio!

—Bueno, ten en cuenta que quizá tengas que besarla y tocarla, porque es tu novia, ¿no? —dice Denver, guiñándome un ojo—. A lo mejor te lo gozas...

No le contesto. Prefiero pensar en cómo hacer que todo esto le parezca mínimamente agradable a Millie. Porque tirarle la caña y acostarme con ella no es una opción.

---

[1] *N. de la T.* En español, «ala defensivo».

3

Millie

Me tumbo en la cama y miro a mi compañera, Amanda. Cuando me asignaron este estudio, tenía la esperanza de hacerme su amiga. Después de todo, nunca he tenido muchos amigos. Y mira tú por dónde, tenía la ridícula convicción de que mi compañera se convertiría en mi mejor amiga, como en esas películas de adolescentes que solía ver.

Pero bueno, es evidente que no he tenido mucha suerte. Ahora comparto estudio con una zorra mala que siempre me dice que soy un muermo y me da a entender que ojalá me mude pronto. A veces me pregunto si Amanda sería tan mala conmigo si supiera que soy multimillonaria. Probablemente me lamería tanto el culo que tendría que levantar la cabeza para respirar cada dos segundos.

Amanda y su amiguita Hayden, que es aún más tonta, si cabe, son los zorrones de la uni. Es mejor no contar con cuántos se han acostado. De hecho, prefiero no saber a quiénes se han tirado del equipo de fútbol.

Tampoco me apetece pensar en lo que pasó cuando Sienna y Denver empezaron a salir oficialmente. Amanda estuvo días preguntándome si era verdad y qué veía Denver en Sienna. Aunque no lo dijo en voz alta, es obvio que piensa que Sienna y Denver hacen muy buena pareja, y sabe que Denver está loco por mi amiga y quiere estar con ella por encima de todo.

—¿Estás estudiando? —pregunta Amanda.

Levanto la vista de mi MacBook para mirarla.

—No —respondo—. ¿Y tú?

—¿Yo? Sí, bueno…—dice, riéndose, mientras se echa su melena larga y negra hacia atrás —. Estoy mirando ofertas para las vacaciones de primavera.

¿Por qué pensé por un segundo que Amanda había venido a la uni a estudiar? Seré estúpida... Me pregunto cómo habrá llegado al tercer semestre. Nunca la he visto estudiar en serio. Tal vez sea superdotada y pueda memorizar todo lo que lee. No apostaría por ello, pero a veces, los milagros ocurren.

Vuelvo los ojos a mi MacBook y abro con fastidio los enlaces con los vestidos de noche que me ha enviado Maya. A Preston y a ella los han invitado a un baile y, por supuesto, quiere ir perfecta. Aunque mi hermana siempre lo está.

Llaman a la puerta y Amanda salta de la cama. Lleva unos pantalones cortos tan ajustados que prácticamente se le sale el culo entero, y un top sin sujetador que hace que se le noten los pezones con la mínima ráfaga de viento. Y yo sintiéndome desnuda con mi top liso, mi sujetador con relleno y mis *leggings* ajustados, con los que nunca me atrevería a salir a la calle...

Amanda se echa de nuevo el pelo para atrás y se baja aún más el top, para lucir su escote.

—Darren... —murmura y yo levanto la cabeza—. ¿Qué haces aquí?

Amanda se apoya en la puerta y se relame con lascivia.

Típico de ella.

Intento esquivarla con la mirada y se me acelera el corazón sin previo aviso. Darren está empanado mirando a Amanda, lo que no me sorprende ni un poquito. Y, por supuesto, ella se le insinúa de inmediato. Le encantaría rodearle el cuello con los brazos, tirar de él hacia su cama y

follárselo delante de mí. ¡Claro que sí!

—Hola —le dice después de quedarse mirando sus tetas un buen rato—. Vengo a ver a Millie.

—¿A Millie? —pregunta Amanda, sorprendida, mientras se vuelve hacia mí.

—¿A mí?

Cierro mi MacBook y le miro, aún en *shock*.

Vacilante, me levanto de la cama y me cruzo de brazos. A diferencia de Amanda, no me siento cómoda con que me vea así. Nerviosa y un tanto confusa, me acerco a él y aparto a Amanda. Sé que le habrá molestado. Supongo que estaba segura de que Darren venía a verla a ella. No sé si se habrán acostado alguna vez y, francamente, no quiero saberlo. Ha estado con tantas chicas que una más o una menos ya no importa. Pero el hecho de que ella, de todas las mujeres del mundo, se pueda haber acostado con él, me ofende. Tampoco soy fea, así que no entiendo por qué no se fija en mí. ¡Y todo porque, a diferencia de la mayoría de chicas del campus, llevo ropa decente y no me abalanzo sobre él!

Bueno, puede que me falte un poco de confianza en mí misma…

—¿Quieres hablar con Millie? —pregunta Amanda, mientras vuelve a su cama y se sienta en ella.

Me encantaría poner los ojos en blanco, pero por educación, no lo hago. Darren no es tan discreto y lo hace por mí, así que sonrío. Parece que no le gusta la actitud de Amanda.

—Eso es lo que he dicho, sí. En privado, por favor…

—¿Ahora?

Amanda nos mira y se levanta de la cama. Se pone un jersey y unos pantalones de chándal y nos mira con el ceño fruncido. Luego mira a Darren y dice:

—Quizá sigas aquí cuando vuelva…

No creo que esté aquí tanto tiempo, pero me siento aliviada cuando cierra la puerta tras de sí y nos quedamos a solas. Pero esta sensación dura solo unos segundos. Porque ahora me enfrento al siguiente problema: nunca he estado a solas con Darren. Siempre que nos hemos visto, había alguien más de mis amigos. Estar a solas con él y tener que sacar tema de conversación me pone nerviosa.

Me muerdo el labio y le miro. Darren me devuelve la mirada y, una vez más, no puedo creer lo bueno que está. Tiene la sudadera arremangada, lo que deja ver sus brazos tatuados. Hace poco que se ha cortado el pelo y su sonrisa hace que me tiemblen las rodillas. Ya veo por qué Amanda se lanzó a la yugular. Si yo tuviera más experiencia y no fuera tan tímida, no me lo habría pensado dos veces. Pero ni siquiera soy capaz de parecer mínimamente sexy delante de Darren. Aquí estoy, aún de pie y con los brazos cruzados para que no me vea el pecho.

—¿Quieres sentarte? —pregunto mientras señalo la silla de mi escritorio.

Darren asiente con la cabeza y la acerca a él, y yo me siento de nuevo en la cama. Le miro, con las piernas cruzadas.

—¿Qué querías decirme?

Darren apoya los antebrazos en los muslos, como si estuviera nervioso. No deja de lamerse los labios.

¡Dios, lo que daría por sentir esos labios en los míos una sola vez en la vida! Por lo visto, besa muy bien…

—Mi hermana se casa dentro de dos semanas… —dice, al fin.

Ya lo sabía. Sienna me lo ha dicho. También me contó que Darren no quiere ir porque no

tiene una buena relación con su familia. Por suerte, a mí no me pasa. Tengo muy buena relación tanto con mi hermana como con mis padres.

—Y tengo que llevar una acompañante…

Tardo un momento en asimilar las palabras. Su hermana se casa y él tiene que llevar una acompañante... Hasta ahí todo bien, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

Dudo y aparto la mirada. Darren no puede haber tenido la idea absurda de llevarme a mí, ¿verdad? No me lo puedo creer. A ver, somos amigos, pero podría pedírselo a Joy o a todas las chicas del campus, que estarían encantadas de acompañarle. Pero ahora que lo pienso, ¿me imagino a alguien más yendo con él? Uf, y menos a Joy… Es mi amiga y sabe que estoy enamorada de él, pero no quiero arriesgarme a que pase algo entre ellos.

¿En qué estoy pensando?

Joy piensa que Darren es un imbécil. Se le llena la boca diciéndolo. Ella nunca tendría nada con él.

—¿Me has escuchado?

Darren me mira, riéndose, y yo doy un respingo.

—Perdón —murmuro, torpemente—. ¿Puedes repetirlo?

—Sí… Te he dicho que si querrías venir conmigo…

—¿Por qué yo? —respondo con valentía, frunciendo el ceño—. Perdona, pero no te faltan voluntarias…

Darren esboza una sonrisa arrogante que me hace poner los ojos en blanco.

¿Por qué me empeño en decirle algo que ya sabe?

—La verdad es que no —dice y acerca la silla de escritorio hacia mí.

Ahora está tan cerca que sus rodillas casi tocan las mías. Observo los pocos centímetros que nos separan y luego vuelvo a mirarle la cara. Sigue sonriendo y me dice:

—Necesito a alguien en quien pueda confiar y, lo que es más importante, alguien que sepa comportarse.

No me esperaba esa respuesta. En cuanto a la confianza, puedo entenderlo, pero ¿lo de que necesita a alguien que se comporte? No tiene mucho sentido. Si les dice a las chicas lo que tienen que hacer, seguro que cumplen.

Darren finalmente borra la sonrisa de suficiencia de su cara y suspira.

—Mi madre es alguien muy difícil… —admite, rascándose la nuca—. ¿Lo entiendes ahora?

—Así que por eso quieres que vaya contigo... —respondo.

Los labios de Darren se curvan en una sonrisa. Aún se creerá que me ha convencido. Menuda situación…

—Te entiendo, pero... ¿Quién tiene unos padres perfectos?

—A ver cómo te lo explico… —murmura, frotándose las manos con nerviosismo.

Es la primera vez que lo veo tan retraído y callado. No es propio de Darren. Siempre se muestra seguro de sí mismo. Se hace el chulo, vaya.

—Mis padres, sobre todo mi madre, no aprueban mis decisiones. No les gusta que juegue al fútbol o estudie tan lejos de casa. Aunque siguen apoyándome económicamente, probablemente sea por compromiso. Así, sus amigos aprueban nuestra relación y no parece que me han abandonado. Si fuera por mi madre, llevaría trajes elegantes y acabaría haciéndome cargo del negocio familiar. También saldría con una de las hijas de sus fabulosos y descerebrados amigos y me casaría con ella en cuanto pusiera un pie en la finca. Pero no quiero

hacer eso. Además, la boda de Dana va a ser todo un acontecimiento social. Necesito una acompañante que esté a la altura. Tiene que ser simpática, pero no demasiado atrevida como para comentar lo excéntrica que es mi familia.

Asiento con la cabeza y añado un pequeño pero sutil detalle:

—Y también necesitas una acompañante que nunca se haya acostado contigo, ¿verdad?

No sé de dónde me he sacado estas contestaciones tan atrevidas. Sienna, Phoenix y Joy estarían orgullosas de mí. De hecho, Darren está consiguiendo sacar a la Millie que tanto me cuesta reprimir en Lincoln. Soy bastante tímida, lo admito. No siempre actúo, pero a menudo suelo ser más echada para atrás, porque creo que así es más fácil que no se me relacione con los Minnesota Warriors. Una chica tan reservada no podría ser la heredera de semejante club.

—Sí, bueno, eso también… —admite a regañadientes—. Pero no me he acostado con todas las chicas del campus, Millie. Que lo sepas.

—Menos mal, porque no sé si a Jake y a Denver les haría mucha gracia… —respondo, guiñándole un ojo.

La risa de Darren me pone la piel de gallina. Me alegra volver a verlo de tan buen humor y poder mantener una conversación agradable con él. No me esperaba que pasara esto. Me sorprende poder pronunciar una frase entera sin trabarme en su presencia. Y lo de responderle con descaro ya, ni te cuento…

—Justo ahí quería llegar… —dice, poniéndose serio de nuevo—. No puedo llevar a Joy. Tiene el pelo azul y suelta cada una por esa bocaza… Mi madre se volvería loca. Y bueno, si quieres algo a cambio, haré lo que sea. Te puedo comprar un bolso de estos caros de los que os gustan, pero que no os podéis permitir. O cualquier otra cosa que os llame la atención a las chicas…

Esto es el colmo ya... Me río sin filtro, aunque intento contenerme. Está intentando comprar con un bolso a la hija de un multimillonario. ¡Buena jugada, figura!

Respiro hondo y le miro a los ojos. He descubierto más cosas de él en este ratito que en los últimos seis meses. Me sorprende que venga de una familia tan conservadora.

—Supongo que tu madre es aficionada a esos estúpidos bailes de debutantes,[1] ¿no?

—Sí… —dice, rechistando—. ¿Y tú como sabes eso?

—Fui a uno una vez —respondo con sinceridad y respiro hondo.

Creo que puedo contarle algo sobre mí, aunque sea. Luego, continúo:

—Fui a un colegio privado y formaba parte de la experiencia. Son un pelmazo, y además, todos los que asisten son unos estirados.

Recuerdo aquella tarde con horror. Fue un desastre de principio a fin.

—Ah... No lo sabía.

Darren parece sorprendido. Se levanta y se inclina hacia mí.

—Eso significa que sabes cómo comportarte en ese… mundillo.

—Sí —respondo, sin dudarlo.

Darren no hace el amago de preguntar y asiente sin pensárselo dos veces.

—¿Entonces vendrás? —me pregunta, con cierta esperanza.

Para ser sincera, no sé qué decirle. Me halaga que me lo pida y que confíe en mí. Al fin y al cabo, hay cientos de chicas que estarían dispuestas a acompañarlo. Es abrumador. Pero, por otra parte, tengo que estudiar para los exámenes. ¿Cómo voy a hacerlo si me voy a Texas con él durante una semana?

—Tengo que estudiar —digo, intentando convencerme a mí misma—. Los exámenes están al caer, y…

—Puedes estudiar allí.

Darren echa por tierra mi argumento más sólido y me sonríe.

—Haremos una cena de ensayo con mi familia dos días antes de la boda y luego solo nos quedará la ceremonia. No te pido más. Con cuatro días es suficiente. Cuanto antes volvamos, mejor.

—Darren…—digo, poniendo los ojos en blanco—. Estás hablando de tu familia…

—Sí, bueno… Si quieres llamarla así…

Se inclina hacia delante y pone sus manos sobre las mías. Su cara está tan cerca de la mía que puedo ver el brillo de sus ojos. Me mira, suplicante. Así no hay forma de decir que no a semejante locura.

Darren cree que todo es muy fácil, pero no lo es. Tenemos que hacernos a la idea de pasar tiempo con el otro. Por no hablar de que tengo que averiguar cómo es su familia.

Debe haber una explicación de por qué yo, de entre todas las candidatas posibles, soy la que va a acabar yendo. También estaría bien recordar que estoy enamorada de Darren, y que él no tiene ningún interés en mí. Como mucho, le gustaría ser mi colega.

—No te lo pediría si no fuera realmente importante…

Al muy idiota se le da bien cortar de raíz todos mis argumentos. Le basta con una mirada.

—Ya lo sé, ya… —digo, permisiva—. ¿Puedo pensármelo?

—¿Cuánto tiempo necesitas? —me pregunta, y yo me encojo de hombros.

—Pues hasta mañana, por ejemplo…

—¿Pero por qué? —dice, mientras me da un codazo—. No hay mucho que pensar: solo dime si te apuntas o no.

Suspiro, me separo de él y me pongo de pie. Tengo miedo de que, si le conozco más, acabe con el corazón roto. Desde la distancia, lo de estar enamorada no está tan mal. También está guay fantasear con él o soñar cosas un poco subidas de tono… Pero en el momento en que ceda y me vaya con él, todo irá a más.

—¿Tenemos que fingir que somos pareja? —pregunto, conteniendo la respiración.

—¿A qué te refieres?

La silla cruje y Darren se da la vuelta para colocarse frente a mí, aunque yo le doy la espalda.

—Ya sabes a lo que me refiero… —respondo, molesta.

No me creo que sea la primera vez que se lo plantee.

—¿Tengo que fingir que soy tu novia, Darren?

—Sí —responde, sin miramientos.

Inmediatamente, me pongo tensa. Me vienen a la cabeza imágenes de nosotros besándonos, cogidos de la mano y durmiendo en la misma cama. Eso es lo que hacen los novios, ¿no? Pues no sé si podré hacerlo. Solo he besado a un chico en toda mi vida y fue un desastre. Darren se ha acostado con más chicas que zapatos tengo yo, y eso que en el apartamento que me compraron mis padres hay un cuarto entero que hace de zapatero. ¿Qué tendría que hacer para poder camelármelo si accediera a seguir con esta farsa?

¿Se puede morir una por tener el corazón roto? Espero que no.

—Millie…—murmura, justo detrás de mí.

De repente, me coge del brazo y me da la vuelta para ponerme frente a él. Levanto la

cabeza para mirarle a los ojos y trago saliva. Es tan sexy...

—¿Eso te supone un problema?

—¿Y a ti?

Le hago la misma pregunta. Para mí, liarme con él sería un sueño hecho realidad. Pero para él… seguro que sería muy diferente.

—No —responde con sinceridad, sonriéndome—. Si no, no te lo habría preguntado.

—Mmm…—murmuro, sonriéndole—. Bueno, en ese caso, ¡lo haré!

¿Quién sabe? Quizá sea una oportunidad para conocernos mejor y para que él por fin me vea tal y como soy: una mujer hecha y derecha, y no solo el tímido ratoncito que está en su grupo de amigos.

—¿En serio? —pregunta mirándome con asombro.

No puedo evitar reírme.

—Que sí, hombre… —le contesto, aún sonriente.

Darren me coge en brazos y me levanta en el aire.

Le rodeo el cuello con los brazos y me acurruco contra él. Aprieto mi cuerpo contra el suyo y noto sus duros músculos. Darren se detiene, pero en lugar de bajarme, se me queda mirando.

Nerviosa, le devuelvo la mirada y, mientras su boca se acerca cada vez más a la mía, contengo la respiración. El corazón me late en la garganta y temo que se me salga del pecho en cualquier momento.

—¿Puedo besarte? —susurra.

---

[1] *N. de la T.* Baile formal en el que se presenta a las solteras de las altas esferas de la sociedad y que normalmente se celebra en primavera o verano. Es una costumbre conservadora y en ella se valoran la etiqueta social y los modales de las candidatas.

4

Millie

Miro a Darren a los ojos mientras sigue apretándome contra su musculoso cuerpo. Ninguno de los dos es capaz de apartar la mirada, y sus manos recorren mis caderas con fervor. Luego, decide bajarme. Besar a Darren es una de mis fantasías recurrentes, y, pensaba que nunca sucedería. Pero ahora me ha preguntado si puede hacerlo, y tengo el estómago revuelto de los nervios.

—Sí… —digo, en un suspiro.

Me pongo de puntillas. Aunque llevara tacones, Darren sería bastante más alto que yo.

Sus labios se curvan hasta formar una sonrisa. Aparta su mano derecha de mi cadera y me la pone en la mejilla. Con suavidad, me acaricia poco a poco hasta que su pulgar llega a mi labio inferior y tira de él hacia abajo. La yema de su dedo es áspera, como siempre imaginé que sería. Una sola mirada de cerca a sus labios confirma mi teoría: no tienen ni una sola imperfección. Son carnosos e impecables, y están enmarcados por su oscura barba.

Jadeo, sorprendida, cuando me separa los labios con el pulgar y lo desliza en mi boca. ¿Qué está pasando? Creía que iba a apretar sus labios contra los míos y a darme un beso dulce y casto. Pero en lugar de eso, me mete el pulgar en la boca…

Junto los labios y dejo que mi lengua se deslice sobre la punta de su dedo. No sé si lo hago bien o si es lo que quiere. A fin de cuentas, nunca he hecho nada parecido. Darren desliza el dedo hacia las profundidades de mi boca y aprieta mi cuerpo contra el suyo, lo que hace que se me acelere el corazón. Los firmes músculos de su torso me reciben con deseo, y algo que tiene entre las piernas, y que claramente no era tan grande hace unos segundos, ejerce presión en mi vientre.

—Joder, Millie… —gime y me saca el pulgar de la boca.

Vuelvo a mirarle a los ojos, anhelante, y me humedezco los labios con la lengua. Creo que es la primera vez que alguien se pone tan caliente conmigo.

Darren les echa un vistazo rápido a mis labios por última vez antes de agachar ligeramente la cabeza y lanzarse. Vuelvo a rodearle el cuello con los brazos y me acurruco contra su cuerpo tonificado. Sus manos se mueven hacia mis caderas e intenta acercarme más a él. Sus labios se contorsionan suavemente con los míos. Me adapto a su ritmo y dejo que él tome la iniciativa. Para mí, no existe nada más en el mundo. Deseaba tanto este beso que estoy desesperada por hacerlo bien. Desde que vi a Darren por primera vez, me he imaginado besándole, y ahora, por fin, ha ocurrido. Y me besa tiernamente. He visto lo agresivo y salvaje que es con otras chicas, pero conmigo no es, ni por asomo, así.

Su mano baja hasta mi culo y me lo agarra para sentirme más cerca. Jadeo. Su tacto me deja sin palabras. Abro la boca sin poder evitarlo y Darren introduce la lengua entre el hueco de mis labios. Una vez más, me rindo a él. Lo que empieza como un beso cauteloso se convierte en un maratón salvaje de besos en el que él lleva la voz cantante.

—Tócame… —dice él.

Todavía reacia, dejo que mis manos se deslicen por su enorme pecho y bajen hasta llegar a su vientre. Sobresaltada, agarro la tela de su sudadera y él me muerde suavemente el labio inferior. Darren separa su boca de la mía y me mira, sonriente.

Esto es mejor de lo que esperaba. Pero mi experiencia es tan limitada que no soy capaz de averiguar si le está gustando o no. A juzgar por su mirada y sus manos, que aún están en mi culo, diría que sí.

Un poco más animada, vuelvo a acercarme a él y aprieto mis labios contra los suyos. Inmediatamente, Darren me responde con un beso apasionado. Mis manos recorren su pecho y su vientre de nuevo. Esta vez, agarran la cintura de su sudadera, y allí, me detengo.

—Haz lo que quieras conmigo —me susurra entre beso y beso—. No muerdo…

Me río porque, obviamente, ya me ha mordido el labio una vez hoy. Deslizo los dedos bajo su sudadera y la camiseta que lleva debajo. Como era de esperar, unos músculos duros como el acero me dan la bienvenida y suspiro de placer. Su cuerpo es todo lo que había soñado.

¡Joder, está buenísimo!

Empiezo a acariciarlo. Las manos de Darren se abren paso bajo mi top y doy un respingo. Con cuidado, dibujan pequeños círculos bajo mis pechos. El corazón vuelve a latirme desbocado. Los besos y el toqueteo superficial son una cosa, pero que me acaricie por debajo de la ropa es algo muy distinto.

Tengo los nervios a flor de piel. Estoy más cerca de Darren de lo que nunca imaginé, y me planteo seriamente renunciar a mis principios y dejarme llevar hasta el final.

—Millie… —me susurra Darren en la comisura de los labios, mientras juguetea con el cierre de mi sujetador—. ¿Puedo?

Aparta las manos de mi sujetador por un instante y busca el dobladillo de mi top. Frunzo los labios y dudo un instante. Voy a perder la virginidad con Darren…

De repente, se me pasan mil cosas por la cabeza: Vale, me estaba reservando para el chico adecuado, pero es imposible que se me presente una oportunidad como esta. Habrá que hacerlo en algún momento, ¿no? Ya sea hoy con Darren o dentro de seis meses con otro chico, ¿qué más da? En el fondo, da igual, pero está claro que a quien deseo es a Darren.

—Sí… —digo, antes de cambiar opinión, y levanto los brazos.

Darren me quita el top y lo tira al suelo. De pie, frente a él, con mi clásico sujetador negro, me siento increíblemente insegura. Tengo unos conjuntos de encaje preciosos, pero no esperaba tener que llevar uno hoy. Los ojos de Darren recorren mi cuerpo y se detienen en mis pechos. Me muerdo el labio, nerviosísima. Mis pechos son más bien pequeños. Bueno, decentes… Tengo una copa B. La madre naturaleza podría haberse lucido un poquito más conmigo.

Nunca había deseado tantísimo tener los pechos perfectos, porque Darren se detiene en ellos más de lo que esperaba. Intento decir algo, pero él me atrae con fuerza hacia su cuerpo y me besa el cuello. Pasa sus labios suavemente por mi fina piel y su mano derecha abre el enganche de mi sujetador. Mientras le ayudo a quitarme la última prenda que cubre mi torso, me entran escalofríos.

Los ojos de Darren van como un rayo al encuentro de los míos. Nuestras miradas se cruzan por un instante. Darren sonríe y se inclina en dirección a mis pechos. Besa suavemente mi piel ardiente y, cuando su boca roza mi pezón por primera vez, gimo.

Joder, ¡qué gozada!

Sienna y Joy me habían hablado ya de lo mucho que les gusta que les toquen los pezones. Tenían razón. Darren chasquea la lengua al separarse del primero y luego se dispone a lamer el segundo. Y así, sigue alternando entre uno y otro. Me chupa los pezones y juega con ellos con la lengua hasta que ambos están duros y firmes. Respiro de forma entrecortada y observo cada uno de sus movimientos. Sus besos se abren camino hasta mi ombligo, y luego hunde la lengua en la

cintura de mis *leggings*. Sus enormes manos rodean y cubren mis pechos por completo. Quizá sean demasiado pequeños, pero a Darren no parece importarle.

—Quítate los *leggings* y súbete a la cama…

Su orden y la urgencia repentina de su cuerpo al levantarse me devuelven a la realidad. Indecisa, dejo que mis ojos recorran su cuerpo. Él aún está vestido. Darren me acerca más a él. Mis pechos se aprietan contra el fresco tejido de su camiseta y, mientras me besa, mis pezones excitados rozan con la tela.

—Por favor…—añade, mientras me acaricia las nalgas.

Me aparto y doy un paso atrás. Un poco más atrevida y animada por su mirada fogosa, busco el dobladillo de mis *leggings* y tiro de ellos hacia abajo. Respiro aliviada al ver que llevo bragas a juego con el sujetador. Estoy segura de que Darren nunca ha tenido que lidiar un conjunto de lencería tan soso. Me quito los calcetines y lanzo lejos de mí. Luego me siento en la cama, aún con las bragas puestas, y lo miro. Desde esta perspectiva, parece mucho más imponente y corpulento. Además, tiene un bulto considerable a punto de reventar en sus vaqueros.

Darren camina hacia mí y se coloca sobre mi cuerpo. Me pone las manos a ambos lados de la cabeza y aprieta sus labios contra los míos. Esta vez no me lo pienso dos veces y recibo de inmediato su lengua. Él gime, se inclina sobre mí y presiona su duro sexo contra el mío.

—Te deseo… —susurra, mientras me besa el cuello—. Dime que tú también me deseas…

—Yo también te deseo… —respondo, con necesidad.

Darren me agarra el pecho izquierdo y pellizca ligeramente mi pezón con el dedo índice y el pulgar para estimularlo. Juega con el otro con la lengua y yo vuelvo gemir.

Tumbada en la cama con las piernas abiertas, me da todo vueltas con tan solo pensar qué más va a hacerme. Me muero de ganas de que me toque. Darren no parece ser el tipo de chico que solo se preocupa por su propio placer. De momento, se está esforzando mucho en hacerme gozar.

Vuelve a besarme el vientre y deja que su lengua se deslice hasta mi ombligo. Mi respiración se acelera y me río ligeramente. Las yemas de sus dedos acarician mi piel caliente.

—¿Tienes cosquillas? —me pregunta, mirándome.

—Puede ser… —respondo con descaro.

Estoy impresionada conmigo misma. De normal, me habría muerto de vergüenza.

Al oír mi respuesta, me dedica una sonrisa cómplice y, de repente, me besa el interior de los muslos. Su cabeza se desliza entre mis piernas, que están separadas por sus anchos hombros. En esta posición, tiene una vista perfecta de mi sexo, que aún está cubierto por mis bragas.

—Dios, eres preciosa… —susurra, y mi cuerpo empieza a estremecerse.

—Darren… —gimo con fuerza.

Su dedo corazón recorre la abertura de mi sexo.

Joder…

—Deja que Darren cuide de ti… —me contesta con arrogancia.

Quiero juntar los muslos con todas mis fuerzas, pero él vuelve a separarlos con suavidad.

—Por favor, quédate así…

Se separa de mí y se quita la sudadera lentamente. Aprovecho para contemplar su torso desnudo e intento grabar en mi mente cada centímetro de su piel. Tiene dos golondrinas tatuadas en el pecho izquierdo y una enorme cabeza de león en el derecho, con la boca abierta.

La única parte que no está tatuada es su oscuro pezón. También tiene los brazos cubiertos

de tatuajes, pero no puedo distinguirlos desde esta distancia.

Darren se inclina sobre mí y me deja ver el vello de su pecho. Estiro la mano y lo acaricio con las yemas de los dedos. La mirada que me dirige es mágica e íntima. Nos miramos a los ojos durante unos segundos antes de que vuelva a acercarse y yo le bese con pasión. Darren me devuelve el beso y centra su atención en la carne caliente entre mis piernas.

Unos segundos después, me separa suavemente los labios con el dedo. Jamás me habían tocado ahí. Darren es el primero y eso me pone un poco nerviosa. Debería haber perdido la virginidad antes, en una de las fiestas del campus. Me da miedo decepcionarlo o que me pida cosas que no estoy dispuesta a hacer.

—Estás buenísima… —susurra, mientras me besa en la cadera antes de humedecerme el dobladillo de las bragas con la punta de la lengua—. ¿Quieres que siga?

Darren señala mi ropa interior y me mira. Hasta ahora, me ha pedido permiso para tocarme, excepto con el tema de sobarme los pechos. Pero estoy segura de que no haría nada que yo no quisiera. La verdad es que es más considerado de lo que pensaba, así que asiento y le sonrío.

Darren me quita las bragas y las desliza por mis muslos, antes de lanzarlas al suelo. No me deja cerrar las piernas para que esconda mi intimidad de su mirada, sino que se desliza entre ellas. Estoy completamente expuesta delante del tío más bueno que conozco. Trago saliva mientras se queda quieto mirando mi pubis depilado durante unos segundos. Hay una parte de mí que espera que se levante y se vaya. Ni siquiera se ha quitado los pantalones…

Darren presiona su boca contra mi sexo antes de que pueda darle más vueltas al asunto.

¡Joder, sí!

Su lengua recorre mis labios vaginales y me acaricia el clítoris. Arqueo la espalda y gimo. Me retuerzo con cada uno de sus movimientos. Él me pone las manos en las caderas para empujarme contra el colchón. Clavo los dedos en la colcha y empujo la pelvis hacia él. No sé qué está haciendo con la lengua, pero no quiero que pare. Es la sensación más increíble que he experimentado nunca. ¿Por qué habré esperado tanto?

Bueno, ahora que lo pienso... Joy siempre dice que tienes que besar muchos sapos para conseguir al príncipe que esté dispuesto a comértelo.

—Joder, Darren… —gimo, mientras él posa sus labios alrededor de mi clítoris de nuevo y lo succiona—. Sí, sigue…

De repente, oigo un ruido. Por el rabillo del ojo, le veo tirar las llaves del coche, el iPhone y la cartera al suelo, junto a la cama. Sigue tentándome con la lengua, pero cuando siento su dedo en la entrada de mi sexo, me tenso. Aún no me ha penetrado con la lengua y nunca he sido lo suficientemente valiente como para meterme un dedo ahí dentro, excepto cuando me he cambiado los tampones. Los juguetes sexuales nunca han sido una opción para mí.

Darren desliza su dedo corazón dentro de mí. Por suerte, estoy tan mojada que se introduce en mi sexo sin oponer resistencia. Me penetra con una serie de suaves impulsos mientras su lengua sigue acariciándome el clítoris. No aguanto mucho más, y llego al clímax poco después. Gimo con fuerza y se me nubla la vista momentáneamente. Un segundo después, dejo caer mi espalda sobre el colchón y noto que él se separa de mí.

Mi primer orgasmo ha sido increíble. Ahora sé a qué se refieren mis amigas cuando dicen que una buena lengua y un dedo hábil pueden hacerme ver las estrellas.

Vuelvo al momento presente en cuanto escucho la hebilla del cinturón de Darren, que se ha incorporado y está de pie frente a mí. Se baja la cremallera de los vaqueros y se quita los

calzoncillos, sin apartar la vista de mí ni un segundo.

Al ver su erección, trago saliva. En comparación, su dedo parece diminuto. Aunque no tengo un referente con el que compararlo, estoy segura de que Darren está bien dotado.

De repente, siento miedo. Es mi primera vez. ¡No tengo ni idea de cómo va a caber ahí dentro! Darren se quita los calcetines y se inclina hacia su cartera. Luego saca un pequeño envoltorio de plástico que tiene el típico circulito en el medio.

Ha llegado el momento de ponerse serios. Voy a perder la virginidad con Darren.

—Tírate hacia atrás hasta apoyarte en el cabecero.

Asiento y me incorporo poco a poco. Darren abre el envoltorio y se pone de rodillas en la cama. Se deshace del plástico y coloca el condón sin esfuerzo sobre su pene erecto. No quiero saber cuántas veces lo ha hecho. Casi parece rutinario.

Darren me agarra por las corvas y me acerca a él. Se inclina sobre mí y presiona suavemente sus labios contra los míos. Le devuelvo el beso y le rodeo el cuello con los brazos, para acercarlo aún más a mí.

Darren desliza el pene entre mis labios varias veces y me da un par de toquecitos con él en la abertura de mi intimidad. Gimo sin apartarme de su boca y entierro la cara en la curvatura de su cuello. Él coloca su pene justo en la abertura y hace que le rodee la cintura con la pierna izquierda para que entre más fácil.

Mientras me penetra, clavo los dientes en su piel caliente. Mis uñas arañan la parte superior de sus brazos para aliviar la presión que siento en mi sexo. A cada centímetro, duele un poco más. Ahora mismo, no puedo pensar con claridad.

Maya dijo que no dolería si me lo hacía bien y Sienna y Joy me prometieron que solo dolerían los primeros centímetros. Pero me arde todo. Me duele mucho y me entran ganas de gritar. Sin embargo, Darren jadea suavemente.

—Darren, espera... —murmuro—. Me duele…

—Perdona… —dice él, mientras me acaricia las mejillas—. Es que te deseo tanto…

Sé que debe de encantarle ser el primero en estar ahí abajo, pero no sé cómo reaccionar. Veo que se queda quieto un segundo y entonces me penetra una vez más. Gimo por una mezcla de dolor y desconocimiento.

—Tranquila… —susurra, besándome la sien.

Al principio, el gesto cariñoso me reconforta, pero eso no hace que se me pase el dolor.

—Darren… —jadeo—. Me sigue doliendo…

—Vale. Respira. Voy a ir más despacio, a ver si se te pasa… —responde, separándose de mí.

Darren levanta la cabeza para mirarme. Yo sigo tumbada debajo de él, con su miembro duro dentro de mí.

—¿Mejor? ¿Seguimos? —murmura, apretando su boca contra la mía.

Antes de que pueda decir nada, Darren empuja hacia delante. Acalla mi grito con un beso y yo intento aferrarme a su pelo para volver en mí. Me incorporo ligeramente y Darren me susurra al oído:

—Respira, Millie… —dice, dulcemente—. Inspira y espira... Eso es.

Él se tensa al tacto de mis manos. El sudor resbala por nuestros cuerpos y se mezcla mientras nos aferramos el uno al otro.

Para mi sorpresa, el dolor disminuye y respiro, aliviada. Darren me gira la cara y me mira con cariño. Yo le devuelvo la mirada y ambos entrelazamos nuestros dedos por encima de mi

cabeza. Justo después, empieza a moverse dentro de mí.

Al principio siento un hormigueo que no sabría describir, pero pronto, la extrañeza da paso a la misma sensación de placer sin límites que su lengua y su dedo habían despertado en mí.

5

Darren

Millie respira de forma constante y profunda, así que deduzco que está dormida. Tiene la cabeza apoyada en mi hombro y el brazo derecho encima de mi abdomen. Miro al techo y cierro los ojos un momento. Aunque me gustaría hacerlo, no puedo decir que las últimas horas hayan sido un desastre. Pero una vocecilla en mi interior me grita que esta vez he ido demasiado lejos.

Millie aún era virgen y no estaba muy cómoda. Se le notaba, y aun así, decidí seguir adelante. Cuando se la metí, enseguida me di cuenta de que estaba bastante tensa y tenía muy poca experiencia. Sus besos ya me lo habían demostrado. Normalmente, las chicas con las que follo saben lo que quieren o están dispuestas a seguirme el rollo, pero con Millie no ha sido así.

Vale, los besos no estuvieron mal. Me gustaron y todo. La verdad es que hacía mucho tiempo que no me besaban con tanta ternura. Al principio, fue un poco raro, pero luego una cosa llevó a la otra y acabamos follando. Todo fue tan deprisa que, llegados a un punto, no había vuelta atrás. Lo del dolor es normal en la primera vez, ¿no? Es algo que le habría pasado con cualquier tío. Bueno... Tal vez eso es lo que quiero pensar para sentirme mejor. Ahora mismo creo que soy el mayor gilipollas del mundo.

A ver, estoy seguro de que a Millie le encantó que la besara, le hiciera un dedo y luego se lo comiera. Ya es mayorcita para decidir por sí sola si quiere tirarse a un tío o no.

Miro hacia abajo y veo su preciosa cara: sus labios finos pero perfectamente curvados y las bonitas pecas de su nariz. Nunca me había fijado en lo guapa que es. Siempre la he visto como una empollona que se viste de la forma más aburrida posible. Pero hoy, con esos *leggings* y su top, estaba increíblemente sexy.

En fin, da igual cuántas veces intente convencerme de lo contrario: la he liado. Debería haber parado. Al fin y al cabo, accedió a perder su virginidad conmigo. La primera vez es especial para todos, algo que uno siempre recuerda, y Millie ha desperdiciado su oportunidad conmigo.

Seguro que no querrá volver a quedar conmigo dadas las circunstancias. No es una de esas chicas para las que el sexo es solo sexo. No me la imagino de ese palo. Millie decidió acostarse conmigo porque le gusto y porque confía en mí; eso lo tengo claro. Puede que incluso esté enamorada de mí, y eso me revuelve el estómago. Odio cuando las chicas se pillan por mí, porque se vuelven molestas y pegajosas. Y eso es justo lo que hará Millie…

Le quito el brazo de encima y le paso la mano libre por debajo de la cabeza para apoyarla en la almohada. Ella masculla algo en sueños, pero no se despierta. No quiero encontrarme con Amanda. Si pasa, Millie y yo la llevaremos clara. Fijo que su compañera le dirá a todo el mundo que me vio desnudo en la cama de Millie.

Sin hacer ruido, salgo de su cama, me pongo la ropa, me guardo el iPhone, las llaves del coche y la cartera, y salgo de la habitación con los zapatos en la mano. Echo un último vistazo a Millie. Está de espaldas a mí y sigue durmiendo plácidamente. Suspiro, parpadeo despacio y cierro la puerta tras de mí.

La he cagado pero bien.

Salgo del edificio y me dirijo a mi Audi. Una vez allí, saco mi iPhone y abro el chat grupal

con Denver, Jake y Tyler.

Un momento. Para el carro.

Si lo suelto sin más, Denver se lo dirá a Sienna y Jake se lo dirá a Phoenix, si es que aún siguen hablando, y si eso pasa… fijo que me castran. Especialmente Sienna. Bueno, la verdad es que no les falta razón. He sido un cerdo cabrón. En lugar de eso, cierro el chat y abro la conver[1] con Tyler.

***Darren**: ¿Por dónde andas?*

Dejo el iPhone en la consola central del coche y arranco el motor.

Tyler se ha convertido en mi mejor amigo en las últimas semanas. Quizá sea porque Jake y Denver son un dúo inseparable, y ahí no hay quien se meta. A ver, está claro que todos llevamos siendo amigos desde el primer día de uni, pero se nota que ellos son panas[2] para toda la vida. Se conocen desde que eran niños. Jake siempre ha estado ahí para Denver, y más hace unos años, cuando su padre falleció en la guerra. Me pregunto si seguirán del colegueo cuando Denver descubra que Jake se está tirando a su hermana. Al pensar en eso, se me escapa una sonrisilla, pero acto seguido, me siento fatal.

Tyler, por otro lado, es nuevo en la universidad y ha pasado a ser el cuarto *bro*[3] de nuestro grupo, después de que Denver entrara en razón y viera que Tyler no quería nada con Sienna y el tema del beso no era más que una tontería. Con el tiempo, Tyler y yo nos hemos unido más y más. Tenemos muchas cosas en común, más allá del fútbol, y de vez en cuando, quedamos a solas. Espero no equivocarme con él.

Mi colega responde y su mensaje aparece en la pantalla del coche:

***Tyler**: Estoy en casa, ¿por?*

Cojo el iPhone, lo desbloqueo y abro la conver. No es algo que suela hacer. Las distracciones al volante nunca son buenas, pero esta vez, haremos una excepción.

***Darren**: Quédate ahí. Llego en veinte minutos.*

***Tyler**: Vale. ¿Todo ok?*

***Darren**: La he cagado…*

***Tyler**: ????*

No le contesto. Vuelvo a poner el iPhone en la consola central y piso el acelerador.

***

Justo veinte minutos después, aparco mi Audi enfrente de la casa de Tyler. Vive en un adosado cerca del campus con otros dos chicos. No me acuerdo de sus nombres; para qué mentir. Según Tyler, casi no pisan su casa. Espero que hoy también sea el caso, porque no me apetece

tener público. Cuanto más lo pienso, peor me siento. Porque ahora no solo estoy seguro de que no debería haberme acostado con Millie, sino de que no debería haber huido justo después.

Tío, Darren, eso no se hace...

A ver... En mi defensa diré que, normalmente, me la pela. De hecho, cuando me tiro a alguna, suelo pirarme en cuanto terminamos y me deshago del condón. Pero Millie... ¡Mierda, tío! Es una chica muy especial y no se merece acabar con un gilipollas como yo.

Apago el motor y cojo la cartera, el iPhone y las llaves antes de salir y cerrar la puerta tras de mí. Mi Audi se cierra con el chasquido habitual del seguro y yo me dirijo a la puerta y llamo al timbre. No tardan en abrir y entro. Me quito los zapatos en el recibidor y subo corriendo unas pequeñas escaleras. Tyler me espera al otro lado de la puerta. Entro y me encuentro con el salón en el que supongo que todos harán vida. El apartamento también tiene una pequeña cocina, dos cuartos de baño y una habitación para cada uno de ellos.

—¿Qué tal, tío? —dice Tyler a modo de saludo.

Mi amigo lleva dos cervezas en la mano y las deja en la mesita.

Tyler tiene buen músculo y es unos centímetros más alto que yo. Teniendo en cuenta su complexión, podría ser mejor jugador defensivo que yo si se lo planteara.

—He pillado unas birras, por si acaso. Son sin alcohol.

—Gracias, *bro*….

Me siento en el sofá y cojo un tercio.

—Necesitaba una…

Tyler da un sorbo a su cerveza y me mira, con las cejas fruncidas.

—¿Qué te pasa? ¿La has liado?

—Sí. La he liado pero bien —insisto.

—Darren, arranca de una vez —dice Tyler—. Sé que si fuera una tontería, no me lo dirías.

Doy otro sorbo a mi cerveza y asiento con la cabeza. Tiene razón. Tyler me conoce bastante bien; por eso sabe que me siento culpable por algo.

—Fui a ver a Millie —le digo, dejando la cerveza delante de mí para no tirármela encima —. Quería pedirle que me acompañara a la boda de Dana.

—Vale, ¿y se lo pediste o qué?

Asiento con la cabeza.

—Pero luego las cosas se me fueron de las manos —le confieso en voz baja.

Aprieto los labios y escondo la cara tras las manos para no tener que mirar a Tyler. Pero es una idea horrible, porque de repente, aparecen en mi mente imágenes del cuerpo de Millie: su piel desnuda, ella clavándome las uñas en los hombros... Joder, ¡qué mal! He liado la de Dios.

—¿Cómo se te puede haber ido de las manos? ¿A qué te refieres? —pregunta Tyler, y justo después, yo lo miro.

—Pues… ella quería… en fin… —respondo.

Tyler abre los ojos como platos. Supongo que no se lo esperaba.

—Y... luego todo pasó muy rápido.

Vale, eso es una trola. De rápido no tuvo nada. Fuimos despacio; de hecho, dejé que Millie se tomara su tiempo para asegurarse de si quería ir más lejos o no.

—¿Qué pasó tan rápido? —pregunta Tyler—. No exageres, va…

—Pues primero nos besamos —confieso—. Y luego… una cosa llevó a la otra. Bueno, ya sabes a qué me refiero…

Con cuidado, miro a Tyler y veo la sorpresa en sus ojos. Estaba claro que mi amigo se iba

a quedar en *shock* en cuanto se lo contara. Pero yo estoy aún más jodido por lo que ha pasado estas últimas horas.

—Claro que lo sé —responde Tyler—. Pero es Millie, tío. ¿En qué estabas pensando?

—Yo...

—¿Pero qué digo? —me interrumpe con dureza, mientras sacude la cabeza—. Tú nunca piensas las cosas. ¿Y ahora qué mierdas vas a hacer?

—¡Yo qué coño sé! —le suelto, molesto—. Perdón por gritarte, es que...

—Joder, Darren, lo tuyo es… Justo estábamos hablando ayer de lo inexperta que es y de que nunca te ha interesado, y por eso mismo, era la candidata perfecta. Y ahora vas y te la follas.

—¿Crees que no lo sé? —suelto, cogiendo de nuevo la cerveza.

—Bueno, quizá se te olvidó justo antes de follártela…

—¿Podrías dejar de decir que «me la follé»? —exclamo—. No fue así.

Miro a Tyler con rabia, aunque me merezco que me diga todo esto. He sido un irresponsable, y no solo porque aún necesito la ayuda de Millie. Ella nunca tendrá otra primera vez, y la ha desperdiciado con un imbécil como yo.

—Yo tampoco me lo esperaba —digo, para explicarle la situación.

Vamos, que me estoy justificando.

—Nos besamos y... no pudimos parar.

Tyler respira hondo y coge su cerveza. Yo hago lo mismo y nos quedamos en silencio un momento hasta que vuelve a abrir la boca.

—¿Fuiste al menos un poco más delicado con ella? —me pregunta y mi cabeza se gira para mirarle, atónito.

Tyler no mueve ni un músculo.

—Venga, Darren. Los dos sabemos que el misionero no es lo tuyo. Y ella era virgen, ¿verdad?

—Sí y sí —respondo, mientras respiro hondo—. Joder, claro que fui delicado con ella. ¿Quién te crees que soy? No soy tan gilipollas como todos creen. Sé cuándo ser dulce con alguien.

Vaya frasecita de imbécil engreído he soltado…

Pero para mí, era importante que ella lo disfrutara. Nunca habría hecho nada que ella no quisiera. Sin embargo, en cuanto se la metí, noté que quería que parara. ¡Claro que lo noté! Y aun así... No podría haberle evitado ese dolor, ¿no? Es normal…

—Perdona, tío… —dice Tyler sinceramente—. Bueno, ¿y qué tal?

El muy cabrón ahora sonríe de forma sugerente y sube y baja las cejas.

—Fue...

Por un momento intento arrancar, pero me faltan las palabras. Nada puede describir lo que ha pasado entre Millie y yo.

—No estuvo mal.

—¿«No estuvo mal»?

—Sí, lo que oyes —repito—. Como tú dijiste, nada del otro mundo. Excepto porque hice que se corriera primero en mi boca.

Solo de pensar en ella retorciéndose y mojando mi boca en su primer puto orgasmo, se me pone dura.

—¿Has desvirgado a alguien alguna vez? —le pregunto.

—Sí… —responde Tyler, que de repente parece distante y pensativo—. Pero fue hace

años.

—¿Y te gustó? —le pregunto.

Mi amigo asiente.

—Sí, mucho —responde Tyler en voz baja.

Esta faceta suya también es nueva para mí. De normal solemos fardar el uno con el otro de las chavalas con las que ligamos. Nunca habíamos tenido una conversación tan profunda y sensiblera, pero me siento mucho mejor.

—Ella me gustaba, para ser exactos, pero le hice mucho daño.

—Yo también se lo he hecho a Millie… —añado, mientras respiro hondo—. Me pidió que parara, pero yo… Joder... Soy un gilipollas. Pero es que… No habría cambiado nada, ¿sabes?

—Lo sé —dice Tyler—. Era algo por lo que tenía que pasar.

—Exacto —contesto en voz baja—. Pero no te referías al plano físico con lo de que le hiciste daño a esa chica, ¿verdad?

—No —dice, dejando su botella ruidosamente sobre la mesa.

Su pequeño gesto para zanjar el tema me hace dar un respingo.

—En fin… ¿Cuál es el plan con Millie? Sigues necesitando una acompañante para la boda de tu hermana. Pero ahora que la has desvirgado, fijo que no quiere ir contigo.

—Me da que no… —murmuro—. Aun así, creo que voy a pedírselo otra vez y espero que diga que sí. Me gusta bastante… Quiero decir, me gusta pasar tiempo con Millie. Es buena chica y confío en ella.

—Ya lo sé, ya —responde Tyler con una sonrisa y me da unas palmaditas en el hombro—. Pero anda, tira a por ella. Las mujeres suelen guardarte rencor cuando sales huyendo después de follar. Por lo que sea…

—Hablas por experiencia, ¿no? En plan… Sigues hablando de lo que te pasó con esa chica, ¿no?

Tyler asiente y vuelve a coger su cerveza.

—¿La conozco? —pregunto, con la esperanza que mi amigo se abra como yo he hecho con él.

Sin embargo, parece que mi pregunta le molesta.

—Se llama Jolene —susurra Tyler—. Y sí, claro que la conoces.

Me esfuerzo por ubicar a esa chavala, pero no conozco a ninguna Jolene. Bueno, no me viene a la mente nadie con ese nombre. Intento visualizar a las chicas con las que ha estado en los últimos meses, pero… nada.

—Bueno, tú, la conoces como Joy.

Me cuesta asimilar lo que me acaba de soltar. ¿Tyler y Joy? Sí, bueno, ¿y qué más? Joy lleva acostándose con el primero que pilla desde que la conozco.

—¿Joy? ¿Nuestra Joy? Pero, pero... ¿Cuándo? ¿Y dónde? ¿Y cómo? Rollo… ¿de qué la conoces?

—Fuimos juntos al instituto. Nuestros padres son médicos. Mi padre en el ejército, y el de Joy trabaja en el hospital local, donde se trata a los soldados cuando tienen heridas demasiado graves.

—No me lo puedo creer…

Me esperaba muchas cosas, pero desde luego no que Joy y Tyler se conocieran. Tan a fondo, además.

—¿Cómo es que nunca nos lo has contado?

—Jolene... Bueno, Joy no quiere que lo haga —responde encogiéndose de hombros—. Además, me evita a toda costa. Hablamos con normalidad, pero creo que solo lo hace para no cargarse la dinámica de grupo.

—¿Y qué pasó exactamente entre vosotros? —pregunto.

—Fue mi último verano en Kentucky, antes de que mi familia y yo nos mudáramos a Ohio.

Tyler parece abatido mientras me cuenta su pasado.

—Joy y yo nos pasábamos los días juntos. Me gustaba mucho, y por eso no me atreví a decirle que nos mudábamos. No pude hacerlo. Pero entonces llegó la última noche.

No digo nada, pero sigo escuchándole.

—Nos acostamos y, para ella, fue la primera vez —susurra Tyler, pasándose una mano por el pelo—. Le dolía, pero quiso seguir. Fue increíble. A mí me encantó, pero bueno... A la mañana siguiente, me fui. No le dije nada, ni siquiera un «adiós». Y cuando la vi aquí en la universidad... Ya te puedes imaginar.

Esta historia me deja sin palabras. De todas las personas del mundo, tenía que ser Joy. No me lo esperaba.

—¿No os habíais visto en todos estos años? —le pregunto.

Tyler niega con la cabeza.

—No. No nos habíamos visto en cinco años. De hecho, al principio me costó reconocerla, pero en fin, lo que intento decirte con todo esto es que si no vas a por Millie, le romperás el corazón. Ella no se lo merece. Y Joy, tampoco, en su momento...

Tyler me mira intensamente. Estoy de acuerdo con él. Ella no se lo merece, pero no puedo volver a su piso.

—No puedo ir, tío…

Entierro la cara en las palmas de las manos, y me froto los ojos con frustración. Luego continúo:

—Su compañera de piso, Amanda, estará al caer, si es que no ha vuelto ya, y sabes lo bocazas que es…

—Joder… —dice mientras se rasca el puente de la nariz—. No Había caído en eso. Pues entonces mándale un mensaje o llámala.

Sé que lo mínimo sería llamar a Millie o escribirle, pero no me atrevo a coger el iPhone y marcar su número...

---

[1] *N. de la T.* Apócope de «conversación».

[2] *N. de la T.* Colegas, amigos.

[3] *N. de la T.* Del inglés, *brother*, apócope que utilizan los jóvenes para dirigirse a sus amigos. Podría traducirse por «colega» o «tío».

6

Millie

Han pasado unos días desde mi primera vez con Darren. Cuando me desperté y vi que no estaba tumbado a mi lado, no me sorprendió especialmente, pero no por eso me dolió menos. Habría estado bien que Darren hubiera seguido abrazándome y diciéndome había disfrutado tanto como yo. Pero se fue, y quizá fuera mejor así. Para él, solo soy otro número en una larga lista de chicas con las que se ha acostado y solo Dios sabe cuán larga es. No significo nada para él, eso es evidente. Si no, se habría quedado conmigo. Pero Darren solo mira por su propio placer.

Sin embargo, por más que lo intento, no consigo arrepentirme de lo que pasó. Darren fue muy dulce conmigo. Me besó con delicadeza, me preguntó en varias ocasiones si estaba bien, y luego me tocó y me comió lo que hay *ahí abajo*. Nunca pensé que llegaría al orgasmo tan rápido. Fue genial y, por lo que sea, ahora me siento más segura de mí misma.

Por fin podré participar cuando mis amigos hablen de lo más bonito que hay en el mundo. Aunque todavía me dan un poco de palo las groserías de Joy y Phoenix. Pensar en sexo y soltar esas guarradas en voz alta son cosas muy distintas. Al principio, cuando Darren me penetró, pensé que me iba a partir en dos. Pero Sienna y Joy me dijeron que a ellas también les dolió, o sea que…

Entro en el restaurante donde he quedado con Sienna y Joy para comer. Sienna luce discreta, con su pelo rubio y su maquillaje al natural, pero Joy parece una diosa. Su pelo negro con mechas azul oscuro, su perfecto delineado negro y sus labios rojos la convierten en una *femme fatale*. Sus raíces asiáticas le confieren un brillo muy especial.

—¡Hola! —digo, mientras saludo a Joy con un abrazo—. ¿Qué tal estáis?

Luego abrazo a Sienna y me siento en la mesa con ellas.

—Bien, ¿y tú qué? —responde Sienna, mientras me pasa la carta—. Llegas tarde.

—Lo siento… —respondo bruscamente mientras me quito la chaqueta—. Tenía que devolver unos libros…

Es mentira. Cuanto más les miento, peor me siento. He ido a recoger un vestido que encargué en una *boutique* de Chicago hace unas semanas. Mi abuelo cumple setenta y cinco años y quiere celebrarlo por todo lo alto. No puedo ir sin un vestido adecuado para la ocasión. Aunque, en verdad, tengo cientos de vestidos hechos a medida, y la mayoría solo me los he puesto una vez. Pero en el camino de vuelta, me he quedado atrapada en un atasco y he tenido que hacer una parada técnica para dejar el vestido y el Porsche en el apartamento. Una vez allí, me he cambiado para coger el autobús. En días como hoy, tener una doble vida es un tanto estresante. Me habría encantado venir con mi ropa de diseño y mi bolso de Chanel. Si hubiera venido directa con el coche, habría llegado a tiempo, pero ¿cómo explicaría a mis amigas que conduzco un Porsche Panamera y llevo un bolso de cinco mil dólares colgado del hombro?

—Mírala, la que siempre está ocupada… —me regaña Joy, sacudiendo la cabeza—. Relájate, tía, no vas a suspender ni un examen.

Me encojo de hombros y me escondo detrás de la carta. Ya sé que voy a aprobar los exámenes, pero eso no es lo que me importa. Quiero dirigir un club de fútbol algún día, no

conseguir un trabajo mediocre en una oficina por culpa de un expediente similar al de la media. El hecho de que vaya a heredar el club, en lugar de ganármelo a base de sudor y lágrimas, hará que mi debut sea aún más difícil. Porque bueno, no nos engañemos... Cuando me saque el máster y ocupe el asiento del jefe en sala de reuniones de los Minneapolis Warriors, voy a necesitar algo más que mi apellido para imponerme a los hombres de la junta directiva. Porque no creo que me tengan el mismo respeto que a mi abuelo, a no ser que pueda restregarles mis buenas notas. Jamás me lo dirán a la cara, pero ya he oído los rumores: algunos piensan que soy una chiquilla que no tiene ni idea. De hecho, dudo que mis buenas notas me salven. Me será difícil ganarme el respeto de la sarta de hombres de mediana edad que estarán sentados en la misma mesa que yo y que creen que el mundo es suyo.

—Creo que quiero una ensalada —decide Sienna, y luego cierra la carta—. ¿Y vosotras?

—Yo también —digo, porque no tengo ganas de seguir mirando la carta.

—¿Y por qué no te pides una hamburguesa? —dice Joy, arqueando las cejas mientras mira a Sienna—. ¿O es que a Denver no le mola la idea?

Sienna pone los ojos en blanco y yo sonrío. Denver nunca le diría a mi amiga lo que tiene que comer. Estoy segura de que no le importa. Pero está claro que yo no puedo inflarme, ahora que tengo que acompañar a Darren a la boda de su hermana dentro de dos semanas. Suspiro al pensar en él. No tengo ni idea de si sigue queriendo que vaya con él. Ahora que nos hemos acostado, las cosas han cambiado entre nosotros. No hace falta ser un genio para darse cuenta. Si Darren se digna a hablar conmigo, lo hará de una forma muy distinta, y entonces nos tocará aclarar las cosas. Si voy a hacer de su novia, necesito saber mucho más sobre su familia, ¿no? Empezando por lo más básico, como sus nombres.

—Darren me ha pedido que vaya con él a la boda de su hermana —suelto, sin tapujos.

Mis amigas se quedan heladas y me miran fijamente. Sus bromas sobre comida sana y chicos han pasado a un segundo plano.

—Su madre quiere que lleve a una acompañante y me ha pedido que vaya con él.

Nerviosa, miro a Sienna y a Joy. Al principio, ambas se quedan calladas.

—Vaya…—suelta Sienna—. Qué raro, ¿no?

Mis amigas no saben cómo ocultar su asombro.

—Le he dicho que sí.

Vuelven a abrir los ojos y me muerdo el labio. Por la forma en que me miran, creo que ha sido un error. Joder, ¡era obvio!

En cuanto nos quedamos a solas, nos acostamos sin pensárnoslo dos veces. No tengo ni idea de cómo vamos a fingir que no ha pasado nada en Texas si no hablamos de lo que pasó hace unos días.

—¿Creéis que la he liado? Me estáis echando una miradita… —les pregunto con cautela.

—A ver... bueno... Creo... *Las dos* creemos que...

Sienna tartamudea, mientras mira a Joy desesperadamente, y ella le responde con un leve suspiro.

—Creéis que es un error… —concluyo.

Si Joy es incapaz de abrir la boca, significa que no podría haberla cagado más.

—Millie… —dice, apretándome la mano—. No te enfades conmigo, pero ¿crees que es buena idea ir a casa de la familia del chico por el que llevas meses colada? ¡Y encima para fingir que sois la pareja perfecta! Darren no siente lo mismo que tú…

—Joy —susurra Sienna, con enfado—, no sigas por ahí.

—¿Por qué? —le pregunta ella—. ¿De verdad crees que Darren le jurará amor eterno después de esto, como hizo Denver contigo? Eso es ridículo. Estamos hablando de Darren Andrews.

—Sí, puede ser. Pero no seas tan bruta. Tus palabras hacen daño.

Sienna mira a nuestra amiga con desdén y pone su mano sobre la mía. Suavemente, me acaricia el dorso de la mano con el pulgar.

—No lo dice en serio…

—¡Claro que lo dice en serio! —rechisto.

Conozco a Joy desde hace un tiempo ya. La mayoría de las veces tiene razón. Es absurdo que siga enamorada de Darren, y si él se enterara, seguro que se reiría de mí delante de los chicos. Si es que no lo ha hecho ya, después el peor polvo de su vida… conmigo, además. Se me llenan los ojos de lágrimas y sollozo en silencio. Soy una imbécil inocente. Darren me necesita para que su madre cierre el pico, nada más. Haría lo que fuera para conseguirlo; incluso desvirgarme.

—Millie Mouse… —susurra Joy, acercándose para darme un suave abrazo—. No llores. No lo he dicho a malas…

—¡Pero tienes razón! —digo mientras me seco las lágrimas—. Es obvio que no siente lo mismo por mí… Y yo soy tonta. Ciega y tonta.

—No lo eres —dice Sienna—. ¿Recuerdas lo absurda que fue la situación con Denver al principio? Besé a Tyler y todo…

—Pero es que… nos acostamos, ¿vale? —suelto, sin poder aguantarme—. Después de que me lo pidiera.

Sienna y Joy se quedan calladas unos segundos. Se miran, pero guardan silencio. Si yo fuera ellas, no sabría qué decir para mejorar la situación. Me ha desvirgado el chaval por el que todas las chicas del campus pierden las bragas. Ya no puede ir a peor.

—¿Te obligó a...? En plan, ¿Darren te hizo...? —dice Joy, y luego respira hondo—. Bueno, ¿te presionó el muy cerdo?

—No —jadeo, sacudiendo la cabeza—. No eso. Para nada. No dejaba de preguntarme si estaba cómoda y si me estaba gustando.

—Si hubiera sido tan listo y atento, no te habría tocado, para empezar —dice Joy, despotricando sobre Darren—. Ahora quiero partirle la cara.

—Que no es lo que pensáis… —digo para defender a Darren.

Sí, fue una mierda que se fuera, pero no me obligó a hacer nada que yo no quisiera.

—Le dije que sí a lo de ir a la boda de su hermana y él... me levantó por los aires de la emoción. Luego se paró en seco y me miró y ... y me preguntó si podía besarme.

—¿Y dijiste que sí? —pregunta Sienna en voz baja, mientras me da una servilleta para que me seque las lágrimas.

Por el rabillo del ojo, veo a Joy hacer señas a la camarera para que no se acerque. Dios, qué vergüenza. Estamos hablando de esto en un restaurante al lado del campus.

Buen lugar, Millie.

—Sí —respondo—. Le dije que sí y luego nos besamos y nos tocamos…

—¿Y luego seguisteis? —pregunta Sienna.

—Sí —contesto de nuevo—. Darren me comió… ya sabéis, lo de *ahí abajo*…

Me sonrojo por tener que contarlo en voz alta. Nunca había hablado de sexo y no se me da muy bien escuchar cuando otros lo hacen.

—¿Te lo comió por primera vez? —dice Joy, entre dientes—. Ojo ojito...

—¿Por? —pregunto, irritada—. ¿A vosotras no os lo hicieron a la primera? ¿O es que no os gustó?

Las dos estallan en una carcajada y no logro comprender lo que pasa.

—La primera vez que me corrí fue con Denver —explica Sienna, sonriéndome—. Así que no, no es normal que una llegue al orgasmo la primera vez que le comen en coño.

—Yo tampoco me corrí —dice Joy—. Bueno, ¿tú sí?

Ambas me miran y mis mejillas se tiñen de rosa al pensar en cómo me retorcí al sentir la lengua de Darren. Mi mente se evade al recordar cómo me separó los muslos para llegar mejor a mi intimidad.

—Ajá… —digo, sonriente, y me muerdo la lengua—. Sí que me corrí.

—Ahora estoy celosa… —dice Joy.

En realidad, mi amiga siempre se las arregla para hacerme reír.

—¿Y luego follasteis? —me pregunta Joy.

—Sí —respondo—. Fue... No sé... Me dolió, la verdad…

Miro a uno y otro lado, y cierro los ojos unos segundos para apartar de mi mente ese recuerdo algo difuso.

—Suele pasar la primera vez —contesta Joy—. A mí también me dolió. En ese momento pensé que jamás me acostumbraría. Sentí como si me estuviera destrozando por dentro.

—¡Eso pensé yo! Y eso que ni siquiera me la había metido entera… —añado.

—Darren está bien dotado, ¿no? —pregunta Sienna, y Joy suelta un silbidito obsceno.

Sienna pone los ojos en blanco y luego suelta:

—A ver si ahora no voy a poder preguntar…

—¿Por qué quieres saberlo? —dice Joy, burlona—. ¿Tienes miedo de que tu *quarterback* no tenga la polla más grande del vestuario?

—¡Joy! —chilla Sienna, ruborizándose—. No estamos hablando de la polla de Denver…

—¿Pero de la de Darren sí? —pregunto, alzando las cejas—. Supongo que la tiene grande, sí... Tampoco es que pueda compararla con otras…

—Mujer, pero seguro que has oído a alguien hablar del tema…

Joy habla de nuevo sin pensar, pero ¿por qué no iba a hacerlo? Darren ya se ha acostado con todas las chicas del campus. Estoy segura de que muchas lo habrán comentado entre ellas.

Los ojos de mi amiga se encuentran con los míos y al verme un poco ida, recapacita.

—Perdona, Millie... ¿Te arrepientes de lo que pasó?

—No —digo sinceramente—. No me arrepiento. Luego fue maravilloso. Ya sabéis, cuando conseguimos que entrara del todo. Fue cuidadoso y... considerado. Os lo prometo.

—Te creemos —me asegura Sienna, con una sonrisa—. Y si no te arrepientes, pues estupendo.

Asiento, aunque tengo unas pocas dudas, y luego miro a mis amigas, agradecida. Me ha venido bien hablar con ellas del tema. De hecho, ahora me siento mucho mejor. Sigo sin saber si Darren vendrá a hablar conmigo y cuándo lo hará, pero ya no me siento tan avergonzada por lo que pasó.

—Gracias por escucharme y no pensar que soy una imbécil… —les digo—. Significa mucho para mí…

—No tienes que agradecérnoslo —contesta Joy, sonriente—. Para eso están las amigas, y ahora que ya no eres Millie «la Virgen», por fin puedes participar en nuestras conversaciones

guarronas.

Pongo los ojos en blanco al escuchar el apodo que me ha puesto mi amiga, pero sonrío de todos modos.

—Mirad quién ha venido… —dice Sienna de repente.

Joy y yo giramos la cabeza hacia la puerta del restaurante.

En ese mismo instante, Denver, Tyler y Darren entran en el local. Se me acelera el pulso y compruebo todas las posibles vías de escape. Siento que me arden las mejillas y apuesto a que todo el mundo a menos de un metro puede ver las ganas que tengo de que se me trague la tierra. No creo que sea capaz de afrontar esto ahora mismo.

—¿Les has dicho tú que se vengan? —le pregunto a Sienna mientras la señalo con mi dedo acusador.

Ella levanta las manos a la defensiva.

—Lo siento mucho… ¿Cómo iba a saber yo que…?

—Hola, preciosa señorita… —dice Denver.

El *quarterback* de los Lincoln Tigers camina decidido hacia su novia y le planta un beso digno de película, lo que me hace suspirar para mis adentros. Solo de pensar en Darren saludándome así, se me humedecen las bragas. Denver besa a Sienna con posesividad. La agarra de la nuca, pero al mismo tiempo, la besa con un amor indescriptible, así que no sé a dónde mirar.

—Creo que voy a vomitar… —dice Tyler—. En fin, ¿qué queréis de beber?

—Un agua para mí —digo, mirando de reojo a Darren, que sigue andando en nuestra dirección.

Tyler se da la vuelta y se dirige a la barra. Darren y Denver juntan la mesa más cercana para que podamos estar todos en la misma y Darren se sienta a mi lado.

—Hola —me saluda, completamente relajado—. ¿Cómo estás?

Miro a Sienna y Denver para comprobar si nos escuchan, pero están tan ensimismados el uno con el otro que ni siquiera se fijan en nosotros.

—Bien, ¿y tú? —suelto, con una ligera sonrisa.

¡Mentirosa!

Es obvio que no se me da bien mentir, así que seguro que se ha dado cuenta.

—Yo también.

Parece que no se ha fijado en que estoy hecha polvo. Miro a otro lado.

—Por favor, Millie, mírame…

Giro la cabeza y lo miro directamente a los ojos. Ahora no parece tan relajado como hace unos segundos, sino mucho más preocupado.

—¿Me dejas que luego te acerque a casa con el coche?

Se supone que me lo está suplicando, pero conozco a Darren lo suficiente como para saber que es más bien una sugerencia.

—Tenemos que hablar.

Para mí, no hay nada de lo que hablar. No hace falta que me diga a la cara que lo que pasó el otro día fue el peor error de su vida. Seguro que luego dirá algo como «Olvidemos lo que ha pasado». Pero ¡maldita sea! ¡No puedo! Fue mi primera vez… ¿Cómo voy a olvidarlo?

—Bueno, vale… —respondo dubitativa.

Me siento aliviada cuando Tyler y Joy vuelven y dejan las bebidas en la mesa. Cojo el agua e ignoro la presencia de Darren lo mejor que puedo, mientras Denver y Sienna nos cuentan

sus planes de mudanza. No es nada fácil. Cada vez que Darren se mueve, su muslo roza el mío y, cuando se ríe, siento un cosquilleo perverso en la tripa. Su presencia es difícil de soportar. El rechazo que sentí cuando se fue sin despedirse después de que nos acostáramos ha vuelto de lleno para reírse en mi cara. Solo quiero gritar.

Menudo desastre...

7

Millie

Salimos todos juntos del restaurante y yo no dejo de mirar a Darren. Se adelanta unos pasos y saca las llaves del coche del bolsillo de la chaqueta. No me siento cómoda volviendo con él. Pero no soy el tipo de persona que sabe decir que no. De lo contrario, ahora mismo no estaría en semejante situación. Hablar con él para aclarar las cosas es lo que menos me apetece ahora mismo. De hecho, no quiero ver a Darren en los próximos meses, o por lo menos hasta que el tiempo nos ponga a cada uno en su lugar. Después de la tempestad viene la calma, ¿no?

A ver si tengo suerte. Ojalá no vaya contando por ahí que se acostó conmigo. No es tan difícil, sobre todo porque no soy nada popular en la universidad. Yo soy una mancha en su expediente. Es más, estoy segura de que nuestro polvo fue tan horrible que preferiría olvidarlo. Yo solo lo besé; no hice mucho más.

—Bueno, chicos, yo me voy para allá —dice Tyler, señalando en dirección contraria a Darren.

Joy, Sienna y Denver se detienen.

—Vale, crack —responde Darren, chocándole la mano primero a Tyler y luego a Denver.

—Ya hablamos… —dice, despidiéndose de Joy y Sienna con un abrazo.

—¿Te vienes? —me pregunta, volviéndose hacia mí.

De repente, los ojos de nuestros amigos se posan en mí.

No sé a dónde mirar. Me siento muy incómoda. Debo de estar más roja que un tomate, pero Darren sigue levantando las cejas y moviendo la cabeza en dirección al coche.

Denver baja la mirada con cierto pudor, e intenta ocultar su sonrisa. Tyler, por su parte, lanza una mirada de desaprobación a su mejor amigo, lo que hace que Darren baje las cejas. Me sorprende, pero no digo ni mu.

—Conduce con cuidado —le advierte Joy—. Y pórtate bien…

—¡Joy! —grito, mientras paso por delante de Darren en dirección a su Audi—. Venga, vamos…

Darren se ríe y me sigue hasta el coche. Una vez allí, lo abre con la llave y se oye un chasquido. Me dispongo a tirar de la manilla de la puerta del copiloto, pero Darren se me adelanta y me abre la puerta.

—Anda, pasa… —me dice con una sonrisa, pero yo no le correspondo y subo al asiento del copiloto sin hacer ningún comentario.

—Bueno, pues no digas nada… —refunfuña, mientras cierra la puerta tras de mí.

Luego pasa por delante del capó hacia el lado del conductor.

No entiendo a Darren. Claro que le acompañaré a esa boda si es lo que quiere pedirme. No tenemos por qué hablar del tema. Y será mejor que no aproveche que me tiene aquí encerrada para tener una de esas incómodas conversaciones de «es mejor que solo seamos amigos».

Darren cierra la puerta del conductor y arranca el motor. Sigo mirándolo, pero no me atrevo a hablar. ¿No quería hablar conmigo? Pues le toca a él iniciar la conversación. Pero Darren guarda silencio y se queda mirando la carretera.

—¿Para qué me dices que quieres hablar si luego no abres la boca? —le suelto.

Darren se estremece, como si le hubiera pillado haciendo algo horrible.

—¿Cuándo te has vuelto tan descarada? —responde, y yo pongo los ojos en blanco.

—No cambies de tema...

—No estoy cambiando de tema…

Mi mirada se posa en él. Su pecho sube y baja a una velocidad antinatural.

—Es solo que me sorprende lo cabrona que puedes llegar a ser…

—Quizá es porque nunca me habían tratado como a una mierda… —farfullo.

En cuanto suelto esa frase, me arrepiento de inmediato. No quiero que sepa cuánto me dolió que se fuera. Eso me haría vulnerable.

—Quise volver, créeme… —admite, lamiéndose los labios con nerviosismo.

Por suerte, no me mira. Mejor, porque creo que estoy roja otra vez. Darren continúa:

—Pero entonces recordé dónde vives y pensé que sería mejor no encontrarme con Amanda.

Permanezco en silencio y miro por la ventana. Mientras hacíamos el amor, no pensé en Amanda ni un segundo; después, es obvio que sí. Podría haber entrado en la habitación en pleno polvo. En fin, no quiero ni pensarlo…

Pero Darren tiene razón. Amanda me habría interrogado para que se lo contara con pelos y señales. Habría disfrutado con el cotilleo. Dios mío, ¿qué habría pasado si hubiera encontrado a Darren desnudo en mi cama?

—¿Por qué no te despediste? —le pregunto, mientras me relamo.

Yo también estoy nerviosa y tengo la boca seca.

—Estabas dormida…

—Darren… —le digo, sorprendida de lo firme que suena mi voz—. Déjate de excusas. Ya sé que para ti fue solo sexo. Vamos a hablar de lo que te preocupa de verdad…

Si hubiera sabido lo agotador que iba a ser hablar con él, habría preferido guardar las distancias.

—¿A qué te refieres?

Darren guarda silencio y me mira, aprovechando que el semáforo está en rojo.

—A la boda de tu hermana —digo, mientras arqueo la ceja—. Sé que quieres saber si voy a ir. Si no, ¿por qué ibas a molestarte en hablar las cosas?

—Bueno, sí, necesito saber si te vienes, porque se me acaba el tiempo.

Darren pone el intermitente y gira hacia la autopista, pero luego continúa:

—Pero eso no significa que me haya acostado contigo para hacer que aceptes.

—¿Ah, no? —digo, molesta.

—¡Claro que no! —gruñe—. No soy tan estúpido como para echar a perder la única oportunidad que tengo de que mi madre se calle un rato. Así que la respuesta es «no». No me acosté contigo para que no tardaras en decidirte.

Respiro hondo y aparto la mirada de Darren.

—Bueno, el caso es que saliste huyendo, y no he vuelto a saber nada de ti hasta hoy —le acuso—. Y días después, esperas que me suba a tu coche y que hablemos del tema, ¿no? ¡Como si nada!

—Si no quieres venir a la boda de mi hermana, me parece bien y lo entiendo —dice, pasando de mis acusaciones—. Pero dímelo ya.

—¿Quieres que vaya?

—¿Crees que...? —dice Darren, y luego suelta un largo suspiro—. Claro que quiero que

vengas. Somos amigos, ¿verdad?

Ahí está. La famosa frase que nadie quiere oír cuando se ha pillado por otra persona. Darren no sabe que estoy enamorada de él, pero es lo bastante listo como para darse cuenta de que no soy una de esas chicas que se acuestan con cualquiera sin sentimiento alguno. Así que debería ver que no solo deseaba su cuerpo. Ya sé que el suyo es casi escultural... Solo de pensar en sus músculos, su piel bronceada y sus tatuajes, se me acelera el corazón.

—¿Millie? —insiste Darren—. Somos amigos, ¿verdad?

—Claro —le digo, intentando creerme mi propia mentira—. Amigos…

Sonríe y me mira. Parece más alegre, pero a mí se me rompe el corazón. Fue una idea estúpida acceder a ir con él y una idea aún más estúpida acostarme con él. ¿De verdad creía que Darren se enamoraría de mí después de un polvo? ¿Cuántas chicas habrán pensado eso y probablemente lo sigan pensando semanas y meses después de acostarse con él?

—¡Guay! —responde—. Entonces supongo que debería contarte datos relevantes sobre mi familia, ¿verdad?

—Sí, adelante… —susurro.

No me importa su familia. Tendría que darse cuenta de que su actitud me ha hecho daño, ¿no? A menos que sea un gilipollas tan engreído que solo le importe salirse con la suya.

Si quisiera, podría comprar todo lo que tiene su familia y hacer sufrir a Darren. Pero yo no soy así. Y a fin de cuentas, él no me obligó a acostarme con él ni a hacerme pasar por su novia.

—¿Quieres que tome nota o mejor me limito a escucharte?

—Así está bien, tranquila. Tú solo escucha —dice mientras me dirige esa sonrisa suya de la que me enamoré hace tantos meses.

Luego continúa:

—Mi madre se llama Diana y mi padre Daniel. Dana es mi hermana, la que se casa...

—¿Todos vuestros nombres empiezan por D? —interrumpo.

—No preguntes.

Darren ignora mi comentario y me mira un instante antes de continuar:

—El prometido de Dana se llama Willmore. Mi familia se forró criando ganado en el siglo XIX y sigue estando forrada. También poseemos muchos inmuebles y complejos turísticos por todo Texas. Dana trabaja para mis padres en el negocio familiar y Willmore...

Darren respira hondo y todo su cuerpo se tensa. No parece que le guste hablar de su futuro cuñado. Es una pena... Yo me llevo muy bien con Preston.

Con cuidado, estiro la mano para tocarle el antebrazo que tiene apoyado en la consola central. Darren se estremece ligeramente, pero no aparta el brazo. Tampoco me pide que deje de tocarlo.

—Su familia, como la nuestra, pertenece a la vieja aristocracia de Austin. Los conocemos desde hace generaciones. Willmore es un gilipollas de los gordos, pero Dana le quiere.

—Y a ti no te cae bien, ¿verdad? —digo con naturalidad.

Darren niega con la cabeza. Luego se muerde el labio y aprieta los dientes. Para calmarlo, le paso la mano por el brazo y le acaricio hacia arriba y abajo. Una vez más, se sorprende por mi gesto y temo haber ido demasiado lejos, pero en lugar de eso, Darren entrelaza nuestros dedos y me aprieta la mano. Mi corazón se detiene un instante. Aunque la conversación va en una dirección bastante poco positiva, las mariposas de mi estómago revolotean sin parar.

—Ese imbécil le pone los cuernos a Dana una y otra vez… —dice Darren con voz ronca —. ¿Y sabes qué es lo peor?

Sacudo la cabeza y Darren continúa:

—Que Dana sabe lo mal que la trata, y mis padres, también, pero lo único que les importa es que nuestras familias se unan y se vuelvan más poderosas gracias a ese matrimonio.

—Lo siento mucho… —digo sinceramente, mientras le estrecho la mano para consolarlo —. No sé qué haría si Preston engañara a Maya... En fin, sería horrible. Después de todo, se van a casar este verano.

—Dana lo quiere y no quiere escucharme —murmura—. Es que… Es muy duro ver cómo mi hermana se autodestruye y mis padres no hacen nada, ¿sabes?

—¿Por eso no quieres ir a la boda? —deduzco, y Darren asiente.

—Y también porque no quiero tener nada que ver con este circo —refunfuña—. Es un círculo vicioso de a ver quién tiene más. Todo el mundo es tan superficial y falso...

—Dímelo a mí… —murmuro.

Por primera vez, me doy cuenta de que tenemos algo en común. Yo también estoy harta de las normas sociales de mi entorno. Por eso decidí alejarme de las altas esferas. Por suerte, la relación con mi familia no se ha resentido tanto como la de Darren.

—Pero por muy duro que sea esto para ti, Dana se dará cuenta tarde o temprano, y cuando lo haga, te va a necesitar.

—Lo sé —dice—. Ojalá lo haga en los próximos días, o antes de que le dé el «sí, quiero». Por desgracia, hay mucho dinero en juego.

—No creo que eso vaya a ocurrir —le digo con sinceridad, y Darren me mira brevemente.

Nuestros dedos siguen entrelazados y él dibuja pequeños círculos en el dorso de mi mano. Siento un hormigueo cada vez que me toca.

—Deberíamos disfrutar de la fiesta, al menos.

—No puedo creer que aún quieras venir… —dice, sonriente—. Y más después de haberte dicho todo eso sobre mi familia.

—Bueno… —digo, mientras me encojo de hombros y le sonrío—. No soy de las que se deja asustar fácilmente por un puñado de rancheros tejanos.

Darren suelta una carcajada y me mira. Aparca el coche a un lado de la carretera. Se me ha pasado el tiempo volando…

—¿Cómo los has llamado? —pregunta con una sonrisa—. ¿Rancheros tejanos? Cuidado con lo que dices. Te elegí a ti por tus impecables modales…

Darren mueve las cejas y yo pongo los ojos en blanco.

—No te preocupes —le tranquilizo—. No los llamaré así cuando los conozca.

—Podrás decirlo cuando te dé la señal. Y luego ya saldremos corriendo antes de que mi madre tenga la oportunidad de reaccionar.

Sacudo la cabeza y sonrío.

—¿Qué tengo que meter en la maleta? —le pregunto, un poco más seria—. Al menos un vestido de gala para la boda, ¿no?

—Sí —dice Darren—. Dime el color, anda. Me compraré una corbata a juego para el traje.

—Vale, hecho —le digo.

Ni de coña conseguirá ese tono exacto.

—¿Y otro vestido de noche, quizás?

—Sí, otro vestido elegante estaría bien. Es para la cena familiar que tendremos dos días antes de la boda. Y para el resto de los días, tráete algo cómodo. Podemos ir a ver a Austin y así pasaremos el menor tiempo posible con mi madre.

Es increíble lo mucho que quiere evitar a su madre. Para ser sincera, me pone un poco triste, porque quiero a mi mami y la echo de menos.

—De acuerdo —le digo—. ¿Y los vuelos?

—Están reservados —responde Darren con una sonrisa—. Paso a por ti pasado mañana. Espero que te guste la clase preferente...

¡Será posible!

Está intentando impresionarme, así que asiento. Es verdad… Tengo que volver a meterme en el papel de la pobre chica de Minnesota a la que le dieron una beca de estudios. La clase preferente es patética. Cuando vuelo, es en uno de nuestros *jets* privados, pero claro, no puedo decírselo a Darren…

—Nunca he volado en clase preferente —le respondo con sinceridad.

De hecho, nunca he visto el interior de un avión comercial, pero hay que disimular, así que añado:

—Suena genial…

Dios, espero que haya colado.

—¿Verdad? —dice, inclinándose hacia mí.

Inmediatamente, mi corazón empieza a latir más rápido y me quedo mirándole los labios. Me pregunto si volverá a besarme, como hizo en mi habitación hace unos días. Pero entonces me planta un beso tímido y amistoso en la mejilla y se aleja de mí.

Me fuerzo a sonreír y le suelto la mano.

—¿Me llamarás en cuanto sepas algo más? —pregunto bruscamente, mientras intento no pensar en el beso que me ha dado en la mejilla.

Abro la puerta del copiloto. Necesito salir del coche.

—Sí —confirma, sonriente—. Gracias por ayudarme con todo esto. Te debo una, de verdad.

Salgo del coche y no contesto. Necesito poner cierta distancia entre nosotros; y encontrar la forma de que nuestra amistad vuelva a ser la misma que antes de acostarnos, de besarnos, de cogernos de la mano en su coche... De lo contrario, mi corazón no es lo único que se hará añicos en este viaje.

8

Millie

El Audi de Darren va frenando poco a poco y no puedo evitar sonreír al verle. En el fondo, sé que no es buena idea acompañarle a casa de su familia; y más teniendo en cuenta que mi corazón enamoradizo late por y para él. Acostarme con él solo ha agudizado mis sentimientos. Pero no quería echarme atrás después de decirle que sí. Así que aquí estoy, esperando a que me recoja para ir con él al aeropuerto de Chicago. Mi maletita negra y mi bolso tendrán que dar la talla durante los próximos días. Mi mayor problema es que solo tengo ropa de invierno y un total de cinco camisetas que se pondría cualquier mujer estadounidense de mi edad. Mi ropa de primavera y verano, así como mis vestidos de gala, tienen todas las vibras de niña rica. Pero como no he tenido tiempo ni ganas de ir a renovarme el fondo de armario, he metido en mi equipaje lo que tenía a mano en el apartamento de la ciudad.

Si a Darren le da por preguntarme por qué la mayoría de mi ropa es de Gucci, Prada y Balenciaga, tendré que decirle que mi familia está montada en el dólar. No me queda otra. He decidido que para la cena familiar previa a la boda, me pondré el vestido rojo y de talle largo que pretendía llevar en la fiesta de cumpleaños de mi abuelo. En Mineápolis nadie sabrá que me lo he puesto en otra ocasión. Además, mi familia no sabe nada de este viajecito al sur. Para la boda, en cambio, he elegido un vestido azul claro con un top bordado y una falda acampanada. Me parece que lo luciré más. También le he comprado a Darren una corbata y un pañuelo a juego para su chaqueta.

Darren aparca el Audi y se baja unos segundos después.

—Hola —dice, y yo sonrío.

—Hola —respondo, mientras me acerco a él con mi equipaje.

—Podría haber subido para ayudarte con eso —dice, señalando mi maleta con la cabeza.

—No soy una floja… —digo, para intentar defenderme.

Darren mete la maleta y mi bolso en el maletero.

—Nunca he dicho que lo fueras —contesta, guiñándome un ojo—. Anda, sube al coche.

Asiento con la cabeza, abro la puerta del copiloto y subo. Me acomodo en el asiento y me abrocho el cinturón, y poco después, él entra también al coche. Darren se abrocha el cinturón y arranca el motor.

—Nuestro vuelo sale dentro de cuatro horas —me dice—. El aeropuerto está a una hora de aquí. Tenemos tiempo de sobra.

—De acuerdo —respondo, dedicándole una sonrisa.

Sé que para un vuelo comercial hay que estar en el aeropuerto al menos dos horas antes del despegue. Un vuelo en *jet* privado es diferente: despega cuando tú estás listo. Tampoco tienes que hacer cola y apretujarte en esas filas de asientos tan estrechas, al lado de gente que no conoces de nada. Esperemos que la clase preferente que mencionaba Darren sea tan cómoda como la primera clase, que se supone que es la más parecida a un *jet* privado. Aunque bueno, eso depende del tamaño del avión…

—¿Cuánto dura el vuelo? —le pregunto, mirándole.

—Poco más de dos horas —dice Darren—. ¿Has cogido muchos aviones?

—Sí. Mi hermana vive en Nueva York y mi familia, en Mineápolis. Además, mi hermana Maya estudió en Madrid y fui a verla cuando estaba allí.

No me importa ser sincera con Darren y contarle un poco de mi vida real. Omito el hecho de que también he estado en las Seychelles, las Maldivas, las Bahamas, Perú y París. Por no hablar de las muchas ciudades de Estados Unidos que he visitado. Darren sospecharía si las enumerara todas. Aun así, es agradable poder sincerarse con alguien sin preocuparse por lo que pueda pasar luego.

Por suerte, mi familia valora bastante la privacidad, y la última vez que tuve que posar para una foto oficial fue hace mucho tiempo. Además, McDonald es un apellido bastante común en Estados Unidos.

—Parece que has estado en todas partes —responde Darren con cierta admiración—. Yo he estado en Nueva York y Londres.

—Me encantaría ir a Londres alguna vez —le digo, entusiasmada, mientras me imagino la ciudad del Támesis—. Me han dicho que es genial…

Maya fue a Londres un fin de semana cuando estudiaba en Madrid. También ha estado en Roma, Milán, Berlín y París.

—Lo es. Dana y yo fuimos una vez a pasar un fin de semana. Cuando nos llevábamos mejor, claro… —dice y sonríe con cierta tristeza.

Es evidente cuánto le duele que la relación con su hermana se haya resentido tanto en los últimos años. Me pregunto si es por culpa de su prometido. Siento mucha curiosidad por ese tío…

—Quizá las cosas mejoren —le digo para animarlo—. Ya sabes: «La esperanza es lo último que se pierde».

—Sí, tal vez… —responde, aunque no muy convencido—. ¿Y adónde más te gustaría ir?

Esta pregunta es todo un indicio, una señal de que la conversación sobre su hermana ha terminado.

—Quiero ir a Australia algún día —le digo—. Según parece, es increíble. También me encantaría ir a Nueva Zelanda. ¿Y tú?

—¡Joder, Australia! ¡Qué planazo! —exclama—. Me encantaría, pero creo que mis planes de futuro a corto plazo no me permiten irme tan lejos. Me han dicho que Hawái también lo peta.

—Sí, a mí también me lo han dicho…

Sonrío al darme cuenta de que aún no he estado allí. Después de evadirme unos segundos, vuelvo a la realidad:

—Antes de que se me olvide, te he traído unos pañuelos a juego con mi ropa. Son de la misma tela, así que te quedarán perfectos.

—Vaya… —dice mientras me lanza una mirada de asombro—. Gracias.

—Así no tengo que enseñarte lo que me voy a poner —le digo, intentando ser misteriosa.

Darren da un respingo. Esa no se la esperaba. Me mira con los ojos como platos y la boca entreabierta y yo no puedo evitar reírme.

—Parece que has visto a un muerto… ¿Todo bien?

—Estoy horrorizado —responde con incredulidad—. ¿Cómo que no vas a decirme qué te vas a poner?

—Dos vestidos —le respondo—. Uno para la cena y otro para la boda. ¿Por qué quieres saberlo?

—Buena pregunta, listilla… —murmura—. En fin, supongo que tendrá que ser sorpresa

entonces…

Le miro y sonrío, antes de fijar la vista en la carretera.

***

La sala de embarque del aeropuerto de Chicago es enorme y siento la tentación de coger a Darren de la mano para no perderme. Normalmente, me recogen en casa, me llevan directamente al avión y poco después, despegamos. Nunca había vivido algo así. Momentos como este me hacen darme cuenta de lo diferente que es mi vida de la del resto de la gente. Estoy tan acostumbrada al privilegio que me abruman ciertas cosas que para cualquier otro serían de lo más sencillo.

Darren sostiene nuestros billetes en una mano y su equipaje en la otra.

—Tenemos que ir al mostrador cincuenta —dice mientras señala una dirección por la que han pasado innumerables personas antes que nosotros.

Asiento y le sigo rápidamente. Se ha formado una cola enorme delante del mostrador. Cuanto más nos acercamos a ese follón, más me cuesta contener mis gemidos de frustración.

—No te preocupes —dice Darren, mirándome por encima del hombro—. No es aquí donde tenemos que hacer cola.

Darren señala una fila de no más de cinco personas.

—Gracias a Dios... —digo entre suspiros, y luego le sigo.

Cuanto más esperamos en la cola, más me acostumbro al gentío y al bullicio del aeropuerto. Aquí todo el mundo va con prisas. ¡Menudo ajetreo! A nuestro alrededor hay gente de todas las edades y condiciones sociales. Muchas familias viajan con sus hijos y llevan montañas de equipaje.

—¿Me das tu DNI y tu equipaje? —pregunta Darren—. Voy a facturar por los dos.

—Claro —respondo sonriente y se los doy.

Nuestros dedos se tocan. Cuando pasó a recogerme y me quitó mi maleta, conseguí evitar ese roce, pero ahora no he tenido la misma suerte. Nuestros ojos se fijan en los del otro por un instante. La mirada de Darren se clava en mí y yo trago saliva.

Dios, no me mires con esa intensidad... ¡Qué bueno estás!

Aparto la mano de él como si me hubiera quemado.

—Aquí tienes.

—Gracias… —murmura, mientras se dirige al siguiente mostrador libre.

Me doy la vuelta durante un segundo y suspiro. De momento, parece que todo va bien entre nosotros. No hay tensiones, pero hasta ahora hemos sabido mantener las distancias. Cuando estemos con sus padres, no será lo mismo, porque Darren me presentará no solo como su acompañante, sino también como su novia.

Intento apartar esos pensamientos de mi mente, porque, de lo contrario, me volveré loca. En lugar de obsesionarme, busco mi iPhone en el bolso para avisar a Sienna, Joy y Phoenix de que estamos en el aeropuerto de camino a Texas. Mis amigas siguen pensando que es un gran error. Creen que no debería hacerle este favor. Pero yo no soy así, y en el fondo, cada vez siento más curiosidad por el chico que se esconde tras esa fachada.

Señoras y señores, con todos ustedes, el caramelito de la Universidad de Lincoln…

—¿Señorita McDonald? ¿Qué está haciendo aquí?

Me sobresalto violentamente y levanto la cabeza.

Esa voz…

—¿Señor Broderick? ¡Ah, hola…!

Jadeo y miro con los ojos muy abiertos al joven empleado del aeropuerto. Es el encargado de los *jets* privados y siempre me saluda cuando vuelo a casa. No puede saber que hoy viajo con Darren y que vamos a ver a su familia.

El trabajador del aeropuerto me mira con curiosidad.

—¿Va todo bien, señorita McDonald? No sabía que volaba hoy. Su padre no nos ha enviado el *jet*.

—Esto... —tartamudeo y luego miro a Darren, que está de pie junto al mostrador—. Viajo con mi novio.

Uy. Acabo de soltarlo sin pensármelo dos veces. ¿Cómo que «viajo con mi novio»? Joder... Debería haberme imaginado que me reconocerían aquí.

El señor Broderick es solo unos años mayor que yo, por eso siempre me he llevado bien con él. No sé su edad exacta, pero supongo que tendrá unos veintimuchos. Nos llevamos muy bien y siempre me trata con educación y cortesía cuando vuelo a casa. A veces se atreve a bromear conmigo si tenemos que esperar un rato a que el *jet* despegue. Hoy, sin embargo, maldigo el momento en que nos hemos cruzado. Quiero que desaparezca antes de que Darren nos vea.

—¿Con su novio? —pregunta, interesado, y yo señalo a Darren—. Si lo desea, puedo buscarle un avión chárter[1] más pequeño y lujoso, señorita McDonald, ¿le parece?

—No —digo rápidamente, y entonces Darren se gira para mirarnos y sus ojos se encuentran con los míos.

En sus ojos se refleja la sorpresa y yo aprieto los labios. Luego me dirijo al señor Broderick e insisto:

—No hace falta, de verdad. Tenemos buenos billetes.

—Pero señorita McDonald…—dice, casi indignado—. Puedo aceptar que desee viajar hoy en ciertas… *condiciones*, pero, por favor, deme su número de vuelo para que al menos pueda proporcionarle todas las comodidades cuando lleguen a su destino.

Darren se acerca a nosotros y yo miro desesperadamente a un lado y al otro.

—Escuche…

Tengo que librarme de él.

—Mi novio… Bueno, no sabe que soy una McDonald. Cree que soy una chica normal que vuela en clase preferente por primera vez.

—Clase preferente… Por Dios. —jadea, como si le dijera que volamos en clase turista.

Le entiendo. Comparada con un *jet* privado, incluso la clase preferente es una pesadilla.

—Señorita. McDonald, por favor… —implora el señor Broderick.

—¿Hay algún problema?

La voz de Darren es tajante, y cuando me rodea con el brazo y me acerca a él, creo que me voy a derretir. Su gesto es tan revelador que hace que mi corazón lata más rápido y las mariposas de mi estómago cobren vida. Creía que ese beso criminal que me había dado en la mejilla había matado a esos bichos ilusos.

Darren mira despectivamente al señor Broderick. Me siento incómoda porque el pobre siempre ha sido muy amable conmigo.

—No —le digo para tranquilizarlo—. No pasa nada. Solo intentaba ayudarme porque me

ha visto aquí sola y claro...

—Sí, justo… —dice el señor Broderick para confirmar mi mentira piadosa y luego asiente delante de Darren—. Espero que tenga un buen viaje. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—No, gracias —suelta Darren como un perro rabioso y tira de mí para acercarme a él—. Ya nos íbamos…

Darren tira de mí detrás de él y me aleja del señor Broderick. Por un lado, le estoy agradecida porque su comportamiento me deja ver que está dispuesto a salvarme si alguna vez me pasa algo fuera de lugar. Por otro lado, la forma en la que ha tratado al amable trabajador del aeropuerto me incomoda.

—¡Te estaba tirando la caña! —exclama Darren de camino al control de seguridad—. Menudo figura…

—Solo intentaba ayudarme… —le digo.

Darren sigue sin quitarme el brazo de los hombros. De hecho, tengo la sensación de que cada vez me acerca más a él.

—Ha sido bastante agradable… —insisto.

—Sí, estoy seguro de que te habría pedido el número para ayudarte en otra ocasión…

—No te pases. Te estás flipando un poco… —respondo, poniendo los ojos en blanco.

El señor Broderick ha tenido oportunidades mucho mejores para pedirme el número. A Darren ni se le ha pasado por la cabeza que pueda tener novia.

—Lo que tú digas —refunfuña, mientras me arrastra delante de él para pasar el control de seguridad.

Sigo las instrucciones del personal. Lo del control es una experiencia… curiosa, que nunca había vivido. Mientras Darren se quita rutinariamente la ropa y la deja en las bandejas, yo intento apañármelas. Pero la mujer del puesto de control es muy paciente y amable conmigo.

—¿Es tu primer vuelo? —dice mientras pasa la bandeja con mis cosas por el escáner—. No tengas miedo.

—Gracias —le digo con una sonrisa en la cara mientras me entrega la bandeja.

Parece que Darren ya se ha puesto todo y ha organizado sus cosas, así que se queda a unos pasos de mí, esperándome. Lo vuelvo a meter todo en el bolso, me pongo la chaqueta y me uno a él.

—¿Tomamos un café antes de embarcar? —me pregunta, señalando el Starbucks de la zona libre de impuestos.

—Sí, claro —le contesto sonriéndole.

Esta vez no me pasa el brazo por encima, sino que se adelanta y echa a andar. Le sigo, intentando ocultar la decepción que se despierta en mí. Tengo que dejar de darle tanta importancia a esos pequeños gestos. Si no, lo echaré todo a perder. Darren no está enamorado de mí y jamás se enamorará de mí. Por mucho que yo lo desee.

Pedimos un café y nos sentamos en una mesita. Dejo mi bolso en el suelo y saco mi iPhone. Darren también tiene el suyo en la mano y ya no me presta atención. Con una sonrisa de oreja a oreja, le hago una foto y se la envío a mis amigas.

***Millie**: Espero que con el café se relaje un poquito…*

***Joy**: A ver con qué nos sorprendes...*

***Sienna**: ¿Qué ha pasado?*

***Millie**: Ha tratado de pena a un pobre trabajador del aeropuerto que intentaba ayudarme.*

—¿Me has hecho una foto? ¡Serás jeta!

Al notar que se inclina ligeramente hacia mí, pego un salto.

—No —digo entre risas y dejo el iPhone encima de la mesa.

Darren me sonríe.

—Si quieres una foto mía, pídemela. Soy muy fotogénico…

Darren se reclina en su silla con elegancia y me guiña un ojo.

—No lo dudaba… —digo en voz baja.

El calor sube por mis mejillas al darme cuenta de que me ha oído. Darren me sonríe divertido y se levanta. Se sienta en la silla de al lado y levanta el iPhone.

—Di «patata».

—¡Patata!

Me acerco a él y nuestros hombros se tocan. Las mariposas revolotean en mi tripa a un ritmo frenético cuando Darren pulsa el disparador y saca nuestra primera foto juntos.

---

[1] *N. de la T.* Un avión chárter es un tipo de vuelo que no forma parte de un horario o ruta regulares y que se organiza específicamente para un grupo o individuo concreto.

9

Darren

Sigo mirando a Millie, que está sentada en el asiento de al lado, concentrada en su MacBook. Aunque estamos a dos horas de vuelo de Austin, ha insistido en estudiar.

Me pongo los AirPods en los oídos para escuchar música y dejarla en paz. Mi plan original era desconectar y mentalizarme para el reencuentro con mis padres —especialmente con mi madre—, pero no puedo quitarme a Millie de la cabeza. Llevo así desde que nos acostamos hace dos semanas. No puedo dejar de pensar en ella. En su cuerpo y los gemidos que emitía mientras hacíamos el amor... Cada vez que me acuerdo, se me pone dura.

No tengo ni idea de cómo habría acabado esa noche si hubiéramos estado en mi piso. Allí nadie podría habernos molestado. El caso es que no puedo quitármela de la cabeza, y eso no me había pasado nunca. Y menos con alguien como Millie, una ratoncita inexperta. Ella va empanada por la vida, toda inocente, pero a mí me resulta tan sexy que casi se me va la pinza al verla hablando con ese empleado del aeropuerto. Puede que Millie no se haya dado cuenta, pero era obvio que le estaba tirando la caña.

Tengo que admitir que la forma en la que se comporta a veces me parece bastante sospechosa. Me ha dicho que ha viajado a Europa y Sudamérica, pero la he visto tan desorientada en el aeropuerto… Cuando la azafata nos indicó nuestros asientos —unos sillones de lujo supercómodos—, parecía casi ofendida de que yo la hiciera pasar por semejante infierno. Cuanto más tiempo paso con ella, más extraño me parece todo. Solía pensar que no era más que una ratita de biblioteca, una chavala más bien sosa que no tenía nada interesante que ofrecer. Creía que solo había entrado en el grupo gracias a Sienna.

Pero mi percepción inicial ha cambiado. Millie me sorprende, aunque no siempre de forma positiva, y a veces no puedo evitar darme cuenta de que se comporta de una forma un tanto extraña. Pero la mayor parte del tiempo me sorprende gratamente su carácter. Sé que no podría haber elegido mejor novia falsa que presentarle a mi madre. Por un lado, es tímida y educada, así que sabe cuál es su lugar. Por otro, es lo bastante atrevida como para plantarle cara en el momento adecuado. Al menos, eso espero.

Miro a Millie. Está cada vez más hundida en su asiento, mirando su MacBook. Para estudiar con el portátil, se pone las gafas. La verdad es que nunca me ha gustado cómo le quedan. Al parecer, solo las necesita para estudiar y trabajar con la pantalla, por suerte. No me hago a la idea de que se las deje siempre puestas. Con ella, parece una chica de lo más aburrida. Y Millie es de todo menos eso.

No sé lo que veo en ella. El polvo estuvo bien, pero fue nada que no haya tenido con otras chicas. Me la tiré una vez y encima en la postura del misionero. Nada del otro mundo, vaya, y tampoco me dejé la vida en follármela, pero fue ... agradable.

Pero cuando estoy con ella, hay un montón de momentos intensos, de miradas y caricias que no solo hacen que mi polla reaccione. Con ella es distinto. Además, el hecho de que yo haya sido su primera vez, y también el primero en hacer que se corra, me pone cerdísimo. Me lo paso genial a su lado y estoy deseando pasar los próximos días con ella en Austin.

Dios, ya parezco Denver cuando habla de Sienna… Me entran ganas de potar.

Además, lo que Millie y yo tenemos no tiene ni punto de comparación con lo de Denver y Sienna, ¿no? Mi amigo y Sienna son pareja. Millie y yo ni siquiera somos amigos con derecho a roce. Dios, cómo me gustaría follármela otra vez y enseñarle nuevas posturas… Adoraría tenerla encima para apretar con mis manos sus delgadas caderas. Me encantaría ver sus pechos botando con cada embestida. Molesto, cierro los ojos y me quito de la cabeza la idea de tirarme a Millie.

Vale ya. Ni de coña se acostará conmigo en Austin. Acordamos ser amigos y los amigos no follan. Da igual que me muera por tirármela otra vez. No me sirve de nada fantasear con lo que le haría.

Finalmente, consigo olvidarme de Millie y pensar en mi pobre hermana. Dana va a tener que jurarme que está cien por cien segura de esta boda. Va a ser desgraciada con ese idiota a su lado. Willmore no es bueno para ella. No entiendo por qué necesita engañarla constantemente, y menos aún por qué Dana se lo permite. Si Millie y yo fuéramos pareja y le pusiera los cuernos tan solo una vez... me echaría a patadas de su vida. Y con razón.

La pantalla de mi iPhone se ilumina con un mensaje de mi amigo Jacob. Sonriente, lo leo.

***Jacob:** Oye, ¿quieres que quedemos esta noche para echarnos una cerveza y jugar al billar? Lisa se viene.*

No me gusta quedar con mi exnovia, aunque lo nuestro acabó hace años y ya no siento nada por ella… ¡Pero qué coño! Quiero ver a Jacob. Y no puedo dejar a Millie sola con mis padres. Espero que se lleve bien con Lisa y que la noche sea decente…

***Darren**: ¡Obvio que sí! ¿Te ape cenar? No iré solo.*

***Jacob**: ¿Y eso? ¿Tienes novia, cabrón?*

Mi amigo es un marujo. En verdad, entiendo a Jacob. Llevo años sin presentarle a una novia, así que estará flipando. En fin, no es plan de mentirle, así que decido contarle a Jacob la verdad.

***Darren**: No, tío, no es lo que crees. Somos amigos y me va a acompañar a la boda de Dana.*

***Jacob**: Qué tramas eres, bro. Venga, nos vemos esta noche.*

Le mando un emoji del pulgar hacia arriba y me quito uno de mis AirPods para dirigirme a Millie. Tengo que contarle que hemos quedado con mi amigo de la infancia cuya novia es mi exnovia.

Lisa es todo lo contrario a Millie. Quizá no en carácter, pero sí en apariencia. Lisa es una rubia con grandes pechos y unas caderas bastante prominentes, mientras que Millie es una chica morena que no sabe lucirse. Le doy un ligero golpecito. Se sobresalta y se quita uno de sus AirPods.

—¿Qué pasa? —pregunta, y yo le sonrío.

—Mi colega Jacob me ha dicho de quedar con él y su novia Lisa esta noche.

—¿A ti te apetece? —me pregunta y yo asiento con la cabeza—. Pues ya está. Vamos.

Por un momento pienso en decirle que Lisa es mi exnovia, pero al final decido guardármelo para mí. No quiero ponerla nerviosa, ni tampoco quiero meterme en problemas…

—Guay —respondo y le regalo una sonrisa—. Oye, ¿sabes montar?

Millie agita la cabeza de un lado a otro, incrédula, y tengo que reprimir una carcajada.

—¿A caballo, dices? —pregunta Millie, y yo me río sonoramente.

—Mujer, si quieres, también puedes montarme a mí, pero...

Ella se incorpora de repente y me da un pequeño manotazo.

—¡Darren! —susurra, sonrojada—. Calla, hombre…

—Perdóón… —respondo, aún sonriente—. Claro que me refiero a caballo. Nuestra finca está rodeada por un prado enorme. Podemos dar un paseo por allí si quieres.

—Hace mucho tiempo que no monto… —dice Millie, pensativa—. Pero creo que aún puedo dar un paseo a medio galope.

—Pues decidido: daremos un paseo por la mañana, después del desayuno.

—No será esto una táctica para pasar el menor tiempo posible con tu madre, ¿verdad?

Millie me mira, interrogante, y yo aprieto los labios. Me asusta lo poco que ha tardado en destapar mi treta, pero no se burla de mí, sino que muestra un interés sincero. Es una cualidad que aprecio mucho en ella. Millie nunca se ha reído abiertamente de algo que sabe que me molesta. Me toma en serio. Cualquier otra persona se metería conmigo por tener tanto miedo de enfrentarme a mi madre o me soltaría el rollo de que no todo es tan malo como yo digo. Pero Millie es capaz de ceder para hacer que todo el mundo que la rodea se sienta mejor.

—Bueno, da igual —dice Millie, encogiéndose de hombros—. En fin, sí, nos daremos una vuelta.

Asiento y le sonrío. Luego se vuelve a poner el AirPod en la oreja y se gira hacia su MacBook.

***

A ambos lados del camino que lleva a la finca de mis padres hay una larga hilera de fresnos. De niño, solía contarlos a menudo, pero luego perdía la cuenta y acababa frustrándome. Un poco más allá, se encuentra la magnífica mansión del siglo XIX, en cuyo recibidor hay una imponente escalera doble. La miro desde lejos, impasible. Hace casi un año que no vengo, y mis padres no pueden culparme por ello. Este nunca ha sido un hogar en el que se nos haya tratado a Dana y a mí con cariño y dulzura. Para nosotros siempre ha sido un lugar frío y lleno de indolencia.

Mi madre siempre ha estado más preocupada por ser una madre modelo a ojo de los demás que por divertirse y disfrutar de las cosas buenas de la vida. Mi padre es diferente, pero casi siempre suele ceder ante los deseos de mi madre. En cuanto a Dana… Bueno, digamos que siempre ha sabido sobrellevar las exigencias de la alta sociedad, a diferencia de mí.

Si alguna vez tengo hijos, no permitiré que crezcan en un bloque blanco hecho de piedra, sino en una bonita casa con jardín y el espacio suficiente para albergar aquello que les haga felices. Bueno, para entonces espero haberme comprado una casa de ciertas dimensiones.

Miro a Millie y de nuevo, me sorprende su reacción. No parece haberse inmutado por la inmensidad de nuestra finca, a diferencia de las chicas con las que me he relacionado en el pasado. Más bien parece que está tasando la propiedad.

Después de escudriñar el entorno, me mira y sonríe.

—En esa enorme casa blanca es donde crecí yo —le explico, y ella asiente—. Ahí es donde vamos a quedarnos estos días. Tiene dos alas, y he pedido que nos dejen el ala de invitados.

Millie vuelve a asentir y yo señalo por la ventana los grandes establos donde está el ganado. Le explico que aquí es donde se encuentra la principal fuente de ingresos de nuestra empresa, y ella se ríe al referirme a los animales como fuente de ingresos. Al lado está nuestro establo, que alberga diez de los caballos más valiosos del sur de Estados Unidos. Mi propio caballo, Hurricane,[1] apenas vale un centavo según mi madre, pero yo lo adoro. Mi abuelo me lo regaló cuando cumplí diez años. Más allá de los establos, hay dos grandes casas de invitados y el complejo que uno de nuestros arrendatarios dirige para nosotros.

—Impresionante… —dice Millie—. ¿Y lo tenéis todo en el mismo sitio?

—¿A qué te refieres? —pregunto, mientras giro el coche para aparcar justo delante de la puerta principal, detrás del coche de mi padre.

—Según tengo entendido, es mejor separar rigurosamente el espacio consagrado a una empresa del de la residencia de su propietario —responde, y yo frunzo el ceño.

Millie no parece querer dar más detalles.

Cuando tenga ocasión, quizá debería averiguar a qué se dedican sus padres. Desde luego, no es tan pobre como aparenta. Lo tengo más claro que el agua, vaya. Es evidente que no le impresiona lo más mínimo el lujo con el que llevo intentando agasajarla desde esta mañana.

Aparco el coche y apago el motor. De repente, estoy nerviosísimo. No quiero estar aquí, y daría lo que fuera para no tener que pasar los próximos días con mi familia. Sé que es muy triste decirlo y que no está bien. Al fin y al cabo, este es mi hogar, el lugar donde crecí y, sin embargo, no veo la hora de volver a coger el avión de vuelta a Chicago.

—¿Lista? —le pregunto mirándola a los ojos.

Millie asiente, yo hago lo mismo y ambos salimos del coche.

De repente, la puerta principal se abre de golpe y mi hermana sale corriendo. Dana lleva una blusa azul con un fino lazo negro atado al cuello, unos vaqueros ajustados y unos zapatos negros. Su melena negra cae sobre sus hombros y forma suaves ondas.

—¡Darren! —exclama, alegre, y yo corro hacia ella, tan radiante como siempre.

Feliz como un niño pequeño, abrazo a Dana, que, a pesar de sus tacones, es bastante más bajita que yo. Ahora me doy cuenta de lo mucho que la he echado de menos estos últimos meses.

—Hola —murmuro, mientras la levanto por los aires—. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo —contesta ella, dándome un abrazo antes de separarse y mirar a Millie.

Está junto al coche, observándonos con interés. Sonrío, me doy la vuelta y me acerco a ella. Sin pensarlo, la rodeo con el brazo y tiro de ella.

—Te presento a mi hermana Dana —digo señalando a mi novia falsa—. Dana, esta es Millie, mi novia.

No me gusta mentirle a Dana, y no creo que sea justo para ella, pero no puedo decirle la verdad y fingir que Millie es mi novia delante de mamá. Además, existe el riesgo de que se lo diga a Willmore, así que tendré que mentirle a Dana a la cara y fingir que estoy saliendo con Millie. En cuanto pueda, hablaré con ella y dejaré las cosas claras.

—Hola —dice Millie mientras estrecha la mano de Dana—. Muchas gracias por invitarme.

Sorprendida, mi hermana parpadea y se ríe.

—No tienes que darme las gracias. He visto la sonrisilla que has dibujado en la cara de

Darren, así que aquí siempre serás bienvenida.

Miro fijamente a mi hermana, que me lanza una mirada victoriosa, y luego a Millie, cuyas mejillas están ligeramente sonrojadas. Vaya, Dana ha conseguido desconcertarme y avergonzar a Millie en menos de cinco frases. Había olvidado su poder.

—Sí —contesta Millie alegremente, mientras me mira—. Siempre me sorprende ver lo que le hace feliz…

No tengo ni idea de qué insinúa Millie, pero ha conseguido romper el hielo. Sin dudar ni un segundo, mi hermana coge a Millie de la mano y tira de ella hacia la casa.

—Debes de estar agotada por el vuelo y el viaje hasta aquí. Vamos a tomarnos un café.

Millie mira hacia atrás y me busca. En cuanto nuestros ojos se encuentran, asiento con la cabeza y le digo que vaya sin problemas. Mientras tanto, yo ayudaré a una de nuestras sirvientas con el equipaje y luego averiguaré en qué habitación vamos a dormir.

Millie sigue a Dana al interior de la casa y yo me dirijo al maletero de mi coche.

—¡Darren!

Levanto la vista y veo a mi abuelo caminando hacia mí, sonriente. Ha aparcado el coche detrás del mío.

—¡Abuelo! —digo, sorprendido, y tiro de él para darle un abrazo lleno de afecto—. ¿Cómo estás?

Mi abuelo es la única persona en este lugar de mierda, aparte de Dana, que me apoya. Sabe que quiero convertirme en deportista profesional y es el primero que me anima a conseguirlo. Siempre ha sido como un padre para mí, o al menos ha ejercido más que el mío propio, y por eso tenemos una relación tan cercana. No creo que las cosas cambien en el futuro. Aunque ahora mi padre está intentando enmendar los errores del pasado y es él quien me está pagando la universidad. Además, parece que empieza a mostrar cierto interés por el fútbol, pero no sé hasta qué punto es genuino. Ahora soy un hombre adulto y ya no busco su aprobación. Me da igual, sinceramente.

—Estoy bien —dice mi abuelo, y yo sonrío.

Este año va a cumplir ochenta años y sigue tan fuerte como siempre. Desde que mi abuela murió inesperadamente de cáncer hace quince años, ha estado viajando por el mundo y manteniéndose alejado de la finca porque él y mi madre no tienen una buena relación.

—¿Cómo está mi campeón universitario? —me pregunta.

Fue el único que me llamó después de ganar el campeonato. Lo hizo al día siguiente, pero es que un hombre mayor. Pensó que querría celebrarlo con los chicos esa noche y no quiso «molestar».

—Yo también estoy bien —le digo—. Ojalá hubieras estado en Mineápolis.

—No pienso perderme la próxima, chaval —me promete y me da una palmadita en la espalda—. ¿Has visto a Dana?

—Sí —le digo, sacando primero mi maleta y luego la de Millie del maletero—. Está muy emocionada. Bueno, casi siempre lo está, pero esta vez es exagerado.

—Parece que tiene muchas ganas de casarse con ese inútil —refunfuña, y yo asiento con la cabeza.

El abuelo también se opone a que Dana y Willmore se casen. Pero van a acabar casándose, nos guste o no. El abuelo tiene al menos la opción de desheredar a Dana cuando ella diga el «sí, quiero». Pero no se atreve a hacerlo. Yo tampoco lo haría. Tiene que haber otra forma de deshacerse de ese cerdo.

El abuelo también asiente y mira el equipaje.

—¿Dos maletas? —pregunta, y me mira con las cejas arqueadas.

—Sí —respondo—. La segunda es de mi...

—¡Darren!

La voz de mi madre me hace dar un respingo y todo mi cuerpo se tensa. Mi madre continúa:

—Por fin estás aquí. ¿Dónde está tu novia?

---

[1] *N. de la T.* En inglés, «huracán».

10

Millie

Dana es muy simpática, pero tiene el *hype*[1] por las nubes. Se le llena la boca hablando de su boda. Está loca por casarse, y eso que aún faltan tres días. No quiero ni saber cómo estará cuando llegue el día de la ceremonia.

Es evidente que también es una chica muy educada y divertida. Se nota que hace todo lo posible para que me sienta cómoda en su presencia. Yo también, pero estoy nerviosa por conocer a sus padres. Y por Willmore. Darren no me los ha descrito como unas personas muy agradables. ¿Cómo se supone que voy a relacionarme como si nada con la gente que le enfada y le hace sentirse tan vulnerable?

—Dana, cariño…

Una voz áspera me pilla por sorpresa, y acto seguido, levanto la vista. Un hombre joven camina hacia nosotras. Calculo que tiene unos veintitantos, quizá unos treinta y pocos. Al igual que Dana, tiene el pelo oscuro, pero lo lleva recogido hacia atrás. Luce unos vaqueros y una camisa blanca con un parche de jugador de polo. Lleva la cara bien afeitada y, a diferencia de Darren, no parece que le guste que la tinta deje huella en su piel. Su futuro cuñado es todo lo contrario a él.

Me levanto y junto las manos delante de mí. Dana también se levanta y se acerca a su prometido. Le rodea el cuello con los brazos y lo besa. Willmore la agarra por las caderas y la atrae hacia sí. Sus manos se deslizan hasta su trasero y se lo pellizca, y Dana suelte una risita. Aparto la mirada, incrédula.

Qué vergüencita…

—Dejad que os presente.

La voz de Dana me saca de mis pensamientos y levanto la vista. La hermana de Darren continúa:

—Esta es Millie, la novia de Darren. Millie, este es mi prometido, Willmore.

A Dana se le ilumina la cara y, si Darren no me hubiera contado esas barbaridades sobre Willmore, nunca habría creído que la estaba engañando. Los dos parecen muy felices.

—Hola —digo y me acerco a Willmore.

Empuja suavemente a Dana y me estrecha entre sus brazos. Como no me lo esperaba, me doy de bruces con su pecho. Avergonzada, le miro, con los brazos aún entre nosotros. Estoy un poco tensa, pero a Willmore no parece importarle. Al contrario. Sin ningún pudor, deja que sus manos se deslicen por mis caderas hasta llegar a mi culo. Todo mi cuerpo se queda petrificado y no sé qué hacer. ¿Por qué se atreve a tocarme? Me siento muy incómoda. Y es aún peor que lo haga delante de su prometida... Espero que Darren llegue pronto. Willmore no se atreverá a hacerlo delante de él. Estoy segura de que no lo hará. Pero bueno, mientras tanto, no puedo pegarle una bofetada al prometido de su hermana. Sobre todo porque estoy aquí para celebrar su boda.

Willmore, en cambio, ni se plantea soltarme el culo y se acerca más a mí.

—Encantado de conocerte —me susurra—. No pensaba que un tipo como Darren pudiera echarse una novia tan mona…

Suelto un «hola» a regañadientes y lo aparto con un empujón discreto pero firme. No quiero pasarme con la fuerza, para no liarla y que tenga que darle explicaciones a Dana, pero al menos quiero hacerle retroceder. ¡Qué cerdo! Soy la novia del hermano de Dana, o eso cree él, ¿y no tiene nada mejor que hacer que sobarme el culo?

Pero me toca disimular, así que simplemente suelto:

—Sí, encantada…

Willmore sonríe y me guiña un ojo antes de acercarse a Dana. Quiero salir pitando de esa habitación, pero no puedo. Por un lado, no sé adónde ir y, por otro, no puedo contarle a Darren lo que ha hecho Willmore. Le daría una paliza.

—¡Dana! ¡Millie!

Gracias a Dios… Al oír a Darren gritar, exhalo, aliviada. Ni un segundo después, aparece por la puerta del enorme salón, seguido por su madre y otro hombre. Su madre es la versión mayor de Dana. Lleva el pelo oscuro recogido en un moño perfecto a la altura de la nuca y su maquillaje es llamativo y atrevido. No es sutil, como el de mi madre. Lleva un vestido azul oscuro de cuello alto que le llega hasta las rodillas y unos zapatos de tacón negros. Tiene una presencia imponente; lo reconozco. El hombre que camina a su lado me recuerda a mi abuelo, con su camisa blanca, sus vaqueros oscuros y su cuerpo regordete, pero por suerte, tiene mucho más pelo en la cabeza.

—Hola —dice Darren, ignorando a Willmore y acercándose a mí—. ¿Todo bien?

Asiento con la cabeza y me acerco a él. No sé si se lo esperaba o si le parece bien, pero no quiero volver a estar cerca de Willmore. Darren me rodea la cintura con el brazo y me planta un beso en la frente. Eso me tranquiliza y me hace sonreír.

—Y tú debes de ser Millie… —dice su madre mientras se acerca a nosotros—. La chica que ha conseguido encauzar a mi hijo de una vez por todas.

Suelto una carcajada en mi interior. Me encantaría ser la chica que encauzase a su hijo, pero eso nunca sucederá. Darren nunca se enamorará de mí. Y yo me pillé de él incluso antes de conocerlo. Ni siquiera su vida sexual ha podido achantarme. Cuanto más tiempo paso con él, más y más me enamoro. Soy un caso perdido cuando se trata de Darren Andrews.

—No ha sido fácil, pero al final me ha salido bien la jugada —respondo con descaro, mirando a Darren, que levanta las cejas.

Dana se ríe suavemente y su madre parece impresionada. Al menos no me lanza una mirada de desaprobación.

—Encantada de conocerla, señora Andrews.

Le tiendo la mano, pero ella se limita a asentir.

Ups, qué incómodo...

La señora Andrews se dirige a Dana.

—Vamos, tenemos mucho de qué hablar —dice, después de perder todo el interés en mí.

No es que me haya ofendido, ni mucho menos, pero estoy un poco confusa. Lo menos que podía haber hecho era darme la mano. Solo por educación, ¿no?

—Hola, Willmore —dice, dirigiéndose a él con mucho más afecto.

El susodicho besa a su futura suegra en la mejilla y le sonríe. Vaya, quizá estos dos deberían casarse, en vez de arruinarle la vida a Dana. Bueno, quizá mis pensamientos sarcásticos estén fuera de lugar, pero Willmore parece ser tan asqueroso como Darren dijo que era. Después de todo, me ha sobado delante de Dana. Ojalá ella pudiera verlo por sí misma y mandarlo a paseo antes de la boda.

—Millie…

La voz de Darren me saca de mi estupor y lo miro. Él me dice:

—Hay alguien más a quien quiero que conozcas.

Asiento y me giro hacia el hombre que debe de ser el abuelo de Darren.

—Este es mi abuelo, Daniel Andrews padre. Abuelo, esta es Millie.

—Hola, bonita —dice, mientras me saluda cordialmente y me estrecha la mano—. Mi nieto tiene un gusto excelente para las mujeres…

Halagada por su cumplido, le regalo mi mejor sonrisa y me acurruco en brazos de Darren.

—Gracias —le susurro.

Si esas palabras hubieran salido de la boca de Willmore, me habrían parecido repulsivas, pero su abuelo parece decirlo sinceramente. Creo que se alegra de que su nieto sea feliz.

—¿Alguna vez has dudado de mi gusto por las mujeres, abuelo? —pregunta Darren, moviendo las cejas.

Cómo me gustaría poner los ojos en blanco.…

—Nunca —responde su abuelo, apretando el brazo de Darren—. En fin, si me perdonáis, chicos, los negocios me llaman. Hasta luego.

Le sonreímos y sale del salón. Ahora estamos solos con Willmore, que nos lanza una mirada altiva. Qué imbécil... Me muero de ganas de decirle que mi familia es una de las más influyentes de los Estados Unidos. Así se enterará a quién le acaba de tocar el culo. Me pregunto cómo reaccionaría si acabara con el negocio de su familia. Solo me haría falta una llamada a Mineápolis. Se lo merece tantísimo... ¿Cómo se puede tener una forma de ser tan repugnante, y aun así, conseguir a una mujer como Dana? No lo entiendo.

—Tienes buen gusto… —suelta, y el cuerpo de Darren se tensa.

Darren da un paso hacia Willmore, con actitud amenazante, y me empuja detrás de él. Willmore no parece impresionado. Sonríe a Darren con arrogancia y me mira. Yo le devuelvo la mirada.

—Ha sido un placer conocerte, Millie…

El muy cerdo se da la vuelta y sale del salón.

—Será hijo de puta…

El pecho de Darren se hincha con cada respiración. Está muy tenso.

—No debería haberte dejado sola…

—No ha pasado nada —le aseguro.

Darren se vuelve hacia mí de forma brusca y me mira con rabia. Aprieta la mandíbula y juraría que quiere pegarle un puñetazo a la pared para relajarse un poco.

—¿Que no ha pasado nada? —me dice, furioso—. Te ha desnudado con la mirada. ¿No te has dado cuenta?

Claro que me he dado cuenta. También ha hecho cosas mucho peores, pero no puedo decírselo. Si las miradas de Willmore le molestan tanto, no me imagino cómo se pondrá si se lo cuento. Como un loco, probablemente.

—Darren —le digo, poniéndole las manos en el pecho—, por favor, cálmate. No sirve de nada ponerse así.

Me mira y asiente de mala gana.

—Vamos arriba —responde—. Así te enseño nuestra habitación y nos arreglamos para cenar con Jacob y Lisa.

Sin esperar a que le responda, me coge de la mano y tira de mí detrás de él. No llegamos

muy lejos, porque su madre nos detiene en el pasillo.

—¿Adónde vais? —pregunta la señora Andrews—. Dana y yo estábamos tomándonos un café. Venid al salón; insisto.

—Mamá… —responde Darren, molesto—. Llevamos horas viajando y nos gustaría asearnos un poco.

Su madre duda un momento y luego asiente.

Sin responder, Darren me sube por la imponente escalera del vestíbulo, y me deja el tiempo justo para echar un vistazo a la casa. A excepción de unas cuantas fotos en el salón, no veo nada personal. La casa es tan fría como sus dueños.

En el piso de arriba giramos a la derecha, e inmediatamente, a la izquierda para llegar al pasillo. Dudo que consiga orientarme en esta casa. Demasiadas habitaciones y pasillos. Se nota que es una casa antigua y laberíntica. Nuestra mansión de Mineápolis también es grande, pero se construyó en los años ochenta del siglo pasado, no en los ochenta del siglo XIX.

—Ya hemos llegado —anuncia Darren unos minutos después, mientras abre la puerta.

Le sigo al interior y miro a mi alrededor. La habitación está pintada de un tono beis claro y una cama enorme ocupa gran parte de la estancia. Tiene las patas negras, y la ropa de cama es gris. Hay mesillas a ambos lados y un pequeño diván de madera clara a los pies de la cama. Me sorprende ver que nuestro equipaje ya está allí.

—¿Te gusta? —me pregunta Darren mientras se sienta en la cama.

—Sí —le digo, sonriente—. Es bonita…

Ignorando a Darren, me dirijo a las ventanas que van del suelo al techo y contemplo la imponente propiedad de los Andrews. Reconozco las casas de invitados que mencionó Darren antes de aparcar, así como algunas reses pastando en el prado. Es la primera vez que estoy en una auténtica granja sureña.

—Es bastante grande, ¿eh?

Me giro para mirarlo y lo encuentro justo detrás de mí. No me había dado cuenta de que se había levantado de la cama. Siento su aliento en mi cuello y sus dedos en mis caderas. El corazón me late más deprisa y aprieto los labios para no emitir un sonido indecente. Las manos de Darren no pierden el tiempo, sino que recorren mis costados de arriba abajo hasta que se abren paso por debajo de mi jersey. Vamos demasiado abrigados para el tiempo que hace en Austin. La piel se me pone de gallina cuando dibuja pequeños círculos en mi vientre.

Mi respiración se acelera y, sin poder controlarla, me apoyo en su pecho. Siento su sexo duro contra mis riñones. No puede ser por mí, ¿no? Mierda, ¿qué estamos haciendo?

—No has dicho nada más… —dice de repente para romper el silencio—. ¿Significa eso que te gusta?

Mi mente se queda en blanco. ¿Se refiere a las vistas o a sus dedos acariciando mi piel?

De repente, me da la vuelta y me coloca frente a él. En sus ojos hay un brillo juguetón que me pone la piel de gallina. Me miró de la misma forma la primera vez que me besó. Yo ya no sé qué hacer. Darren y yo somos amigos, ¿no? No quiero cagarla otra vez.

Con el corazón encogido, lo empujo y paso por su lado para poner distancia entre nosotros. Me vuelvo hacia él. Su mirada se posa en mí. Ninguno de los dos dice nada, aunque ambos notamos la tensión.

—¿Cuándo hemos quedado con Jacob y Lisa?

Intento cambiar de tema para serenarme.

—A las siete —responde, con los labios apretados—. Esto... Voy a hablar con mi abuelo.

Quédate aquí si quieres. Esta es tu casa.

Asiento con la cabeza y, antes de que pueda decir nada, se va.

Lo miro irse, con los ojos muy abiertos, y vuelvo tambaleándome a la cama, donde está mi bolso. Saco el iPhone de los vaqueros y marco el número de Sienna. Necesito desesperadamente el consejo de mi mejor amiga.

—¡Holii! —dice, toda alegre—. ¿Habéis llegado bien?

—Ajá… —respondo, mientras me dejo caer sobre la cama.

Observo el techo, que está decorado con estuco. Es increíblemente bonito y da a la habitación un aire clásico.

—¿Millie? —pregunta, y yo suspiro—. ¿Qué pasa, cielo?

—No va a salir bien… —suelto.

Ha sido una idea improvisada y no lo hemos pensado bien. Ni Darren ni yo. Intento coger aire y me dirijo a mi amiga:

—No va a funcionar, Sienna. Yo... no puedo... No con él. Tenemos que dormir en la misma cama y...

—Respira hondo —me dice, como si quisiera reñirme y calmarme a partes iguales—. Tú puedes con todo. A ver adónde os lleva el asunto. A Darren le gusta estar contigo, ¿o es que no te has dado cuenta?

—Sí, pero... —digo, agobiada, y luego me siento una vez más—. Hemos estado a punto de besarnos hace unos minutos, pero me he apartado. Y como me sentía rara después de casi hacerle una cobra, le he preguntado cuándo habíamos quedado con sus amigos esta noche. ¡Solo quería distraerle! Y ahora se ha ido…

—Oh, Millie… —susurra—. Supongo que él tendría otra cosa en mente…

—Eso no es lo peor —continúo, cerrando los ojos—. El prometido de su hermana... Es un cerdo, tía.

—¿Qué quieres decir? —pregunta alarmada, y abro los ojos para mirar a la puerta.

No quiero que nadie me oiga.

—Me abrazó cuando nos presentaron... y me agarró del culo.

—¿Qué?

Sienna berrea y tengo que alejar el iPhone de mi oreja por un momento.

—Es que… ¿Qué hace? Soy la supuesta novia de su futuro cuñado y va y me coge del culo. ¿Qué se supone que debo hacer? Darren no es tonto. Ha visto cómo me mira, pero no puedo contárselo. Evitar a Willmore tampoco es una opción. Se va a casar… Por eso estoy aquí.

—Tienes que decírselo a Darren.

—¿Estás loca? —exclamo, y me quedo callada al ver que la puerta chirría y se abre justo después.

Darren entra en el dormitorio y alza las cejas, interrogante.

—Espera un segundo —le digo a Sienna, volviéndome hacia él—. Estoy hablando con Sienna.

—Ah… Bueno, mi padre está aquí —dice secamente—. Tira.

Asiento y me bajo de la cama.

—Tengo que irme. Luego hablamos.

—Vale —responde Sienna—. Intenta divertirte de todos modos.

Después de colgar, sigo a Darren en silencio escaleras abajo para conocer a su padre.

[1] *N. de la T.* Como sustantivo, la palabra *hype*, del inglés, se refiere a un estado de emoción excesivo.

11

Darren

Desde que intenté besar a Millie junto a la ventana y ella me hizo la cobra, la cosa está un poco tensa. Tengo que admitir que me ofendió que no quisiera besarme. Sé que, en el fondo, ella lo deseaba tanto como yo. Y todo por culpa de este percal absurdo y estresante en el que me ha metido mi familia. Nunca debí aceptar las exigencias de mamá. Así me habría ahorrado lo de acostarme con Millie, y no estaría tan rayado. Millie seguiría sin interesarme y podría volver a mi vida salvaje en el campus. En lugar de eso, ahora no consigo sacármela de la cabeza. Haga lo que haga, Millie me parece monísima a todas horas.

«Monísima», ¿sabes o qué? Ahora sí que la he liado…

Darren Andrews no usa palabras como esa. «Sexy» o «tía buena», sí, pero no «monísima». ¡Monísima es una cervatilla, por ejemplo!

Giro la cabeza hacia ella, molesto. No aparta la vista de la ventanilla mientras vamos al sitio en el que hemos quedado con Jacob y Lisa. Si no hubiera pasado tan a última hora, le habría dicho a mi amigo que al final, nada. Pero ahora me toca aguantarme e intentar disfrutar de la noche.

Espero que Lisa no mencione que estuvimos saliendo. No creo que a Millie le siente muy bien. Pero es cierto que ella me ha rechazado hoy. Es posible que se la sude lo que hice en el pasado.

Creo que me he comido la cabeza para nada. Además, no puedo dejarla sola en casa mientras Willmore ande por allí rondando. Antes la miró con esos ojos lascivos que tiene… ¡Qué asco me da!

Agarro con fuerza el volante e intento sacar al cerdo de Willmore de mi cabeza. Ese tipo es capaz de prender la chispa de mi mal genio, y eso que ya de por sí, suelo estar de mala hostia.

—Darren… —dice Millie después de todo un trayecto en silencio—. ¿Qué le has dicho a Jacob?

—¿A qué te refieres? —le pregunto, mientras lamo los labios.

Los tengo sequísimos.

—¿Le has dicho también que soy tu novia o...?

—No —le contesto, para tranquilizarla—. Le he contado la verdad. Creo que es lo mejor.

—Yo también —contesta Millie en voz baja, mirando de nuevo por la ventana—. Así mantendremos la compostura. No es plan de tener que estar tocándonos todo el rato.

¿Qué habrá querido decir con eso? ¿Acaso no le gusta que la toque? Pues no es la sensación que me da en general. Si no, no habría intentado besarla en mi habitación. Millie me gusta; es un hecho. Cuando hace un rato se acurrucó a mi lado en el salón, mis vaqueros empezaron a apretarme de repente. No puedo negar que la deseo. ¡A ella!

Hace unas semanas, me importaba una mierda. Todo esto es culpa de Denver, Jake y Tyler. Nunca debí preguntarles a esos tres si tenían idea de quién podía dar el pego como mi novia. Ya tengo veintidós años, joder. Es hora de que me enfrente a mi madre y le diga de una vez por todas que no soy quien ella cree que soy.

Bueno, o quizá no sea el momento adecuado... Si me peleo con mi madre justo antes de la

boda de Dana, le romperé el corazón a mi hermana. Nuestra lucha eterna tendrá que esperar.

—También podríamos fingir delante de Jacob y Lisa... Así practicamos para mañana por la noche —propongo, para pillarla por sorpresa—. Entiéndeme; tendremos que ser más cariñosos para que sea creíble.

Por el rabillo del ojo veo que Millie me mira. Tiene los labios apretados y su pecho sube y baja a un ritmo irregular. No parece que le haya entrado la flojera al oír mi propuesta… Pero bueno, es que ya sabía que tendría que hacerse pasar por mi novia. Ese era el plan.

—Sí, claro… Y luego me dirás que estaría bien ensayar unos cuantos besos —me contesta, tajante, y yo sonrío.

La verdad es que no me importaría, pero sé que le jode que le diga estas cosas. Se nota que está molesta. A Millie no le está resultando tan fácil como intentaba hacerme ver al principio. Quizá ahora se esté dando cuenta de dónde se ha metido. Pero es demasiado tarde ya para echarse atrás. Mi familia ya la conoce.

—Pues sí. No estaría mal…

—Sigue soñando —dice, sonriendo de forma sarcástica y sacudiendo la cabeza—. Vete haciendo a la idea de que no.

—¿Y te crees que no sospecharán si no nos besamos? —refunfuño—. Habrá que comportarse como una pareja, ¿no?

—¡Y yo qué sé, Darren! —exclama.

Millie me mira con los ojos muy abiertos, y temo que se eche a llorar. ¿Qué le pasa ahora? ¿Por qué se pone así? ¡Es de cajón! Tenemos que besarnos para que parezca real. Además, se me da muy bien besar. Así que, por esa parte, no tiene de qué preocuparse.

—No sé qué decirte, ¿vale? Quería ayudarte, por eso accedí a este paripé, pero ahora... No sé si puedo y encima, el novio... bueno, el prometido de tu hermana es un cerdo.

Dejo a un lado sus palabras llenas de sinceridad y desesperación y me concentro en la parte de mi cuñado de mierda. Sospecho que no puede ser nada bueno, porque si no, no se habría puesto así. Fijo que ha pasado algo, y juro por Dios que voy a hacer que Willmore pague por ello. Ya es bastante malo tener que aguantar que ese inútil manosee constantemente a mi hermana. No creo que se atreva a hacerle daño, y puede que la quiera a su manera, pero no sabe estarse quietecito cuando se trata de otras mujeres. Ni siquiera ha podido resistirse a mi novia, según parece. Bueno, a mi falsa novia, para ser exactos.

—¿Qué ha hecho ese imbécil? —grito, mientras aprieto el puño derecho—. Como te haya tocado...

—No, no… —me tranquiliza Millie de inmediato, y luego suspira —. No he dicho nada, da igual. Olvídalo.

—Ni de coña —contesto bruscamente—. ¡Dime qué te ha hecho!

Por suerte, llegamos al aparcamiento del restaurante. Dejo el coche cerca del local y apago el motor. Me desabrocho rápidamente el cinturón y miro a Millie. El *parking* está bien iluminado, así que puedo ver sin problema cada gesto, cada emoción que se dibuje en su rostro. Millie se arrepiente de habérmelo dicho.

Será cerdo hijo de puta...

Seguro que por eso llamó a Sienna. Para pedirle consejo a su mejor amiga.

—¿Por eso hablaste con Sienna? —le pregunto con cautela, mientras alzo las cejas.

—No.

—Millie… — digo, entre suspiros.

Le cojo suavemente la barbilla entre el índice y el pulgar para obligarla a mirarme a los ojos. Me mira con ojos desafiantes y, aunque sé que no es el momento, me pone cachondo verla así. Sus labios me atraen como por arte de magia, y entonces me acuerdo de ella, chupándome el pulgar. Pero esos pensamientos están fuera de lugar. Me imagino la horrible jeta de Willmore y vuelvo al momento presente.

—Cuéntamelo, por favor… —pregunto en voz baja.

Intento relajarme y suelto a Millie. No tiene sentido retenerla e intentar sonsacárselo. Además, tengo que concentrarme en Willmore para olvidar que quiero tirarme a Millie en el coche. Me vuelve loco. Esta chica me hace perder el control. ¡Joder! Ya no soy un adolescente que anda cachondo por la vida. De normal no me cuesta tanto relajarme, pero en presencia de Millie... En fin, no lo consigo.

—¿Qué más da? —pregunta, sacudiendo la cabeza—. Te digo que no ha pasado nada…

—Dime qué ha hecho ahora mismo o te juro que volveremos a casa y le meteré una paliza.

Millie pone los ojos en blanco.

—¿Ves? Justo eso quería evitar —responde, como si quisiera echarme la bronca—. A veces se te va y te vuelves un animal, y eres incapaz de ver otra cosa que no sea lo que te obsesiona.

Tiene razón. Asiento y le pongo la mano en la mejilla. Con suavidad, le paso el pulgar por la barbilla, de donde la he agarrado de una forma un tanto brusca. Millie se relaja, pero no dice nada.

—Millie… —insisto—. Confía en mí, por favor…

Millie suspira y entonces, cede.

—Quiso abrazarme después de que Dana nos presentara —responde en voz baja—. Fue muy brusco y se me acercó demasiado. No fue nada exagerado, pero...

—Lo voy a matar…

—No.

Ahora es Millie quien me pone la mano en la mejilla. Su tacto es suave y cálido. Me reconforta. Me mira a los ojos y continúa:

—No servirá de nada. Tampoco será de mucha ayuda que vaya al altar con la nariz rota.

—Bueno, a mí sí me sirve —respondo, molesto—. Nada me gustaría más que meterle un puño y romperle esa napia...

—Darren, por Dios… —dice entre suspiros, y luego se aleja de mí.

Millie se desabrocha el cinturón, abre la puerta del copiloto y luego dice:

—Anda, vamos al restaurante…

Millie sale del coche y yo hago lo mismo. Cierro el SUV[1] y ambos caminamos en dirección al local.

—Buenas noches.

Un empleado del restaurante nos saluda nada más cruzar la puerta. El hombre no aparta la vista de su iPad, y se apoya en un pequeño mostrador de madera junto al que esperan los clientes hasta que les atienden.

—¿Tienen reserva?

—Sí. El apellido es Porter —respondo y él asiente.

—Adelante. Que tengan una buena noche.

—Gracias —decimos Millie y yo al unísono mientras entramos en el restaurante.

Jacob y Lisa están sentados en una mesa del fondo. Hace casi un año que no veo a mi mejor amigo de la infancia y a mi exnovia.

—Ahí están —le digo a Millie mientras los señalo.

Jacob nos ve y levanta la mano brevemente para saludarnos de lejos.

Cuando llegamos a su mesa, se levantan. Le doy la mano a Jacob y beso a Lisa en la mejilla.

—¡Hola, chicos! —digo con tono alegre—. ¡Qué bien que hayamos podido quedar! Os presento a... Bueno, esta es Millie. Millie, estos son Jacob y Lisa.

—Hola —dice Millie con una sonrisa, mientras les da la mano—. Encantada de conoceros.

—Encantado —responde Jacob, mientras Lisa la mira.

Millie no parece darse cuenta, porque su mirada permanece fija en mi amigo. Me pregunto si le gustará Jacob. ¿Pero qué coño me pasa? Aunque le gustara, está fuera de su alcance, porque tiene novia. No creo que Jacob sea tan tonto como para tirarle la caña a Millie.

— Bueno, ¿nos sentamos? —digo.

Millie asiente y se sienta en la silla de la izquierda, la que está enfrente de Jacob. Yo hago lo mismo y enseguida se acerca un camarero y nos da una carta a cada uno.

Jacob inicia la conversación después de que pidamos la bebida.

—Bueno, contadnos: vais juntos a la uni en Lincoln, ¿no?

—Sí —responde Millie—. Bueno, más o menos. Yo estoy en el primer año de empresariales, y Darren está en el último curso. En realidad, nos conocemos porque tenemos amigos en común.

—¿Amigos? —pregunta Lisa—. ¿Qué clase de amigos?

Pongo los ojos en blanco. No me gusta ese tonito interesado con el que se dirige a ella.

—Denver, el colega de Darren, y Sienna, mi mejor amiga, son pareja —responde Millie alegremente, y luego me mira y sonríe.

—¿Ah, sí? ¿Y nunca ha habido nada entre Darren y esa tal Sienna?

A Millie casi se le salen los ojos de las órbitas. No me corto un pelo y le lanzo una mirada de enfado a Jacob. Podría decirle a su novia que se callara un rato. Lisa va a jodernos la noche si sigue en ese plan.

Aparte de que Sienna a mí no me interesa en ese sentido, ¿para qué suelta semejante pulla? Por otro lado, ella y Jacob empezaron a salir justo después de que lo dejáramos, así que no sé a qué viene todo esto. Además, fue ella quien rompió conmigo, así que no le permitiré que vaya de sufridora. Nada de «pobrecita» esta noche.

—¿No? —contesta Millie, por desgracia—. ¿A qué viene eso?

—Hostia… —dice Lisa, sonriente, y me mira sin dudarlo—. No te lo ha dicho, ¿verdad?

¿De qué coño va? Lo nuestro se acabó, y ella es feliz con Jacob.

Mi amigo mira a su novia igual de molesto. Esto no tiene nada que ver con Millie, así que no sé por qué se empeña en meterla en medio.

—¿Qué es lo que no me has dicho? —pregunta Millie, mientras me mira—. ¿Qué pasa, Darren?

Frunzo los labios y resoplo despectivamente. Ya sabía que Lisa podía ser una zorra, pero nunca la había visto así. Parece que quiere que Millie y yo discutamos. Además, como hoy ya estamos calentitos, lo va a conseguir.

—Nada —mascullo, y miro desesperadamente a ver si el camarero viene a tomar nota.

¿Por qué nunca está cuando se le necesita?

Respiro hondo y me dirijo a los demás:

—¿Ya sabéis qué queréis comer?

—¿Pero a ti qué te pasa? —pregunta Millie, mientras me pone la mano en el antebrazo.

Al sentir que me toca, me entran escalofríos. Millie me obliga a mirarla y luego pregunta:

—¿Me vas a decir de una vez qué insinúa Lisa?

—Disculpe —digo para llamar la atención del camarero, que se acerca corriendo—, nos gustaría pedir la comida, si puede ser.

Miro a mi alrededor. Jacob me sigue el rollo y pide un filete de ternera. Yo hago lo mismo y me dirijo a Millie.

—¿Qué quieres comer? —pregunto con una sonrisa, pero ella no contesta.

Desde luego, Lisa se ha lucido. Quiero que estos días sean lo menos estresantes posible. No creo que pida tanto. Luego ya volveré a mi vida en Lincoln. Sin mi madre, sin Willmore y sin Millie.

Bueno, ya sé que lo de Millie será difícil, porque estamos en el mismo grupo de amigos. Pero al menos podré evitarla hasta que sepa controlar mis hormonas.

—Tomaré una ensalada de pollo con aliño de yogur —dice Millie, mientras le devuelve la carta al camarero—. Gracias.

Lisa también se pide una ensalada y el camarero se va.

—Me alegra ver que Dana te está tratando...

—No cambies de tema —interrumpe Millie secamente—. ¿A qué se refiere Lisa? ¿Has tenido algo con Sienna?

De repente, me quedo blanco, e intento respirar hondo para serenarme. ¿Sigue enfadada? Pues claro que no he tenido nada con Sienna, porque me gustaría seguir vivo. Denver me habría descuartizado. Casi se carga a Tyler, y ni siquiera estaban saliendo cuando pasó todo. A Jake y a mí nos costó mucho separarlos.

—¡No! —exclamo, apretando inmediatamente el puño delante de la boca para amortiguar la voz.

Necesito calmarme.

—Claro que no, joder. ¿Qué voy a hacer con Sienna?

—¿Entonces qué ha querido decir?

Molesto, gimo y cedo ante su interrogatorio incesante.

—Lisa es mi exnovia, ¿vale? ¿Estás contenta?

Millie palidece y me aparta la mirada sin hacer ningún comentario. La miro con la esperanza de que se le pase el enfado en los próximos minutos, pero parece que no llega el momento. Se queda ahí, sentada a mi lado, en silencio, y pálida como un muerto. Lisa también parece haberse dado cuenta de que ha cometido un error, porque me mira con cierta culpabilidad.

—¿Y vas a ir a la boda de Dana con Darren? —pregunta, volviéndose hacia Millie—. ¿La has conocido ya?

—Sí —responde Millie.

Ahora solo dice monosílabos…

—¿Cuándo? —dice Lisa, que nunca se rinde.

—Esta tarde —contesta, sonriente—. Dana es un amor. Está emocionadísima…

A Millie se le ilumina la cara cuando habla de mi hermana. Sus palabras hacen que se me encoja el corazón. Me hace muy feliz que Dana le caiga tan bien.

—¿Y vosotros? ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —dice Millie, cambiando de tema mientras

mira a Lisa y Jacob.

—Cuatro años ya —responde Lisa, mirando cariñosamente a Jacob—. Pero no te flipes, aún no nos vamos a casar.

—¿Estás segura? —bromeo.

Lisa se ríe y Jacob, también.

De repente, la tensión de la mesa desaparece y todos los presentes retomamos la conversación despreocupadamente.

Ahora que hablamos del tema, no quiero casarme antes de los treinta, si es lo hago algún día. Hay que escoger bien con quién pasar el resto de tu vida... De momento tengo el mejor, o mejor dicho, *el peor ejemplo* en mi propia familia.

—¿Te gustaría casarte algún día? —le pregunta Lisa a Millie, y yo la miro con interés.

Me inquieta la idea de que otro hombre se case con ella, pero me deshago de ese pensamiento tan rápido como puedo. ¿Por qué me iba a importar a mí con quién se case Millie? Menuda estupidez.

—¡Claro que sí! —responde Millie, con los ojos brillantes—. Pero aún hay tiempo, y primero tengo que encontrar al hombre perfecto.

—Qué respuesta tan poética… —dice Lisa, sonriente, y me guiña un ojo—. A veces tienes que besar a unos cuantos sapos para encontrar a tu príncipe azul.

Lisa estrecha las manos de Jacob y lo mira a los ojos.

—Sí… —dice Millie, divertida, sonriendo de lado—. Es bastante más fácil encontrar a alguien que te salga rana...

---

[1] *N. de la T.* Por sus siglas en inglés, «vehículo utilitario deportivo».

12

Millie

Aunque de primeras no sabía por dónde coger a Lisa, poco a poco me he acostumbrado a ella, y me ha caído muy bien al final. También he hablado bastante con Jacob, así que podría decirse que la cena ha ido bien, ¿no?

Los cuatro salimos del restaurante y nos despedimos en el aparcamiento.

—Bueno, nos vemos en la boda —digo, abrazando a Lisa y luego a Jacob.

—Va a ser genial, ya lo veréis —responde Lisa, feliz, y le da dos besos a Darren.

El muy idiota no ha abierto casi la boca después de que yo le hiciera el vacío. Debería haberme dicho que Lisa era su ex. No es que me haya sentado muy bien. Es una chica preciosa con el pelo largo y rubio, tiene unos pechos turgentes y unas curvas perfectas. En fin, Lisa es cien por cien su tipo. No sé cómo sería cuando estuvieron juntos, pero está claro que es un mujerón, a diferencia de mí. Yo nunca seré así, y odio no poder cambiarlo. Primero Darren intentar besarme hace unas horas, ¿y ahora esto?

Después de despedirnos de Jacob y Lisa, caminamos en silencio hasta el coche y subimos. Parece como si los últimos días, en los que hemos estado de buen rollo, jamás hubieran ocurrido. Cuanto más tiempo llevo en Texas, peor me siento.

¿Qué esperaba de este viaje? ¿Que Darren se enamorara de mí? Menuda estúpida. Eso no va a suceder jamás. La semana que viene volveremos a Lincoln, a nuestra vida de siempre, y pasaremos el uno del otro, igual que hacíamos antes de este viaje.

Darren es un sapo, y uno de los gordos, ¡no un príncipe! Y desde luego, no es mi príncipe azul.

Darren arranca el coche y conduce sin apartar la vista de la carretera. Yo giro la cabeza hacia la ventanilla y veo pasar las luces de la ciudad. La tranquila carretera rural nos lleva de regreso a la finca de los Andrews.

Ahora que está todo oscuro, da un poco de miedo. No me gustaría estar aquí sola.

—Me gustaba más cuando había luz —digo, porque ya no soporto el silencio entre nosotros.

—¿Tienes miedo? —pregunta Darren, mirándome con una sonrisa—. No te preocupes, yo te protejo.

Me guiña un ojo, lo que me hace soltar una risita. Le tomo la palabra.

—¿Sabes si hay animales salvajes por aquí? —le pregunto con seriedad.

—Puede que sí… —dice divertido.

Un segundo después, nos detenemos delante de la casa. Las luces exteriores siguen encendidas y Darren aparca el coche detrás del de sus padres.

Hasta ahora había intentado omitir que tenemos que dormir en la misma cama. Pero ahora ya no puedo, porque se acerca la hora. Nunca he dormido en la misma cama con un hombre. Nadie había estado en mi cama hasta que Darren y yo nos acostamos.

Bueno, vale. Mi hermana y yo dormíamos en la misma cama cuando éramos niñas, y Sienna también tuvo que hacerlo después de la macrobronca que tuvo con Denver hace unos meses. Pero aparte de eso...

Nerviosa, entro en casa y subo con él las escaleras hasta el segundo piso. El silencio entre nosotros es incómodo a más no poder.

—Después de ti… —dice Darren, dejándome pasar a la habitación.

Dejo el bolso en el suelo y coloco el iPhone en la mesilla de noche junto a la cama.

—¿Quieres pasar al baño primero? —pregunta Darren de inmediato y se acerca a su maleta.

—No, tranquilo —respondo, cada vez menos segura de mí misma.

Las últimas horas habían ido muy bien. Apenas me sentía cohibida a su lado. Pero ahora el nerviosismo que tan familiar me resulta en presencia de Darren ha vuelto. El corazón me late con fuerza en la garganta.

¿Qué pasará en los próximos minutos? ¿Cómo será la primera noche? ¿Intentará Darren besarme de nuevo? Las preguntas se suceden en mi mente como los vagones de un tren de mercancías. Nerviosa, me apoyo en un pie y luego en el otro.

—En serio, lo que quieras…

—Venga, pasa —murmura mientras me señala el baño—. Me gustaría ducharme algún día…

—Vale —murmuro, mientras me acerco a mi maleta para coger el pijama y desaparecer en el baño.

Una vez allí, me tomo mi tiempo. Veinte minutos después, ya no me quedan motivos para estar aquí encerrada, evitando a Darren.

Me miro por última vez en el espejo, yergo la espalda y respiro hondo. No tengo nada que temer. Darren me necesita. Si por algún casual se me escapara algo que no toca, su torre de mentiras se derrumbaría como un castillo de naipes, y él sería el único perjudicado.

Pero la chica que veo en el reflejo me confirma que no sería capaz de hacer algo así. Me da igual cómo se comporte conmigo en los próximos días: no quiero causarle problemas a Darren. Sé que está sufriendo, tanto por su mala relación con su madre como por la boda de su hermana, que está al caer. No es el momento de pegarle una puñalada trapera. No puedo hacerlo.

Cuando volvamos a Lincoln, todo seguirá como siempre. Darren fingirá que no existo y yo seguiré suspirando por él desde la lejanía.

Vuelvo a la realidad, salgo del baño y una vez pongo un pie en la habitación, me quedo helada. Darren está desnudo. Está de espaldas a mí, así que no puedo ver mucho, solo sus glúteos firmes. Pero joder, ¡con eso yo ya…!

Dios, está tan bueno que se me tensa el cuerpo entero. Se me ponen duros los pezones y me alegro de haberme dejado puesto el sujetador. Suelo dormir sin él, porque me resulta incómodo, pero dado que voy a dormir con Darren, creo que es mejor llevarlo.

Me ignora, se pone los calzoncillos y se da la vuelta. Me siento como una cervatilla a la que han sorprendido en el bosque, pero no puedo evitarlo. No esperaba que estuviera desnudo.

—Al final me he duchado en mi antigua habitación —me dice, sonriéndome—. Has tardado demasiado para mi gusto.

—Ah, vale… —respondo mientras me acerco a la cama.

Retiro rápidamente las sábanas y luego la manta antes de meterme debajo. Darren me observa y luego se acerca a mí con el iPhone en la mano.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice mientras se sienta a mi lado en el borde de la cama.

Insegura, le miro y asiento con la cabeza, con el corazón palpitante en el pecho. No sé si quiero oír lo que va a preguntarme. Teniendo en cuenta la forma en la que me lo ha dicho, seguro

que lo paso mal.

—Sí —digo con voz forzada—. Claro que puedes.

Mis dedos juegan nerviosos con el dobladillo de la manta.

—Vale —dice él.

Darren apaga la lámpara del techo con el iPhone y enciende la luz del cabecero.

La habitación se baña en una luz tenue y romántica y, cuando me giro para mirarle, el corazón se me para un momento y luego empieza a latir el doble de rápido. Darren me mira y se relame los labios con nerviosismo.

—Tu primer beso… ¿Fue conmigo?

Estoy tan sorprendida por estas palabras que me entra un escalofrío. Se me revuelve el estómago y frunzo los labios, avergonzada.

—¿Qu-qu-qué? —tartamudeo, para asegurarme de que le he oído bien.

—El otro día, en tu habitación… —repite—. ¿Fue tu primer beso?

Está claro que le pareció horrible. De hecho, lo hice tan, tan mal que se cree que fue mi primer beso. Me muero de vergüenza, y quiero huir de la cama, pero él me sujeta de los brazos.

Darren intenta tranquilizarme y, por segunda vez en el día, me coloca los dedos índice y pulgar bajo la barbilla y me obliga a mirarlo.

—Millie… —susurra Darren—. Tranquila. Mírame.

Desisto de mi intento de huida y le miro a los ojos. No parece que esté intentando burlarse de mí.

—Bueno, ¿entonces, qué? —vuelve a preguntar—. ¿Fue tu primer beso o no?

—No —respondo—. El segundo.

Debo de estar loca. ¿Cómo se me ocurre confiar en él? Darren ha besado a cientos, puede que a miles de chicas, y yo voy y le suelto que esa fue la segunda vez que me han besado en toda mi vida. Espero que no le dé por indagar más en lo que pasó entre nosotros. Porque él fue el primero y estoy segura de que ya lo sabe.

Trago saliva y apartó la mirada.

—¿Has besado al menos a un sapo? —pregunta, lo que me hace reír.

Nunca habría imaginado que lo preguntaba por eso y que Lisa había herido tanto su ego.

—Se podría decir que sí…

Darren se ríe suavemente.

—¿Solo a un sapo? —pregunta, para tantear el camino.

—A un sapo y a un tiracañas —respondo con una sonrisa, y él dedica otra.

Darren se inclina en mi dirección. Siento su aliento caliente en la cara. Su nuez de Adán se retrae levemente, cierra los ojos y posa sus labios sobre los míos. Jadeo, esperanzada. Darren aprovecha y me mete la lengua en la boca. Le rodeo el cuello con los brazos y lo atraigo hacia mí. Él acepta encantado la invitación y desliza su cuerpo sobre el mío.

Sus manos empiezan a explorar mi cuerpo y yo gimo suavemente cuando me coge los pechos y los amasa suavemente.

Nuestros besos se vuelven cada vez más apasionados y mi pijama no tarda en caer al suelo. Darren deja que sus ojos ardientes se deslicen hacia mi bajo vientre. Trago saliva y le pongo la mano en la mejilla. Levanta la cabeza y en sus labios se dibuja una sonrisa sincera que hace que me estalle el corazón. Si no estuviera ya a sus pies, me habría enamorado aún más de él.

Darren se separa de mí y yo vuelvo a recostarme en los cojines. Entonces mete la mano en el primer cajón de la mesilla y saca unos condones. Mi pecho sube y baja a un ritmo frenético.

Una vez más, él toma la delantera. Mientras yo sigo absorta en nuestro beso y miro al suelo, donde está mi ropa, él ya está pensando en lo que viene después. Darren lanza el paquete de condones encima la cama y coge el primero que pilla.

—Espera… —digo mientras me apoyo en los codos y busco sus ojos—. ¿Quieres acostarte conmigo otra vez?

—¿Sí?

Darren contesta en forma de pregunta y afirmación al mismo tiempo, y me mira para analizar mi reacción. Luego insiste:

—Es obvio, ¿no?

Para constatar sus palabras, me agita el condón en la cara. Pongo los ojos en blanco y le aparto la mano de un manotazo. La baja y deja el condón en el colchón, justo a nuestro lado.

—Ya, bueno… no me refería a eso exactamente.

Este chico me pone nerviosísima.

—¿Y entonces qué quieres decir?

—Pues que… No quiero volver a despertarme sola —confieso—. No quiero que te vayas otra vez. No creo que pueda pasar por eso otra vez...

—Lo sé —me interrumpe, y luego me besa dulcemente en los labios—. No pienso irme, ¿vale?

La sonrisita de Darren, que tan loca me vuelve, se dibuja en sus labios y luego vuelve a coger el condón.

—Vale…

Un poco más tranquila, le pongo la mano en el cuello y tiro de él hacia mí. Darren sonríe y me besa.

—Quítate la ropa interior… —me dice, con voz ronca.

Un agradable escalofrío me recorre la espalda.

Sin apartar los ojos de él, para apreciar cómo reacciona a mi cuerpo, me pongo de rodillas. Me paso las manos por la espalda y me desabrocho el sujetador antes de deslizarlo por los hombros. Él sonríe cuando la tela resbala por mi cuerpo y deja mis pechos al descubierto. Mis pezones se han endurecido y están impacientes por recibir un poco de atención. Tiro el sujetador a un lado de la cama y lo miro. Darren se inclina y me rodea el pezón derecho con la boca. Se me escapa un gemido. Lo agarro del pelo con fuerza y dejo que lo muerda suavemente.

—Ahora las bragas… —murmura, fijando los ojos en la parte sensible que hay entre mis piernas.

Me tumbo boca arriba y estiro las piernas. Darren se desliza hacia atrás en la cama para dejarme más espacio. Me quito las bragas y las dejo caer al suelo. Estoy desnuda delante de él.

Sorprendentemente, no me avergüenzo lo más mínimo. De hecho, su mirada y el brillo lujurioso de sus ojos me confirman que le gusta mi cuerpo.

—Ahora tú —le digo, atrevida, mientras señalo sus calzoncillos.

Darren sonríe y se incorpora en la cama para quitárselos. Su sexo duro asoma de repente y me apunta, y yo me muerdo el labio. Darren desliza la mano sobre él con tanta naturalidad que, por un segundo, siento la tentación de apartar la mirada, avergonzada. Luego saca uno de los condones de su envoltorio y se lo pone.

Sin decir nada, me acerca a sus muslos y me acaricia la entrepierna con su sexo.

—¿Crees que...? —dice, mientras se tumba encima de mí.

Su sexo roza el mío. Cierro los ojos, deseando que se aventure en mi interior.

—¿Crees que podemos hacerlo esta vez sin preliminares?

Abro los ojos y me encojo de hombros. No creo que duela como la primera vez. Eso es lo que dicen todas las chicas con las que he hablado. Aparto el ansia febril de tenerle dentro por un instante y recuerdo que Joy me dijo una vez que prefería estar ella arriba, porque así podía controlar cuándo bajar la pelvis.

—¿Podemos probar otra postura? —pregunto, vacilante.

Una vez más, mi corazón late con fuerza, porque no sé cómo reaccionará Darren. Sé que le gusta tener el control en la cama. Bueno, lo digo porque me lo demostró la última vez. No es que hayamos hablado de su vida sexual en el campus…

Darren se queda callado y asiente. Parece sorprendido, pero luego sonríe ampliamente.

—Claro que sí —asiente, mientras se separa de mí—. ¿Cuál?

Me sube el calor a las mejillas. Hablar de guarradas no es lo mío, aunque claro, no es que esto sea hablarle guarro. Dios, me maldigo por haber esperado tanto y no tener ni idea de por dónde tirar. No estoy preparada para hablar abiertamente de lo que quiero en el sexo.

—He oído que es más fácil para la mujer cuando está arriba, así que... Bueno, así podré bajar la pelvis cuando... cuando esté lista.

Creo que no puedo estar más roja después de soltarlo, pero Darren no dice nada. Solo se tumba boca arriba y me coge de la mano.

—Ven aquí —me indica, con dulzura—. Pasa la pierna por encima de mí y siéntate encima.

Hago lo que me pide y me siento sobre sus muslos, justo debajo de su miembro. Las manos de Darren bajan por la parte posterior de mis muslos hasta llegar a mi culo y lo agarran con fuerza.

—Levanta la pelvis —gime, y mi pubis roza su erección—. Coge mi polla con la mano y métetela…

Su voz es ronca. Es evidente que está excitado. Tengo que admitir que esta postura me pone a mil y ya tengo ganas de hacerlo. Me muero al verle debajo de mí, con esa mirada ardiente…

Darren tiene los abdominales bien marcados. Tiene una tableta en la que me encantaría perderme. De repente, sus manos se clavan en mis caderas y me distraigo ligeramente de las vistas.

Respiro hondo y me armo de valor para agarrar su miembro. Darren cierra los ojos mientras lo deslizo entre mis muslos y lo coloco justo en la entrada de mi sexo.

—Joder… —jadea—. Ahora baja poquito a poquito…

—¿Así?

Apoyo la mano libre en su estómago. Sus abdominales se tensan al contacto con mi piel y echo la cabeza hacia atrás, sin poder contener un gemido.

Dios, ¡sí! Creo que me encanta tener el control sobre cuándo y hasta dónde me penetra.

—Dios, Millie… —gime Darren y su pelvis empieza a moverse.

Me empuja desde abajo para meterla y sacarla. Siento un vaivén de lo más agradable, y le miro. Sus labios pronuncian una sola palabra:

—Muévete…

Gimo cuando vuelve a empujarme y apoyo los dedos en su pecho. No tardamos mucho en encontrar el ritmo. Mi pelvis se restriega contra la suya una y otra vez con movimientos circulares. Darren me agarra con fuerza por las caderas y acelera el ritmo. La fricción me hace

gemir cada vez más fuerte.

Darren se endereza y sus labios hacen un eco apasionado sobre los míos mientras sus manos se posan en mi culo.

Parece que él también lleva la voz cantante en esta postura.

—Lo siento, nena… —gime—. Me muero por metértela hasta el fondo…

Al principio, me quedo helada, y grito cuando nos da la vuelta y me coloca debajo de él. Le miro con las pupilas dilatadas y él sonríe. Se inclina y me planta un suave beso en los labios.

—¿Estás bien?

Su pulgar izquierdo me acaricia la mejilla.

—Nunca he estado mejor —respondo—. Ya no me duele…

Darren coloca mi pierna derecha sobre su hombro y rodea su cintura con la izquierda, y me penetra hasta que ya no puede más. Gimo y entierro los dedos en las sábanas.

Poco después, veo las estrellas. Esta vez, solo siento placer, y agradezco que el polvo sea más largo. No me duele lo más mínimo, a pesar de que no hemos pasado por los preliminares.

—Córrete, Millie… —dice, animándome, mientras me acaricia el clítoris con el pulgar izquierdo—. Córrete en mí, nena…

Se me eriza el vello del cuerpo y mis músculos se contraen alrededor de su sexo. Darren devora mis labios con fervor y, unos segundos después, llegamos juntos al clímax.

13

Millie

Darren me mira desde el lado opuesto de la mesa del desayuno y sonríe. Es como si tuviéramos un sucio secreto del que su madre no debiera enterarse. Bueno, en realidad, por ahí van los tiros. Le devuelvo la mirada y sonrío también.

Anoche fue increíble, y creo que necesito un descansito antes de volver a acostarme con él. Esta mañana, en la ducha, me ardía la entrepierna. Creo que es lógico, después de haber gastado todos los condones y de haberme corrido por tercera, cuarta y casi quinta vez. Tuvimos un maratón de sexo en toda regla. Fue como el tipo de noche que se suele leer solo en novelas románticas. No creía que fuera posible que me pasara algo así. ¡No soy un personaje en la pantalla de un *e-book*! Sienna y Joy van a flipar cuando se lo cuente.

—¿Qué planes tienes hoy, Millie?

La voz de la madre de Darren me saca de mis pensamientos.

—Vamos a salir un rato a montar —respondo con una sonrisa.

—¡Sí! No se me ocurre un plan más apetecible… —interrumpe Darren, guiñándome un ojo.

Me entran ganas de darle una patada en la espinilla por debajo de la mesa, pero temo pegarle a su madre sin querer. Estaría bien que no soltara comentarios así delante de los demás.

Aun así, estoy muy contenta de haber podido hablar de sexo con él. Hace unas semanas, habría sido impensable.

—¿Cómo que «a montar»? ¿A caballo? —contesta la señora Andrews, de todo menos emocionada—. Tenemos una cena importante esta noche, y la boda es pasado mañana. ¿Y si te haces daño?

—Mamá, por favor… —dice Darren, mientras pone los ojos en blanco—. A Millie se le da muy bien cabalgar.

Estoy segura de que ese comentario va por lo que hicimos anoche. Sé de sobra que Darren se está imaginando nuestros polvos, y que se acordará de todo. De mí, sentada a horcajadas sobre él; de mis dedos arañándole el pecho; y por último, de él corriéndose dentro de mí con un gemido sonoro. Yo tampoco puedo quitármelo de la cabeza.

Intento apartar esas imágenes de mi mente y me vuelvo hacia su madre.

—Me gustaría ver su propiedad, señora Andrews —digo, amablemente, mientras sonrío—. Darren me ha dicho que es una maravilla.

—¿Ah, sí? —contesta ella, levantando las cejas con escepticismo.

—Por supuesto.

El tono cantarín de mi voz me hace daño en los oídos, pero la señora Andrews me mira, radiante, así que añado:

—Quiero descubrir todo lo que pueda.

—¡Me alegra oír eso! —exclama, y por primera vez desde que he llegado, siento que me dedica una sonrisa sincera—. Y dime… ¿te gusta el fútbol, Millie?

La pregunta me pilla desprevenida. Después de todo, Darren me dijo que ella lo odiaba. Quizá sea eso lo que quiere. Espera que yo también lo odie y que interfiera para que su hijo

jamás cumpla su sueño. Desafortunadamente, no soy la nuera que busca. Bueno, la *falsa* nuera...

—Sí, mucho —le digo sinceramente—. Me gusta ver los partidos, sobre todo cuando juega Darren.

Lo miro y le dedico una sonrisa de lo más auténtica, llena de amor. Es una verdad como un templo: me encanta verle jugar. La temporada pasada demostró que le espera un futuro prometedor en la NFL. Aunque falte otro año, me encantaría presentárselo a mi abuelo e invitarlo a una prueba. Creo que Darren es justo lo que estamos buscando: un jugador defensivo con experiencia en las jugadas en campo profundo.[1]

—¿Ah, sí?

La señora Andrews levanta sus cejas negras y perfectamente depiladas. Parece intrigada.

—Vaya, querida. Eso no me lo esperaba. Pensaba que te interesarían deportes mucho más... civilizados.

Toma ya. Así que ahora cree que estoy por civilizar... Con eso ya me lo ha dicho todo. Ahora sé lo que opina sobre el futuro de su hijo. Respiro hondo y miro a Darren, cuya expresión es cada vez más sombría. No quiero aparentar que soy la heredera de los Minneapolis Warriors, pero tampoco puedo dejarlo pasar.

Me encanta el fútbol. Es toda mi vida, y estoy deseando dirigir el club. No seré la dueña al cien por cien, porque mi abuelo tendrá voz y voto hasta que muera, pero la responsabilidad principal estará en mis manos. El consejo de administración y nuestros asesores estarán ahí para apoyarme. Como CEO,[2] poseeré el cincuenta y un por ciento de los Warriors y siempre tendré la última palabra.

—Soy de Mineápolis —le explico, con una sonrisa—. El fútbol allí es como una religión, y bueno... He crecido con él. Mis padres me llevaban al estadio cuando era muy pequeña. El ambiente allí es una pasada. Imagino que nunca habrá ido a un partido…

—No —dice, con una expresión severa—. Es un deporte brutal y los partidos duran una eternidad.

—¿Ni siquiera para ver a Darren? —pregunto y ella niega con la cabeza.

—No.

Dios, esta mujer es más fría que el pasillo de los congelados.

—Es una pena… —respondo con sinceridad.

Me cuesta mantener la sonrisa. Se porta fatal con Darren, y él no se lo merece.

—Su hijo juega de una forma impecable, y tiene una gran carrera por delante en la NFL. Creo que va a ser el mejor defensa de la historia.

Darren levanta la vista y se queda boquiabierto. Por supuesto, no sabe lo mucho que sé sobre el tema y que estoy más que capacitada para evaluar su talento. Es un jugador que está a años luz de los demás, y juega con mucha más destreza que Denver, Tyler y Jake. Pero él se piensa que solo lo digo porque soy su novia (falsa) y tengo que defenderle. Y bueno, por el momento, lo acepto.

—Es muy amable por tu parte defender a Darren, pero no tienes por qué hacerlo —dice su madre con frialdad, dirigiéndole a su hijo una mirada que hace que me estremezca.

Empiezo a preguntarme si quiere a Darren. Parece que no ha terminado. Su madre continúa:

—No ganará dinero jugando al fútbol y...

—Mamá, no sigas por ahí —interrumpe Darren, dejando ruidosamente los cubiertos en el

plato—. ¿No puedes alegrarte de que se me dé bien? Ni siquiera te pido que vengas a ver mis partidos. Solo quiero que me respetes.

—Es ridículo.

—¿Lo es? —pregunta, mientras arquea las cejas y la mira desafiante—. Tan ridículo que me hará más rico de lo que tú serás nunca. Eso es lo que quieres, ¿no? Prestigio y poder. El fútbol puede darme ambas cosas algún día.

—¿Y si no? —responde ella—. Entonces no te quedará nada, y por tu estúpida actitud, nuestra familia...

—¡Millie, vámonos!

Darren se levanta tan rápido que su silla se inclina hacia atrás y se cae al suelo estrepitosamente.

—Vámonos ya.

Miro a su madre, que respira con fuerza e intenta contener su ira. Abre la boca para decir algo, pero finalmente, se calla. Quizá sea lo mejor. No es cuestión de que la discusión vaya a más.

—Discúlpenos —susurro, siguiendo a Darren fuera del comedor.

Darren no dice ni una palabra mientras atraviesa el vestíbulo de la casa y sale al jardín.

—¡Darren! —grito tras él, porque a estas alturas ya tengo que correr para seguirle el ritmo —. Espérame, anda.

Se detiene y se da la vuelta para que pueda alcanzarle. Está de pie, con los brazos en jarras. Su pecho sube y baja con vigor.

—Lo siento… —jadeo, y luego me llevo una mano al pecho para normalizar la respiración.

—¿Qué sientes? —me pregunta, mientras da un paso hacia mí.

Darren me coge de las manos y tira de mí hacia él. Sonriente, le miro mientras entrelaza sus manos con las mías y me pasa los brazos por la espalda.

—Has sido muy amable al ponerte de mi parte y defender mi sueño.

—No te estaba defendiendo —le respondo—. Reconozco el talento cuando lo veo, y tú lo tienes. Más que Denver y los demás.

El corazón me va a estallar en el pecho. Le estoy revelando un poco más de la verdadera Millie. Pero Darren no se da cuenta. Enarca las cejas y levanta ligeramente las comisuras de los labios. No me cree. Y como no puedo decirle por qué debería hacerlo, me doy por satisfecha con su reacción. Al menos le he animado un poco.

—Vamos a por los caballos —dice, mucho más relajado—. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

—De acuerdo —respondo, y empezamos a caminar cogidos de la mano—. Pero créeme, vas a llegar a la NFL.

No puedo evitar recalcarlo.

—Oh, Millie… —contesta mientras me mira—. Puedes decirme simplemente que quieres un beso. No tienes por qué hacerme la pelota.

—No te estoy haciendo la pelota —respondo indignada, y me paro en seco—. ¿De qué me sirve eso a mí? Y además, ¿quién ha dicho que quiera besarte?

Darren se ríe y me pone la mano en la mejilla. Se me pone la piel de gallina cuando me pasa el pulgar por la mejilla. Luego se inclina y me da un beso dulce y tierno. Le devuelvo el beso y me inclino hacia él.

—Vámonos, anda —dice Darren, contentísimo.

Luego se separa de mí y me coge de la mano para llevarme a rastras al establo.

***

Detenemos los caballos en un lago que también forma parte de la propiedad de los Andrews. Darren me sonríe y señala el pequeño muelle de madera que se adentra en el agua.

—Solía venir aquí para pensar y alejarme de mi madre —dice con una leve sonrisa—. Nuestros invitados no suelen interesarse en el lago. Aquí tendremos paz y tranquilidad.

Darren se baja con elegancia de su semental, Hurricane, y lo ata a un árbol cercano. Su caballo mide prácticamente 1,80 metros. Mientras Darren lo montaba sin problemas, he tenido que esforzarme para no quedarme mirándolo embobada. Mi yegua, Lady, es bastante más pequeña.

—Deja que te ayude a bajar.

Darren se para a mis pies, con los brazos extendidos. Me bajo de la silla de la forma más sexy que puedo. Él me agarra por la cintura y me baja con cuidado.

—Gracias —susurro y me acurruco contra él.

Sus manos me rozan las caderas y me vienen a la mente los recuerdos de la noche anterior.

—De nada —responde Darren, rozándome la oreja con los labios—. Estoy aquí para lo que quieras.

Me suelta y ata también a mi yegua al árbol. Me coge de la mano como si fuera lo más natural del mundo y me lleva con él hasta el pequeño muelle. Andamos en dirección a la parte más honda del lago y nos sentamos en el borde.

—Quítate los zapatos y los calcetines —me dice, mientras se quita los suyos—. El agua está fría, pero no helada.

Asiento con la cabeza y me quito las zapatillas. Luego las dejo a mi lado en el muelle y me quito los calcetines.

—¡Dios! —grito—. ¡El agua está congelada!

Inmediatamente, saco los pies.

—Oh, venga ya... —dice Darren, mientras me hace señas para que me vaya—. Está perfecta, exagerada.

Me río, sacudo la cabeza y miro al otro lado del lago. El agua está en calma. Hay unos patitos que nadan de vez en cuando, pero nadie nos molesta.

—Darren —le digo mientras lo miro, y él me devuelve la mirada—, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, claro.

—¿Planeaste todo esto? —digo, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Quiero decir, cuando me pediste que viniera aquí contigo, ¿tenías en mente… lo que hicimos?

Hace tiempo que me ronda esa pregunta por la cabeza, aunque sea de forma inconsciente. Acostarse con alguien una vez es una cosa. Dos, tres veces, incluso unas cuantas más, ya es algo distinto. Yo no esperaba perder la virginidad con Darren, ni mucho menos en estas circunstancias. Quería perderla con alguien que estuviera enamorado de mí. Y bueno, es evidente que Darren no lo está. Aunque bueno, desde que estamos aquí, las cosas entre nosotros han cambiado.

—¿Quieres saber si planeaba acostarme contigo? —me pregunta y yo me encojo de

hombros.

—Me siento como si, en algún momento... bueno... nos hubiéramos olvidado de lo que pasó esa noche.

Respiro hondo y me agarro al borde del muelle para aferrarme a algo. Luego continúo:

—Fue mi primera vez; eso no es ningún secreto, y me dolió. Quería que pararas y...

—Millie, Millie… —dice, mientras me toca el hombro suavemente, pero no me atrevo a mirarle—. Lo sé.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Levanto la cabeza y le miro atentamente. El reproche en mi voz es inconfundible.

—¿Tienes idea de lo mucho que me dolió? De repente había algo dentro de mí que simplemente no cabía, Darren.

—¿Vale, y qué habrías hecho tú? —dice, respirando hondo, y luego aprieta la mandíbula —. Claro que me di cuenta de que eras virgen. Pero tanto si era yo u otro tío, te habría dolido.

—Ya, bueno…

—Millie —susurra, y luego me estrecha la mano—, no pretendía hacerte daño a propósito, y no me excitó verte así. Pero me di cuenta de que no había nada que pudiéramos hacer para evitarte ese dolor.

—Eso no es justo —digo—. Los tíos siempre os lleváis la parte más divertida.

—Oh, vamos...—dice, y luego me da un codazo en el hombro—. No es culpa mía. No soy un tío tan especial, así que no puedo controlar el dolor. Lo que está claro es que no quería hacerte daño, créeme.

—Te creo…

Tras pronunciar esas palabras, me acurruco contra él. Han cambiado muchas cosas entre nosotros en los últimos días. Tengo que asimilarlo y e intentar entender lo que me espera. Cada día me enamoro más y más de él.

—Es solo que no sé cómo tomarme lo que pasó…

—Yo tampoco —dice con sinceridad, mientras se relame los labios, nervioso.

De repente, se me encoge el corazón. ¿A qué se refiere? Todo ha pasado tan rápido entre nosotros… Me he pasado meses deseándolo en silencio. Y ahora estamos aquí, sentados, hablando de lo que se supone que hay entre nosotros. No debería haber empezado esta conversación. Solo voy a conseguir decepcionarme, porque estoy segura de que él no siente lo mismo por mí.

—Bueno —murmuro, cruzando las manos sobre mi regazo—. No pasa nada. Todo bien.

—¿Todo bien? —me pregunta y yo lo miro—. Quiero decir, ¿de verdad crees que está bien que tú y yo no tengamos ni idea de en qué punto estamos?

—No —le digo—. Pero no sé qué decir. Hasta hace dos semanas, pensaba que no sabías ni quién era y ahora... nos acostamos una y otra vez.

—Pues claro que sabía quién eras —dice, en su defensa—. ¿Por qué piensas eso?

—Oh, por favor… —digo, mientras una expresión agria se apodera de mi cara—. Nunca me hablabas directamente, y pasabas de mí. Siempre me pareció que aceptabas que formara parte del grupo por Sienna, pero por lo demás, te importaba un bledo si me unía a los planes o no.

—A ver, es cierto que tampoco me fijé en ti desde el minuto uno, pero…

Bajo la mirada y aprieto los labios. Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? De todas las chicas que le rodean, soy la más aburrida con diferencia. Por eso Darren finalmente me invitó a la boda. Porque no se la liaría si algo no salía bien. Estaba seguro de que mantendría la boca

cerrada. Fijo que se pensaba que yo no era más que la ratoncita asustada que aparento ser en Lincoln.

—Siempre he notado que te pone incómoda estar conmigo.

Sorprendida, le miro. Nunca me he sentido incómoda a su lado. Solo me cuesta actuar con normalidad.

Darren continúa:

—Nunca has sido muy habladora ni has intentado hablar conmigo cuando quedamos todos. Y a mí eso no me gusta —continúa—. Aquí eres muy distinta, Millie. Mucho más abierta, divertida y... atrevida. Me gusta más esta Millie que la que conocí hace unos meses, cuando Sienna y tú os juntasteis con nosotros.

—¿En serio?

Se me acelera el corazón cuando levanto la cabeza para mirarle. Darren sonríe y me mira a los ojos.

—Pues claro... —dice, mientras sacude la cabeza, incrédulo—. ¿Por qué eres tan diferente en Lincoln? No lo entiendo. Tienes un sentido del humor de locos. Me lo has demostrado una y otra vez desde que estamos aquí. También eres de lo más inteligente. Sabes cómo tratar con mi madre, con Lisa...

—Solo necesito tiempo para acostumbrarme a las personas —digo, en tono de disculpa.

—Pero conmigo... ¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Seis meses? ¿Y no te han parecido suficientes?

—Bueno, lo tuyo es otra cosa…

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—No quieras saber tanto… —respondo, molesta, y él se ríe.

—Te pones muy sexy cuando me vacilas.

—¿Crees que eso es sexy? —le miro, sorprendida—. Pensaba que te tiraría para atrás.

Darren sonríe y se inclina hacia mí. Nuestros labios casi se tocan.

—Hay ciertas cosas de ti que me parece de lo más sexy —admite, y yo siento un cosquilleo—. Me parece sexy que me defiendas con tanto brío delante de mi madre. Me parece sexy la forma en que te subes las gafas cuando trabajas con el portátil…

Me río suavemente.

—Chiss, calla. Me parece extremadamente sexy que seas tan calladita de puertas afuera, pero tan atrevida en el sexo. Y bueno, me parece de lo más sexy que por fin hayas dejado de llevar esos horribles disfraces de monja...

—No son disfraces. Son vaqueros y blusas.

—Ah, disculpa. Bueno, pues eso, sor Millie —repite, sonriendo con picardía—. Me parece especialmente sexy la forma en que te diriges a mí cuando no puedes ocultar lo que sientes, algo que ha pasado varias veces en las últimas veinticuatro horas. Y para serte sincero, me muero de ganas de seguir picándote. En fin, hay miles de cosas que me parecen sexys de tu forma de ser, pero tú eres incapaz de verlas por ti misma.

Al oír el discursito de Darren, me quedo sin palabras. Nunca he pensado en mí misma de esa manera, y jamás habría creído que otra persona —especialmente Darren— pudiera verme así.

«Sexy» nunca ha sido la palabra con la que me han descrito en el pasado. Muerta de vergüenza, le miro con una cara que es de todo menos sensual.

—Yo creo que las palabras que buscas son puritana, seria, aburrida, y bueno... todo lo que no te atrae en absoluto.

Espera... ¿acabo de confesarle de forma indirecta que estoy enamorada de él? Se me está yendo la olla…

—Nuestra primera vez fue... bueno, un desliz, por mi parte y no debería haber ocurrido —dice, y cuando quiero protestar me pone un dedo en los labios—. Pero eso no significa que me arrepienta y que no haya pensado en ello varias veces. Llevo intentando sacarte de mi cabeza desde entonces, pero no puedo. Estoy muy rayado, porque nunca me había pasado. ¡Míranos! No somos ni remotamente parecidos y, sin embargo... creo que eres la única que me entiende.

—Darren —susurro y beso su dedo—, ¿intentas decirme de una forma muy rebuscada que te gusto?

—Puede…

Darren se ríe para hacer más llevadera la situación en la que se ha metido. Está claro que nunca le ha dicho a uno de sus ligues lo que siente por ella. Aparte de Lisa, no conozco a nadie con quien haya estado saliendo. Por eso, sé que está siendo sincero ahora mismo.

—Bueno, ya que nos estamos sincerando… ¿Me vas a decir por qué te comportas de esa forma?

Sonrío y asiento con la cabeza. Él se aparta de mí y temo que vuelva a poner cierta distancia entre nosotros, pero no lo hace. Darren me sube a su regazo y me rodea con los brazos. Sonrío, me acurruco contra él y disfruto de su cercanía.

—Como habrás notado, mis padres tienen mucho dinero…

Poco a poco le voy contando la verdad. Bueno, al menos la parte superficial. Lo de «mucho dinero» se queda corto. Mi familia es una de las más ricas de Estados Unidos. Podría comprar toda esta propiedad y aún me sobraría dinero para comprar otra igual. Si la madre de Darren supiera quién soy realmente y lo que puedo ofrecerle por su ganado y sus tierras, besaría el suelo que piso. Y justamente por eso, no quiero que lo sepa. Sería como volver al instituto. Para ella, solo sería un maletín lleno de dólares.

—En el instituto, no lo pasé especialmente bien, porque muchas chicas querían ser mis amigas. Yo era más rica que ellas y esperaban que me las llevara a algún que otro evento o de viaje al destino que estuviera de moda entonces. Como iba a un colegio solo de chicas, era aún más complicado. Todo giraba en torno a quién tenía qué, lo guay que eras y a qué grupo pertenecías. Sienna, Joy y Phoenix han sido las primeras amigas que he hecho de verdad. Y no sé si eso habría ocurrido si no hubiera actuado como lo hice.

Darren no dice nada, solo asiente. Me acerca y me besa en la frente.

—Estoy seguro de que les encantaría la Millie que he conocido estos últimos días. No lo dudes. Deja de fingir, Millie. Y si a alguno de ellos no les gusta quién eres, que se vayan a paseo. Habrá que ser imbécil…

No puedo evitar reírme y le miro. Darren se inclina y me besa.

—Y por cierto, lo admito —suelta—. Intento decirte de una forma un poco rebuscada que me gustas.

---

[1] *N. de la T.* En fútbol americano, los jugadores defensivos tienen ciertas responsabilidades dependiendo de su posición en el campo. Algunos, como el *safety* y el *cornerback* se ocupan, entre otras cosas, de cubrir los pases hacia el campo profundo.

[2] *N. de la T.* Por sus siglas en inglés, *chief executive officer*, esto es, la directora general del club, en este caso.

14

Darren

La conversación en el lago fue hace ya unas horas. El hecho de que le haya admitido a Millie que me gusta, aun a mi manera, sigue pareciéndome extraño. Sobre todo porque es la verdad, y nunca esperé decir algo semejante. Es más, cuando la elegí para llevarla a la boda, lo hice porque pensaba que sería más fácil dejarlo todo atrás una vez pasase la ceremonia.

Pero mira tú por dónde, me gusta Millie.

En los días que llevamos conociéndonos, me ha dejado boquiabierto, y no puedo dejar de pensar en ella. Me hace mucho bien, y no dudó en defenderme cuando mi madre se puso especialita. Pero Millie no es la persona que finge ser en Lincoln; ahora lo sé. Sé que hay algo que me oculta, pero no aún sé el qué. Ya sabía que tenía dinero. Bueno, que sus padres lo tienen. Eso me quedó claro en cuanto vi el contenido de su maleta. Llevaba un montón de ropa de diseño que yo ni siquiera podría permitirme: Gucci, Prada, Chanel... de todo un poco, vaya. Hasta su pijama viejo es de Agent Provocateur, una marca de lencería muy cara; lo sé por mi hermana. El término «de buena familia» se le queda corto a Millie.

¿Por qué no me dice la verdad? ¿Por qué no me dice a qué se dedica su familia? Bueno, probablemente aún no confíe plenamente en mí, pero eso es algo que yo puedo cambiar.

Me abrocho los últimos botones de la camisa y cojo el pañuelo de bolsillo rojo que Millie me regaló para esta noche. Sonrío y le doy la vuelta mientras lo sostengo en la mano. Debe habérselo encargado a un sastre, porque la tela es idéntica a la de su vestido. La he visto antes, mientras me cambiaba de espaldas a ella, porque no quería que la viera todavía. Luego se ha metido en el baño, llevando ya ese precioso vestido rojo fuego.

—Millie… —la llamo mientras cojo mi pajarita—. Date prisa, venga…

Lleva siglos en el baño, pero no le hace falta. Es preciosa. Tendría que estar ciego para no darme cuenta. No sé cómo no pude fijarme en ella antes. He tenido meses para hacerlo.

Bueno, quizá sí lo sepa.

Soy un idiota superficial. Nunca hago el esfuerzo de conocer a las chicas. La mayoría de las chavalas con las que me acuesto me abren las piernas sin necesidad de conocernos de antemano. Ya sé que Millie también estaría dispuesta a ello, pero en el fondo, ella es distinta. No creo que jamás me canse de mi Millie Mouse, como suele llamarla Joy.

De hecho, en un principio no tenía intención de tocarla, más allá de unos besos inofensivos delante de mi familia. Pero las cosas se me fueron de las manos. Desde el primer beso, con ella ha sido diferente a lo que he tenido con cualquier otra chica. Me recuerda un poco a mi época con Lisa, solo que mucho mejor. El sexo con Millie es cada vez más intenso, porque ya va sabiendo lo que quiere y no duda en decírmelo. ¡Y joder! Cuando se deja llevar, es pura dinamita.

La puerta del baño se abre de golpe y levanto la cabeza.

—Ya estoy, pesado… ¿Qué te parece?

Millie gira sobre sí misma. Cierro los ojos y los abro para asegurarme de que esto es real.

—¿Quién eres y qué le has hecho a Millie?

Se ríe alegremente y me guiña un ojo.

—¿Sorprendido? —me pregunta y yo asiento con la cabeza.

—Mucho más que eso… —admito—. Joder, estás deslumbrante.

—¿Deslumbrante?

Millie se ríe una vez más y se pone la pulsera.

—Pensé que este vestido sería lo suficientemente sexy. ¿Estás de acuerdo?

¿He mencionado alguna vez que esta chica es una descarada cuando coge confianza?

Millie está increíble. Si le dijera a alguien del campus que esta preciosa joven y la Millie que vemos en Lincoln son la misma persona, se reiría en mi cara.

Joder, qué buena está…

El vestido rojo brillante que lleva tiene un sutil escote que deja entrever sus pechos. Dos finas cadenas de oro a cada lado le sirven de tirantes. Pero lo que más me llama la atención es la abertura de la tela en su pierna izquierda, que le llega hasta la cintura. Se ha planchado su precioso pelo marrón y ahora sus mechones caen de forma hipnótica sobre sus hombros. Se ha maquillado de una forma mucho más llamativa y excitante que de costumbre.

—Vaya… Estás preciosa —le digo mientras me acerco a ella.

—¿Entonces te gusta? —pregunta tímidamente, mientras me sonríe.

—Sí —suelto, desesperado, tirando de su mano hacia mí—. Me gusta mucho. Y ni se te ocurra volver a decir que no eres sexy. Estás increíble, joder.

—Tú también estás bastante sexy —responde, tocándome el dobladillo de la solapa.

Sus mejillas adquieren un ligero rubor que hace juego con el fabuloso vestido que lleva. Me dan ganas de cogerla en brazos y tumbarla en la cama que tenemos detrás.

—Voy a ponerme los zapatos y nos vamos, ¿vale?

—De acuerdo —digo y la suelto.

Millie pasa por mi lado y jadeo cuando la veo de espaldas. El puto vestido tiene una abertura en la espalda que le llega hasta la rabadilla.

Al verla, se me pone dura e intento acomodármela en los pantalones del traje. Por delante, es un diez, pero al verle la espalda, no creo que pueda aguantarme mucho más. Es imposible que lleve sujetador debajo. No creo ni que lleve uno sin tirantes, o esa especie de copas que se pegan a las tetas para sujetarlas. ¿Y qué coño pasa con las bragas? Echo otro vistazo a la abertura, que no llega hasta el punto de tener que cubrirlas. Además, el vestido es ceñido… ¿Significa eso que no lleva bragas?

—¿Darren? —dice Millie, risueña—. ¿Estás soñando despierto?

—Pues sí, para qué mentir.

La agarro y la estrecho contra mí, y pongo la mano en su espalda desnuda. Me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Llevas algo debajo?

—¿A qué te refieres?

—Ya me has oído.

Deslizo la mano derecha por su cadera hasta la abertura del vestido.

—¿Qué estás haciendo? —exclama Millie, agarrándome de la muñeca cuando intento meter la mano por debajo de su vestido.

—¡Darren! Darren, para…

—Solo quería asegurarme de que llevabas bragas debajo —respondo con indiferencia.

—Claro que llevo bragas. Del color de mi piel y muy apretadas.

—Yo también tengo algo que me aprieta —murmuro y la beso—. Joder, es que estás tan

buena y ese escote… Me cago en todo. No voy a sobrevivir a esta noche.

—Claro que vas a sobrevivir, idiota —responde ella, y luego parpadea un par de veces—. Respira hondo e intenta controlarte. Ya está.

Sus labios se deslizan por los míos y se aprieta contra mi cuerpo. No sé si lo hace a propósito. De normal, me cuesta interpretar su forma de actuar. Con otra chica, no dudaría que se me está insinuando, pero conociendo a Millie, fijo que no sospechará que me encantaría tumbarla boca abajo en la cama y follármela duro por detrás. Pero no puedo hacerlo ahora por falta de tiempo, y no sé si podré hacerlo en un futuro muy cercano. Aún no está preparada.

—Tenemos que irnos —le ordeno y la empujo—. Menos mal que llevas bragas.

—¿Por qué no iba a llevar bragas? —pregunta, molesta—. Eso es un poco asqueroso, ¿no? Y antihigiénico.

—Sí, qué tonto soy… —respondo frívolamente.

Ella entrecierra los ojos y lo le contesto:

—Pero supongo que no llevarás sujetador, ¿no?

—No, pero no te preocupes, me he puesto un par de pezoneras.

Millie pone los ojos en blanco y suelta:

—Bésame, neandertal…

—Sí soy. Bueno, no puedo negarme a un beso tuyo —respondo, mientras nuestros labios se acercan.

Cuando se aparta y coge su iPhone y su bolso de la cama, saco mi móvil del bolsillo trasero y le hago un gesto con la mano para que se acerque.

—Ven aquí, anda —le digo.

—¿Qué haces?

Sin mediar palabra, la empujo hacia el espejo del suelo al techo que hay en la esquina de nuestro dormitorio. Le rodeo la cintura con el brazo libre y la atraigo hacia mí. Millie se pone de lado a mi vera, con la pierna que tiene la abertura del vestido en primer plano. Me pone la mano izquierda en el pecho. Sonreímos y saco una foto de los dos.

—Luego me la pasas, ¿vale? —me dice, y yo asiento con la cabeza.

Primero la envío a la conver grupal con Tyler, Jake y Denver.

***Darren**: ¡Mi cita de esta noche!*

Luego escribo un montón de emojis de llamas.

***Tyler**: ¿Disculpa? ¿Esa es Millie?*

***Jake**: Pero bro, ¿qué le has hecho?*

***Denver**: Lol[1], Sienna lo está flipando.*

***Tyler**: ¡No solo Sienna! ¡Luce tremendo pibón!*

Al principio me río, pero cuando leo el mensaje de Tyler, se me forma un nudo en la garganta. Siento una necesidad imperante de dejarles claro que es mía. Millie me mira y levanta

las cejas.

—¿De qué te ríes? —pregunta con curiosidad.

—A los chicos les encanta tu conjunto —le digo guiñándole un ojo.

—¿Qué has hecho? —grita, y me quita el iPhone para mirar la foto—. Joder, Darren... No hagas eso, que me siento incómoda.

—¿Pero qué dices?

No entiendo por qué se pone así. Le quito mi móvil y le digo:

—Estás preciosa. Deberías saberlo.

—Por favor, pregunta la próxima vez…

Millie intenta sonar severa, pero no lo consigue. Sonrío, la acerco y la beso:

—No te preocupes, te pasaré la foto.

—No es por eso —responde con un suave suspiro—. Me veo tan diferente en ella…

—¿Y eso es malo? —pregunto, inclinando ligeramente la cabeza.

Millie se encoge de hombros.

—¿Nos hacemos otra? ¿Sin que se te vean las piernas, quizá?

A Millie le gusta su cuerpo. De hecho, estoy seguro de que no tiene ningún problema con él. Ahora solo le queda asumir que es sexy.

—Sí —dice Millie, y yo le sonrío.

Vuelve a acurrucarse contra mí y yo levanto el iPhone, y entonces hago un selfi. La foto ha quedado preciosa, incluso más que la del espejo, porque salimos riéndonos a carcajadas y parecemos infinitamente felices.

Y por extraño que parezca, así es como estoy: ¡feliz!

—Me gusta —dice ella—. Salimos muy contentos.

***

—Vaya, estás despierta… —le digo cuando vuelvo al dormitorio a la mañana siguiente.

Después de la cena y la fiesta que siguió, caímos rendidos en la cama. Mi sueño de arrancarle ese vestido rojo y follármela hasta el amanecer se quedó en nada. Pero ahora que lo veo ahí, tirado en la silla de la esquina de mi habitación, la escena se reproduce en mi mente.

—Mmm… —balbucea, mientras se estira bajo las sábanas—. ¿Te has dado una ducha ya?

—Sí —digo, acercándome a la cama.

Millie recorre mi cuerpo con la mirada y yo me dejo acariciar por sus preciosos ojos. Me gusta que cada vez sea más abierta. Apenas queda rastro de la joven tímida de nuestro grupo. Si alguien me hubiera dicho hace unas semanas que esta era la verdadera Millie, no lo habría creído.

Con la toalla enrollada alrededor de las caderas, me detengo frente a ella y me apoyo en el colchón. Me inclino hacia Millie y la beso suavemente. Me pone la mano en la mejilla y me devuelve el beso.

—Vuelve a la cama, por fa… —murmura—. Aún estoy demasiado cansada para levantarme.

Me alejo y dejo caer la toalla. Como era de esperar, aparta la mirada. No puedo evitar reírme y vuelvo a inclinarme sobre ella. Millie me mira la polla. No puede contenerse.

—No seas tímida… —le susurro—. Ya la has visto antes, en todo su esplendor.

—Cállate y métete en la…

Millie no acaba la frase, porque de repente, la puerta se abre de par en par. Inmediatamente, me incorporo para ver quién se atreve a interrumpir mi polvo mañanero. Dana está en la puerta, mirándonos.

—¡Ay, no! —grita—. ¡Perdón, perdón!

No necesito ser adivino para saber qué se le pasa por la mente a mi hermana. Me pongo de pie, aún desnudo e inclinado sobre mi chica. Estaba dispuesto a seguir besándola, pero una mirada de Dana corta de raíz el deseo que siento por Millie. Mi hermana está blanca como la nieve, llorando y temblando.

—¡Dana! —grita Millie, saltando de la cama—. ¿Qué ha pasado?

Me tambaleo hacia atrás y me tapo. Mi hermana no necesita verme la polla ahora mismo. Corro a mi maleta, saco un par de bóxers y me los pongo.

Mientras tanto, Millie abraza a Dana y la empuja al pequeño sofá de nuestro dormitorio. Yo me siento en la mesa, frente a ella.

—Yo… No quería molestaros, pero es que…

—No molestas —le aseguro, cogiéndole la mano—. ¿Qué ha pasado?

Por desgracia, me lo veo venir. Willmore debe de haber hecho algo horrible para que mi hermana finalmente abra los ojos. Por suerte, ha sido justo a tiempo. En realidad, si no estuviera así de jodida, le estaría agradecido a ese puerco, porque mañana, ella le habría dado el «sí quiero». En fin, se suponía que iba a ser el mejor día de su vida, pero aquí estamos.

—Deja que te traiga un poco de agua —dice Millie, mientras se levanta.

Asiento con gratitud. Es importante que Dana mantenga la calma, con independencia de lo que tenga que decirme.

—Dana —susurro mientras me siento a su lado—, ¿qué ha pasado?

—Ayer... ayer todo iba bien —solloza—. La cena fue agradable y... y realmente pensé que se había acabado lo de tomarme el pelo.

Dana solloza más fuerte y su llanto se intensifica cuando Millie vuelve del baño con un vaso de agua y se sienta en la mesa frente a mi hermana.

—Toma —le dice—. Bebe un poco.

—Gracias.

Dana coge el vaso y continúa:

—Yo... Bueno, no quiero molestar, pero... No sabía a quién acudir.

—Que no molestas —digo inmediatamente—. No pasa nada.

—Te acabo de ver desnudo encima de tu novia —susurra Dana—. Por favor, no me digas que no molesto, porque…

—Bueno —me encojo de hombros—. Técnicamente, cinco minutos más tarde habría sido peor…

—Cállate un rato, Darren. Da igual, en serio —dice Millie, con dulzura, ahora que se dirige a mi hermana—. Dinos qué ha pasado.

Dana sonríe brevemente y la mira.

—Yo… Bueno, no sé si Darren te lo ha contado, pero Willmore me ha engañado alguna que otra vez…

Me encantaría reírme despectivamente, pero Dana no se lo merece. Ya está bastante mal, y al oír cómo se refiere a lo que ocurrió en el pasado, todo mi cuerpo se tensa.

—Ayer me retiré poco después que vosotros, porque hoy tenía un par de compromisos. Tenía la prueba final del vestido, el peinado y el maquillaje. En fin, tengo que estar en todo.

Willmore quería quedarse y le dije que vale.

Dana sacude la cabeza y rompe a llorar de nuevo.

—Cuando me he despertado, no estaba en la cama. Al principio pensé que ya se habría levantado o que estaría en el baño. Pero no estaba, así que fui al comedor y pregunté por él. Nadie lo había visto. Después de eso... Empecé a preocuparme. Su hermano tampoco sabía dónde estaba.

Intercambio una mirada furtiva con Millie. Esto tiene mala pinta… Millie frunce los labios y mira a Dana con compasión.

—Bueno... Pues fui a una de las casas de invitados a hablar con Emma.

Trago saliva. Conozco a la mejor amiga de Dana desde la infancia. Eran inseparables. Aunque puedo adivinar lo que viene a continuación, no quiero oírlo. ¿Emma y Willmore? No puede ser verdad. No se habrá atrevido a acostarse con su mejor amiga… O peor me lo pones, Emma no se habrá atrevido a acostarse con él, ¿no? Solo de imaginarme a Tyler tirándose a Millie, me hierve la sangre.

—Entré y... y bueno, al ver la ropa tirada en el salón, me extrañé, pero no pensé que... Bueno, a Emma le gusta divertirse.

Dana se ríe amargamente y yo aprieto los labios. Sé muy bien que a Emma le gusta el roneo. Me he acostado con ella muchas veces. Y Willmore, ese cerdo asqueroso, parece que también.

—Y entonces... entonces lo vi, allí tumbado… con ella. Mi prometido, mi... mi futuro marido y... mi mejor amiga.

Dana llora, desconsolada, e intenta secarse las lágrimas con dejadez.

—Oh, Dana… —dice Millie, abrazándola—. Lo siento mucho...

—Es solo que… ¡He sido tan tonta! ¿Cómo he podido estar tan ciega? —dice, enfadada—. Le he contado a Emma lo que Willmore me ha hecho en más de una ocasión. Ella sabe que nuestra relación no iba muy bien y ahora resulta que se acuesta con él.

Aprieto las manos y me pongo de pie. No aguanto más esta mierda. No puedo imaginarme lo que debe sentir mi hermana. Dana está hecha polvo, pero encima, todo esto ha pasado el día antes de su maldita boda. Claro que quería impedir que se casaran, pero no de este modo. No el día de antes, y mucho menos por culpa de su mejor amiga y el inútil de su prometido.

—¿Qué pasó después? —pregunto, y Dana y Millie me miran.

—Willmore se acercó a mí y yo intenté alejarlo —dice Dana entre sollozos—. Le di una bofetada y él... también me dio una a mí. Luego dijo que más valía que me fuera acostumbrando, que era algo normal para un hombre.

Sin decir ni pío, me levanto de sopetón, salgo de la habitación y me dispongo a pegarle una paliza a Willmore. ¿Qué coño se cree el muy gilipollas?

—¡Darren! —grita Millie, pero la ignoro—. ¡Para! ¡No sirve de nada ponerse violento!

Claro que no va a servir de nada que le pegue un puñetazo en la cara, pero no puedo dejarlo estar. No solo lleva años humillando a mi hermana, sino que ahora se atreve a ponerle la mano encima por sus propios errores de cerdo asqueroso. Esto ha ido demasiado lejos. Pienso vengarme dándole una somanta de puños.

Corro por el pasillo y bajo las escaleras, donde me encuentro con mi padre a mitad de camino.

—¿Dónde está? —suelto, mirándole fijamente.

El abuelo aparece detrás de él y me mira con cierta severidad.

—¿Por qué estás tan de mala uva? —me pregunta mi padre, en lugar de ser útil—. ¿Y a quién buscas?

—A Willmore —respondo—. ¿Dónde está ese cerdo?

—Darren, no…

Dana está de pie junto a las escaleras con Millie. Mi hermana me grita:

—¡Basta, por favor!

Dana está hecha un lío y mi novia... Pero ¿qué hostias digo? ¿En qué estaba pensando? Millie no es mi novia, y estoy harto de toda esta farsa que ha durado días, semanas, incluso. Todo ha sido un error. La boda, el viaje, lo que ha pasado entre nosotros... Pero me ocuparé de eso más tarde.

—Bueno, —le digo—. ¿Alguien me va a decir dónde está Willmore?

—Te está esperando en el comedor —responde irritado mi padre, y yo me planteo brevemente si pegarle también un puñetazo.

¿No se da cuenta de lo que está pasando o no quiere porque teme las consecuencias?

Sin decir nada más, paso por su lado y me dirijo al comedor.

---

[1] Por sus siglas en inglés, *laugh out loud*. Es una expresión que utilizan los jóvenes (generalmente en WhatsApp o las redes sociales) para expresar que algo les hace reír, pero cuyo uso ha evolucionado hacia la incredulidad o el sarcasmo.

15

Millie

Darren no consigue calmarse. Dana y yo intentamos seguirle el ritmo, quizá para evitar el desastre que se avecina. Pero cuando llegamos al comedor, ya es demasiado tarde. Darren ha agarrado a Willmore, que con sus vaqueros blancos y su polo, parece un niño pijo a punto de salir a jugar al golf. La señora Andrews grita mientras su hijo agarra a su futuro yerno y lo estampa contra la mesa. Los platos caen al suelo y la comida vuela por todas partes.

Dana grita, detrás de mí. Su padre y su abuelo hacen lo mismo.

—¡Hijo de puta! —grita Darren, mientras golpea a Willmore en la cara—. ¡Te voy a matar, imbécil de los cojones!

Luego le pega dos puñetazos más. Se oye un par de huesos crujir, pero Darren no se detiene, ni siquiera cuando su madre le grita. No es posible que esto esté pasando. La sangre brota de la nariz de Willmore y Darren vacila ante los gritos de su madre. Willmore aprovecha el despiste y le golpea. Darren retrocede, pero Willmore se levanta de un salto, le golpea varias veces y luego le da un puñetazo en la nariz. Ahora él también sangra.

—¡Basta! —grita Dana, empujándome para interponerse entre ellos.

Darren se detiene inmediatamente y mira a su hermana.

—Parad de una vez, por favor…

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero la furia de su hermano es implacable.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

Darren se limpia la sangre con agresividad.

—¿Ha sido la primera que te ha puesto la mano encima, o ese cabrón te ha pegado antes?

—Ha sido la primera vez —dice Dana, sujetando los puños de Darren—. Para, por favor.

—Sí, para un poco —dice Willmore, y luego tose para escupir la sangre que tiene en la boca—. No vas a conseguir nada así...

—Cállate —gruñe Darren—. He aguantado esta mierda durante demasiado tiempo. Debería arrancarte la polla de cuajo.

Entiendo su ira y desesperación, pero esto no nos lleva a ninguna parte. No solo está haciéndole daño a su hermana; también se está haciendo daño a sí mismo.

Willmore tiene la nariz desencajada y el ojo izquierdo hinchado.

—¿A qué viene todo esto? —pregunta de repente la señora Andrews.

Cada vez estoy más cabreada con esta tía. Tiene que haberse dado cuenta de que la situación ha ido a peor.

—¿No puedes comportarte por una vez, Darren?

—¿Pero qué...?

Darren sacude la cabeza y aparta las manos de su hermana.

—Venga, díselo. Díselo de una vez… —dice, mirando a Dana.

Ella respira hondo y se vuelve hacia su madre.

—He pillado a Willmore en la cama con otra —le dice entre lágrimas—. Con Emma, para ser exactos. Y cuando me he enfrentado a él, me ha pegado.

—Con...

La señora Andrews se queda callada para procesar las palabras de su hija. Palidece de inmediato, pero no me creo que ella también haya estado tan ciega ante el comportamiento de Willmore todos estos años. Después de un instante en silencio, grita:

—¡Fuera de mi casa, desgraciado! Siempre te he apoyado, ¡pero esto es demasiado!

Willmore parpadea. Hasta ahora, nunca había tenido problemas con su futura suegra. Parece que le afecta su reacción. Me alegro de que, al menos, ella esté de parte de sus hijos. Sobre todo por Darren, porque hace tan solo unos segundos, le estaba echando la bronca.

De repente, el abuelo de Darren se sitúa junto a Willmore y le agarra de la parte superior del brazo.

—Ya has oído a mi nuera. Sal de esta casa ahora mismo y no vuelvas a acercarte a Dana —le dice, amenazante—. O que te rompa la nariz será el menor de tus problemas.

Willmore jadea, indignado, pero luego se da la vuelta y se aleja a toda prisa.

Paso por delante de Dana en dirección a Darren y lo agarro del brazo. Él sigue en calzoncillos, y yo, en pijama. Podríamos estar desnudos en la cama, haciendo el amor, pero en lugar de eso, estamos aquí abajo, después de que él y su cuñado se hayan pegado.

—Venga, vamos a subir a la habitación —susurro—. Voy a curarte, anda...

Darren no dice ni una palabra, pero yo le cojo de la mano y, sin perder ni un segundo, lo arrastro escaleras arriba. Al salir del comedor, pasamos junto a su abuelo y su padre, que no ha dicho nada aún. Su madre sigue sin habla. No sé si está bien sacarlo de allí y dejar a Dana sola, pero no hay nada más que pueda hacer por su hermana.

Subimos en silencio las escaleras hasta nuestra habitación. Una vez allí, empujo a Darren encima de la cama y voy al baño. Abro el grifo y pongo una pequeña manopla de baño justo debajo del chorro. Luego vuelvo a la habitación con ella y una toalla seca en la mano.

Darren está sentado en la cama mirando su iPhone.

—Hola, guapo —le digo y me mira—. ¿Quieres que cure esa herida?

—Si la cura de la que hablas es un revolcón en pleno suelo, sí.

Darren sonríe y me pone a horcajadas sobre su regazo. Dejo la toalla a nuestro lado y le limpio la sangre de la nariz y el labio con la manopla húmeda. Darren me deja hacerlo sin abrir la boca.

—Puedes pillarte el vuelo de vuelta esta noche, si quieres —dice de repente, y al principio creo que no le he oído bien.

—¿Por qué? —le pregunto, y reculo un poco para mirarle—. De todas formas, nos vamos pasado mañana.

—Yo no voy, no —dice apretando los labios.

—¿Qué quieres decir con que no vienes? —pregunto, dando toquecitos con la toalla para secar sus heridas.

Darren me agarra la mano para detenerme en seco.

—Yo me quedo —dice con firmeza—. Dana me necesita. Toda su vida se ha ido a pique y…

—Entonces yo también me quedo —le digo—. No quiero dejarte aquí solo.

—No —dice con rudeza.

El corazón me late en pleno estómago. La frialdad de su voz me deja de piedra.

—Tienes los exámenes y yo… tengo que hacer esto... Solo.

No sé qué decir, así que me levanto de su regazo. Su rechazo me golpea con fuerza. Para mí, ya habíamos superado lo de cerrarnos al otro cuando las cosas iban mal. No le entiendo. ¿Me

he estado imaginando lo que ha pasado entre nosotros estos últimos días? No puede ser. Puede que no tenga la experiencia que tienen otras, pero no soy idiota.

—Tengo el primer examen la semana que viene —le recuerdo—. Quiero quedarme, Darren.

—Te he dicho que no —responde con dureza, y luego se pone de pie para poner distancia entre nosotros.

Le miro sin entender lo que sucede.

—¿Y qué vas a hacer aquí? Tu hermana está destrozada y seguro que quiere que la dejen en paz.

—¿Y quién se va a encargar de avisar a los invitados de la boda, de limpiar la mierda que Willmore se ha dejado en nuestra casa, de ayudar a Dana a mudarse? ¡Vivían juntos, Millie! ¿Te crees que eso lo va a hacer mi madre? Estará ocupada intentando salvar el estatus social de mi hermana en cuanto se le pase el instinto maternal. No te creas que estará ahí para rescatarla.

—Bueno, vale, pero ¿y tu abuelo y tu padre, qué? —digo, y miro a Darren, interrogante—. No quiero dejarte aquí solo. No es que quiera meterme en tus asuntos familiares, pero cuando pasa algo así, necesitas a alguien a tu lado.

—Soy un tipo duro y valiente, nena.

Darren tira de mí para acercarme. Le rodeo con los brazos desesperadamente, con la esperanza que no me eche. Pero es en vano… Ha dejado claro que ya no me necesita aquí. Yo solo era un medio para dar el pego una boda que ya no se celebrará.

Me rompe el alma que toda esta realidad paralela se haya esfumado de repente, pero un final doloroso es probablemente mejor que un sinfín de dolor.

Dana debe sentir lo mismo.

—Bueno... Voy a hacer las maletas —murmuro, resignada, y me alejo de él.

Me doy la vuelta para que no vea que estoy a punto de llorar. No quiero irme, pero no me deja otra opción. Sin mirar a Darren, voy al baño para vestirme y tener un momento a solas. Todas las cosas maravillosas que hemos vivido juntos, las conversaciones que hemos tenido... No me creo que quiera tirarlo todo por la borda. Lo que pasa es que ahora está completamente fuera de sí.

—¿Quieres que te pille el vuelo de vuelta? —dice, desde la habitación, pero no contesto.

Se me saltan las lágrimas. Por un momento, creí que todo iría de maravilla, pero mira qué desastre... Darren continúa:

—Bueno, te pillo el billete y, si quieres, puedo llevarte al aeropuerto.

La tristeza da paso a una ira descontrolada en cuestión de segundos. Me doy la vuelta y abro la puerta de sopetón. Darren sigue de pie en medio de la habitación, con el iPhone en la mano, esperando mi respuesta.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —exclamo—. ¿Quieres que me vaya sin más? De ahí lo del vuelo, ¿no?

—Pero pensaba que…

—¡Pues no pienses tanto! —le grito—. ¿Por qué me haces esto? A lo mejor estaba equivocada, pero lo dudo mucho. No hace ni una hora que querías acostarte conmigo, ¿y ahora me echas de tu vida?

—No digas eso…

—¿Cómo que no? Es obvio que eran todo apariencias, ¿no?

Darren traga saliva y niega con la cabeza. Pero no quiero discutir con él. Será mejor que

me reserve un vuelo, ¡porque me largo de aquí!

—No ha sido por las apariencias, pero ¿qué piensas hacer aquí?

Le ignoro, voy hacia mi maleta y empiezo a guardar mis cosas. Darren no dice nada más y me observa un rato hasta que no aguanta más.

De repente, me agarra de la mano y tira de mí hacia él.

—No han sido solo las apariencias, Millie —me asegura, intentando encontrarse con mi mirada, pero yo la evito—. Pero tengo muchas cosas de las que ocuparme ahora mismo y... eso lleva su tiempo.

—¿Crees que no lo entiendo? —le pregunto—. Claro que lo entiendo, Darren. Lo que no entiendo es que después de los últimos días y de todo lo que ha pasado entre nosotros... Bueno, ¿qué digo? Me has utilizado igual que a todas las demás.

—Yo no...

Darren frunce los labios. Parece que mi comentario le ha ofendido. Me mira en silencio unos segundos y luego grita:

—¿Cómo puedes pensar eso, Millie?

—¡No! ¿Cómo puedes echarme sin más? —le digo, furiosa.

Se queda callado y me doy la vuelta. Recojo mis cosas, mientras él se viste y reserva un vuelo a Chicago a última hora de la tarde. Tendré que pedirle a Sienna que venga a buscarme. No me apetece especialmente, pero no veo otra forma de volver a Lincoln.

—Tu vuelo sale a las cinco —dice Darren, como si no pasara nada—. Puedo acompañarte y…

—No quiero que me lleves —mascullo, y cierro la maleta—. Ya he pedido un taxi.

—Pero...

—Pero nada —le interrumpo—. Voy a despedirme de tu familia.

Ignorando a Darren, salgo por la puerta con el bolso en el hombro y bajo al salón. Parece que ya se ha calmado todo el alboroto de antes.

Los padres de Darren y Dana ponen cara de sorpresa cuando aparezco con el bolso, seguida de Darren con mi maleta.

—Millie…

Dana se levanta de un salto y se acerca a mí.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—Me voy a casa —le digo—. Quería despedirme y daros las gracias por vuestra hospitalidad.

—No te irás por lo de esta mañana, ¿verdad?

Dana me pregunta, preocupada, y mira a su hermano.

—No —le digo para tranquilizarla—. Ha sido un placer conocerte.

Sigue pareciendo abrumada, pero me estrecha en sus brazos.

—Ha sido un placer conocerte a ti también.

Dana se acerca a mí para abrazarme más y aprieta con fuerza. Luego, me susurra al oído:

—Espero que Darren vea lo que tenéis y luche por ti.

Sorprendida, la miro, pero ella solo me guiña un ojo y me libera de su abrazo. Yo también lo espero, pero estoy tan decepcionada con él ahora mismo que no quiero volver a verlo. Me ha utilizado, y ahora que ya no me necesita, me echa. No esperaba que fuera tan insensible como para arrebatarme mi virginidad y fingir que sentía algo por mí. No me lo esperaba ni aun viniendo de él.

—Es una pena que te vayas tan pronto, Millie —dice la señora Andrews—. Espero volver a verte pronto.

—Sí… —murmuro.

No sé qué más responder. El señor Andrews también se despide de mí de forma educada, pero algo distante. Esta familia no forma parte de mi vida, sí que me doy la vuelta y salgo de casa, ignorando a Darren.

Mi taxi está esperando en la entrada y Darren me sigue para darle al conductor el dinero del viaje y ayudarle a guardar mi maleta.

—Buen viaje —me dice de nuevo y me vuelvo hacia él—. Te llamaré cuando vuelva a Lincoln.

No digo nada, porque no sé qué pretende que le diga. No tiene por qué llamarme, y el hecho de que su familia esté de su parte desmiente sus palabras. Como si eso no bastara para romperme el corazón, da un paso hacia mí. Darren se agacha para besarme, pero me doy la vuelta en el último segundo y oigo que jadea, asombrado.

—Ni lo intentes —susurro—. No quiero que me humilles más con toda esta farsa.

Me doy la vuelta definitivamente y subo al taxi. La puerta se cierra tras de mí y el conductor sube también.

—Arranque —le digo.

El taxista asiente y arranca el motor.

Miro a Darren por la ventanilla. Tiene los labios apretados y las manos en los bolsillos.

Se me saltan las lágrimas y me pregunto qué he hecho para merecer esto.

16

Darren

Dos semanas más tarde.

Entro en el establo para sacar a Hurricane de su cuadra y llevármelo a dar un paseo, como he estado haciendo casi todos los días durante las dos últimas semanas. Desde que se canceló la boda de Dana y Willmore, he pasado la mayor parte del tiempo en esta zona de la finca. Necesitaba alejarme del drama familiar.

Suspiro y me acerco a Hurricane para acariciarle la mancha blanca que tiene en la frente. El animal relincha suavemente y me da un golpecito con el morro en la mano. Nunca pensé que sería capaz de quedarme en Texas durante dos semanas seguidas, y mucho menos si tenía que convivir con mi familia, concretamente con mi madre, para qué mentir. Sin embargo, aquí estoy, y me siento como en casa.

El abuelo y yo informamos a los invitados de que se había suspendido la boda, y luego ayudé a Dana para que pudiera marcharse de casa de Willmore. Mi madre tuvo la sensatez de echarnos una mano, en lugar de regocijarse en la autocompasión (que ya es decir). Willmore se puso chulo y amenazó con presentar cargos contra mí, pero luego el abuelo le dejó caer que, si lo hacía, él le exigiría que le devolviera el dinero que había invertido en su empresa cuando empezó a salir con Dana. ¡Y sorpresa! De repente, jamás volví a saber nada de ese gilipollas. Dana va poco a poco a mejor, y a veces se ríe con las bromas que hacemos. Menos es nada, ¿no?

Mi padre ha estado intentando acercarse un poco más a mí. Habla conmigo y me pregunta por mi vida en Lincoln, algo que antes habría sido impensable. Anoche estaba practicando cómo lanzar el balón en el patio trasero, y él vino y se unió. No dijo ni mu. No me acribilló a preguntas, ni me dejó caer que el fútbol no tiene ningún futuro. Solo disfrutamos de un momento padre e hijo.

Me siento a gusto en Texas, pero sigo echando de menos mi verdadero hogar, sobre todo a Millie.

Abro la cuadra de Hurricane y lo saco por el cabestro, para ponerle la silla y quitarle el ronzal de cabezada.[1] Es hora de prepararlo para el paseo.

Ahora que lo pienso, no sé por qué envié a Millie a casa. Cada vez que recuerdo la expresión de su rostro cuando fui a besarla por última vez junto al coche, se me rompe el corazón. No la rechacé porque lo nuestro no significara nada para mí, sino porque no sabía cómo afrontar que ella siguiera aquí después de lo que pasó con la boda.

Mi familia es tan peculiar, tan retorcida y desestructurada, que no quería que ella tuviera que lidiar con ellos. Apenas nos conocemos; solo nos hemos acostado unas cuantas veces. ¡Y han sido increíbles, por cierto! Así no es como me imagino empezando una relación seria con una chica. Sí, ya sé que soy un gilipollas y me he acostado con más chicas de las que puedo contar, pero con Millie… Bueno, quería hacerlo bien por una vez. Nada más lejos de la realidad, claro. Desde que se fue, todo ha ido de mal en peor. Los primeros días, ignoró mis llamadas y me dejó en leído. Ahora los mensajes no llegan ni a entregarse, ni tampoco consigo llamarla. Debe haberme bloqueado.

Tal vez debería admitir que he echado a perder lo que tenía con Millie, pero me está costando recuperarme del golpe.

Los estribos hacen un sonido metálico al chocar con las hebillas de la silla de montar, y yo aprieto la cincha de cuero del vientre de Hurricane.

—¿Estás listo, chico?

Mi caballo levanta la cabeza y yo lo conduzco fuera de la cuadra en dirección al patio, mientras Dana se acerca a Lady en la cuadra de enfrente.

—Hola —me dice, mientras intento erguirme sobre el lomo de Hurricane—. ¿Te importa si salgo contigo a montar?

—No —respondo, esperando a que me alcance—. En absoluto.

—Vale, genial —responde Dana—. ¿Vamos al lago?

—Sí, ¿por qué no?

Espoleo a Hurricane y Dana hace lo mismo con Lady. Cabalgamos uno al lado del otro en silencio y a un ritmo pausado.

—Gracias, Darren —dice de repente y yo la miro.

—¿Por qué? —le pregunto—. No tienes por qué dármelas.

—No podría haber superado las dos últimas semanas de no ser por ti —admite—. Estoy segura de que me habría planteado perdonarle…

—¡Dana! —exclamo indignado, mientras sacudo la cabeza—. ¿Estás loca? Ese cabrón no te merece. ¡Jamás lo ha hecho! ¿Por qué no le dejaste antes?

—No lo sé… —murmura, encogiéndose de hombros.

Dana parece muy triste. Es normal, teniendo en cuenta que su relación se ha ido al traste, pero diría que también está aliviada de no haberse casado con él. Comprensible, la verdad.

—Hemos estado juntos mucho tiempo, y yo... No estaba segura de querer tirarlo todo por la borda. También tenía cosas buenas, ¿sabes?

—Te engañaba constantemente, Dana. ¡Y al final acabó haciéndolo con tu mejor amiga! —gruño y la miro—. Y encima se atrevió a pegarte, cuando la culpa era solo suya. No te mereces eso, Dana. Nadie lo merece.

—Lo sé… —responde ella con rotundidad—. Ya lo he asumido. Más vale tarde que nunca, ¿no?

—Es cierto —digo, y le sonrío sinceramente.

Y yo debería aplicarme el cuento… No sé a qué espero para volver a Lincoln a toda prisa y hablar con Millie.

Dana y yo llegamos al lago y bajamos de nuestras monturas. Luego atamos los caballos a un árbol. Tal y como hicimos Millie y yo hace dos semanas, andamos por el muelle y nos sentamos en el borde, en la parte más honda del lago. Inmediatamente, mi mente viaja a aquella tarde, cuando nos dijimos lo que sentíamos el uno por el otro. Y, sin embargo, en menos de veinticuatro horas, lo eché todo a perder.

Anda que…

Me siento el muelle y doblo las piernas en dirección a mi torso, para apoyar los antebrazos en las rodillas. Dana se sienta a mi lado.

—¿La echas de menos? —me pregunta mi hermana, y yo asiento vacilante—. ¿Por qué le dijiste que se fuera?

—No lo sé… —digo, rascándome ligeramente la cabeza—. Después de hacer que Willmore entrara en razón…

—Le rompiste la nariz, Darren…

Mi hermana intenta sonar severa, pero no puede evitar sonreír de oreja a oreja después de

recordar la escena.

—Está bien… —admito—. Después de ese pequeño altercado, Millie y yo subimos a la habitación. Una vez allí, se me fue la pinza. Fue como si no supiera cómo actuar, ahora que ya no teníamos que seguir fingiendo. Me costaba creer lo que sentía por ella…

—¿Cómo, cómo? ¿Que estabais fingiendo?

Dana levanta las cejas y luego sonríe.

—Mira, supe que había algo raro entre vosotros en cuanto la vi.

No puedo evitar reírme y asentir.

—¿Y por qué no dijiste nada?

—Porque era demasiado divertido verte enamorado de una chica que no encajaba con tu tipo.

—Ah, estupendo... Y no estoy enamorado de ella.

—¡Oh, venga ya!

Dana se ríe bien a gusto. Por primera vez en dos semanas, se ríe a carcajadas. No me encanta que sea en estas circunstancias, pero al fin la veo un poco más feliz, y eso es lo importante.

—La forma en que la mirabas y lo posesivo que eras con ella... No lo habrías hecho si solo hubiera sido una treta. Si no es tu novia, ¿quién es ella entonces, Darren?

Dana me mira y se aparta un mechón de pelo de la cara. Me encojo de hombros y digo con sinceridad:

—No lo sé. Millie es la mejor amiga de la novia de Denver, Sienna, y bueno, es de mi grupo de amigos en Lincoln, y por eso nos conocemos. Pero dudo que sea quien dice ser…

—¿A qué te refieres? —pregunta mi hermana, alzando las cejas.

—Antes de que nos conociéramos mejor a raíz de vuestra boda… Bueno, ya sabes a lo que me refiero. El caso es que pensaba que...

—Bueno, bueno, ¡para el carro!

Dana levanta la mano y se ríe.

—No sigas por ahí. Empieza por el principio y luego ya hablaremos de quién es o quién deja de ser.

—De acuerdo —digo, y luego respiro hondo y le sonrío. —Millie empezó empresariales en Lincoln el otoño pasado. Conoció a Sienna en una clase a la que iban juntas y se hicieron amigas. Así es como entró en nuestro grupo. En Lincoln siempre ha sido muy tímida, reservada y algo... aburrida. Pero siempre me ha impresionado lo mucho que sabe de fútbol. Pero bueno, muchas aficionadas entienden bastante de este deporte. En fin, con lo de tu boda, creí que ella sería la candidata perfecta para que mamá estuviera calladita. Además, necesitaba a alguien en quien pudiera confiar. Ella no fue mi primera opción, pero... Bueno, da igual. Es que Phoenix está en Europa.

—Tienes una forma muy extraña de encontrar el amor verdadero —suelta Dana con una sonrisa.

Al escuchar a mi hermana, pongo los ojos en blanco y luego sigo:

—Bueno, fui a verla para preguntarle si estaría dispuesta a ayudarme… Ella aceptó y, de repente, estábamos tan cerca el uno del otro... No llevaba la ropa aburrida de siempre, ¡estaba tan sexy…!

La recuerdo de pie frente a mí, con su top negro y sus *leggings*. No era un conjunto fuera de lo común, pero a diferencia de cómo solía vestirse, estaba preciosa.

—La besé... y nos acostamos.

—¿En serio? —pregunta Dana, incrédula, y luego pone los ojos en blanco—. ¿Tan rápido fue la cosa?

—Obvio, hermanita —respondo y omito que Millie era virgen.

Dana me descuartizaría si se enterara.

—Después de eso, surgió la chispa entre nosotros.

—Se llama amor a primera vista —dice mi hermana.

Ahora soy yo quien pone los ojos en blanco. Amor a primera vista, ¡qué tontería! Habría sido amor a primera vista si me hubiera enamorado de ella la primera vez que la vi. Pero no fue así. Solo me fijé en ella cuando la necesité. Siempre estaba ahí, pero tan lejos de mí... Cuando finalmente me digné a conocerla, descubrí que era genial.

Mierda, si es que no tengo arreglo... Esto no me puede estar pasando.…

—Darren —dice Dana, mirándome cariñosamente—, no hay nada malo en que te enamores de ella aunque no te lo esperaras. Lo sabes, ¿no?

—Ya, supongo… —murmuro, mirando hacia el lago—. Siempre pensé que me gustaba mi vida en Lincoln, y me sigue gustando, pero Millie me entiende como nadie lo ha hecho hasta ahora. Además, sabe cómo comportarse en nuestro mundo. Por eso te digo que no sé mucho sobre quién es en realidad. Apenas habla de su familia y de su vida antes de la universidad, pero sé que nos parecemos más de lo que creíamos. Dana, sé que no quería irse…

Susurro la última parte porque me duele en el alma haberla echado.

—Lo sé —dice Dana con simpatía—. ¿Y entonces por qué le pediste que se fuera?

—No quería agobiarla con mis problemas.

—Darren, por Dios… —gime mi hermana—. Si fuera un tío, te daba una que te dejaba tonto, pero como no lo soy, tendré que aconsejarte.

Me río suavemente y ella me mira mal.

—No digas que no quieres agobiarla con tus problemas porque, hasta cierto punto, tus problemas también son los suyos. No puedo creer que tenga que explicarte lo que es tener pareja. Tienes veintidós años, chaval. Es normal que Millie quiera estar a tu lado, al igual que también lo estaba cuando todo iba bien. Pero tú, pedazo de inútil, la mandaste a casa en taxi.

—Sé que fue un error —refunfuño—. No hace falta que me regañes. Me ha estado ignorando desde entonces... ¿Estás contenta?

—Tiene más agallas de lo que pensaba.

—¿Y eso a qué viene? —pregunto, molesto.

—Viene a que esa chica sabe perfectamente lo que quiere y quién es —dice Dana—. Millie es de todo menos una niña tímida que se come con los ojos a la gran estrella de fútbol de Lincoln.

—Y a mí me gusta que me…

—Darren —me interrumpe Dana, y después me pega en el brazo—. Ni te atrevas a decirlo. Me importa un pepino tu vida sexual.

No puedo evitar reírme. No iba a soltar una guarrada, joder... Solo creo que la forma en que me mira Millie es preciosa. Siempre tiene ese increíble brillo en los ojos y me sonríe de la forma más sincera posible.

—No estaba pensando en sexo hasta que lo has mencionado —murmuro—. Gracias por eso, hermanita.

Eso me recuerda que no me he acostado con nadie en dos semanas y que necesito

crónicamente echar un polvo. Me muero de ganas de hacérselo a Millie, pero mientras me siga ignorando, no creo que sea posible.

—¿Y ahora estás pensando en cerdadas?

Mi hermana se lo está pasado en grande.

Será cabrona.…

Me mira, suelta una risita y luego dice:

—Perdón… ¡Lo siento!

—¿Qué vas a sentirlo, Dana? —digo, sonriente y le guiño un ojo—. ¿Y tú piensas mucho en eso?

—No desde que...

Dana se detiene y sacude la cabeza. Luego dice:

—Volvamos a Millie y a ti. ¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé —admito—. Mientras esté aquí, siento que no puedo hacer nada.

—Lo que te pasa es que tienes miedo.

Dana chasquea los dedos. Está empezando a desquiciarme que se ría tanto de la situación.

—¿Y qué si lo tengo? —digo, apartando la vista—. No quiere saber nada de mí.

—Pero ¿vas a rendirte tan pronto? —insiste Dana—. ¿Acaso te rendiste cuando pediste la beca, o cuando querías entrar en el equipo? ¿Lo echaste todo a perder cuando mamá y papá te dijeron que tenían otros planes para ti?

—Eso fue diferente…

—¿Por qué, Darren? —me pregunta Dana, mirándome con los ojos muy abiertos—. ¿Porque sabías que esta vez podía no salir bien?

—Sí, ¿vale?

Odio admitir que, con el tema de Millie, estoy acojonado. Pero tampoco puedo negarlo. Temo que vuelva a rechazarme. Le hice daño, y me di cuenta cuando ya era tarde, y ahora no tengo ni idea de cómo pedirle perdón. No se me da bien disculparme. Y cuando pienso en los patéticos intentos de Denver de hacer las paces con Sienna, me rayo e intento pasar del tema.

—Todo va a salir bien, ¿y sabes por qué? —dice Dana, sonriéndome—. Porque cuando le expliques a Millie por qué lo hiciste y por qué eres como eres, lo entenderá. Lo tengo clarísimo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—¿No me habías dicho que erais más parecidos de lo que creíais?

—Sí, pero...—digo, sacudiendo la cabeza—. No sé si eso se aplica a todo. Quiero decir, sé que lo que aparenta en Lincoln dista mucho de la realidad. Pero no tengo ni idea de cómo es de verdad.

Dana asiente y se saca el iPhone del bolsillo del vaquero. La miro curioso, pero mi hermana no dice nada y teclea.

—La primera vez que vi a Millie, su cara me resultó familiar —dice mi hermana, y mis ojos se abren de par en par—. Al principio no sabía dónde la había visto, y se lo pregunté a Willmore, pero él tampoco se acordaba. En fin, estuve dándole vueltas varios días y al final, caí en la cuenta. Se parece a una antigua compañera mía.

Confundido, miro a mi hermana. Ella fue a Harvard. Los días en los que Millie viste bien, es probable que se parezca a la chica promedio de esa universidad. Millie no es una chica estadounidense de clase media, como demuestran su porte, su elocuencia y su forma de vestir. La ropa de que había en su maleta era mucho más cara de lo habitual. Una chica normal no podría permitirse esos lujos. Ni siquiera Dana y yo tenemos ropa tan cara. El vestido rojo, con el que

aún sueño, lo confeccionó una joven diseñadora Chicago. Vamos, que ni de coña está al alcance de una chica de clase media. Durante nuestra conversación junto al lago, me dio ciertos indicios de a qué esfera pertenecía, pero no reveló lo suficiente de sí misma como para que yo dedujera quién era.

—Mira —dice Dana, enseñándome el móvil—. Aquí, a mi izquierda, está Maya McDonald.

Cojo el teléfono y miro a la belleza morena que está junto a mi hermana. Efectivamente, se parece muchísimo a Millie. Los ojos, la nariz, el pelo... Pero podría ser solo una coincidencia, ¿no?

—¿Bueno, y? —pregunto, mientras le devuelvo el móvil—. Sí, se parecen, pero ¿a dónde quieres llegar?

—Darren, hijo… —dice Dana—. ¿Y tú eres el que juega a fútbol?

—¿Qué tiene que ver esto con el fútbol? —pregunto, confuso—. ¿Te importaría explicármelo?

—Maya McDonald dirige desde hace un año la franquicia McDonald, que incluye a los Minneapolis Warriors —me explica mi hermana, y yo me enderezo de repente.

Conozco ese equipo del norte de Estados Unidos. Es uno de los mejores de la NFL, y todos los pollitos que quieren entrar en la liga sueñan con que los seleccionen. Los mejores jugadores del *draft* de cada año no tienen muchas posibilidades de acabar en ese equipo, porque siempre acaban seleccionándolos otros de una división menor.

—El club lo sigue dirigiendo su abuelo, Roger McDonald.

Dana me enseña una foto del anciano al que tanto conozco y respeto. Es admirable lo que ha conseguido en las últimas décadas. Toda su familia trabaja en el negocio, de una manera o de otra. Roger lleva casi cuarenta años dirigiendo el club con estricta disciplina, o al menos eso nos cuentan internamente. Imagino que su hijo Harold tomará pronto el relevo.

—¿Y qué? —insisto—. Ve al grano, Dana.

—Maya me contó que tenía una hermana pequeña y, según se rumorea en Harvard, será ella quien suceda a su abuelo dentro de unos años. Supongo que, al final, se saltarán una generación —me dice Dana, mientras me enseña el iPhone—. ¿Y sabes cómo se llama esa chica? Millie McDonald. Enhorabuena, hermano, la chica de tus sueños es la futura dueña de un club de la NFL.

Le arrebato el iPhone a Dana y miro fijamente la pantalla. Todo esto me parece tan surrealista que me cuesta creerlo. Ahí está, mi Millie Mouse, en el Target Field, con su abuelo. La foto tiene menos de tres semanas. Debieron de sacársela en la época de los exámenes de la uni. Millie nos dijo que tenía que estudiar y que no podría venir a vernos. En realidad, no vino porque no quería que supiéramos que algún día será la dueña del lugar.

Pero ¿qué coño? ¡Millie va a heredar un club de fútbol!

Eso explica por qué le entusiasma tanto el deporte al que quiero dedicar mi vida. Ahora entiendo por qué se pone tan profesional cuando habla de fútbol con nosotros. Sabe tantísimo que podría poner en evidencia a algún que otro entrenador. Y bueno, no nos olvidemos de lo que me dijo sobre mi futuro. Sabe muy bien de lo que habla, porque algún día heredará ni más ni menos que un club de fútbol.

Madre mía, ¡me he enamorado de una de las jóvenes más ricas de los Estados Unidos!

---

[1] *N. de la T.* Un ronzal es una cuerda que se abrocha a la cabezada de cuadra por un extremo, y que se

utiliza para poder guiar al caballo mientras el jinete no está montado en él.

17

Millie

Dos días más tarde. Lincoln, Illinois.

Por enésima vez, cierro la conver con Darren y tiro el iPhone sobre mi cama. Ha vuelto a Lincoln y quiere hablar conmigo. Han pasado más de dos semanas desde que me echó de su casa. Era más fácil evitar la confrontación cuando sabía que aún estaba en Texas. Pero ahora que ha vuelto a la ciudad, me siento fatal. Le echo de menos. Además, hoy es el cumpleaños de Joy y es inevitable: habrá que verse.

¡Maldita sea! No quiero echarle de menos, porque sé que él no me echa de menos a mí. Darren lleva dos semanas dándome la chapa para que no le cuente a nadie lo que pasó en su casa y cómo es su familia. No entiendo a su madre. A mis ojos, no se comporta como tal. Es una mujer frígida que solo se preocupa por evitar que deshonren a su familia. Le da igual si sus hijos sufren o no.

En los últimos días, he sentido la tentación de responder a sus mensajes para decirle de quedar. Me gustaría saber cómo está Dana y si ha superado la ruptura con Willmore. Pero no tengo el valor de preguntárselo a Darren. Estoy segura de que si le doy la mano, me cogerá el brazo entero.

Aún no logro entender por qué quiso echarme. Sospecho que él mismo no sabía cómo actuar. Puedo entenderlo, en cierto sentido. Tenía todo tan reciente, y allí estaba yo, rondando y exigiéndole una explicación por la forma en que me había tratado. No fue muy inteligente lo de pasar tiempo a solas y acostarnos una vez tras otra.

Bueno, esa es mi opinión. Lo quiero todo de él, y si no, mejor que no intente acercarse a mí.

¡Que te den, Darren Andrews!

No le conté a Sienna ni a Joy los detalles de mi regreso. Solo les dejé caer que me fui después de que se suspendiera la boda, porque la familia tenía muchas cosas que resolver y yo tenía que estudiar. Afortunadamente, no lo cuestionaron y se dieron cuenta de que no quería hablar de ello. Desde entonces, intento borrar a Darren de mi vida, pero como era de esperar, solo ha funcionado a medias.

Aprobé todos los exámenes aunque apenas estudié. No podía dejar de pensar en Darren. Ese imbécil me vuelve loca. No se merece que piense en él, día sí, día también.

Salgo del pequeño baño de mi habitación, que me da grima, y me dirijo al armario. Por suerte, Amanda está con su familia en Alabama. Si estuviera aquí, no tendría ni un momento de paz. No dejaría de preguntarme por Darren y por el viaje a Texas. Conociéndola, es la última persona con la que quiero hablar del tema. Para eso, directamente me subo a una mesa de la cafetería de la uni y me pongo a gritar que nos acostamos.

El viaje a Texas también me enseñó que tengo que volver a ser yo misma, y dejar de jugar a ser la chica tímida. Por culpa de esa misma chica, me metí en todo este lío. Yo no soy así, y Darren tiene razón. No necesito esconderme. Mis amigos me quieren por cómo soy, así que no han sido solo imaginaciones mías.

No siempre he fingido, ahora que lo pienso. He conectado tanto con Darren que casi le revelo quién soy. A ver, puede que nunca sea capaz de relacionarme con los demás tan bien

como Sienna. Si ella no se hubiera acercado a mí en aquella clase, no nos habríamos hecho amigas. Y está claro que jamás podré hablar de ciertas cosas con tanta franqueza como lo hace Joy, o cantarle las cuarenta a Darren como Phoenix hizo con Jake. Pero ya no quiero ser una ratoncita aburrida y callada.

Es hora de mostrarles a mis amigos quién soy realmente. Si se parecen en algo a las interesadas de mi insti, supongo que tendré que decirles adiós. También tendré que contarle la verdad a Darren en algún momento, si es que volvemos a hablar.

Me gustó mucho que dijera que era sexy. Me hizo sentir bien. Nunca había recibido un cumplido tan bonito de un chico, ni mucho menos de semejante bombón. Quiero esperar a esta noche para decirles la verdad a Sienna y Joy. Prefiero estar segura. O tal vez lo estoy retrasando porque tengo miedo de cómo reaccionarán…

Alguien llama a la puerta y me saca de mis pensamientos. Enarco las cejas y pienso un segundo. No he quedado con nadie, ¿no? Quizá sea alguien que busca a Amanda. En fin, en cuanto se lo cuente a mis amigos, me mudaré a mi apartamento y me libraré de esa petarda buscona de una vez por todas.

Me pongo rápidamente la camiseta y abro la puerta. El corazón me late con fuerza y me entran ganas de pegar un portazo. De todas las personas que podían estar al otro lado, me encuentro a Darren.

—Hola —me dice, sonriente—. Has estado evitando mis llamadas y me has dejado en visto durante dos semanas, así que bueno, había pensado en pasarme por aquí…

Abro la boca y la vuelvo a cerrar, incapaz de responder.

¡Qué fuerte! ¿Cómo se atreve a presentarse aquí?

No puedo articular palabra, así que miro a Darren. Tiene la barba más larga que cuando me fui. Lleva una sudadera negra con el escudo de los Lincoln Tigers, unos vaqueros y una chaqueta bastante abrigada. Todavía hace mucho frío en Illinois.

—No tengo tiempo para esto —respondo, evitando su mirada—. Nos vemos luego, en el cumple de Joy.

Intento cerrar la puerta, pero él la bloquea con el pie.

—Por favor, Millie… —susurra—. Déjame que te explique lo que pasó…

—No quiero oír tu explicación —le digo, muy digna—. Entiendo que no me quieras en tu vida ahora que ya no me necesitas, pero…

—Pero ¿qué dices? Nada más lejos de la realidad —me interrumpe, y luego asoma la cabeza para echar un vistazo al estudio—. ¿Estás sola?

—Sí —le digo—. Pero no por eso voy a dejarte pasar.

—Bueno, si quieres grito lo que tengo que decirte en medio del rellano, y así todo el mundo podrá oírme —responde, con una sonrisa victoriosa en los labios.

Aprieto los puños. Tiene que estar de coña.

—¿Es eso lo que quieres, Millie? Estoy dispuesto a hablar de nuestra vida sexual con muuuuchos detalles…

Entrecierro los ojos hasta que casi lo pierdo de vista y respiro hondo. El muy gilipollas... Pues claro que no quiero que se ponga a gritar como un desquiciado.

—De acuerdo —cedo y doy un paso atrás—. Adelante…

—Gracias —dice Darren en voz baja y entra en la habitación.

Su loción de afeitado acaricia mis fosas nasales e intento no dejarme llevar por los recuerdos. Necesito pensar en otra cosa. Algo que no tenga que ver con Darren. Pero bueno, ¿en

qué iba a pensar si no?

Después de cerrar la puerta, me doy la vuelta y me cruzo de brazos.

—¿Qué querías decirme? —pregunto, alzando las cejas.

—¿Cuándo te has vuelto tan enfadica? —dice, sonriente, pero enseguida sacude la cabeza al ver que no me río con su bromita—. Perdona…

—Estoy furiosa, Darren —le contesto, levantando las manos en señal de exasperación—. La palabra «enfado» se me queda corta. Me pediste que te acompañara a casa de tu familia. Te acostaste conmigo y me dijiste que te gustaba. ¿Por qué leches me echaste de casa y me alejaste de ti cuando más me necesitabas? Me dijiste que me comportara como la verdadera Millie, y eso hice. Supongo que eso tampoco te gusta, así que, ¿qué quieres de mí, Darren? ¡Dímelo!

Me mira con los labios apretados y, justo cuando estoy a punto de decir algo más, me agarra con fuerza y me empuja contra él. Jadeo de asombro cuando su brazo izquierdo me rodea la cintura y me hace presa de su agarre. Su mano derecha se desliza por mi cuello.

—A ti, entera —murmura, lamiéndose los labios—. Te deseo con locura, y eso me aterra. Yo nunca... Quiero decir... Jamás había sentido…

Darren se calla un instante y cierra los ojos.

—Estoy enamorado de ti, Millie.

Me sobresalto, porque no puedo creer lo que está diciendo. Darren esboza una sonrisa tímida y sigue mirándome. Busco el rastro de la mentira y la maldad en sus ojos, pero no las encuentro.

Está diciendo la verdad.

—¿Qué pasa? —me pregunta, y su mano pasa de mi cuello a mi mejilla.

Me la acaricia suavemente con el pulgar y luego dice:

—¿No me crees?

—Sí, te creo —respondo apresuradamente—. Solo lo estoy… procesándolo.

—¿Por qué? —dice, sonriente—. ¿No querías que te dijera la verdad?

—Sí, claro… —digo, mientras respiro hondo y le miro a los ojos—. Es que me ha pillado por sorpresa que tú también sientas algo por mí…

—Lo entiendo. No es que me haya portado muy bien contigo.

—No. Para nada… —digo, mientras me apoyo en él—. Y para que lo sepas, yo también estoy enamorada de ti. Y ahora que te conozco mejor, podría decirse que incluso más que antes.

—¿Estabas enamorada de mí antes? —me pregunta, sorprendido.

Pongo los ojos en blanco. Creo que, en el tema del amor, este chico no tiene muchas luces…

—Darren, hijo… —le digo—. ¿Por qué si no habría accedido a perder la virginidad contigo y a que me arrastraras a semejante circo? Pensé que, tal vez, si llegabas a conocerme un poco más, podría llegar a gustarte…

—Oh, nena…

Darren me coge la cara con ambas manos y me besa suavemente.

—Siento haber sido un imbécil durante tanto tiempo…

—No eras un imbécil —le aseguro, dejando que mis dedos bailen por su sien—. Simplemente vivías en la ignorancia.

—Bueno, eso no me hace menos imbécil —dice, y no puedo evitar reírme.

—Pero ahora ya has salido de la ignorancia… —digo, sonriente, e inclino ligeramente la cabeza—. Así que bésame, por fa.

—Buena idea —asiente, y luego aprieta sus labios contra los míos.

Anhelante, me rindo al beso y me acurruco contra él. Darren me agarra con fuerza. Sus manos me rodean la cintura y dejo que sus músculos se apoderen de mi cuerpo.

¡Maldita sea! He echado tanto de menos esto... Lo he echado de menos a él, vaya.

El beso se vuelve más apasionado y abro un poco los labios para que me meta la lengua. Las manos de Darren recorren mi cuerpo hasta llegar a mi culo y me coge en brazos. Me lleva hasta la cama y se sienta en ella, conmigo en su regazo.

Nos separamos y le miro. Me devuelve la mirada y vuelve a besarme.

—¿Cómo está Dana? —le pregunto como puedo, y él sonríe.

—¿Quieres hablar de mi hermana ahora que nos estamos reconciliando? —pregunta—. Me estás cortando un poco el rollo…

—Lo siento —murmuro—. Claro que no quieres hablar de ella. Solo he pensado que…

—Tranqui, no pasa nada. Está bien. Se lo está tomando de una forma bastante *chill*.[1] Me ha hecho prometer que te saludaría de su parte —dice, sonriente— y me dijo que le encantaría volver a verte.

—A mí también —respondo, contenta.

Pero por ahora estoy feliz de tener a Darren conmigo y no tener que evitarlo toda la noche.

—¡Mierda! —exclamo y él abre mucho los ojos—. ¡La fiesta!

—¿Qué pasa? —pregunta, irritado.

Quiero levantarme, pero Darren me agarra con fuerza por las caderas y me vuelve a sentar en su regazo. Me aprieta con tanta fuerza que puedo sentir su sexo duro debajo de mí. Su miembro presiona contra la tela de sus vaqueros, deseoso de salir a mi encuentro.

—La fiesta de Joy... —le explico—. Bueno, quiero decir… ¿Qué hacemos?

Darren frunce las cejas. No parece entender lo que quiero decir. Pero es evidente, ¿verdad? Le estoy preguntando si estamos juntos o no. Normalmente es lo que se suele hacer cuando dos personas se enamoran, ¿no? Bueno, y de paso, me gustaría saber si vamos a ir a la fiesta ya o qué. Me muerdo el labio y le miro con ojos ansiosos, porque aún no ha dicho nada.

—¿Qué quieres hacer? —responde, con una sonrisa.

—Pues quiero… Ya sabes lo que quiero.

—Vale, ¿pues entonces, qué? —pregunta—. Millie, sé lo que quieres y yo quiero lo mismo, pero necesito que lo digas en voz alta.

—¿Por qué? —refunfuño.

Se ríe y me planta un beso en los labios. Tengo que acostumbrarme a esto. Estos besos, que ahora podemos darnos en cualquier momento, son nuevos para mí, pero eso no lo hace menos bonito.

—Porque es importante —dice—. Quiero que me digas lo que quieres hacer conmigo. Y así podremos divertirnos…

Con las últimas palabras, su voz adquiere un tono mucho más sosegado, y sus labios rozan mi cuello hasta llegar al lóbulo de mi oreja, que muerde suavemente. Ya me ha dejado claro que la fiesta le da bastante igual.

—Darren… —le regaño—. No cambies de tema. ¿Vamos a la fiesta o no?

—Te deseo, nena —susurra, mientras me quita la camiseta—. Llevo dos semanas sin pensar en otra cosa que en tu cuerpo y, no, no digas lo que se te está pasando por la mente…

—¿Qué crees que estoy pensando? —pregunto, levantando las cejas.

—No estoy aquí porque el sexo sea increíble, sino porque tú lo eres.

Sonrío, le miro y poso mis labios sobre los suyos. Le rodeo el cuello con los brazos y froto mi entrepierna con su sexo duro. Darren gime mientras me besa y me desabrocha el sujetador para bajarme los tirantes poco a poco. Me mira y me pasa las manos por el costado, hasta llegar a mis pechos. Sus manos los acarician suavemente. Siguen siendo pequeños, pero parece que a Darren le gustan, y cuando se agacha ligeramente y se lleva los pezones la boca, me olvido de lo demás.

---

[1] *N. de la T.* En inglés, el adjetivo *chill* hace referencia a alguien tranquilo. Los jóvenes lo utilizan habitualmente, como muchos otros anglicismos, y a veces se puede insertar en expresiones como «ir muy *chill*» o «estar de *chill*», que es similar a «estar de tranquis».

18

Millie

—¿Adónde vas?

Darren me atrae hacia él mientras intento levantarme de la cama.

—Quédate quieta —dice.

—Quiero arreglarme para la fiesta.

Me doy la vuelta en sus brazos y le miro, sonriendo. Los dos estamos desnudos y tumbados en mi pequeña cama, que ni siquiera es lo bastante grande para que quepa Darren. Me atrae hacia él y me pasa los dedos por mi espalda desnuda.

—¿Qué tal si nos quedamos aquí? —sugiere, besándome el hombro—. Creo que me merezco una buena bienvenida, ¿no?

—¿Una bienvenida?

Sacudo la cabeza al oír sus palabras y él aprieta su pelvis contra la mía.

—Darren, no.

Le pongo las manos en los hombros para alejarme de él. Cuando la parte superior de mi cuerpo se levanta ligeramente, él aprovecha y me cubre los pechos de besos.

—Apuesto a que Sienna y Denver también están follando sin parar —continúa sin pudor y yo pongo los ojos en blanco—. Las segundas partes pueden ser buenas…

—Lástima que hayamos quedado en una hora. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

—Vaaaaaale —gruñe y me suelta—. ¿Te quedas a dormir en mi casa esta noche?

Le miro, sorprendida, y asiento con la cabeza. Me gusta que quiera que me quede con él y que volvamos a estar tan unidos como en Texas. Además, la cama de Darren seguro que es mucho más grande. Ahora que lo pienso, nunca he estado en su habitación en Lincoln. Solo nos hemos acostado en mi cama.

—Nunca he estado en tu casa —digo, mientras le acaricio el pecho—. ¿Qué debo esperar?

—Una cama mucho más grande.

Darren sonríe y me roba un beso. Luego me da un azote en el culo, y me hace gemir.

—Venga, a arreglarse. Cuanto antes lleguemos a casa de Joy, antes podremos volver a casa —dice Darren.

Me río y salgo de la cama. Darren se pone de lado y me mira descaradamente mientras me pongo la ropa interior. Sorprendentemente, no me siento incómoda. Cuando estoy con él, pierdo la vergüenza, pero me da miedo que se le escape algo esta noche. Me pregunto cuánto sabrán los chicos…

Trago saliva y me muerdo el labio. La primera vez que nos acostamos, y más tarde, cuando lo hicimos varias veces en Texas, todavía no era algo oficial. Probablemente fuese una chica más en su lista. Me sube la bilis a la boca al pensar en él hablando de acostarse conmigo delante de los chicos.

—¿Millie? —dice Darren, que está de pie frente a mí—. ¿Va todo bien? Te has puesto blanca... ¿Te he hecho daño?

Me acaricia el culo en la zona en la que me ha azotado y niego con la cabeza.

—No —digo sinceramente, mientras le beso en el pecho—. Solo estaba pensando en los

chicos…

—Vaaale —dice, levantando las cejas—, ¿y en qué estabas pensando exactamente?

—¿Se lo has dicho? —pregunto, mirándole con urgencia.

—¿Decirles qué?

—Lo nuestro... Quiero decir, ¿les has contado a Denver, Jake y Tyler lo nuestro?

—No. Bueno, no lo que te imaginas —me explica—. Estuve hablando con ellos sobre a quién llevar a Texas. Después de que nos acostáramos por primera vez, me rayé porque me di cuenta de que había sido algo más que un polvo para divertirnos… En fin, ahí se lo conté a Tyler.

—Ah —digo, simplemente—. Y... ¿qué dijo?

—No mucho —responde Darren—. ¿Qué se supone que iba a decir? Se cabreó conmigo por haberte dejado ahí sola…

—Sí, bueno, entiendo a Tyler. Y como lo vuelvas a hacer, no vengas a buscarme.

—Lo sé… —dice, sonriente, y me besa suavemente—. ¿Se lo has dicho a las chicas?

—Sí —digo—. Me echaron una de esas miraditas y… bueno, me derrumbé. ¿Te enfadas?

—No. —dice Darren, con sinceridad—. ¿Y tú, estás enfadada?

—No —respondo con una sonrisa—. Solo me daba palo que te burlaras de mi falta de experiencia. Te he oído hablar de las chicas con las que te acuestas de normal cuando estás con los chicos y…

—A ver, a ver, a ver… Las cosas, claras.

Suavemente, Darren me levanta la barbilla con el dedo índice y me mira fijamente.

—No eres uno de mis rollos de una noche; nunca lo has sido. Eras mi amiga. Y nosotros jamás hablamos de ello si nos acostamos con nuestras amigas. Bueno, vale, nadie lo ha hecho hasta ahora, excepto Denver. Pero él ya no habla de lo que hace en la cama con Sienna, al menos no como solía hacerlo antes. A veces, cuando soltamos una cerdada, asiente como para dar a entender que lo han hecho, para qué mentir. Pero no le preguntamos sobre lo que le gusta a Sienna. Sabemos que no querría hablar del tema. Así que bueno, lo que tú y yo hagamos en la cama no es asunto de Denver, Tyler o Jake.

—Gracias —digo aliviada—. Joy y Sienna fliparon un poco con lo nuestro.

—¿Cómo se supone que debo tomarme eso? —dice Darren, arqueando las cejas—. ¿Qué les has dicho?

—Uuuuh… ¿Te preocupa? —digo, burlona.

Él me da un codazo en el costado y yo confieso:

—Les dije que me corrí porque me lo comiste y... que no fue la última vez que hiciste que me corriera. Eso les impresionó y se quedaron flipando. Y luego les dije que me gustó mucho.

—¿Aunque te doliera?

Darren me mira con arrepentimiento y dolor, y asiento.

—Supongo que forma parte de la experiencia —digo, encogiéndome de hombros—. Pero después estuvo genial. Prometido.

Para recalcar mis palabras, le beso en los labios. Me guardo para mí el hecho de que Sienna me preguntara lo grande que era su pene.

Darren se ríe de repente, cosa que no entiendo. Habría esperado que se enfadara.

—Eres la mejor, ¿lo sabías? —se burla de mí y me roba otro beso.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque te has puesto en plan adorable, y ahora estoy cachondísimo. Me muero por

tumbarte en la cama y…

—Pues lo normal, ¿no? —pregunto levantando las cejas.

—¿El qué?

—Pues... que cuando acabas de empezar con una persona, solo piensas en una cosa.

—Claro que es normal —dice Darren, casi horrorizado, y me besa apasionadamente—. Pero dentro de un año y medio, seguirás pensando en esa única cosa. El sexo conmigo es una fantasía, nena.

Ignoro la parte en la que se pone a fardar sobre sus habilidades en la cama. Lo único que me importa es que siga queriendo estar conmigo dentro de un año y medio.

***

Después de un rato largo hablando sin parar, Darren aparca su Audi frente a la resi de Joy y ambos nos bajamos del coche. Sienna, Denver, Tyler y Jake nos están esperando. Todos echamos mucho de menos a Phoenix, especialmente en noches como esta. Sigue siendo parte de nuestro grupo, y se nota que nos falta alguien. Darren rodea el coche y se acerca a mí. Sin saber qué hacer, me detengo.

Me mira inquisitivamente y levanta las cejas.

—¿Estás bien? —me pregunta, y yo asiento con la cabeza—. ¿No quieres que sepan que estamos juntos? No pasa nada, Millie...

—No, no es eso —le aseguro—. Quiero que lo sepan. Solo que no estoy segura de cómo se lo van a tomar...

—¿Por? —dice Darren, frunciendo el ceño.

Suspiro por tener que explicárselo, pero la razón es evidente.

—Son nuestros amigos y... y quizá piensen que es raro que seamos pareja. Podría dañar la dinámica del grupo.

—¿La dinámica de grupo? —pregunta incrédulo—. ¿Por qué dañaría la dinámica del grupo? Lo de Sienna y Denver no ha cambiado las cosas, ¿no?

—No, pero ¿y si queremos hacer algún plan sin ellos, y ellos quieren apuntarse a toda costa?

Enseguida me doy cuenta de que estoy buscando desesperadamente razones para evitar que nuestros amigos hagan preguntas.

—Millie…

Darren eleva la voz y me hace dar un respingo. Luego, continúa:

—Si no quieres hacerlo oficial, me parece bien. No tenemos por qué precipitarnos, pero no pongas excusas.

—¿De verdad?

—Sí. Venga, vamos a saludarlos. Como si fuéramos amigos...

Le sonrío, agradecida de que me dé esa opción. Darren me devuelve la sonrisa, cierra el coche y echa a andar. Nos acercamos a nuestros amigos, uno al lado del otro. Saludo primero a Sienna con un abrazo, luego a Tyler, Denver y Jake. Darren hace lo mismo.

—Aquí tenéis la tarjeta de felicitación —dice Denver, mientras me pasa el sobre—. Eran quince dólares cada uno, ¿no?

La tarjeta es azul, como el pelo de Joy, y en ella se lee «Feliz cumpleaños» en letras garabateadas. Tyler me ofrece su espalda para que le escriba una dedicatoria y firme.

Durante unos segundos, miro los nombres de la tarjeta y me quedo prendada al leer «Sienna x Denver» bajo una dedicatoria. Si tuviera el valor de ser sincera con nuestros amigos, mi firma sería «Millie x Darren», en lugar de nuestros nombres por separado. Después de firmar, le paso el bolígrafo a Darren. ¿Y qué hace el muy idiota? Escribe «x Darren» justo al lado de mi nombre. Jake y Denver sonríen y Sienna me guiña el ojo.

—Bueno, ahí van treinta dólares de nuestra parte.

Sin hacer ni un comentario, Denver coge el dinero.

—¿Qué haces? —pregunto indignada, pero Darren se ríe y Tyler sale corriendo.

—Oh, ¡venga ya! —dice, de repente—. No somos idiotas. Ya sabemos que no sois solo amigos…

Me siento tontísima por haber dudado de su reacción.

—Nos alegramos mucho por vosotros —dice mi mejor amiga, y yo pronuncio un «gracias» a media voz.

Darren me abraza por detrás y me planta un beso en la mejilla. Inmediatamente, me hundo en sus brazos.

—Son nuestros amigos, Millie. ¿Qué esperabas? —me dice.

—Lo sé —murmuro—. Lo siento, chicos…

Los tres asienten y no dicen nada más, y Darren me suelta, porque tampoco es plan de hacerlo público delante del resto de los asistentes a la fiesta.

Después de entrar en la gran sala del sótano de la residencia, nos encontramos con Joy y la felicitamos. Sienna le da el regalo. Joy echa un vistazo rápido a la tarjeta y me mira, sorprendida. Sus cejas se levantan como sintiera la necesidad de confirmar sus sospechas en silencio. Me muerdo el labio mientras Darren le guiña un ojo y ella lo entiende inmediatamente.

—¿Vamos a por cerveza? —dice Denver, volviéndose hacia los chicos—. Me muero de sed.

—Toma —dice Darren, entregándome las llaves del coche—. Me fío más de ti que de mí.

Cuando se han ido, me doy la vuelta y Sienna me mira con los ojos abiertos como platos.

—Cuéntanoslo todo. YA —dice, y Joy asiente, ansiosa—. Queremos todos los detalles, especialmente si son guarros.

—Bueno, tampoco hay mucho que contar... Nos hemos reconciliado y ahora estamos juntos.

De repente, las dos me abrazan.

—¡Me muero! ¡Qué fuerte, tía! ¡Qué contentas estamos por ti! —exclama Joy, y Sienna asiente—. Se vuelve muy dulce cuando está contigo. Jamás me lo habría imaginado, viniendo de un tiarrón como Darren…

Asiento con la cabeza, porque estoy de acuerdo con mi amiga. A simple vista, cualquier persona que no conozca a Darren no podría creer lo que hay detrás de esa fachada de *canallita* del campus. Y no me refiero únicamente a su familia, sino a cómo me trata y cómo se dirige a mí. Darren es muy atento conmigo.

—Gracias, chicas —contesto—. Y sí... es aún mejor de lo que me esperaba…

—Bueno, seamos realistas, llevas un huevo colada por él… —suelta Joy, y Sienna le da un codazo—. ¿Qué? Es verdad.

Joy se ríe y nos guiña el ojo antes de despedirse. Es su fiesta, así que tiene muchos invitados a los que saludar. Sienna y yo vamos a la cocina a por algo de beber.

—¿Habéis echado el polvo de reconciliación? —pregunta, de repente, y yo la miro con los

ojos como platos.

Ah, pues... ¿Tan obvio es que nos hemos acostado? Debo de haberme puesto roja como un tomate, porque mi mejor amiga no puede contener una risita al mirarme.

—Me tomaré tu reacción como un sí.

—Sabes que no se me da muy bien todo esto…

—¿Echar un polvo? —pregunta, y pongo los ojos en blanco—. Es broooma... Bueno, ¿y qué tal? ¿Te gustó?

—Mucho —respondo ahora, mucho más segura de mí misma, y ella me guiña un ojo.

Pedimos unas copas y nos dirigimos adonde está el mogollón en la fiesta. ¡Habrá que socializar! Sin embargo, no le quito los ojos de encima a Darren. ¡No puedo dejar de mirarle, lo siento! Su compañero de piso, Ethan, está con él, junto con otros jugadores de fútbol, entre ellos Denver, Tyler y Jake. Sienna y yo nos ponemos a hablar con Hannah, que también estudia empresariales. Parece que a todos nos fueron bien los exámenes y nadie siente que la ha cagado por no estudiar lo suficiente.

Doy un sorbo a mi cocacola y veo que Tiffany se acerca a Darren. Sé que hace tiempo se acostó con ella. Bueno, como con tantas otras chicas... No me resulta fácil ignorarlo, y esta noche me siento como si estuvieran poniéndome a prueba. Darren me ha dicho que está enamorado de mí, pero no confío en Tiffany.

Estoy celosa, no puedo negarlo.

Tiffany se acerca a él, le agarra el antebrazo y se lo acaricia con sus uñas postizas. Darren se ha arremangado el jersey y ella le pone las garras justo encima de su piel tatuada.

—La muy zorra… —gruño—. Habrá que decirle que se guarde las uñas de gatita, ¿no?

Sienna me sonríe y chasquea la lengua.

—Odio ser yo quien te lo diga, pero tienes que marcar tu territorio. Cuando empecé a salir con Denver, yo misma pensé que todo ese paripé absurdo desaparecería y que los chicos les pararían los pies, pero fíjate tú por dónde, no es el caso. A Tiffany & Co.[1] les da bastante igual que los chicos les digan que no una y otra vez.

—No me parece bien meterme ahí —digo, molesta—. No quiero que Darren piense que no confío en él. Es nuestra primera noche como novios…

—Millie, esto no tiene nada que ver con la confianza —dice Sienna—. Darren es tu novio y tienes que hacérselo saber a Tiffany. Y también tienes que dejarle claro a Darren que su vida de soltero se ha acabado. No pasa nada por estar celosa. De hecho, sería raro que no lo estuvieras.

—¿Tú crees?

Mi amiga levanta las cejas y yo suspiro.

—Bueno, vale, voy… —digo, a regañadientes.

Sienna y yo nos acercamos a ellos. No es nada fuera de lo normal y Tiffany tampoco ve motivos para soltar a Darren. Denver sonríe a su novia y la atrae a sus brazos, y Brittany —la mejor amiga de Tiffany— resopla. Pues va a ser que Sienna tiene razón. Hay que confiar en los chicos, pero sin dejar de marcar nuestro territorio.

—Hace tiempo que no nos vemos… —suelta Tiffany, mientras se apoya en Darren.

Su top escotado consigue tapar a duras penas sus pechos turgentes, que rozan el brazo de mi novio. Al ver semejante imagen, se me revuelve todo por dentro. Darren no la mira y sigue hablando con Jake. Hace como si no supiera que Tiffany está pegada a él. Sé que soy una chica educada, pero hoy tengo la mecha tan corta que la cojo del brazo y tiro de ella.

Al principio se queda atónita, pero vuelve en sí más rápido de lo que me gustaría.

—¡Eh! —grita Tiffany, mientras me mira, enfadada—. ¿Qué haces, tía?

Darren también se da la vuelta y, de repente, todos los ojos de la fiesta se fijan en nosotros.

Mierda, ¿qué he hecho?

Nerviosa, miro a Sienna, que asiente para animarme.

—Quítale las manos de encima de Darren.

Tiffany me mira y luego mira a Brittany, que se ríe a carcajadas. Tiffany hace lo mismo y me da un empujón, y yo doy un paso atrás. ¿Qué le pasa? Más le vale parar. Yo no he hecho nada, excepto pedirle que no toque a mi novio.

—Espera, que me quede claro… —dice, arrogante, como si estuviera claro que no soy nadie, y luego arquea las cejas—. ¿Eres tú quien me lo ordena? ¿Tú? ¿Quién coño eres, pava?

Tiffany cruza los brazos delante de sus pechos, y los presiona hacia arriba para marcarlos aún más.

—Eso da igual —respondo con calma—. Aparta las manos de mi novio.

—¿Tu… qué?

A Tiffany se le suben los colores a las mejillas, y mira a Brittany para confirmar lo que acabo de decir. Ella se encoge de hombros.

—¿Que tú eres su novia?

Y como si su tono arrogante y venenoso no fuera suficiente, señala a Darren con sus uñas postizas.

—Lo soy —respondo con la misma vehemencia, y doy un paso al frente en su dirección—. Soy la novia de Darren, y más te vale alejarte de él, o si no…

—¿O si no… qué? —me interrumpe, mientras se acerca a mí, sacando pecho—. Darren nunca se acostaría con una santurrona como tú.

—Ya, bueno… ¿A ti te parece que esté mintiendo?

—Que te estás flipando un poco, sí —dice ella, mirando alrededor—. Chicos, esta pava está un poco cucu…[2]

Pongo los ojos en blanco y miro a Darren. Está de pie entre nosotras, observando el espectáculo en silencio. Igual que la mitad de los asistentes a la fiesta, vaya.

—Podéis creer lo que queráis. Eso no cambia el hecho de que soy su novia.

—Nunca le he visto prestarte la más mínima atención —suelta—. ¿O me equivoco?

—¿Y qué quieres que haga? —contesto—. ¿Que me coja de la mano y me arrastre allá adonde vaya con sus colegas? O mejor aún, ¿querrías que os enviara un difundido a todas las animadoras para deciros que su polla ahora está fuera de vuestro alcance?

Sienna jadea, y algunos jugadores de fútbol silban, pero entonces Darren los mira y estos se callan *ipso facto*. Podría haberme ahorrado la parte de su polla.

La actitud de Tiffany me pone de los nervios. No es el centro del universo, y menos del de Darren. Actúa como si fuera su novia y va pavoneándose por el campus como una reina. Me saca de quicio que las animadoras actúen como si los chicos fueran de su propiedad, solo por la fama que se han ganado en el campo.

No es la primera vez que veo esa actitud. ¿Cuántas veces habrá tenido que pedir mi abuelo a los nuevos jugadores del club que espabilen porque sus novias se comportaban como las diosas de Taggart Field?[3]

—A ver que te lo explique una vez más. Esta vez iré despacito, por si quieres tomar notas

—digo, dando otro paso hacia Tiffany—. Todo ese rollo de cogerme de la mano sin descanso, besarme delante de los demás, ir gritando a los cuatro vientos lo increíble que es nuestra relación... Darren no lo necesita, y yo tampoco. Estamos juntos porque queremos, no porque necesitemos que nos aclaméis.

Si Tiffany y los demás supieran quién soy, todo el equipo de fútbol estaría haciendo cola para intentar algo conmigo. O esa es mi sospecha. Estoy tan cabreada… No sé de dónde he sacado el valor para plantarle cara a Tiffany. Yo no soy así. De hecho, me aterra el conflicto. Por eso siempre me hago pequeñita e invisible. Pero su actitud absurda ha sido la gota que colma el vaso.

—¿Ah, sí? —dice Tiffany, que vuelve a mirarme despectivamente—. Bueno, chica, que sepas que Darren se hartará pronto de ti, porque no hay nada que puedas ofrecerle.

Para recalcar sus palabras, saca pecho. Por supuesto, su delantera es mucho más prominente que la mía. Mis vaqueros, mi camisa lisa y mis botas no pueden competir con su traje de fiesta. Su vestido no deja nada a la imaginación.

—Como si alguna vez fueras a vivir la vida de una mujer de un jugador... Sigue soñando. ¿Alguien te ha echado algo en la bebida? Es que me da la sensación de que, de repente, hablas mucho, ¿no?

Tiffany consigue enfadarme tanto que estoy dispuesta a soltarle que soy la heredera de un club de la NFL y que vengo de una familia multimillonaria. Pero no he construido esta vida aquí para echarla a perder en la primera pelea por Darren. Aunque, bueno, cabe la posibilidad de que Tiffany no me crea y siga haciéndome parecer una loca. Ahora que lo pienso, sí que parece una locura. Es bastante improbable que haya una estudiante millonaria en una universidad como Lincoln.

—No quiero vivir la vida de la mujer de un jugador —contesto—. Porque, a diferencia de ti, me gusta todo de Darren, no solo su reputación y su fama como jugador. Estoy segura de que si algún día se desgarra el ligamento cruzado anterior,[4] dejará de importarte.

Darren empuja a Tiffany para alejarla de mí y me agarra del brazo. Inmediatamente, el cuchicheo a nuestro alrededor se vuelve casi un barullo.

Dios, qué vergüenza…

—Venga, vamos a rematar esta escenita tan sexy que has montado…

Mi novio sonríe y me pone las manos en el culo. De repente, el barullo da paso al jaleo entre los presentes.

—Me has puesto tan cachondo, nena... Los celos te sientan bien.

—Eres un caso… —susurro—. O sea, que has disfrutado… ¡Será posible!

—Claro que he disfrutado con que mi novia casi se pelee porque estaba celosa —continúa, divertido—. Solo te deseo a ti, Millie. Y lo que has dicho... Ya sé que no me quieres por mi fama en el campus.

Sonriente, le miro y le rodeo el cuello con los brazos.

—Supongo que ya lo he hecho oficial, ¿no?

—No del todo. Yo, en cambio, estoy a punto de hacerlo, nena —dice, mientras posa sus labios apasionadamente sobre los míos.

---

[1] *N. de la T.* Tiffany & Co. es una lujosa marca de fama mundial que vende principalmente artículos de joyería y otros accesorios. En este caso, Sienna se refiere a Tiffany y compañía, esto es, a otras chicas sexualmente liberadas, pero hace un juego de palabras con el nombre de la empresa.

[2] *N. de la T.* Tocada, loca.
[3] *N. de la T.* Estadio de fútbol americano de la Ferris State University, en Míchigan.
[4] *N. de la T.* Uno de los cuatro ligamentos principales de la rodilla.

19

Millie

Un mes más tarde.

Salgo de la cama y me visto. Darren está dormido boca abajo. Tiene el brazo izquierdo bajo la almohada y el derecho estirado junto a su cuerpo tonificado. Sonrío, lo miro y me inclino para besarlo en la espalda. Ha pasado un mes desde la fiesta de Joy y aún no puedo creer que fuera capaz de enfrentarme a Tiffany. Hace unas semanas no me habría atrevido. Pero cuando la vi tonteando descaradamente con mi novio, algo dentro de mí se desató. No podía quedarme mirando. Ninguna chica lo habría hecho, porque sienta como una patada en pleno estómago. Sigo pensando que no se va a cortar ni un pelo, pero al menos está avisada. Teniendo en cuenta el beso de película que me plantó Darren justo después, no se atrevió a volver a acercarse a él. Bueno, al menos esa noche.

Por otra parte, ser la novia de un jugador de fútbol parece haberme elevado a una nueva posición social en la uni. De repente, me saluda gente que antes nunca se había fijado en mí. Es exactamente el mismo efecto que genera mi dinero. Lo odio.

En fin, creo que tengo que contarles la verdad a mis amigos. Ya va siendo hora de poner las cartas sobre la mesa. Tengo que confesarles quién soy, qué estoy destinada a hacer y, lo más importante, de dónde vengo. No puedo ocultárselo a Darren por más tiempo.

De repente, suena el tono de mi iPhone y no tardo en coger la llamada.

—Hola, abuelo —digo, de buen humor—. ¿Cómo estás?

—Hola, cariño —me saluda y no puedo evitar sonreír—. Estoy bien, ¿y tú?

—Yo también, gracias.

—Tengo una gran noticia para ti.

—¿Ah, sí?

Miro a Darren, que sigue profundamente dormido.

—¿De qué se trata? —digo, susurrando.

—El *draft* de este año está al caer. Aunque ya hemos seleccionado a los jugadores de esta temporada, quiero empezar a echar un vistazo a los del año que viene.

Mi estómago ruge de incomodidad, y me vuelvo hacia Darren.

—Creía que de eso se encargaban nuestros cazatalentos en el Combine[1] —digo, mientras respiro hondo—. Además, es demasiado pronto para empezar a buscar para el año que viene, abuelo.

Tengo que disuadirle. Es inconcebible que venga aquí con todo su séquito, y menos para ver a los jugadores del año que viene. Mi novio es uno de ellos. Además, estoy en la habitación de Darren y podría despertarse en cualquier momento.

—Nunca es demasiado pronto para mirar al futuro —dice, orgulloso—. He hecho una lista de los jugadores que me gustaron en la final universitaria del campeonato de principios de año.

Trago saliva y me paso los dedos por el pelo, nerviosa. El año que viene Denver, Jake, Tyler y, por supuesto, Darren, irán al *draft*. No me imagino a mi abuelo evaluando las habilidades de mi novio. Sería un poco raro, pero también me sentiría orgullosísima si confirmara que Darren es tan bueno como creo.

—¿A quién tienes en tu lista? —pregunto.

Siento que el corazón me late en plena boca.

—A Denver Jones, el *quarterback*, y a Darren Andrews, un *defensive end*. ¿Los conoces?

Aunque me incomoda la idea de que mi abuelo quiera ver jugar a Darren, no puedo evitar sonreír. Me alegro mucho por él. Los Minneapolis Warriors son un equipo muy bueno. Hemos ganado un par de veces la Super Bowl, pero por desgracia no hemos llegado a la final estos últimos años. Por eso mismo, mi abuelo quiere sacar la artillería pesada. No siempre se puede conseguir a los mejores fichajes. Por eso es más inteligente seleccionar a jóvenes talentos a largo plazo. Darren encajaría perfectamente en nuestra línea defensiva.

—Sí, los conozco a los dos.

Finjo sorpresa y me siento en el borde de la cama.

—¿Por qué lo preguntas, abuelo?

—¡Perfecto! —dice mi abuelo, de repente, demasiado entusiasmado para mi gusto—. Entonces puedes venirte conmigo. ¿Qué te parece? Eso me hará parecer más cercano y amigable.

—Tú ya eres amigable, abuelo… —le respondo, intentando pensar cómo salir de este embrollo.

No quiero ir con él. Eso implicaría tener que revelar a todos mis amigos y al resto del equipo que soy la maldita heredera de una franquicia de fútbol. ¡No puedo hacerlo! Eso haría añicos todo lo que he construido en los últimos meses. También podría arruinar mi relación. No sé cómo reaccionará Darren cuando se entere de que soy una McDonald. Sobre todo porque se lo he estado ocultando.

—No tengo tiempo —miento—. Tengo cosas que hacer.

—Pero tu madre dijo que tenías un semestre libre… —contesta, sorprendido.

Gimo de frustración, y Darren se despereza, todavía amodorrado, en la cama.

—Por favor, Millie, hazlo por tu abuelo…

—N-n-no sé... —tartamudeo—. Nunca he hecho una aparición oficial a tu lado y esos jugadores de los que hablas son mis amigos…

—Eres como ellos. Además, te conocen y confían en ti, y por ende, confiarán en mí —me explica—. Quiero tener a los mejores jugadores en mi... en *nuestro* equipo, y si Denver Jones y Darren Andrews son los mejores, no hay duda de que los necesito. Eres una McDonald, Millie. Que no se te olvide.

—Lo sé —digo, volviéndome hacia Darren, que está abriendo poco a poco los ojos—. Tengo que irme.

—¿Entonces vendrás, Millie?

—Esto... Sí, iré —acepto, queriendo colgar antes de que mi novio se despierte del todo.

—Me alegra oírlo, cariño. Nos vemos la semana que viene.

—¡Adiós! —farfullo, y luego cuelgo.

Bajo el iPhone y me paso los dedos por el pelo. Esto no puede estar pasando. En cuanto los jugadores se enteren de que viene mi abuelo, se van a volver locos. Sobre todo Darren y Denver.

Abro la conver con Sienna y Joy. Tengo que contárselo a mis amigas y pedirles consejo.

***Millie**: Chicas, ¿estáis libres?*

Envío el mensaje y me levanto de la cama. Parece que Darren ha abierto los ojos y me mira, somnoliento, mientras me pongo la chaqueta y cojo el bolso. Se incorpora y deja al descubierto su musculoso torso. Sonriente, le miro. Mi iPhone vibra de repente.

***Joy**: Depende… ¿Cuándo?*

***Sienna**: No le hagas caso… ¡Claro que sí!*

***Millie**: Pues ahora mismo…*

Sin pensármelo dos veces, les envío la dirección de mi apartamento en la ciudad. Si tengo que hacerlo, lo haré bien. Quiero que lo sepan todo. Así tengo menos que explicarles y más que mostrarles. Es hora de que por fin sepan quién soy.

***Millie**: Venid a esta dirección. Allí os espero.*

—¿Tienes que irte? —pregunta Darren, somnoliento.

Asiento con la cabeza y me inclino sobre él. Me pone la mano en la mejilla y tira de mí para darme un beso.

—¿Nos vemos luego? —me pregunta.

—Claro, cielo.

Suelto una risita y vuelvo a besarle, antes de añadir:

—He quedado con Joy y Sienna.

—Pásatelo bien, anda…

—Gracias.

Lo beso una última vez y, poco después, me separo de él y salgo de su habitación.

***

Estoy de pie frente a la entrada del complejo de apartamentos más lujoso de Lincoln, esperando a Sienna y Joy. Nerviosa, me apoyo sobre un pie y luego sobre el otro. El portero me mira con curiosidad. No puedo culparle. Al fin y al cabo, suelo entrar directamente en el edificio. Seguro que no tarda en acercarse. Llevo aquí más de diez minutos, así que...

—¡Millie!

La voz de Joy me saca de mis pensamientos y levanto la vista.

—Perdón por llegar tarde —dice, mientras Sienna agita la mano.

—Hola —digo, mientras abrazo primero a Joy y luego a Sienna—. ¡Qué bien que hayáis podido venir!

Las dos asienten y miran la fachada del edificio detrás de mí. Me muerdo el labio y junto las manos.

—Bueno, os he escrito porque... —digo, mientras abro la conversación—. Quiero deciros algo, o más bien, *enseñaros* algo. Por eso estamos aquí.

Vacilante, señalo el edificio que tengo detrás. El portero me mira y yo asiento.

—Vamos.

—¿Ahí dentro? —pregunta Joy sorprendida, señalando al portero que ya nos está abriendo la puerta—. Este es el edificio de apartamentos más caro de Lincoln. Solo los ricachones viven aquí.

No me digas… —pienso para mis adentros, pero no me atrevo a decirlo en voz alta.

—Buenas tardes, señorita McDonald.

El portero me saluda amistosamente con la cabeza. Los ojos de Joy y Sienna se abren de par en par.

—Hola —digo e indico a mis amigas que me sigan.

Las dos miran atónitas el lujoso vestíbulo.

—¿Esto es mármol? —dice Sienna, maravillada—. Vaya…

—Ajá… —murmuro, sonriendo—. Hay que coger el ascensor. Vamos.

Mis amigas caminan detrás de mí como dos patitos siguiendo a mamá pato. Cuando saco la tarjeta del bolsillo y la acerco al lector de tarjetas del ascensor, sueltan un gritito al unísono. Las puertas se abren y entramos. Sienna y Joy siguen mirando a su alrededor con asombro.

—Bueno… —dice Joy tras una larga pausa—. ¿Nos vas a decir qué hacemos aquí, Millie Mouse? ¿Has conseguido un trabajo en este sitio?

—No —digo—. Frío, frío… Es algo muy distinto.

—¿Distinto? —pregunta Sienna—. ¿A qué te refieres con eso?

—Lo verás en un minuto.

Marco la combinación que hace que el ascensor se dirija directamente a mi apartamento y me apoyo en la pared. Cierro los ojos y dejo que los últimos segundos de mi vida en los que me ven como a una igual se escurran entre mis manos. Todo en mi interior me dice que estoy haciendo lo correcto, pero tengo un miedo terrible a su reacción. No quiero perderlas. Me moriría si lo hiciera. Es la primera vez en mi vida que tengo amigos de verdad. Joder, ¡tengo hasta novio! Un novio increíblemente sexy y maravilloso. No quiero echarlo todo a perder porque tengo más dinero del que jamás podré gastar.

Las puertas del ascensor se abren con el sonido de una campanita y paso por al lado de Sienna y Joy para entrar al apartamento.

—¿Venís? —les pregunto—. Es por aquí…

Lentamente, mis amigas echan a andar y me siguen hasta el enorme salón. Dejo el bolso sobre la mesa del comedor y las miro. Siguen atónitas, y sus ojos vagan por la estancia. No puedo creer que tenga que vivir aquí sola. Es demasiado grande para mí, y en realidad hay espacio suficiente para fundar una hermandad. Si hubiera tenido el valor de decírselo a mis amigas hace meses, podría haber vivido con ellas. Ahora quiero vivir aquí con Darren. Bueno, si es que no me deja cuando se entere de quién soy. Tengo mucho miedo de decírselo porque él se ha sincerado conmigo una y otra vez. Me avergüenza no haber confiado en él del mismo modo.

—Dios, qué apartamento más grande… —dice Sienna para romper el silencio—. ¿De quién es?

—Mío.

Mis amigas dejan caer sus bolsos dramáticamente y se oye un ruido sordo. Ambas están con la boca abierta.

—¿Tu-tu-tuyo? —tartamudea Joy—. ¿Tienes un apartamento en el edificio más caro de Lincoln? ¿Estás de coña?

Suspiro y sacudo la cabeza.

—No —digo—. No es una coña, no. Mis padres me compraron el apartamento cuando me mudé aquí, pero yo solicité una plaza en la red de residencias del campus.

—¿Pero por qué? —pregunta Sienna, mirando a su alrededor—. Este apartamento es una locura. A Denver y a mí también nos dieron la opción de conseguir un apartamento en este edificio. No era el ático, claro, pero seguía estando fuera de nuestro alcance a pesar de todo el

dinero que recibe de sus patrocinadores. Pero… ¿en qué trabajan tus padres, por Dios? Quiero decir... ¿quién eres, Millie?

Frunzo los labios y respiro hondo. Joy me mira igual de confundida y yo cruzo las manos en mi vientre. Me han hecho la pregunta del millón, y ahora tengo que responder. Ya no hay excusas. Les he dejado entrar en mi vida real y ahora tengo que enfrentarme a las consecuencias.

—¿Podemos sentarnos? —pregunto, señalando el gran sofá que hay en medio de la habitación—. Y así os lo explico.

Mis amigas intercambian una rápida mirada. Veo el escepticismo en sus ojos, pero finalmente asienten y me siguen. Sienna y Joy se sientan en el sofá y yo me dejo caer en la silla frente a ellas.

Empiezo por la parte más importante.

—Me llamo de verdad Millie McDonald; no he mentido sobre eso —digo, respirando hondo—. Tampoco es mentira que tengo una hermana que se llama Maya y que soy de Mineápolis. Soy tímida. No me gusta hablar de ciertas cosas, ni mucho menos de una forma tan abierta como lo hacéis vosotras.

Los labios de Joy se curvan en una sonrisa cómplice.

—También soy educada y comedida, como siempre he sido con vosotras. Lo que más me importaba al llegar a Lincoln era no encontrarme con nadie conocido, y poder sacarme la carrera con la calma, pasando desapercibida si era posible. Me fue bien los primeros meses, pero luego pasó lo de Darren y acabé convirtiéndome en el centro de atención.

Asienten, pero no dicen nada.

—Mi familia es rica. Muy, muy rica.

Ahí están las palabras que pueden cambiarlo todo. Respiro hondo y añado:

—Somos multimillonarios.

Sienna y Joy se incorporan y jadean. Solo puedo rezar para que esto no salga mal.

—Conocéis a los Minneapolis Warriors, ¿verdad? —pregunto con cautela, aunque sé la respuesta.

—Pues claro que sí —dice Sienna—. En su estadio es donde se jugó la final universitaria, ¿no?

—A la que no fuiste porque «tenías que estudiar» —me reprocha Joy, como lleva haciendo estas últimas semanas.

—Sí que fui, chicas… —confieso.

De nuevo, sus ojos se abren de par en par.

—Vi todo el partido y estuve allí mismo, animando. Pero lo hice desde el palco familiar…

Dejo deliberadamente la frase en el aire para darles tiempo a procesar esta información.

—¿Estabas en el…? —balbucea Sienna—. ¿Estabas en el palco familiar? Me he perdido.

Mi amiga levanta las manos, exasperada, y Joy asiente con la cabeza.

—Mi familia es dueña de los Minneapolis Warriors —digo, como si no fuera nada—. Soy la heredera de una de las mayores franquicias de la NFL del país, y figuro en el testamento de mi abuelo como sucesora legítima. Dentro de unos años, dirigiré el club como propietaria y accionista mayoritaria.

De repente, se instaura un silencio espantoso entre nosotras. El corazón me late con fuerza en la garganta y siento que tengo una piedra en el estómago. Mis amigas siguen calladas y se dirigen miradas un tanto desconfiadas.

—Necesito un cubata —dice Joy, y Sienna asiente—. ¿Eres una puta McDonald? ¿Qué

coño? ¡Tu familia es una de las más ricas del país, Millie! Tienes *jets* privados, yates, mansiones y, aun así, ¿estás viviendo en un cuchitril con Amanda?

Se me escapa una risilla por lo bien que lo ha resumido, pero luego asiento. Ha dicho la verdad. Lo tengo todo y he renunciado a ello para tener amigos y una buena vida universitaria.

—Sí… —susurro—. Siento haberos ocultado mi vida durante todo este tiempo. De verdad que lo siento. Pero al principio no confiaba lo suficiente en vosotras, y luego me dio palo…

—¿Por qué iba a darte palo? —pregunta Sienna sin comprender—. ¿Te avergonzabas de esto? —dice, mientras señala mi enorme cocina y la terraza del ático.

—Claro que me avergüenzo, Sienna —digo, mientras me paso una mano por el pelo—. Vosotras dos tenéis que vigilar cada céntimo que os gastáis, porque dependéis de vuestras becas. Si vuestra habitación cuesta cien euros más de lo que esperabais, eso supone un problema para vuestros padres. Y yo voy y solicito una de esas habitaciones para dejar todo esto atrás.

—Eso es muy superficial —comenta Joy secamente, y Sienna le da un codazo en el estómago—. ¡Ay! ¡Perdón!

—Eso por ser siempre tan insensible —dice ella.

—Al menos digo la verdad… —dice Joy para defenderse de la acusación de Sienna.

—¿Por qué has hecho esto? —pregunta mi mejor amiga—. Al principio no confiabas en nosotras, así que ¿por qué ahora sí?

Respiro hondo y aprieto las manos.

—Nunca he tenido amigos de verdad —confieso, y siento cómo mis mejillas enrojecen—. Mis padres me enviaron a uno de los mejores colegios privados de Minnesota, que además era solo para chicas. A mi hermana le fue bien allí, pero a mí no. De todas las niñas ricas, yo siempre fui la más rica. En esos colegios todo depende del dinero que tenga papá, de tamaño de su yate y de si se va de vacaciones a Aspen o a Los Hamptons. Yo era siempre la que tenía la frivolidad más grande, lo mejor, lo más caro de todo… Eso atraía a muchas chicas con malas intenciones.

—Oh, Millie… —susurra Sienna—. Lo siento mucho.

—Solo querían ser mis amigas porque querían montarse una fiesta en yate o volar a París en mi *jet* privado. Me prometí a mí misma que, en la universidad, no dejaría que eso me volviera a pasar. Yo… no espero que lo entendáis, ni tampoco que me perdonéis. Os mentí y os engañé. Fingí tener problemas que nunca tendré. Pero yo... solo quería tener amigas de verdad por una vez en mi vida, y una rutina universitaria digna de alguien normal.

Las lágrimas corren por mis mejillas y me las seco. Ahora que me he desahogado, me siento mejor.

—Para que me quede claro —dice Joy y yo la miro—. Eres rica. Bueno, mejor, ¡estás forrada! Estás a punto de heredar de un club de la NFL, y has hecho todo esto para ser nuestra amiga. Quiero decir… ¿te importaba más ser nuestra amiga que tener todo este lujo?

—Bueno, he de decir que me he venido a dormir aquí un par de veces, cuando no podía soportar a Amanda —confieso y ellas resoplan—. Bueno, en fin, sí. Cuando me di cuenta de que realmente erais mis amigas, porque os caía bien y me decíais de quedar una y otra vez, y me incluíais en vuestro grupo… Bueno, y cuando conocí a los chicos... me entró miedo de perderos. A todos vosotros.

—Darren no lo sabe, ¿verdad?

La afirmación de Sienna me hace llorar de nuevo.

—No —digo, sacudiendo la cabeza—. No puedo decírselo. No reaccionará bien. No después de que me sincerara y le contara por qué me comportaba de una forma tan distinta en

Texas. Le dije la verdad a medias. Seguro que se enfadará, porque él me lo contó todo y…

—Oye —dice Sienna agarrándome las manos—, puede que Darren se enfade, sí. Pero lo entenderá si se lo explicas como nos lo has explicado a nosotras.

—¿Todavía... queréis ser mis amigas? —pregunto, mirándolas con asombro.

—Pues claro que queremos, tonta… —dice Sienna y Joy asiente.

—Escucha, Millie Mouse —dice Joy, guiñándome el ojo—. Somos tus amigas. Y los chicos, también. Y bueno, todos cometemos errores o hacemos daño a alguien alguna vez.

Joy mira a Sienna, que le sonríe y asiente. Me pregunto a qué viene esa mirada cómplice, pero no es momento de preguntar.

—Pero somos amigas —continúa Joy—, y sabemos que hiciste esto para que no se aprovecharan de ti. Yo, y estoy segura de que hablo también en nombre de Sienna y Phoenix, que aún no sabe nada de esto, pienso que es una mierda que estuvieras rodeada de esas pijas idiotas en el insti.

—No podría estar más de acuerdo, amiga —dice Sienna—. Formas parte del grupo, y estoy segura de que Darren lo entenderá.

Me pongo de pie y las abrazo a las dos.

—Sois las mejores —digo en un suspiro, mientras me seco las lágrimas—. Quiero enseñaros otra cosa.

Me miran con curiosidad y les hago un gesto para que me sigan. Sonrío y subimos juntas las escaleras a la otra punta del largo pasillo de mi apartamento. Poco después, abro una puerta de un empujón.

—Bienvenidas al paraíso... —digo, mientras entro en uno de mis dos vestidores—. Este es el vestidor de bolsos y zapatos. Tengo otro justo al lado para la ropa.

Las miradas incrédulas de Sienna y Joy me hacen reír a carcajadas mientras se abalanzan sobre mis artículos de diseño, sin apenas atreverse a tocarlos.

—¿Qué número de pie calzas? —pregunta Joy.

—Un treinta y siete.

—¡Yo calzo una treinta y nueve! —dice ella, quitándose las zapatillas—. Me caben fijo.

Toda contenta, la veo meter los pies en un par de Louboutin[2] «So Kate» de la talla treinta y siete, y me doy cuenta de que he hecho lo correcto.

---

[1] *N. de la T.* El *National Scouting Combine*, esto es, la exhibición nacional para la búsqueda de talentos, es un evento de cuatro días que permite a los cazatalentos de la NFL evaluar a los mejores jugadores universitarios elegibles para el *draft* del año. Los jugadores solo pueden acudir con invitación.

[2] *N. de la T.* Famosa marca de calzado de lujo de Christian Louboutin, que se caracteriza por unos zapatos de tacón con una suela de un llamativo color rojo.

Darren

Sin dejar de gemir, me dejo llevar en el interior de Millie y apoyo su pierna derecha en mi hombro para penetrarla hasta el fondo. Empujo la pelvis hacia delante y siento que mi polla choca con la parte más profunda de su coño. Siento un placer indescriptible. Disfruto de sus súplicas. Quiere que la haga correrse. Hasta ahora, me he contenido con Millie. No le he dejado ver que a veces necesito follar duro por un motivo en concreto, como liberar tensiones. ¡Y hoy es uno de esos días!

Estoy tan sumamente enfadado con mi novia que debería haberla castigado sin sexo.

No le di mucha importancia cuando se fue esta mañana, aunque escuché a cachos su conversación telefónica. Por desgracia, puse la oreja lo suficiente para estar seguro de que hablaba con su abuelo.

Millie aún no me ha dicho quién es, y hasta hace poco, no me importaba tanto como para preguntárselo. Sin embargo, ahora mismo no puedo dejar de darle vueltas al asunto. Cuando empezamos a salir, pensé que quizá necesitaría más tiempo para confiar en mí, pero creo ya me he ganado su confianza, ¿no?

Cuando Millie se fue, el entrenador Flanders me llamó para que fuera a su despacho. Inmediatamente, pensé que habría hecho algo mal y fui con el coche al campo. Tenía un mal presentimiento.

Pero cuando llegué allí, me sorprendió ver que Denver también estaba esperando al entrenador.

Una vez en su despacho, el entrenador Flanders nos dijo que un cazatalentos de los Warriors le había llamado hacía escasamente una hora. Según nos dijo, el propio señor McDonald, así como algunos miembros de su equipo de cazatalentos, estaban dispuestos a venir a los entrenamientos de la próxima semana para vernos jugar a Denver y a mí. Al oír esa buena noticia, nos emocionamos e intentamos indagar un poco más, pero por desgracia, el entrenador no pudo decirnos nada concreto. Se limitó a decir que estaba muy orgulloso de que hubiéramos llamado tanto la atención un año antes de nuestro *draft*.

Denver se puso a hablar sobre su glorioso futuro, pero yo no podía dejar de darle vueltas al temita. No sabía qué pensar y me preguntaba si mi novia habría tenido algo que ver. Por un lado, no me extrañaría que Millie hubiera enviado a su abuelo a Lincoln para verme jugar, lo cual me enfada bastante, pero pensándolo bien, si me ficharan el año que viene, sería perfecto. Yo podría mudarme a Mineápolis, y ella podría terminar la carrera allí. Pero ¿de verdad quiero que mi novia sea mi jefa algún día? No tengo ni idea de adónde nos va a llevar esta relación, y cada día que pasa y me sigue ocultando su pasado, aumentan las dudas. ¿Por qué no confía en mí?

Vuelvo a la realidad al sentir que estoy a punto de llegar al orgasmo. La embisto por última vez y me corro dentro de ella. Como Millie no es una de las muchas chicas con las que me he acostado en el campus, le froto el clítoris hasta que ella también se corre. Mi novia aprieta su coño alrededor de mi polla y siento que tengo ganas de gritar de placer. Gimo, me derrumbo sobre ella y respiro hondo. Necesito unos segundos antes de poder moverme de nuevo.

Millie me pasa los dedos por los hombros con dulzura.

Normalmente, la besaría y la abrazaría después de sacársela, pero esta vez me contengo y me pongo de pie. Me quito el condón y, después de hacerle un nudo, lo tiro a la papelera que hay bajo el escritorio.

Ahora que lo pienso, pronto tendré que buscarme mi propia casa para no estar pendiente de si Ethan aparece de repente en el piso. Estaría bien que Millie y yo tuviéramos nuestra propia casa. Ella ya no quiere vivir con Amanda y se pasa los días aquí. Pero teniendo en cuenta lo que pasó esta mañana, no qué pensar de todo esto.

—Darren… —dice con su vocecilla dulce, y yo me sobresalto—. ¿Te pasa algo?

Claro que se ha dado cuenta de que algo va mal. Nunca había estado tan frío después de acostarme con ella.

Me vuelvo hacia ella y busco mis calzoncillos, que están en el suelo. Aún no le he dicho que el entrenador Flanders nos ha contado lo de la visita de su abuelo. Me pregunto cómo verá Millie el futuro. Yo voy a ser un jugador de fútbol famoso, bueno, al menos ese es mi sueño, y ella va a ser la heredera de un club de fútbol. ¿Y no piensa decírmelo nunca? ¿Y si la burbuja nos estalla en la cara? Pero en vez de contarme la verdad, decide quedar con sus amigas a comer, o lo que sea que estaba haciendo con Sienna y Joy.

—Darren…

Su voz se llena de urgencia. Millie levanta de la cama y se pone la ropa interior

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te has comportado… así?

—No sé de qué me hablas. Hemos follado; ya está.

—Bueno, en realidad… Es como si tú solo…

Como siempre, se corta y no puede terminar la frase, pero por primera vez, no me parece mono que se lo calle. Estoy cabreado. Es todo una farsa, ¿no? ¿Hay algo en ella que sea real? ¿Cómo voy a saber cuándo hace algo de verdad y cuándo juega con mis sentimientos? Ya no reconozco a mi propia novia.

—¡Ah, ya entiendo! Te he follado duro, ¿no? Eso es lo que intentas decirme —contesto, molesto—. Al menos así sabrás cómo me gusta.

Pero ¿qué digo? Ella no necesita saber las burradas que hago en la cama. Además, me gusta el sexo con Millie tal y como es.

—¿Qué te pasa? —vuelve a preguntar—. ¿Por qué me sueltas esas cosas? ¿Quieres hacerme daño?

—¿Por qué me mientes? —le grito, mientras noto cómo la carótida me late de una forma un tanto peligrosa.

Estoy muy enfadado. Su mirada de sorpresa me hace ver que no sospechaba que yo lo supiera. Parece confusa.

—Ahora vas de víctima, ¿no?

—¿A qué te refieres con que te estoy mintiendo?

—¡Basta! —le grito—. ¡Sé quién eres y sé que tu abuelo vendrá a vernos jugar a Denver y a mí la semana que viene!

Millie suelta un grito ahogado y se tambalea hacia atrás. Luego, se golpea las pantorrillas contra el marco de la cama. Yo me quedo quieto y pongo los brazos en jarras. Me mira, y cuanto más nos miramos, más vidriosos se vuelven sus ojos.

—Lo siento… —dice por fin—. No era mi intención.

Al menos sabe a lo que me refiero. Algo es algo.

—¿Entonces por qué lo has hecho? —le pregunto, un poco más calmado—. ¿Por qué no

me has dicho la verdad?

—Porque no lo sabía nadie —responde—. No te lo dije a ti, pero tampoco a las chicas... A nadie.

No salgo de mi asombro. Realmente… ¡O sea que se lo ha callado todos estos meses! No me lo puedo creer. ¡Ella y Sienna son mejores amigas!

—¿Ni siquiera se lo has dicho Sienna? —pregunto, un poco más tranquilo, y Millie niega con la cabeza.

Se le saltan las lágrimas y solloza en voz baja.

—No —responde—. No se lo conté a nadie porque, al principio, no confiaba en nadie. Y luego... luego no pude decíroslo porque llevaba siendo un secreto tanto tiempo que…

—¿Me incluyes en el mismo saco que a los demás?

—Sí, Darren. Yo…

—Pues muchas gracias —gruño, mientras me pongo un jersey y unos vaqueros—. ¿Me lo ibas a decir algún día?

Millie me mira, atónita. Cojo mi iPhone, las llaves y la cartera.

—¿Qué haces? —me pregunta, aterrada, mirando a un lado y a otro.

—Necesito un poco de espacio para pensar.

—¿Qué?

—¿Tengo que ser más explícito? —murmuro—. Necesito alejarme de ti.

—¡No puedes hacer eso! —grita—. ¡Al menos déjame explicarte por qué lo hice!

—¿Y qué piensas explicarme? —pregunto, mientras cojo mi chaqueta—. No me has contado lo más importante que hay que saber sobre ti, es decir, de dónde vienes, quién es tu familia y todo lo que constituye la base de nuestra relación. Pero yo, Millie, yo te lo he contado *todo*.

Millie respira hondo y se acerca para cogerme la mano. La aparto con rabia y me alejo de ella.

—¿Crees que lo he hecho para engañarte? —pregunta, incrédula—. Sabes que no soy así.

—¿Qué sé yo de ti, Millie?

La ira hierve en cada fibra de mi cuerpo y necesito gritarle:

—¿Acaso te llamas así?

—No seas ridículo.

Millie sacude la cabeza con la misma rabia y luego grita:

—¡Claro que me llamo así! ¿Por qué no me lo preguntaste, Darren?

—No me vengas con esas ahora…

No quiero que intente pasarme la pelota. Era ella quien tenía que haberme contado la verdad.

—Fuiste tú quien me ocultó la verdad. Ahora no le des la vuelta a la tortilla.

—Pero ¿qué sentido tiene que lo supieras y no me lo hayas dicho antes? —pregunta—. Muy interesante tu forma de actuar, Darren... ¿Y se puede saber cómo lo descubriste?

—¿Y qué coño querías que te dijera? —farfullo, esquivando su segunda pregunta—. «Oye, nena, ¿es verdad que eres dueña de un club de la NFL y más rica que el puto presidente de los EE. UU.?».

—¿Y qué habría cambiado que lo supieras desde el principio?

—¡Todo! —exclamo, enfadado—. Lo habría cambiado todo, Millie. Dime, ¿tu abuelo viene a verme porque soy buen jugador, o porque tú se lo has pedido…?

—No te atrevas a decir eso.

Millie levanta la mano y camina hacia mí.

—No te atrevas a decir que le pedí a mi abuelo que viniera a verte jugar. De hecho, es todo lo contrario: Intenté que no viniera.

Levanto las cejas y la miro. ¿Está intentando decirme que quiso convencerle de que viniera porque no me considera lo bastante bueno? Estoy ya es de risa. No sé cómo sentirme. Mi novia de diecinueve años cree que sabe más de fútbol que su abuelo, que lleva cuarenta años dirigiendo el club. Si no lo veo, no lo creo.

—¿Crees que no tengo madera de jugador profesional?

—No tergiverses mis palabras, Darren —dice ella, sacudiendo la cabeza—. Si no quieres una explicación y necesitas distancia, lo entiendo. Pero yo... Sé de lo que hablo en el tema del fútbol. No hay razón para alejar a mi abuelo de ti. Claro que me preocupa ser tu jefa algún día. Pero yo sé que tienes talento, y me da igual que no me creas, como también sé que quiero a los mejores jugadores en mi equipo. Y tú eres uno de ellos. Me enorgullece que mi abuelo, con toda su experiencia, haya visto eso en ti y quiera verte jugar. De verdad, no puedes imaginarte lo contenta que estoy por esa parte, pero intenté evitar que viniera porque temía que se me fuera todo esto de las manos.

—Tenías miedo de que descubriera la verdad —la interrumpo—. Te la suda lo demás, ¿verdad? ¡A la mierda la visita de tu abuelo! ¡Es mejor seguir con la mentira!

—Pues sí, tuve miedo, ¿vale? —admite—. Claro que tuve miedo, porque la bola era demasiado gorda ya. No sabía cómo decírtelo ni a ti ni a las chicas. Tenía tanto miedo de perderte que no me salían las palabras.

—¿Y no pensaste que eso podría empeorarlo? —pregunto, negando con la cabeza.

—Sé que la he cagado, Darren, pero piensa lo que todo esto ha supuesto para mí. Separar mi vida en Lincoln y en Mineápolis no ha sido fácil. Pues tener que contártelo es mucho peor. Y sí, admito que lo he pospuesto durante mucho tiempo, porque esperaba que, de algún modo, pudiéramos dejar todo esto a un lado.

—A un lado, dice… —digo, mientras me río secamente—. Oye, ¿y por casualidad, eras virgen, o eso también formaba parte de tu actuación perfecta? La chica dulce y tímida de Minnesota... Tenía que ser el paquete completo, ¿eh?

Millie rompe a llorar. Joder… Ya se me ha ido la flapa del todo, pero no consigo chapar la boca. No puedo contenerme. Estoy tan enfadado con ella que mi razón ha desaparecido.

—¿Cómo puedes decir algo así? —solloza, secándose las lágrimas con brusquedad—. ¿Tienes idea de cuánto me dolió cuando...?

Sacude la cabeza, porque una vez más, no puede decirlo. No estaba actuando. Ahora lo sé.

—Millie… —le digo, cogiéndole la mano para disculparme, pero me la aparta de un manotazo.

Siento mucho haberme pasado. No quería hacerle daño. Solo quería hacerle ver lo que pensaba. Pero he sido un bestia y he ido demasiado lejos. Una vez más.

—Nena, no era mi intención…

—Ni la mía… —dice con calma—. Fue mi primera vez, Darren. Todo lo que hemos hecho juntos estas últimas semanas han sido primeras veces para mí. Y supongo que tú ni siquiera recordarás la tuya. Me he abierto a ti y he sido cada vez más sincera contigo, excepto por lo de mi familia.

—Lo siento —murmuro, mordiéndome el labio—. No pretendía echártelo en cara. Sé que

fue tu primera vez.

—¿Ahora, de repente, lo sabes? —susurra—. ¿Entonces ya no soy una zorra?

—Nunca he dicho que lo fueras.

—Pero lo has pensado…

—No. Y no sigas por ahí.

No le permitiré que insinúe que creo que es una zorra.

—No pensaría eso jamás. Tú... lo eres todo para mí.

—Déjame en paz, Darren —murmura y pasa por mi lado—. Tenía la esperanza de que me escucharas e intentaras entenderme. Tú, el que finge ante todos que viene de una familia estupenda en la que todo es perfecto. La vida no es perfecta y todos cometemos errores. Siempre te he escuchado, apoyado y he estado ahí para ti. Y por una vez, te he pedido que hagas lo mismo. Pero tu solución es cuestionar todo lo que tenemos porque cometí un error. UNO, Darren.

Y antes de que pueda decir nada más, Millie cierra la puerta y me deja solo con mis pensamientos.

Millie

—¡Es un gilipollas! —grito, mientras aparto a Sienna para entrar en su piso—. Hola, Denver.

—Hola… —dice, mirándome con los ojos muy abiertos—. ¿Te refieres a Darren?

—Pues claro que hablo de Darren —le suelto al novio de mi mejor amiga. —¿De quién si no?

Después de que discutiéramos ayer, estuvo ignorando mis llamadas durante todo el día. Le he enviado una docena de mensajes y le he dejado algún que otro audio, pero no ha respondido. Parece que Darren me la está devolviendo por lo que hice en su momento. Supongo que debería sentirme mal por cómo me comporté, pero la verdad es que no. Reaccionó de forma exagerada y fue a hacer daño. Nuestra vida sexual y todo lo que tenemos no tiene nada que ver con mi familia. ¿Qué tendrá que ver mi dinero con lo que siento por él? El amor no tiene cuenta bancaria y esa es la parte buena de todo esto. Somos tan diferentes, y a la vez tan parecidos, que estábamos predestinados a encontrarnos.

Entiendo que Darren esté enfadado y yo le haya sorprendido para mal, pero se piensa cosas que no son. No le mentí porque no confiara en él, sino porque, en ese momento, estaba de embustes hasta el cuello. Tampoco planeé que mi abuelo viniera a este estúpido entrenamiento la semana que viene. ¿Tan ingenuos son Denver y Darren para creer que esto significa algo? Mi abuelo tiene cierto interés en ellos, eso es todo. Si les da por cagarla en la última temporada universitaria antes del *draft*, ¡hasta luego! Puede que Darren conozca el juego en el campo, pero yo conozco lo que sucede fuera del estadio, porque llevo en el cotarro desde que era pequeñita. Ahora que lo pienso, puede que sea una obsesa de los negocios, teniendo en cuenta la forma en la que hablo de mi novio y de Denver.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Sienna después de quitarme la chaqueta y dejar el bolso, un Hermès Birkin,[1] ya que no tengo nada que esconder, en el sofá.

Denver me mira, incrédulo.

—¡Lo sabía! —suelto—. Todo este tiempo, sabía quién era, ¿y crees que se dignó a dejármelo caer? ¡Claro que no!

No tengo ni idea de si Denver sabe de qué estoy hablando, pero me da lo mismo.

—¿Lo sabía? —pregunta mi mejor amiga, asombrada.

Asiento con la cabeza y me froto las sienes. No sé cómo se ha enterado. Mi familia nos mantiene a Maya y a mí lo más alejadas posible de la prensa. Nos hicieron una foto antes de los exámenes finales de la universidad, pero él no la habría encontrado si no hubiera sospechado de antemano.

—¿Cómo? —pregunta de nuevo Sienna.

—¡Yo qué sé! —le digo—. Pero el caso es que no me lo dijo, así que ya da igual. Luego se le fue la olla y me acusó de algo que no tenía nada que ver.

Miro a Denver. No quiero entrar en detalles delante de él. El novio de mi mejor amiga es lo bastante espabilado como para levantarse e irse. Se despide de Sienna con un beso y se marcha.

—Siéntate —dice, señalando el sofá.

—Gracias —murmuro y me siento—. Darren estaba muy raro ayer cuando volví a su piso después de quedar con vosotras. Pensé que tenía un mal día y luego... Bueno, nos acostamos.

Hago una pausa y sacudo la cabeza, antes de añadir:

—Fue un poco extraño... Se comportó como un bestia.

—¿Te hizo daño? —pregunta Sienna, alarmada, con los ojos como platos.

—¡No, no! ¡Para nada! —exclamo—. Él nunca haría eso. Es solo que me lo hizo… Pues más duro, ya sabes…

—Sí, bueno, me lo imagino —dice secamente, mientras asiente.

—Después se levantó, se quitó el condón y se vistió. Eso tampoco lo hace nunca. Siempre suele abrazarme y mimarme. A lo mejor es que soy demasiado sensible y...

—¡Y una mierda! —me interrumpe Sienna, apretándome la mano—. Es lo más normal del mundo cuando se hace el amor. Denver y yo también nos abrazamos. Bueno, sigue.

—Después de que tirara el condón a la basura y se levantara, le pregunté qué le pasaba. Nunca le había visto así... Le dije que el polvo había sido distinto esta vez y que, bueno… Que parecía que solo había follado él. Bueno, eso es lo que me gustaría haberle dicho, pero no pude. Ya sabes que no se me dan muy bien estas cosas. Pero en fin, él sacó sus conclusiones y se cabreó aún más.

—¿Que se cabreó?

—Sí… —suspiro—. Darren sí quiso hablar del tema y me dijo que al menos ahora sabía cómo le gustaba. Fue tan… ya sabes, como antes. Nunca había sido así conmigo. Sabe que no me gusta y... en fin, da igual.

Me seco las lágrimas y sacudo la cabeza. Luego, continúo:

—Le dije que no soltara esas cosas, que me hacía daño. Luego empezó a acusarme de haberle mentido. Me echó en cara de todo, empezando por lo de que mi abuelo venga la semana que viene y... y me preguntó si había sido maquinación mía. En fin, discutimos como dos desquiciados. Está enfadado porque no le dije lo de mi familia, y eso lo entiendo. Pero Darren me acusó de haberlo fingido todo.

—¿Perdona? —pregunta Sienna indignada—. Fijo que le han dado con el balón en la cabeza cuando no llevaba casco, porque no procesa. O sea, esto tiene que ser una coña… ¡Tú le quieres, Millie!

—Bueno, pues él me acusó de ser una zorra calculadora y... me dejó caer que quizá hubiera fingido que era virgen cuando nos acostamos por primera vez. Eso último me destrozó, aunque no sé muy bien por qué. Quizá porque siempre he querido reservarme para el hombre adecuado. Alguien que me quisiera por cómo soy y no por mi dinero. Hasta ayer, estaba segura de que Darren era ese chico…

—Oh, Millie… —susurra, mientras me estrecha entre sus brazos.

—Luego me pidió perdón por la pullita sobre mi virginidad, pero por lo demás, fue un desastre —digo entre sollozos—. Vamos, fue exactamente lo que me temía…

Sienna suspira y me abraza de nuevo. Me acaricia la espalda con dulzura y yo me aferro a mi mejor amiga, llorando. Sigo enfadada con Darren, pero también desesperada. ¿Qué hago ahora? Ya no es solo que esté colada por él… ¡Le quiero! Quiero estar con él y construir un futuro a su lado. Pero ahora mismo parece que no vamos a poder hacerlo.

—¿Has intentado llamarle o algo? —pregunta Sienna en voz baja y yo asiento con la cabeza.

—Sí, pero pasa de mí —murmuro—. Supongo que tendré que esperar a que él me llame o me escriba.

—Se le pasará… —dice ella, apretándome la mano con ánimo—. Darren tiene el genio corto. Deberías saberlo, después de toda la movida de Texas. Entrará en razón y te perdonará.

—No sé... —le digo, mientras la miro, insegura—. Piensa que no creo en él y que convencí a mi abuelo para que viniera porque creo que no es lo suficiente bueno como para valerse por sí mismo.

—Está disgustado, Millie… —me tranquiliza Sienna—. ¿Recuerdas cuando Denver pensó que yo estaba colada por Tyler? Se enfadó mucho y me ignoró durante días. A veces los tíos necesitan un poco de tiempo para pensar, y Darren ahora está en esa fase. Lo tienes pillado por los huevos, como diría Joy. ¡Se ha enamorado de ti!

—¡Qué bruta es! En fin, eso espero… —miro a Sienna y cojo los pañuelos que me tiende.

Hago un esfuerzo poco entusiasta por secarme las lágrimas y luego la miro y añado:

—Gracias por estar ahí…

—Para eso están las amigas —dice, mientras señala mi bolso—. Y por cierto, ¿es un Birkin auténtico?

Sienna se levanta y coge mi bolso.

—Uno de tantos… —admito, mordiéndome el labio—. ¿Te gusta?

—¿Acabas de decir «uno de tantos»? —me pregunta mi amiga mientras abre los ojos, impresionada.

—Sienna, cielo —suspiro—, crecí en un nivel lujo que no podrías ni imaginar. Denver probablemente firmará un contrato de un millón de dólares el año que viene, pero eso sigue siendo una miseria comparado con mi herencia. Sé que estos bolsos son preciosos, al igual que mis zapatos de diseño, pero no significan nada para mí... No los tengo para presumir. No me importa el precio. Puede que te parezca una locura, pero ese bolso vale tanto para mí como un bolso de veinte dólares para ti.

—A lo mejor Darren tampoco sabe cómo encajar todo esto… —dice ella de repente, y luego deja mi bolso de nuevo—. He estado pensando mucho estas últimas horas, y Joy y yo hemos vuelto a hablar del tema.

Contengo la respiración y mi corazón empieza a latir más rápido. Sabía que hablarían del tema y que le darían mil vueltas. Al fin y al cabo, no todos los días te enteras de que tu mejor amiga está forrada.

—Todavía estamos un poco en *shock* y tenemos que procesarlo primero. Lanzas un bolso de veinte mil dólares sobre el sofá de mi piso como si fuera una baratija... Todo esto te da igual, pero a nosotras, no. No te ofendas, pero estamos un poco abrumadas por toda esta riqueza y por el lujo, también. No quiero alarmarte, pero es mucho que asimilar. Especialmente para Darren. Hasta hace poco, eras una chica normal, de una familia modesta de Minnesota, y ahora resulta que tu familia es una de las más ricas del país. Encima, de serie, tienes algo que a los chicos les apasiona. Está claro que nos quieren, pero viven por y para este deporte, Millie.

—No solo ellos viven para este deporte… —digo, y Sienna se ríe—. ¿O sea que crees que Darren se ha agobiado y está asustado por lo que pueda pasar?

—No lo sé, pero es muy posible —concluye, y luego me abraza—. Dale tiempo.

—¿Se lo has dicho a Denver? —pregunto, cambiando de tema, ya que ha escuchado parte de nuestra conversación.

—No —dice Sienna—. Eso no depende de mí.

—Vale… —asiento con la cabeza—. Si te pregunta, puedes decírselo. Ya se ha descubierto el pastel, así que... En fin, me voy a casa y... bueno, puede que Darren me responda en algún momento.

Sienna asiente y me planta un beso en la mejilla.

—Si necesitas algo, dímelo.

—Eso haré… —respondo, cogiendo mi bolso—. Ya hablamos.

Sienna me abraza de nuevo y salgo del apartamento.

***

Me siento en la cama de mi cuarto y espero un mísero mensaje de Darren. Prefiero quedarme en mi apartamento, porque no quiero ver a Amanda. Ha vuelto y lleva días acosándome. Pero Darren no tiene ni idea de que tengo un apartamento. De repente, suena el tono de mi iPhone, y lo cojo con un tembleque incontenible. Espero que sea Darren.

¡Error! Es mi hermana... En fin, habrá que contestar a la llamada.

—Hola, Maya, ¿cómo estás?

—¡Hola! —responde alegremente, y eso me hace sonreír—. Yo bien, ¿y tú?

—No muy bien…

No quiero decirle la verdad, pero ¿qué sentido tendría mentirle? Maya no suele tardar mucho en pillarme cuando estoy mosqueada, así que es hora de contárselo a mi hermana.

—Darren y yo hemos discutido.

—¿Por qué? —me pregunta directamente.

—Pues porque al final se ha enterado de quién soy y... se le ha ido la pinza —le digo—. Discutimos y yo acabé yéndome de su piso. Insinuó que le estaba mintiendo y que no quería que el abuelo le viera jugar, pero también que yo había orquestado todo esto… En fin, una mierda.

—Lo siento mucho… —dice, con sinceridad—. Pero ya sabes lo que viene ahora: te lo dije.

—Lo sé… —admito a regañadientes—. Sienna y Joy se lo tomaron a buenas, y pensé que Darren también lo haría. Pero en lugar de eso, se puso como una furia y ahora me ignora.

—¿Crees que se le pasará?

—Pues puede, pero de momento no parece que sea el caso… —confieso—. Tiene un ego bastante grande y lo sentirá como un ataque.

No puedo evitar soltar una risilla y Maya hace lo mismo.

—Bueno, ¿por qué me has llamado? —le pregunto.

—¡Voy a ir a Lincoln con el abuelo la semana que viene! —grita, emocionada, por el auricular—. ¡Me hace mucha ilusión verte a ti, a tus amigos y, por supuesto, a tu amorcito!

—Vaya... —digo, sacudiendo la cabeza por la palabra que ha elegido para referirse a Darren—. ¿Cómo que «mi amorcito»?

—Pues a ver, por aquí no me dejan llamarlo «tío bueno» o «bombonazo» —dice Maya con retintín—. A Preston no le hace gracia. Pero bueno, vaya joyita, ¿eh? Le he cotilleado el perfil…

—¡Maya! —chillo, incapaz de creer que sea tan descarada con Darren—. ¡Estás prometida!

—Ni re rayes. Quiero a Preston a muerte, idiota —responde, seria—. Además, ¿cuántos años tiene Darren? ¿Veinte?

—Veintidós.

—Bueno, en ese caso...

—Ahora en serio, Maya… —digo, con un tono más firme—. No sé si se le habrá pasado para entonces…

—Bueno, por ahora es un león que no deja de rugir, pero en un par de días, volverá a ser un tigre mimosín…

—¡Anda que no te gusta soltarlas! —digo, con una sonrisa—. En fin, tengo que esperar a que entre en razón. No hay nada más que pueda hacer, así que, de momento, le daré el tiempo que necesite.

—Todo irá bien —dice Maya, alegre—. Venga, nos vemos la semana que viene.

Sonrío.

—Estoy muy contenta de que vengas —digo con sinceridad—. Sienna y Joy te caerán genial. Son las mejores, y Darren... bueno, él es increíble.

—Me muero de ganas de conocerlos —dice mi hermana, y luego suelta una risita al teléfono—. ¡Hasta la semana que viene!

Me despido y cuelgo.

Suspiro, apoyo la cabeza en la pared y cierro los ojos. Un par de segundos después, llaman a la puerta.

Salto de la cama y corro hacia la puerta. La abro de un tirón y al ver quién está al otro lado, el corazón me da un vuelco.

—Hola —dice Darren, mientras se humedece los labios.

Parece nervioso, y tiene las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros.

—¿Te viene bien que hablemos?

—Claro que sí —le digo y le invito a pasar.

Darren me lo agradece y entra en el apartamento, y yo cierro la puerta tras él. Antes de dirigirme a él, respiro hondo para prepararme para la conversación que se avecina. Le quiero y no quiero perderle por haber cometido un error. Es lo mejor que me ha pasado, aparte de mis amigas. Si Darren rompe conmigo, caeré en un pozo y no sabré cómo salir de ahí. Comparados con esto, los rifirrafes con las chicas de mi antiguo instituto son una tontería. Si decide alejarse de mí, Darren me romperá el corazón, y de paso, el alma.

—Millie… —dice en voz baja.

Siento que se acerca a mí y, cuando sus manos me tocan la cintura, doy un respingo.

—¿Recuerdas cuando hablamos de los sapos y los príncipes?

No puedo evitar reírme y asentir.

—No quiero volver a ser el sapo para una chica que... que significa tanto para mí —dice en voz baja, y yo me tenso—. Lisa me dejó porque el fútbol era toda mi vida, y yo... Estoy a punto de hacerte lo mismo. Tú también vives para este deporte, y bueno... Tengo que meterme eso en la cabeza. Lo que dije ayer y la forma en la que actué... En fin, no te lo merecías. Tenías razón. No quiero que nadie sepa lo rota que está mi relación con mis padres, especialmente con mi madre. Y tú lo encubriste para protegerme. Por favor, dame una oportunidad de ser tu príncipe.

Las lágrimas corren por mis mejillas y me vuelvo hacia él.

—Te quiero —suelto y Darren me mira con los ojos muy abiertos.

Esta no era la clase de situación en la que quería encontrarme cuando le dijera que le quería por primera vez. En fin, tendré que aceptarlo.

—Tú también tenías razón. Tenía mucho miedo. ¿Recuerdas lo que te dije sobre mis problemas en el instituto?

Darren asiente y me acerca a él.

—Ahí empezó todo. Ahora ya sabes que mi familia es multimillonaria. No estamos hablando de que pasemos las vacaciones en nuestra casa de campo o de que organicemos fiestas y bailes desproporcionados. Estamos hablando de que tenemos yates y mansiones y *jets* privados, y yo... Quería ir a la universidad sin que nadie lo supiera. Por eso no te lo dije. No sé si me habrías mirado o tratado de la misma forma si hubieras sabido quién era. Y no necesito una respuesta a eso, Darren. Lo único que quiero es que me perdones y me des otra oportunidad.

—A ti te daría cien oportunidades más, sin pensármelo —dice apartándome un mechón de pelo.

Se acerca un poco más, hasta que al fin estamos pegados, y me besa suavemente.

—Yo también te quiero, Millie.

Emocionada, le devuelvo el beso y me acurruco contra él.

—Aún tengo una pregunta —le digo cuando nos separamos.

—¿Cuál? —dice Darren, arqueando las cejas—. Creía que ya habíamos zanjado el tema.

—¿Cómo te enteraste de quién era yo? Todas las fotos públicas son superantiguas. Nos hicieron una en la final universitaria, pero no la habrías buscado si no hubieras sospechado de antemano…

—Fue por Dana.

—¿Por Dana? —digo, desorientada—. ¿Cómo es que Dana sabía quién era?

—Pues… Resulta que conoce a tu hermana. Maya y ella fueron juntas a Harvard. Le sonaba tu cara, y se puso a investigar, porque sabía que Maya tenía una hermana pequeña.

—Oh, vaya…—digo, asombrada.

—Ya, lo sé... —dice, sonriente, y me besa dulcemente—. A mí también me pilló por sorpresa. Estaba preparado para cualquier cosa, pero no esperaba que fueras una McDonald.

—¿Y crees que...? —digo, relamiéndome los labios—. ¿Crees que eso es malo?

—Para nada.

Darren me levanta la barbilla y me mira a los ojos.

—Te quiero, nena. Tanto si tienes miles de millones... Bueno, suena un poco a locura, pero en fin, tanto si tienes miles de millones en la cuenta, como si no.

—Yo también te quiero, Darren.

---

[1] *N. de la T.* Modelo de bolso de mano de la lujosa marca francesa, hecho con cuero curtido de forma vegetal.

Darren

Una semana más tarde.

—Cariño… —digo, mientras paso la mano por la espalda de Millie—. Levanta, venga…

—Quita, pesado…—gime y me da una bofetada, lo que me hace reír.

Vuelvo a la cama y me arrimo a ella. Como era de esperar, se acurruca contra mí y aprieta su precioso culo contra mi polla.

Desde que aclaramos las cosas, nuestra relación se ha vuelto más íntima. Hemos hablado de nuestra infancia, de nuestras hermanas y de nuestra pasión por el fútbol.

Anteayer empezamos a trasladar las cosas de su estudio a su apartamento. Ahora que todo el mundo lo sabe, no quiere vivir con Amanda ni un día más y ha rescindido el contrato de alquiler inmediatamente. Para el caso, puede permitirse la penalización. Cuando fue a la administración de la resi, adoptó una actitud dominante que me puso cachondísimo, así que acabamos follando en el coche. Millie sacó a la jefa que lleva dentro, y encima llevaba ese vestidito negro que tanto me gusta, y unos tacones de diez centímetros, así que no pude resistirme. Luego volvimos al estudio e hicimos el amor en su cama por última vez. Al fin y al cabo, allí empezó todo.

Millie vive ahora en su apartamento y casi siempre estoy con ella. Es agradable tener cierta intimidad; algo que no pasa en mi piso compartido. Aún no hemos hablado de irnos a vivir juntos; no quiero forzarla.

Hoy es el gran día. Su abuelo y su hermana llegan a Lincoln para verme jugar mañana en el entreno, y llevo unos días de lo más nervioso. Intento no hacérselo ver a Millie. No es por nada, pero además de ser mi primera prueba seria en el mundo del deporte, también es la forma en la que voy a conocer a la familia de mi novia. ¿Por qué no puede decir simplemente que lo de su familia era coña y que en realidad es la tímida chica de Minnesota que todos conocíamos?

Como yo, Millie tiene muy buena relación con su abuelo, por eso la nombró sucesora en su testamento. Millie no asumirá el relevo hasta dentro de tres años. Para entonces, me habrá fichado un club de la NFL y espero haber encontrado cierta estabilidad. Intentamos no darle muchas vueltas al tema, pero es inevitable.

—Estás pensando en ello otra vez, ¿verdad? —me pregunta en voz baja, mientras dibuja pequeños círculos en el dorso de mi mano.

—¿Pensando en qué? —le pregunto.

—En el futuro.

Millie se gira en mis brazos y me mira.

—Tú sabrás lo que te deparará el futuro el año que viene, y yo tendré que enfrentarme a ello en un par de años. ¿Y si...?

—Oye… —susurro, mientras la beso suavemente—. Ya está. No hay nada más que hablar.

—Pero no quiero que... nos distanciemos por eso —me dice, como me ha dicho muchas otras veces antes.

Tiene miedo. No es la primera vez que sale el tema del futuro. Han sido varias veces ya en los últimos días.

—Voy a aceptar la herencia. Vayas donde vayas, eso no cambiará. Puedo ir contigo al

principio, pero al final tendré que volver a Mineápolis.

—Millie —digo, ahora con más firmeza, y tirando de ella—, estamos hablando del futuro. Todo eso será dentro de tres, cuatro o cinco años. Deja de preocuparte por eso.

—No puedo evitarlo —responde ella—. El fútbol, este club, siempre lo ha sido todo para mí, y yo... Estaba convencida de que nunca antepondría nada ni a nadie en mi camino. Pero eso ha cambiado.

—No.

La empujo para que se ponga boca arriba y me inclino sobre ella. Millie abre los ojos como platos. Sus manos se posan en mí, y yo apoyo los brazos a ambos brazos de su cara.

—Eres una McDonald, y vas a hacerte cargo del club. Has nacido para dirigirlo algún día, y no quiero que olvides el sueño de tu vida y todo por lo que trabajas aquí porque estés enamorada de un tío contra el que quizá tengas que competir.

—Prefiero tener que competir a que juegues con nosotros —dice Millie, bajando la mirada —. Imagínate que la cagas y te llamo a mi despacho. ¿Qué haríamos entonces?

Mis labios se curvan en una sonrisa lasciva. Tengo una idea muy concreta de cómo sería esa situación. Tal y como me lo imagino, la mesa de su despacho cumpliría un papel imprescindible.

—Mmm...—murmuro, mientras le planto una serie de besos dispersos en el cuello—. Pues te escucharía, te daría la razón, te prometería que lo haría mejor la próxima vez, y luego te follaría encima de la mesa. ¿Te parece?

—¡Darren! —chilla, y luego me pega un puñetazo en el pecho—. ¡Hablo en serio!

Gruño y agacho la cabeza.

—No podemos controlar el futuro, cariño —digo, mientras tiro de ella para acercarla a mi boca—. Pero nos queremos y haremos que funcione.

—De verdad crees que podemos hacer que funcione, ¿no? —me pregunta, perpleja.

—Claro que lo creo —contesto, mientras asiento con seguridad—. Ahora deja de preocuparte por eso y abre las piernas.

Millie se sonroja cuando me meto entre sus piernas y acerco mi torso a su pecho. Se ha vuelto increíblemente abierta estas últimas semanas. La comunicación en la cama es cada vez mejor. Millie aún no me dice guarradas, pero sí me pide lo que quiere que le haga. Me encanta que sea tan tímida. Por eso me enamoré de ella, pero he de admitir que me pone a cien la mujer de negocios que lleva dentro.

—No puede ser que te sonrojes cada vez que te diga que quiero follarte…

—¡Darren! —exclama y me río con fuerza mientras deslizo la mano entre nuestros cuerpos y paso mi polla por sus labios vaginales.

—Mmm… Estás mojadita.

—Para ya.

—¡Ni de coña! —murmuro, empujando ligeramente la pelvis hacia delante. Sus labios se abren y noto que se tensa—. Te gusta que te hable así, ¿verdad?

Nos besamos con ternura.

—Probemos algo nuevo —sugiero, mirándola a los ojos.

Junto con su miedo a todo lo nuevo, siempre está ese deseo irreprimible por descubrir. Si hubiera que atribuir a una persona la frase «las apariencias engañan», sería a Millie.

—¿Como qué? —susurra, mientras me enderezo y me arrodillo.

—Una nueva postura —digo, relamiéndome los labios—. ¿Confías en mí?

—Pues claro, tonto —responde con prontitud.

La cojo de la mano y la ayudo a salir de la cama. Millie se queda perpleja mientras tiro de ella hacia el gran ventanal del dormitorio, con vistas a los terrados de la ciudad.

Es un día lluvioso. La niebla se cierne entre las casas, así que no me preocupa que nadie nos vea. Además, las ventanas hacen efecto espejo, algo que descubrí ayer.

—Apóyate contra el cristal con las palmas de las manos —le ordeno.

—¿Contra el...?

Mi novia abre los ojos y me mira, jadeante. Su tez se enrojece un poco más. Sonriente, le pongo la mano en la nuca y tiro de ella hacia mí. Como Millie es bastante más pequeña, tengo que obligarla a ponerse de puntillas para que su boca llegue a la mía. Mis labios encuentran los suyos y la beso con avidez. Mi mano libre recorre su espalda hasta llegar a la piel desnuda de su culo. Antes de hundir mis dedos en sus deliciosas nalgas, le doy un azote, y ella separa sus labios de los míos levemente para jadear. Joder, esto es aún más excitante de lo que pensaba.

En las últimas semanas, lo hemos hecho muchas veces con ella arriba. Me encanta que se ponga encima de mí, porque es una buena postura para un polvo improvisado en el coche. Millie siempre necesita algo de tiempo para acostumbrarse a una postura y descubrir si le gusta. Cuando se pone encima de mí, se siente segura porque así piensa que tiene el control. No se da cuenta de que soy yo quien suele regir los movimientos de su pelvis.

—Date la vuelta —le pido—, pon las manos en la ventanilla y empuja tu cuerpo hacia atrás.

Ella hace lo que le digo y yo la miro.

Joder, de repente me ha entrado un calor horrible…

Su cara se refleja en el cristal y su espalda está ligeramente arqueada.

—¡Pero nos van a ver! —dice Millie, girando la cabeza para mirarme.

—No —murmuro, mientras beso el hueco entre sus omóplatos—. No pueden vernos. Las ventanas tienen espejos y la niebla es demasiado espesa.

Mis manos bajan por sus costados hasta sus caderas. Se le pone la carne de gallina y tiembla ligeramente. Con la mano derecha, le abro un poco más las piernas. Millie gime mientras juego con su clítoris y deslizo dos dedos en su interior.

—Sí, Darren… —gime, y se desploma hacia delante.

Joder, qué buena está…

Millie empuja su espalda hacia delante y me ofrece su culo de lleno. Me gustaría darle otro azote, pero creo que es demasiado pronto para eso. Primero tiene que disfrutar de esta postura. Tiene que confiar plenamente en mí, porque no puede verme ni tocarme.

Me inclino sobre ella, le pongo una mano en la cadera y sigo metiéndole los dedos de la otra.

—Te quiero… —le digo besándole los omóplatos.

Mi novia empieza a temblar y yo le susurro:

—Te gusta, ¿verdad?

—Tal vez…

Me río suavemente y deslizo mis dedos dentro de ella un par de veces más.

—Me vuelves loco, nena…

Tiene que saber lo increíble que es esto para mí.

—Estás tan buena… Y eres toda mía…

—¡Darren! —susurra—. ¿Siempre tienes que decir esas cosas?

Me río y empiezo a besarla por la espalda hasta llegar al culo. Sonrío, le muerdo suavemente la nalga izquierda, y la hago gritar.

Luego saco los dedos. Millie gime de frustración y sustituyo los dedos por la lengua. Dejo que se deslice por su húmeda hendidura y le succiono el clítoris. Su pelvis se balancea hacia delante y hacia atrás, lo que me obliga a agarrarla con más fuerza para mantenerla en su sitio.

—Quédate así… —le exijo, y luego me aparto ligeramente para coger un condón del cajón de la mesilla.

Millie toma la píldora, pero no queremos correr riesgos. Lo último que nos hace falta es que se quede embarazada. No llevamos mucho tiempo juntos. Claro que quiero tener hijos, y seguro que ella también, pero todavía no ha llegado el momento.

Abro el envoltorio y me pongo el condón. Millie me mira por encima del hombro y se le pone la piel de gallina. Vuelvo a agarrarla por las caderas y acaricio la entrada de su coño con mi polla. Gemimos al unísono y dejo que su humedad bañe mi miembro. De forma involuntaria, mueve el culo para disfrutarlo aún más, y eso me pone aún más cachondo.

—No te muevas, nena.

Ella se para en seco y gime con fuerza mientras se la meto de un solo empujón. Su coño me da la bienvenida y tengo que contenerme para no penetrarla hasta el fondo como un animal.

El sexo suave no ha desaparecido de nuestra relación. Al principio me costó acostumbrarme, pero lo hice por Millie. Me di cuenta de que era más importante para mí estar con ella y hacerle el amor que ir buscando el sexo salvaje en otras mujeres. Podría decirse que he cambiado, y ahora no pienso igual en el sexo. Aun así, no quiero renunciar a follármela duro de vez en cuando o a echar uno rapidito en el coche.

Empiezo a moverme dentro de ella, y se la meto a un ritmo constante. Millie gime y su pelvis se mueve al compás de mis embestidas. Me da que nuestra primera vez en esta postura no durará mucho, porque estoy demasiado cachondo.

Me agacho ligeramente y junto mis manos con las suyas sobre el cristal. Así puedo acceder mejor a ella, ir hasta el fondo, y puedo besarla cuando gire la cabeza.

Seguimos así un rato, follando y besándonos, y poco después, nos corremos a la vez.

***

Aparco el Porsche de Millie en el aparcamiento privado del aeropuerto de Chicago y apago el motor. Me encanta conducir su coche. Sonriente, la miro. Luego me inclino y le robo un beso. Después de nuestra sesión de sexo salvaje frente a la ventana, volvimos a la cama e hicimos el amor otra vez. Pero poco después tuvimos que ducharnos, vestirnos y salir.

—¿Estás emocionada? —le pregunto.

Ella sonríe ampliamente y asiente.

—Mucho —responde, mientras me acaricia la mejilla—. ¿Y tú?

—Yo también.

Nos separamos y salimos del coche. Millie busca su bolso en el asiento trasero. Es un accesorio de diseño por el que mi madre mataría; lo tengo clarísimo. Cuando lo encuentra, me coge de la mano.

La primera vez que me enseñó el vestidor en el que guarda los zapatos y bolsos, me quedé flipando. Mi novia tiene todo aquello con lo que una mujer sueña. Se nota que se siente cómoda en su piel y que le gusta mostrar quién es realmente. Y eso incluye gastarse enormes cantidades

de dinero en cosas ridículas si así lo quiere.

Desde lejos, veo acercarse a ese imbécil, el trabajador del aeropuerto que le tiró fichas a Millie la última vez que estuvimos aquí. Menudo sonrisitas.

—Espérate, que ya estamos todos... ¿Qué quiere ese ahora?

—Señorita McDonald… —dice, saludándola y luego me señala con la cabeza—. Hola, señor Andrews. El avión de su abuelo llegará en cinco minutos, señorita. Síganme.

—Hola, señor Broderick —dice Millie, mientras le estrecha la mano—. Me alegro de volver a verle.

—El placer es todo mío, señorita McDonald —responde él, guiñándole un ojo—. Y esta vez, en el lugar adecuado del aeropuerto.

Millie se ríe y él hace un gesto para que le sigamos. No entiendo una palabra de lo que dice y me gustaría estampar la cara de ese notas contra el suelo. ¿Sigue sin entender que es mi novia?

—¿De qué conoces a ese imbécil? —susurro, para que no pueda oírme.

Millie me mira mal.

—No es un imbécil —dice poniendo los ojos en blanco—. Es el encargado de los clientes que vuelan en *jet* privado.

—Ajá…

—Darren…

Millie se detiene, y yo freno en seco, y la miro. Mi novia tiene una sonrisa en los labios.

—No estarás celoso, ¿verdad?

—¡Claro que no! —suelto.

No se me notará tanto, ¿no?

—Vale, lo que tú digas…

Mi novia suelta una risita y me besa suavemente. Luego añade:

—Eso espero, porque yo solo te quiero a ti.

Millie me mira con cariño, se da la vuelta y echa a andar tras el tal Broderick. La sigo y la cojo de la mano. No me fío de este tipo, y si la conoce desde hace tanto tiempo como ella dice, quizá sepa cosas de Millie que yo no sé. Cosas que la hacen feliz y que yo no puedo ofrecerle ahora.

Sacudo la cabeza. Parece que me estoy volviendo loco poco a poco. ¿Yo, celoso de un trabajador del aeropuerto?

—Por aquí, señorita McDonald —dice, y le seguimos hasta la pista, donde acaba de aterrizar un *jet* privado—. No tardarán mucho en desembarcar.

—Gracias —dice Millie, volviéndose hacia mí.

Mi novia me abraza y me sonríe. Le devuelvo la sonrisa y la beso suavemente. No le quito los ojos de encima al chaval este que tanto nos mira.

—¡Estoy supernerviosa!

La alejo un poco para que podamos darnos la vuelta de cara al avión. Los empleados del aeropuerto se acercan al *jet* privado y la puerta se abre. Millie está cada vez más emocionada y sonrío mientras apoyo la barbilla en su cabeza.

—¡Ahí está! —exclama Millie cuando su hermana sale del *jet* privado y baja las escaleras.

Maya lleva el pelo castaño recogido en una coleta y luce un abrigo y unos vaqueros con botas de tacón.

—¡Ay, qué bien que esté aquí! —dice.

—Síganme.

El señor Broderick nos hace un gesto para que le sigamos y Millie echa a andar de inmediato. La sigo a paso ligero. Poco después, su abuelo baja del *jet* privado y mi corazón da un vuelco. ¿Cuántas veces he imaginado conocer al dueño de un equipo de la NFL, estrecharle la mano y hablar con él? Y ahora ese hombre es el abuelo de mi novia.

—¡Maya, abuelo! —exclama Millie.

Mi novia los saluda, emocionada. Su hermana le devuelve el gesto con la misma emoción y camina hacia nosotros.

—¡Por fin estáis aquí! ¡Me moría de ganas de veros!

—Nosotros también estamos muy contentos.

Me quedo a unos pasos de Millie y las observo a ella y a su hermana. No se parecen tanto como piensa Dana. Al contrario. Maya es un poco más alta que Millie y tiene el pelo y los ojos más oscuros.

—¡Hola, abuelo!

Millie lo abraza y él le sonríe.

—Hola, cariño —le dice cariñosamente—. ¡Qué alegría estar por aquí! El equipo no llegará hasta mañana por la mañana.

Sus ojos se posan en mí y levanta las cejas.

—No sabía que ibas a traer a uno de los jugadores.

Sonrío para mis adentros y Maya aprieta los labios.

—No… —dice Millie, volviéndose hacia mí.

Me coge de la mano y tira de mí hacia él.

—Darren es mi novio, abuelo.

El señor McDonald me mira, confuso, y claramente sin palabras. Le entiendo perfectamente. Probablemente, no se lo esperaba, y no sé si pensará que es algo bueno. Soy un jugador universitario y quiero entrar en un equipo de la NFL el año que viene. Está claro que no confía en mí y piensa que me estoy aprovechando de Millie. Se me forma un nudo en el estómago.

—Hola, señor McDonald… —digo, armándome de valor y le estrecho la mano—. Es un placer conocerlo.

Espero que este hombre imponente no pueda ver que estoy hecho mierda por dentro ahora mismo.

—¿Y tú eres el novio de mi pequeña Millie?

Me mira de arriba abajo. Se abstiene de saludarme. Bueno, no pasa nada. Asiento, vacilante.

—Sí, señor…

Me siento incómodo con este interrogatorio. Maya sigue sonriendo y parece divertirse.

—Bueno, llevamos saliendo un tiempo ya…

—Ah, pues muy bien —responde, monótonamente—. Porque quiero asegurarme de que no te estás aprovechando de Millie para jugar en mi equipo.

Tras esas palabras, me quedo helado, y Millie se pone roja.

—¡Abuelo, por Dios! —grita mi novia—. ¿Cómo puedes pensar que Darren está conmigo por eso? Solo hace una semana que sabe que soy tu nieta.

—¿Ah, sí?

El señor McDonald me mira y se ríe. No comparto su humor.

—Solo estoy bromeando, chico. Ya veo que la haces feliz.

Sé que lo dice para calmar a Millie y no arruinarle el día. El señor McDonald no confía en mí; puedo verlo en su cara. De repente, aparece en mí el malestar que solo siento cuando tengo que tratar con mi madre. Con ella, nada de lo que hago está bien.

—Y ella me hace feliz a mí —respondo con voz firme y rodeo a Millie con el brazo.

—Espero que sigas diciendo eso mañana, cuando te muela a palos después del entrenamiento —replica con cara seria.

Después, besa a su nieta en la mejilla, pasa junto a ella y sube sin decir palabra a la limusina que le espera. Maya le sigue después de hablar un poco con Millie. Me vuelvo hacia mi novia y la miro, horrorizado. Pocas veces me he sentido tan expuesto como ahora mismo.

—Ha ido bastante bien, ¿verdad?

Millie aplaude, entusiasmada, y luego añade:

—¡Aún quiere verte jugar!

Millie

Salgo de la limusina y miro a mi hermana hacer lo mismo. El entrenamiento es hoy, y todavía no sé si mi abuelo quería poner a prueba a mi novio con sus ridículos comentarios de ayer. Sé que a Darren le incomodó la situación, así que anoche cancelamos la cena. Se acostó temprano y lo dejé solo.

Las temperaturas han subido en los últimos días y ahora puedo llevar un abrigo de lana. Debajo llevo un vestido ajustado, unas medias negras y unos tacones altos. Mi hermana va vestida de forma similar.

—¡Abuelo! —digo, para saludarlo de forma efusiva, e inmediatamente, me pongo seria—. Bueno, ¿qué, te gusta Darren?

Sonrío y espero ansiosa la respuesta.

Teniendo en cuenta el numerito del aeropuerto, anoche no pegué ojo. Darren lleva toda la semana nervioso por este entrenamiento y lo entiendo. No solo va a conocer al dueño de una de las mayores franquicias de la NFL, sino también a dos de las personas más importantes de mi vida. Y la actitud de mi abuelo no se lo puso precisamente fácil.

—No me fío de él.

Mi abuelo suelta semejante comentario, y luego se queda tan ancho, como si lo que pienso yo no importara. Un segundo después, se pone las gafas de sol.

—¿Por qué? —le pregunto, dolida.

—Pues porque es como era yo en la universidad —responde—. El terror de las nenas. ¿A que sí? Y además, es un jugador de fútbol. Eres demasiado buena para él.

¿Pero qué le pasa a este hombre? ¿Acaso ha hablado por teléfono con Joy?

Pongo los ojos en blanco, molesta.

Maya se ríe y yo le dirijo una mirada asesina. Mi hermana se calla inmediatamente y se aleja unos pasos de nosotros.

—Eso no es verdad —le digo.

—Ah, ¿no? —dice, con suficiencia—. Quiere ser deportista de élite y tú, cariño, eres el billete perfecto para su gran sueño.

Me cabrea que no le dé el beneficio de la duda a Darren. ¡Se merece una oportunidad! Además, pensé que mi abuelo me apoyaría, como siempre ha hecho. Quiero a Darren y él me quiere a mí. Se enamoró de mí antes de saber quién era y adónde podía llevarle eso. Aunque, como he dicho ya otras veces, todo eso es accesorio, porque no podemos influir en el *draft*.

—Y ya sabes cómo funcionan las cosas en el *draft* —contraataco—. Si Darren es tan bueno como dijiste la semana pasada, tampoco es que tengamos ninguna oportunidad de ficharlo en nuestro equipo. Acabará en Florida o Nueva York. ¿Qué sentido tiene?

Mi abuelo se vuelve hacia mí y se quita las gafas de sol antes de dirigirme una mirada severa.

—Su hermana fue a Harvard con Maya, Millie —dice, molesto—. Sabía quién eras, de sobra.

—No hables sin saber, abuelo.

Molesta, pongo los ojos en blanco. Por el rabillo del ojo, veo a Darren caminando con Denver y otros jugadores hacia el campo, donde les espera el entrenador Flanders. Mi novio lleva el casco en la mano y bromea con Denver. Se le ve despreocupado, y espero que siga así. Miro a mi abuelo y él levanta las cejas.

—¿No te lo ha dicho? —me pregunta, lanzándome una mirada interrogante.

—Claro que me lo ha dicho —respondo, alzando la barbilla—. Pero siento decirte que creo en las coincidencias. Fue Dana, la hermana de Darren, quien se acordó de Maya y vio el parecido entre nosotras.

—¿Y por qué no te lo dijo? —continúa el abuelo.

¿Para qué seguir con todo esto? No entiendo qué pretende. Si no le gusta Darren, mejor que se deje de cuentos.

—¿Cómo voy a saberlo? —contesto, mientras aprieto los puños—. No hemos hablado mucho más del tema y, además, no conoces a Darren. Deja de juzgarlo.

—Bueno, eso es verdad, pero no quiero que te haga daño.

—¿Y por qué estás aquí, entonces? —pregunto ahora, cogiéndole del brazo—. ¿De verdad te interesa lo más mínimo, o quieres ver cómo me meto la hostia, con perdón, porque estoy enamorada de un jugador de fútbol? Sabías que esto podía pasar. Tiene mi edad y la seguirá teniendo dentro de unos años.

No creo que mi abuelo sepa cuánto me duele tener esta conversación. Me lo esperaba de mis padres, pero no de él. Siempre pensé que querría que fuera feliz, con independencia de a quién eligiera. Pero bueno, según parece, eso no importa cuando se trata del trabajo de toda su vida.

—Estoy preocupado, Millie —balbucea—. ¿Por qué no podías fijarte en un estudiante normal, como Preston?

Por desgracia, cuando mi abuelo pronuncia estas palabras, Maya ya no puede escucharnos, porque está charlando con un par de cazatalentos. Sé que ella tampoco aprobaría lo que está diciendo.

—Porque quiero a Darren —respondo, indignada—. Y nadie va a cambiar eso. Puede que me dé de bruces con la realidad, pero así son las cosas, abuelo. Soy adulta y necesito vivir las cosas por mí misma. Además, ¿cómo sabes que Preston tiene buenas intenciones con Maya? Tal vez solo esté esperando el momento oportuno para…

—¡No digas tonterías! —dice, regañándome—. Preston es buena persona, y lo sabes.

—Claro que lo sé —admito con pesar—. Lo siento, es que…

—No quiero que Darren te haga daño —dice, y puedo sentir la sinceridad en sus palabras —. Te he visto muy cambiada aquí, y en el buen sentido. Ahora eres feliz, y no quiero que él lo arruine.

—No lo hará —le prometo, dando un paso hacia él para hablar en voz baja—. Y te lo vuelvo a preguntar: ¿te interesa su forma de jugar o no?

—Sí.

Mi abuelo asiente y mira a Darren, que ya está calentando. Luego, añade:

—Claro que me interesa. Pero si vamos a salir al campo a enseñarles lo que es bueno, espero que seas mi compañera, no su novia. Sobre todo si se comporta como un imbécil.

—Por supuesto —le digo—. Cuenta conmigo, abuelo. Además, Darren no hará nada raro. No es tonto.

—Muy bien.

El abuelo me abraza y me besa en la mejilla. Luego sonríe y dice:

—Me tiene miedo, ¿verdad?

—Pues sí…

Después de admitirlo, echo a andar y pronto alcanzamos a Maya y al resto del equipo.

El entrenador Flanders se acerca y le da la mano a mi abuelo. Hasta ahora, no me ha mirado, y parece que no me ha reconocido.

—Buenas tardes, señor McDonald —dice, exuberante—. Me alegro mucho de que esté aquí. Denver Jones y Darren Andrews son los números diez y quince.

—Gracias —responde mi abuelo—. Espero mucho de esos dos...

El entrenador asiente y estrecha la mano de Maya. Luego sus ojos se detienen en mí.

—¿Qué haces tú aquí?

Ni siquiera parece saberse mi nombre. Para colmo, suelta:

—Le dije al periódico de la universidad que no viniera y, como puedes ver, ninguna de las novias de los otros jugadores está aquí.

¿Quién se cree que es el entrenador Flanders? Vale, entrena a un equipo que ganó el campeonato universitario, pero nada más. Además, a mí jamás se me ocurriría ir al encuentro del dueño de un club de la NFL y de su nieta, por no mencionar al séquito de personal de seguridad y cazatalentos que nos acompañan, sin haber indagado un poco de antemano.

—Sí, ya lo veo —le digo con una sonrisa—. Me llamo Millie McDonald, por cierto. Soy la futura dueña de los Minneapolis Warriors. Veo que ya has saludado a mi abuelo y a mi hermana, ¿no?

La cara del entrenador palidece, y atónito, mira a mi abuelo y a mi hermana, que le sonríen con suficiencia. Maya espera tan poco de los hombres en este negocio como ellos esperan de las mujeres. Vamos a reventar la NFL en unos años. Es muy raro que un club tenga una dueña, en femenino, y si encima se trata de dos mujeres jóvenes… En cuanto se haga oficial, seremos pioneras en este mundo.

—Bueno, en ese caso… A darle caña al entrenamiento, ¿no? —dice, con la voz temblorosa, y yo asiento con la cabeza.

El entrenador Flanders retrocede y reúne a los chicos a su alrededor. Darren levanta la cabeza y me sonríe, y yo le devuelvo la sonrisa. Soy una profesional, pero no puedo evitar hacerle esa pequeña concesión.

Durante la siguiente media hora, el entrenador les hace ejecutar todo tipo de jugadas para mostrarnos los puntos fuertes de los jugadores; en concreto, de Darren y Denver, porque al fin y al cabo, el abuelo ha venido a verlos.

El día que nos reconciliamos, Darren me contó que se enteró de lo de mi familia por su hermana, pero eso no explica por qué Dana no me dijo nada. Tampoco sé por qué Darren se lo calló. Habría sido más fácil que me lo hubiera preguntado, ¿no? Le habría dicho la verdad.

Echando la vista atrás, me parece rarísimo que no me pillaran antes. Había más de cien invitados en la cena de ensayo de la boda, así que imagino que en el banquete, habría habido el doble. Había un riesgo enorme de que alguien de la alta sociedad de Austin me reconociera, pero mi cerebro de enamoradiza simplemente se convenció de que no sucedería.

—Ese chico tiene que meterse más en el juego.

Mi abuelo me saca de mis pensamientos y señala a Denver.

—Se queda demasiado tiempo al margen. ¡Así no hay forma de que sus receptores[1] puedan

cubrirle!

Estoy de acuerdo con mi abuelo. Observo a Denver lanzar un pase. Puede que en la universidad aún le sirva su técnica, pero en la NFL se lo comerán vivo.

—Sí, siempre lo hace —respondo con sinceridad, aunque me cueste decirlo—. Piensa demasiado. Lo digo en serio, se puede ver cómo piensa hacia dónde lanzar el pase. Un buen defensa no tardaría mucho en pillarle.

—¡Pues eso no me gusta nada!

El abuelo se muestra severo, y le dice a sus cazatalentos que descarten a Denver. Frunzo los labios y siento la tentación de suplicarle que le dé otra oportunidad a Denver. Pero sé cómo son las cosas en este negocio, y Denver ha echado a perder la oportunidad.

—¿Qué opinas de Darren? —le pregunto, mirándole.

El corazón empieza a latirme más deprisa y me balanceo, nerviosa. Necesito que le guste.

—¿Qué piensas tú de él? —dice, levantando las cejas—. Y quiero una respuesta sincera.

—Es rápido, y sus rutas[2] son perfectas —digo, enfatizando sus puntos fuertes—. Pero le falta corpulencia de cara a la NFL. Al menos unos seis kilos.

Como su novia, eso último no me encanta. Con un par de kilos más, parecerá uno de esos machotes mazados.

Qué grima…

—Yo también lo creo.

Su aprobación hace que mi corazón se llene de orgullo. Mi abuelo me pregunta de nuevo:

—¿Y qué más?

—Creo que... —respiro hondo—. Sigo pensando que va a ser el mejor *defensive end* de la historia. Solo le queda muscularse un poco más, para poder desmantelar las jugadas ofensivas de la NFL. Así no tendrá ningún problema a la hora de hacer picadillo a los *quarterbacks* del otro equipo.

Mi abuelo gira la cabeza y me mira, meditabundo. Al principio no puedo descifrar lo que está pensando, pero luego sonríe.

—Yo también lo creo —asiente—. Tiene una gran carrera por delante. Como mínimo, lo fichan en la primera ronda. El día que se enfrente a ese Jones en el campo, se lo va a zampar de un solo bocado. Lo quiero en mi equipo, pero no tengo ni idea de cómo vamos a conseguirlo.

No me esperaba una reacción tan positiva, y me quedo callada. Pero mi abuelo puede deducir lo contenta que estoy de que piense lo mismo que yo, porque se me escapa una sonrisilla.

—Bueno... una forma de conseguir a Darren sería sentarnos en la *war room*[3] esta temporada e intentar asegurarnos la elección en la primera ronda.[4]

Mi abuelo me mira horrorizado, y yo pongo los ojos en blanco.

—Es broma, abuelo… —le tranquilizo—. ¿No tenemos forma de negociar?

—Déjame ver qué puedo hacer —contesta—. Oye, ¿quién es ese que lleva el número diecisiete?

—Ese es Tyler Connor —digo y el abuelo asiente—. ¿Por qué lo preguntas?

—Me pregunto por qué no me había fijado en él antes…

El abuelo parece realmente sorprendido.

—Me gusta cómo corre. Es bueno, ¿eh?

—Sí, la verdad. Tyler vino de Ohio el otoño pasado.

—Está bien bueno… —dice Maya, y yo pongo los ojos en blanco.

El abuelo se da la vuelta y le dice algo que no consigo oír a uno de los cazatalentos.

—Estás prometida, te lo recuerdo. —le digo a mi hermana.

—Y tú eres una aguafiestas —contesta, y luego me saca la lengua.

Me río y me encojo de hombros.

Al ver cuánto se ha esforzado, confirmo que Darren desea a toda costa ganarse a mi abuelo, como deportista y como persona. En el plano deportivo, ya se lo ha ganado, pero en lo personal... En fin, espero que el abuelo le dé la oportunidad que se merece.

El entrenador Flanders hace sonar el silbato para poner fin al entrenamiento y se acerca a nosotros, rebosante de orgullo. El abuelo se pone justo a nuestro lado.

—¿Qué os ha parecido? —pregunta orgulloso, mirando a mi abuelo.

No puede ser… Aún se creerá que su forma de entrenar tiene algo que ver con que Darren y Tyler jueguen como juegan. Bueno, me toca hablar por los dos.

—Pues nos gustaría hablar con Darren y Tyler.

El entrenador Flanders hincha las mejillas. Su pecho sube y baja frenéticamente. Debe de estar enfadado porque le he contestado antes. No quiere hablar conmigo y mira a mi abuelo, que parece ser la única persona a la que respeta.

—¿Tyler? —pregunta, sorprendido—. Habíais venido a ver a Denver y a Darren, ¿no?

—Hemos cambiado de opinión —le digo, mientras sonrío—. ¿Te supone algún problema que ya no nos interese Denver?

—No —refunfuña—. ¿Quieres hablar con ellos aquí mismo o en mejor el palco? Os hemos preparado un pequeño tentempié.

Me encantaría contestar que queremos hablar con ellos ahora, pero Maya prefiere que vayamos al palco. El abuelo está de acuerdo, así que habrá que ir.

***

Llevamos media hora esperando a Tyler y Darren. Los nervios se me están comiendo viva, porque es la primera vez que voy a dirigirme a mi novio en mi rol de heredera de un club de la NFL. Darren y yo hemos hablado en más de una ocasión sobre lo que nos depara el futuro. El *draft* es impredecible, pero podríamos negociar con otros equipos si nos lo proponemos. Dado que es un *defensive end* y no un *quarterback*, hay bastantes probabilidades de que no sea una de las cinco primeras elecciones de la primera ronda. Sin embargo, todo depende de cómo juegue en la última temporada en la uni. Si se lesiona, hasta luego.

—No estés tan nerviosa —dice Maya—. Te quiere y sabe que este es tu trabajo.

—Ya, lo sé… —digo en voz baja—. ¿Le has dicho al abuelo que fuiste a la universidad con la hermana de Darren?

—Sí —dice Maya encogiéndose de hombros—. Lo busqué en Instagram y encontré a Dana. No me lo esperaba. Era una chica muy maja, por cierto.

—Mmm…

—¿Qué pasa?

—Bueno, ahora ya, nada —respondo—. Darren me dijo a última hora que se había enterado por Dana... y hoy no dejo de darle vueltas.

—No te preocupes —me tranquiliza mi hermana, y luego me estrecha el brazo con firmeza.

—Ese chico está enamorado de ti. Es jugador de fútbol, no actor. No sabe fingir.

—Tienes razón… —digo.

Unas fuertes voces procedentes del pasillo interrumpen nuestra conversación. Poco después, entran en el palco el entrenador Flanders, un supervisor del equipo directivo de los chicos, y Darren y Tyler. Los dos parecen un poco desorientados.

Cuando Darren me ve, sonríe y yo le devuelvo la sonrisa.

Los dos llevan pantalones de chándal y sudaderas con el escudo de los Lincoln Tigers. Darren aún tiene el pelo mojado y no puedo evitar sonreír. Está tan guapo…

—Señor McDonald… —dice el entrenador Flanders—. Señorita McDonald… Señorita McDonald…

¡Vaya! Parece que ha aprendido la lección. Ver para creer. Aun así, su actitud prepotente me molesta. Espero no tener que lidiar con él en los próximos meses.

Me siento bien ahora que puedo ser yo misma… Estoy en mi elemento. Decirles la verdad a mis amigos y a Darren ha sido la mejor decisión que he tomado nunca.

—Hola —digo, sonriendo a Tyler y Darren—. Buen entrenamiento.

Me cuesta meterme en el papel porque Tyler y Darren me miran con cierto escepticismo. Miro a mi abuelo y él me pide que continúe.

—Sabemos que vuestro *draft* será el año que viene, pero queremos que sepáis que nuestro club os seguirá muy de cerca la próxima temporada. Si seguís jugando así o incluso mejor, puede que consideremos ficharos llegado el momento.

Tyler parece sorprendido. No puede creerse lo que le digo. Darren sonríe, con cautela. Esto es tan nuevo para él como para mí.

—¿Por qué no nos acompañáis? Así podremos hablar un poco más —dice ahora mi abuelo.

Los dos se sientan a la mesa. Sigo a Maya y me quedo detrás de Darren. Con disimulo, le pongo la mano en el hombro y se da la vuelta.

—Hola —digo en voz baja, y él sonríe.

—Hola. ¿Quieres sentarte a mi lado?

—Claro —respondo, mientras me dejo caer en la silla.

Él me pone la mano en la pierna y yo pongo la mía en la suya.

—Has estado genial, cielo.

—¿Tan genial que estaría dispuesta a ficharme, señorita McDonald?

—Todavía tengo que pensármelo —le digo con sinceridad, apretándole la mano—. Ya veremos dentro de un año.

—Ya me lo imagino —dice Darren, mirando nuestras manos entrelazadas—. Estás muy sexy cuando sacas la jefa que llevas dentro, por cierto.

Darren habla en voz baja y no creo que los demás le hayan oído. Aun así, me sonrojo. Él se limita a sonreír y me pellizca ligeramente la pierna. Luego se vuelve hacia mi abuelo. Ambos se ponen a hablar sobre el entrenamiento y Darren escucha los consejos que le da sobre cómo mejorar de cara a los próximos meses.

—No creo que a Millie le haga mucha gracia que engordes veinte kilos… —dice Maya, en tono burlón.

—Pues va a tener que hacerlo si quiere cumplir su sueño —respondo, apoyándome en Darren.

Mi hermana se ríe y se vuelve hacia el entrenador Flanders, que quiere hacerle unas preguntas.

—Lo que yo te diga —dice Darren, para recalcar sus palabras—. Eres la más sexy cuando te pones en modo jefa.

Una oleada de calor recorre mi cuerpo, porque sé exactamente lo se le pasa por la cabeza. Feliz de tener al mejor chico del mundo a mi lado y de poder vivir mi sueño sin tener que esconderme, me inclino hacia Darren.

—Oye, Millie… —dice mi abuelo, y yo me vuelvo hacia él—. Es buen chaval.

Sonriente, miro a Darren y asiento, satisfecha.

---

[1] *N. de la T.* En fútbol americano, un *wide receiver*, esto es, un «receptor abierto» o «ala abierta», es un jugador especialista en la recepción de pases, y que, dependiendo de cuál sea su punto fuerte, suele clasificarse en experto en velocidad o en posesión.

[2] *N. de la T.* En fútbol americano, una ruta es el camino que sigue un receptor, *tight end*, o un *back* para desmarcarse y poder atrapar un pase.

[3] *N. de la T.* La *war room* es una sala en la que se encierra el personal de gerencia de un equipo de fútbol americano durante el *draft* para analizar la situación, consultar el *draft board* (donde aparecen los posibles fichajes) y tomar las decisiones convenientes.

[4] *N. de la T.* En la primera ronda del *draft*, cada equipo dispone de diez minutos para decidir su elección o *pick*, y comunicársela al personal de la liga. Una vez entregada, se hace oficial, y entonces el tiempo empieza a correr para el equipo que elija en siguiente lugar. Quien tenga la *first round pick* es quien se asegura el mejor jugador.

Epílogo

Darren

Aeropuerto de Chicago, seis meses después.

Saludo con la cabeza a la amable azafata del *jet* privado de Millie, y sigo a mi novia al interior del ostentoso avión. Es la tercera vez que viajo en el *jet* de la familia McDonald. La primera vez, volamos a Mineápolis para el cumpleaños de su abuelo. Allí conocí a los padres de Millie, Roger McDonald hijo y Jennifer. Fueron muy amables y me dieron la bienvenida a su familia. Preston, el marido de Maya, también es un tío genial. Se casaron la semana pasada, y fue una boda preciosa.

En Pascua, fuimos a visitar a mis padres. Gracias a Millie, ahora me llevo mejor con mi madre. Adora a mi novia y sigue pensando que es una broma que Millie vaya a heredar una franquicia de la NFL. Dana se mudó a Australia a vivir con nuestro tío, después de que él viniera a la finca para aprender un poco más sobre ganadería. Mi hermana necesitaba alejarse un poco de este lugar. Me alegro de que por fin siga su propio camino y no el que mis padres querían que siguiera.

Yo crecí en un ambiente bastante opulento, pero la vida de Millie es una locura. De hecho, me asusta ver la forma tan despreocupada que tiene de gastarse el dinero. Por otro lado, sé que su familia probablemente gane más dinero en una hora que la mía en un año.

El interior del *jet* tiene una zona en la que acomodarse. Las sillas y el sofá beis de enfrente combinan a la perfección con la moqueta y las paredes blancas.

—Podríamos haber cogido un vuelo comercial —digo, y ella se ríe.

—Mientras yo viva, no volveré a pisar un vuelo comercial —dice, y luego frunce los labios—. Si eso es lo que quieres, allá tú, pero yo no lo soporto.

—A veces desearía que volviera la antigua Millie —digo, entre suspiros y la acerco—. Te quiero, pero no necesitamos todo esto.

—Yo lo necesito —dice, apartándome—. Ahora deja de quejarte y empieza a disfrutarlo. Señorita Bellingham, queremos una botella de agua en cuanto alcancemos la altitud de crucero.

Millie se sienta en una de las sillas y yo me siento frente a ella. Me sonríe. Mi novia rebosa felicidad. El nuevo semestre empieza la semana que viene y queremos pasar los últimos días juntos antes de que empiece de nuevo el estrés de la vida cotidiana. A mí me habría bastado con encerrarnos en nuestro apartamento durante una semana y pasarnos los días en la cama, pero mi novia tiene otros planes.

—¿Recuerdas cuando hablamos de Hawái? —me pregunta, cogiéndome las manos entre las suyas.

Le devuelvo el gesto y asiento con la cabeza.

—Sí, el día en que volamos en un avión comercial y sobreviviste. ¡Flipa!

—Bueno, y tú sobreviviste a un ataque de celos por el señor Broderick —me responde de inmediato, guiñándome un ojo—. Hoy ha salido huyendo en cuanto te ha visto…

—Ese tío está colado por ti. No me cansaré de decirlo.

Millie pone los ojos en blanco y yo me inclino sobre la mesa y la beso.

—Incluso después de todos estos meses, todavía no sabes lo sexy que eres —susurro—.

¿Por qué?

Llevamos juntos casi medio año y Millie sigue poniéndose roja cuando le hago un cumplido o le digo lo caliente que me pone mientras follamos.

—¡Es que soy así! —me explica—. Y dentro de unos años, todavía no me habré acostumbrado. Además, eres el primer tío que me lo dice abiertamente.

—Sí, porque los demás eran todos idiotas…

—Tú también lo eras —me acusa, y yo rechisto.

—Vale, vale… —cedo y me reclino sobre mi asiento—. Yo también fui un idiota.

—Te quiero, Darren.

El brillo de sus ojos hace que el corazón me dé un vuelco.

—Yo también te quiero, cariño.

La azafata nos dice que nos abrochemos los cinturones y el avión se pone en marcha. No tardamos mucho en despegar. Millie se enreda un mechón de pelo oscuro en el dedo y mira su iPhone.

—Oye, nena… —pregunto desabrochándome el cinturón.

—¿Qué?

—Aquí hay cama, ¿verdad?

Mi novia me mira e inmediatamente se ruboriza. Ahí está, mi chica, toda roja. Sonrío de forma provocativa. Me levanto y le tiendo la mano. Vacilante, la coge y me deja que la ponga en pie.

—¡No, para!

Millie mira hacia la puerta cerrada que nos separa de la azafata y el piloto.

—Disculpe, señorita… —digo, atrayéndola hacia mí.

La beso apasionadamente y la levanto. Millie me rodea el cuello con los brazos y la cintura con las piernas.

—Me gustaría comentarle las ventajas del club de millas platino. Es nuestro tercer vuelo en este *jet* y aún no lo hemos bautizado. ¿Le interesa?

Traga saliva y abre mucho los ojos. Como siempre, se muestra escéptica cuando le propongo probar algo nuevo, pero también emocionada y ansiosa por lo que está por venir.

Sonriente, la llevo a la cama de la estancia contigua.

***

Doy las gracias al chófer y le doy una buena propina. Luego sigo a Millie hasta la imponente villa con playa privada cerca de Honolulú. Por supuesto, mi novia no ha escatimado gastos con nuestro alojamiento. Un buen hotel cerca de la playa con una cama cómoda habría estado bien. Pero Millie insistió en una casa propia. Como he dicho, aún me estoy acostumbrando al ritmo de vida que ella da por sentado.

Sonriente, la acerco a mí y la beso suavemente.

—Es bonito, ¿verdad? —pregunta con los ojos brillantes—. Quería que la casa fuera para nosotros solos…

Frunzo el ceño. Esa frase puede significar cualquier cosa, viniendo de Millie. La semana pasada fuimos de compras y le dije que un traje me parecía bonito, pero que no me gustaban algunos detalles. Y la muy majara me encargó uno a medida y a mi gusto.

—Para nosotros solos… ¿hasta cuándo? —pregunto, con cuidado.

—Pues… Para siempre, ¿por ejemplo? La he comprado.

Millie sonríe. Abro los ojos y suelto un grito ahogado. Ni de coña habrá comprado esta lujosa casa en Hawái…

—Disculpa, ¿qué? ¿Has comprado este casoplón? —balbuceo, e intento tragar saliva—. Pero… ¿quién va a pagarla? Bueno, vaya pregunta… Tú, claro.

Parece que, en el futuro, no seré yo quien lleve el dinero a casa. Mi novia tiene una idea muy clara de cómo funcionarán las cosas, y también tiene los medios para hacer este tipo de locuras.

—Sí —dice encogiéndose de hombros—. Es que la vi y… no pude resistirme. Esta será nuestra casa, Darren. Siempre podemos venir aquí y estar solos. Los dos solos.

Está emocionada y le brillan los ojos. Millie se acurruca más cerca de mí y me planta unos cuantos besos dispersos en la barbilla. Me aparto y le acaricio el pelo. Ladea la cabeza para que pueda mirarla a los ojos.

—Tienes que dejar de hacer esto, nena —le digo—. No puedes seguir comprándolo todo solo porque me gusta. No hacía falta, sobre todo porque no lo necesito.

—Te has enfadado, ¿verdad? —dice con naturalidad, y yo pongo los ojos en blanco.

—No... Pero no puedes comprar una mansión o un coche nuevo así como así. Hay que hablar las cosas, Millie. Ya sé que es tu dinero y no te lo puedo prohibir, pero si es para los dos, tenemos que hablarlo.

—Lo siento… —dice ella—. Voy a tener que acostumbrarme a que decidamos las cosas juntos. Es que una se habitúa a comprar lo que sea cuando le viene en gana... Aunque sea una mansión de siete millones de dólares.

—¿Cuánto dices que ha costado la casa? —jadeo—. Pero ¿estás loca?

—Soy una mujer de negocios —dice orgullosa, plantándome un beso en los labios—. Ya tenemos a gente interesada en alquilarla. Recuperaré el dinero enseguida. No te pongas así, Darren.

Mi novia hace un gesto con la mano y se aleja, contoneando las caderas.

Dios, me encanta esta mujer.

—Tú…

La agarro de los muslos y me la echo al hombro. Millie grita y yo le azoto en el culo.

—Eres increíble, nena…

Millie se ríe mientras la llevo al dormitorio principal y la tumbo en la cama grande.

***

El sol se ha puesto, pero aún hace un calor espléndido cuando me meto en el *jacuzzi* del patio.

—Joder… —gimo mientras me recuesto—. Qué bien se está…

Me siento frente a uno de los chorros de masaje y cierro los ojos. El agua burbujea a mi alrededor y me siento como en otro plano astral.

—¿Puedo unirme?

Abro los ojos y veo a mi novia caminando hacia mí con un bikini rojo de lo más revelador. Me encanta cuando se viste de rojo. Me recuerda a ese vestido de diablesa que llevó a la boda de mi hermana. El vestido que nunca pude quitarle.

—Me encanta cuando te vistes de rojo… —digo, esta vez en voz alta.

—¿Por qué?

Millie deja dos botellas de agua en la pequeña repisa que hay justo al lado y se mete en el agua conmigo. La cojo de las manos y la subo a horcajadas a mi regazo. El agua baña sus pechos pequeños y firmes y me paso la lengua por el labio superior al contemplar las vistas.

—Me recuerda al vestido de Austin —le digo.

—Ese día tardé poco en arreglarme, pero me quedé casi diez minutos delante del espejo del baño, con miedo a salir.

—¿Por qué, nena?

Sus manos recorren mi pecho desnudo y me rodean el cuello.

—Me sentía tan... desnuda. Era la primera vez que me ponía un vestido así, y encima, delante de ti. Me sentía insegura.

—Estabas impresionante —le aseguro, besándola—. Siempre lo estás.

—¿Siempre? —me pregunta ella, alzando las cejas—. Recuerdo cuando me dijiste que…

—Quiero decir últimamente —admito.

—Ah, eso pensaba…

Millie suelta una risita y se lanza a mis labios. Me encanta cuando toma la iniciativa. Mis manos bajan por su espalda y se paran en los cordones de la parte de arriba de su bikini. Solo tengo que deshacer el nudo y ¡puf! Bikini fuera.

Y eso es justo lo que hago. Primero ataco el nudo de la espalda, y luego el del cuello. El top cae al agua delante de nosotros y yo lo empujo descuidadamente a un lado. Luego le acaricio los pechos y se los palpo con dulzura.

—Sí, Darren… —gime, y luego deja caer la cabeza hacia atrás para que pueda acceder a su cuello—. Sigue…

—Dime una cosa —digo, separándome de ella.

Me mira y se echa un poco hacia atrás para que pueda verle mejor los pechos.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cuándo te enamoraste de mí?

La pregunta sale de mi boca espontáneamente. Recuerdo cuando me gritó que nunca habría aceptado ir a la boda de mi hermana si no hubiera sentido algo por mí.

Millie se ruboriza y yo enarco las cejas. Esto se está poniendo emocionante.

—Sinceramente, cariño… —murmura—. En el primer momento en que te vi.

—¿Cómo?

—Nada más llegar a Lincoln...

Millie se ríe y sacude la cabeza.

—Era mi segundo o tercer día y estaba buscando una sala. Estaba en el vestíbulo del edificio principal y entonces entrasteis por la puerta Denver, Jake y tú. Escuché el barullo a mi alrededor y levanté la vista. Y allí estabas tú. Te vi por primera vez y… me enamoré de ti.

—Pero... —digo, vacilante—. Toda la treta de la boda fue meses después…

—Sí —contesta Millie, sacudiendo la cabeza—. Bueno, es evidente que estaba enamorada de ti en secreto. Todo el mundo lo sabía, creo, pero tú nunca me prestaste atención.

Su voz suena más fuerte de lo que esperaba. Tiro de ella para acercarla a mí. No sé qué decir, porque es verdad: nunca le presté atención.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

Las yemas de mis dedos bailan por su espalda desnuda y sus pezones se ponen de punta.

—¿En serio? —dice, arqueando las cejas con actitud burlona—. ¿Crees que debí haberte

dicho que estaba enamorada de ti?

—Bueno, quizá no de una forma tan cantosa, pero podrías haber intentado hablar más conmigo.

—No fui capaz —objeta ella.

—¿Por qué? —le pregunto, mientras le beso el cuello—. Estoy seguro de que podríamos haber encontrado una forma de comunicarnos.

No me hace falta levantar la cabeza para saber que está poniendo los ojos en blanco.

—Cada vez que intentaba hablar contigo, me quedaba en blanco... En fin, estabas ahí, y en mi cabeza intentaba formular la frase perfecta, pero… Bueno, encima me costaba cerca de cinco minutos el hacerme a la idea de hablar contigo, pero claro... Supongo que tardaba demasiado. Tú estabas tan tranquilo y rebosabas confianza por todos los lados... En fin, me hice a la idea de que no te interesaba lo más mínimo.

—¿Sabes a qué me suena esa historia? —digo, sonriente, e inclino la cabeza—. A esas comedias románticas en las que todo el mundo tiene miedo de acercarse a su *crush*.[1]

—Sienna, Phoenix y Joy intentaron convencerme de que me olvidara de ti, pero yo quería estar contigo. Lo tenía clarísimo. Y entonces me dijiste de ir a la boda de tu hermana esa noche y…

La abrazo y la beso. Ya no tenemos que hablar de ello. Para ser sincero, no entiendo a Millie. Somos todos parte del grupo, y si ella hubiera sido la mitad de lo abierta que es ahora, le habría prestado más atención. No intento excusar mi tontuna. Seguramente habría visto su verdadero carácter si me hubiera esforzado un poco más y hubiera pasado por alto su mal gusto para vestir. Pero ahora ha dejado todo eso atrás, y su ropa es una pasada.

—¿Y tú? —me pregunta—. ¿Cuándo te enamoraste de mí?

Sabía que ella me haría la misma pregunta.

—En algún momento entre nuestra primera vez y mi conversación con Dana —digo, abrazándola más fuerte—. La verdad es que no lo sé...

—Eso es una franja muy amplia…

—Pero es verdad —digo, mientras le acaricio las caderas—. Al principio no quería creerlo, y... cuanto más tiempo pasábamos juntos y más te abrías a mí, más evidente era que sentía algo por ti; algo que no era solo amistad. Y me di cuenta de que estaba enamorado de ti cuando Dana me preguntó si te echaba de menos.

—¿Me echaste de menos?

—Ni te lo imaginas —confieso, y luego la beso—. Porque te quiero.

—Yo también te quiero.

El corazón me late más deprisa, como siempre que me lo dice.

Con dulzura, me quito la tela innecesaria que separa nuestros cuerpos y levanto a mi novia para colocarla sobre mi miembro erecto. Millie gime y mece sus caderas sobre las mías.

—Darren… —gime, mientras encontramos el ritmo.

—¿Sí? —susurro, mirándola a los ojos.

—Me alegro de haber tenido que besar solo a un sapo. Porque creo que muy pocas chicas tienen la suerte de encontrar a su príncipe a la primera.

---

[1] *N. de la T.* En inglés, *crush* es una persona que le hace gracia a otra, esto es, alguien por quien se siente cierta atracción o fascinación, normalmente de forma pasajera.

Conoce a la autora

Evidentemente, fueron los deportes —concretamente los deportes de pelota— los que despertaron en Mrs. Kristal el gusanillo de la escritura. La autora empezó a escribir en 2012, y sus primeros textos sobre el mundo del fútbol evolucionaron a lo largo de los años hasta convertirse en verdaderas historias y, finalmente, en libros.

A partir de ese momento, Mrs. Kristal se mudó a otro continente y no dejó de escribir sobre este deporte que tanto le apasionaba. En 2021 publicó su primera novela de romance universitario y fútbol americano. Mrs. Kristal se inspira en situaciones cotidianas, en sus recuerdos y vivencias y en sus conversaciones con amigos y familiares.

Sus libros se centran siempre en el amor y la amistad, además de en el deporte. Lo que más le gusta de la escritura es poder sumergirse otros mundos, donde sus personajes recorren un largo viaje hasta llegar a un final feliz. Cuando Mrs. Kristal no está escribiendo, le gusta pasar tiempo con sus amigos y su familia y viajar siempre que puede. Uno de sus mayores sueños es visitar al menos una vez en la vida las ciudades, países y estadios sobre los que tanto escribe.

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@mrskristal.autor
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Ilustración de la portada: Keti Matakov